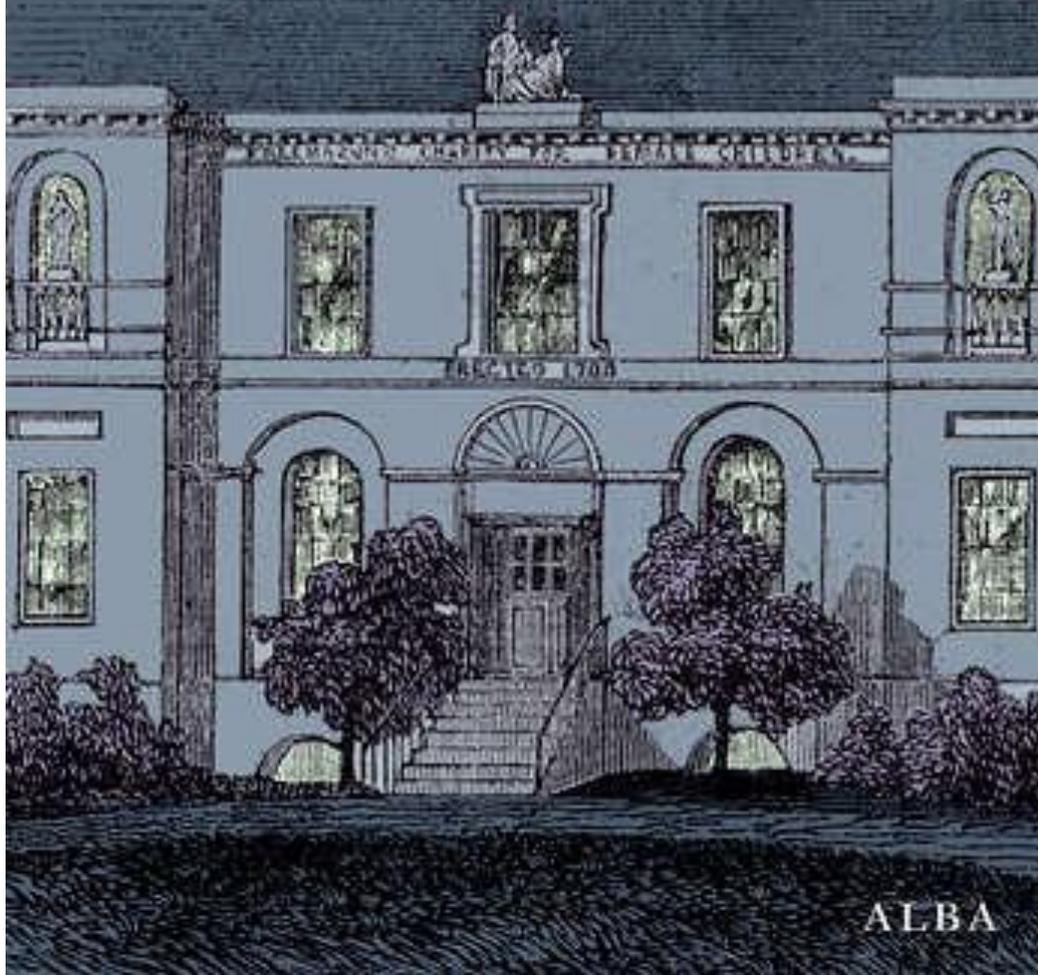


rara avis



# El principio de la sabiduría

Henry Handel Richardson



ALBA

Henry Handel Richardson

## **El principio de la sabiduría**

Título original: *The Getting of Wisdom*

Henry Handel Richardson, 1910

Traducción: Elena Bernardo Gil

Editor digital: turolero

Aporte original: Spleen

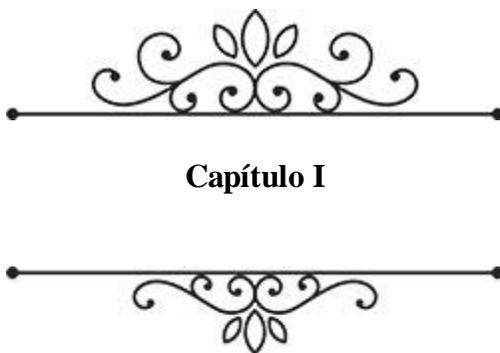
ePub base r1.2

*A mi pequeño colaborador innominado*

## **Nota al texto**

*El principio de la sabiduría* se publicó por primera vez en 1910 (Heinemann, Londres).

El principio de la sabiduría es trabajar para adquirirla.  
Y así, a costa de cuanto posees, procura adquirir prudencia.  
Proverbios, 4, 7



## Capítulo I



Los cuatro niños estaban tumbados en la hierba.

—Y el príncipe se adentró más y más en el bosque —decía la mayor— hasta que llegó a un claro. Ya sabéis que un claro es un sitio del bosque que está despejado, es muy verde y precioso. Y entonces vio a una mujer, una mujer muy guapa que llevaba un vestido blanco y largo que le llegaba a los tobillos, con un cinturón de oro y una corona de oro. Estaba echada en la pradera —en una pradera la hierba es tan suave como el terciopelo, como si fuera terciopelo verde, ¿sabéis?—, y el príncipe vio en su ropa señales de que había viajado, porque los bajos de aquel precioso vestido de seda estaban sucios...

—Gracia Prodigiosa, si no tienes cuidado vas a conseguir que esas sábanas también se ensucien —dijo Pin.

—Cállate, ¿quieres? —contestó su hermana, que, dejándose llevar por su cuento, había acercado las botas a la ropa que se estaba blanqueando.

—Bueno, pero ya sabes que Sarah se enfadará muchísimo si tiene que volver a lavarlas —insistió Pin, que tenía sentido práctico.

—¡Me sacáis de quicio! —dijo Laura, enfadada—. Bueno, como iba diciendo, el bajo de su vestido estaba todo embarrado... No, creo que no voy a decir eso; suena mejor si está limpio... Así que caía en pliegues rectos, preciosos y largos que le llegaban hasta los tobillos, y el príncipe veía dos piecitos con sandalias de oro que sobresalían por debajo del dobladillo del vestido plateado, y...

—Y ¿qué pasa con las huellas del viaje? —dijo Leppie.

—¡Burro! ¿No he dicho que no había? Si digo que no había, es que no había. No había viajado.

—¡Mirad! ¡Periquitos! —exclamó el pequeño Frank.

Cuatro pares de ojos miraron la brillante bandada verde que sobrevolaba el jardín.

—Ya me habéis interrumpido todos, así que no pienso seguir —dijo Laura orgullosamente.

—¡No, por favor, sigue, Gracia Prodigiosa! ¡Dinos qué pasó luego! —suplicaron Pin y Leppie.

—No, ni una palabra más. No pensáis más que en sábanas y en periquitos.

—¡Por favor, Gracia Prodigiosa! —imploró el pequeño Frank.

—No. Ahora no puedo. Y otra cosa: no me molesta que hoy me llaméis Laura, porque hoy es el último día.

Laura se echó en la hierba, con las manos detrás de la cabeza. Entonces se oyó una voz, fuerte, que hablaba con tono autoritario.

—¡Laura! Ven aquí.

—Es madre, que te llama —dijo Pin.

Laura no se movió de donde estaba. Los dos pequeños rieron en señal de aprobación.

—¡Venga, Laura, que madre se va a enfadar! Yo voy también —intentó convencerla Pin.

Laura se levantó, protestando.

—Es para que me pruebe ese horrible vestido.

Y así era. Madre la esperaba algo impaciente ya, con el vestido en la mano. Laura se quitó el que llevaba con un contoneo y luego se puso rígida, con descortesía, los brazos tiesos como atizadores a ambos lados del cuerpo, mientras su madre, que se había puesto de rodillas, le ajustaba el largo.

—¡No pongas esa cara! —le dijo secamente—. O ¿es que te crees que lo estoy haciendo por mi propio gusto?

Se había pasado el día cosiendo; ahora tenía calor y estaba cansada.

—Es corto —dijo Laura, mirando hacia abajo.

—Para nada —contestó madre con un montón de alfileres entre los labios.

—Es demasiado corto.

Madre la zarandeó ligeramente.

—¡No me contradigas! ¿No irás a decirme que no sé cuál es el largo que tienen que tener tus vestidos?

—No pienso ponérmelo si no me lo hace más largo —dijo Laura, desafiante.

La carita lisa y regordeta de Pin se alargó con aprensión.

—¡Déjela que lo lleve sólo un poquitín más largo, madre, por favor! —le rogó.

—¡Pin! Me gustaría saber qué pintas tú en todo esto —la riñó madre, a punto de perder los nervios con los pliegues de atrás, que no se sostenían.

—Mañana me voy a la escuela, y es una lástima —dijo Laura en ese tono bajo y vehemente que tanto exasperaba siempre a su madre, que daba rienda suelta a su propio disgusto de un modo mucho más campechano.

Pin empezó a sorberse la nariz con extrema ansiedad.

—Muy bien. En ese caso, no daré ni una puntada más.

Madre, que ahora estaba enfadada de verdad, se levantó y salió disparada de la habitación.

—Laura, ¿cómo es posible? Si se enfada tanto es por tu culpa —acusó Pin, deshaciéndose en lágrimas.

—Me da lo mismo —respondió Laura con rebeldía, aunque también ella estaba a punto de echarse a llorar—. Es una pena. Todas las niñas tendrán vestidos hasta la parte alta de las botas y se reirán de mí, y dirán que soy un cascarón de huevo.

Pensando en lo que la esperaba, empezó a sollozar, pero eso no le impidió arrugar el vestido hasta hacer una bola con él y arrojarlo a un rincón. También dio una patada al aguamanil, que al caer inundó la sala. El gimoteo de Pin aumentó, y la pequeña salió corriendo a buscar a Sarah.

Laura volvió al jardín. Los dos pequeños se le acercaron, pero ella los detuvo con un gesto.

—Dejadme sola. Quiero pensar.

Se quedó en la puerta del jardín, en una actitud acorde con la situación; sus hermanos rondaban al fondo. Entonces madre volvió a llamar.

—Laura, ¿dónde estás?

—Aquí, madre. ¿Qué pasa?

—¿Eres tú quien ha tirado la jarra, o ha sido Pin?

—He sido yo.

—Y ¿lo has hecho adrede?

—Sí.

—Acércate.

Laura obedeció, pero arrastrando los pies. Sin embargo, a madre se le había pasado el enfado, y ella vio entornando los ojos que estaba añadiendo una pieza a la falda. Se sintió inmediatamente culpable y se le hizo un nudo en la garganta cuando oyó la voz apenada de su madre:

—Me avergüenzo de ti, Laura. Y encima en tu último día en casa.

—Yo no quería, madre.

—Si fueras capaz de pedir convenientemente las cosas, las conseguirías.

Laura sabía que era cierto; de hecho, no se le escapaba que madre era incapaz de negarle nada si lo pedía con buenos modos. Pero no conseguía hacerlo; algo en su interior se lo impedía. Sarah decía que era una «cabezona» para regocijo de los otros niños y para su propia indignación; les había explicado mil veces lo que Sarah quería decir realmente.

Al salir de la casa se fue derecha a los parterres de flores: iba a ofrecerle a madre, a quien tanto gustaban las flores pero no tenía tiempo de ir a buscarlas, un ramo del tamaño de un repollo. Pidió a Pin y a los chicos que la ayudaran y, cuando ya tenían las manos llenas, los dirigió hacia una zona retirada del jardín, la más alejada de la cocina de ladrillo que estaba separada del edificio. Era una zona poblada de vegetación en la que daba poco el sol: ahí se elevaban dos gruesos abetos y un enorme eucalipto; unos altos arbustos seguían la valla; una mata de jazmín trepaba por el muro de la casa y enmarcaba las ventanas de los dormitorios; en las partes húmedas y umbrías sólo crecían las violetas. Con lo mucho que les gustan a los niños los espacios reducidos y estrechos, los cuatro habían escogido esta pequeña parcela como su territorio, en lugar del gran jardín de la parte trasera de la casa, y eran muchas las ocasiones en que se habían puesto a cavar y rastrillar. Pero, si bien la energía de Laura —que era un modelo para los demás— se esfumaba siempre muy deprisa, a madre nunca se le olvidaba que aquel rincón le parecía demasiado oscuro y angosto para los niños, y siempre mandaba a Sarah para echarlos.

Allí, a salvo de las miradas, Laura se sentó en un poyete e hizo su ramo. Cuando lo terminó —rojo y blanco en el centro, con un borde más oscuro y el conjunto rodeado por un anillo de hojas de violeta— buscó algo con que atarlo. Sarah estaba muy atareada planchando y no tenía cordel en la cocina, así que Pin fue corriendo a buscar la bobina. Pero, mientras se iba, a Laura se le ocurrió una idea. Pidió a Leppie que sostuviera las flores con sus manitas pringosas y trepó hasta la ventana de su dormitorio o, más bien, se subió al alféizar y desde allí, con las piernas colgando, se las arregló para coger de la cómoda, sin perder el equilibrio, unas tijeras. Reapareció con ellas entre los dientes para gran emoción de los pequeños, que la miraban boquiabiertos.

Los tirabuzones de Laura eran oscuros y los de Pin claros; las dos tenían una larga melena, con la diferencia de que Laura, que ya tenía doce años, desde hacía uno tenía permiso para atársela con un lazo, mientras que los rizos de Pin se balanceaban sin trabas. Todas las mañanas, a primera hora, madre le cepillaba el pelo y, con una especie de adusto orgullo, ordenaba aquellos sedosos bucles alrededor de su dedo. Aunque para Laura los cinco aburridos minutos en que le hacían los rizos eran como un infame encarcelamiento, se enorgullecía de su cabello a su modo y, cuando oía que alguien decía en la calle: «¡Mira qué bonitos rizos!», sacudía un poco la cabellera para que ondearan. Además, tenían un

gran aliciente: una mañana de diciembre en que hacía mucho calor, tenía el pelo enredado y madre la hizo estar de pie demasiado tiempo; aquel día se desmayó, arrastrando consigo el tocador entero; desde entonces, en cierto sentido, se había distinguido de un modo misterioso de los demás niños. Madre no la dejaba salir a mediodía en verano y Sarah decía: «¡Suelta eso ahora mismo!» si intentaba levantar algo que pesara demasiado, y ella amenazaba a los pequeños con desmayarse en el acto si no hacían lo que quería. «El desmayo de Laura» se había convertido en un dicho familiar; y la propia Laura le daba tanta importancia que en más de una ocasión había entablado una amistad con las palabras: «¿Te has desmayado alguna vez? Yo sí».

De sus brillantes tirabuzones escogió uno de los más largos y mejor rizados y lo cortó cerca de la raíz. Ató con él las flores: madre veía que era capaz de darle algo que le importaba, y que no era tan egoísta como ella pensaba.

—¡Ay, ay! —dijeron los dos pequeños al unísono antes de romper a reír.

Laura siempre hacía cosas asombrosas para sus hermanos pequeños, que la veían como la personificación de todo lo llamativo e inesperado. En cambio, Pin, que volvía con la bobina de cordel, abrió mucho los ojos de un modo bien distinto.

—¡Laura...! —y se puso a llorar sin más.

—¡Vamos, alberca! —replicó Laura burlonamente; Sarah llamaba a Pin «alberca», por sus perpetuos lloros—. Eres una llorona.

Pero no había quien la calmara, porque estaba perdida en los placeres del propio sacrificio.

Pin miró a Laura mientras se iba bailando y luego se movió sumisamente en su desvelo por estar cerca en caso de que fuera necesaria su intercesión. ¡Laura era tan incauta, y madre iba a enfadarse tanto! Pin, a su manera infantil y tontorróna, deseaba que las dos, las personas a las que más quería, no discutieran; entendía a ambas a la perfección, pero ellas demostraban poco entendimiento, o ninguno, la una con la otra. Se dirigió, pues, a la casa pisándole los talones a su hermana.

Laura no entró sino que, escondida tras el muro de la veranda enlosada, arrojó el ramo por la ventana, con idea de que cayera en el regazo de madre.

Pero madre había soltado la aguja y estaba justo pasándose las manos por la cara, que se le había puesto roja de tanto encorvarse sobre la labor, cuando las flores le dieron un golpetazo en la cabeza. Tanteó impaciente para encontrar lo que la había golpeado. Reconoció la ofrenda de paz y pensó en el pastel sorpresa que Laura se iba a encontrar al día siguiente en la caja. Entonces reparó en el mechón de pelo, y su rostro se ensombreció. ¿Podía haber niña más cargante? ¿Cuál iba a ser su próxima ocurrencia?

—¡Laura! ¡Ven aquí inmediatamente!

Laura se había marchado; no esperaba agradecimiento. Si a madre le gustaba, llamaría a Pin para que pusiera las flores en agua, y ahí terminaría todo. La mera idea de una palabra de agradecimiento la incomodaba. Ahora, al oír el tono de voz de madre, en su boca se dibujó una mueca de terquedad. Entró, como le habían dicho, pero ya estaba otra vez a la defensiva.

—¡Eres de lo más desobediente! —empezó madre en cuanto reapareció—. ¿Cómo te atreves a cortarte el pelo? Desde luego, si ésta no fuera tu última noche en casa, te mandarían a la cama sin cenar —ésta era una amenaza desconocida viniendo de madre, que tenía muchos recursos para castigar a sus hijos pero nunca les había negado la comida—. Casi es mejor que te marches mañana, porque si te quedas darás mal ejemplo a los demás y me las tendré que ver con cuatro niños desobedientes, como si no me bastara con una. Pero

si yo fuera tú, me daría vergüenza ir a la escuela de ese modo. ¡Date la vuelta ahora mismo y deja que te vea!

Laura se dio la vuelta, con el corazón en un puño. Pin lloraba silenciosamente en un rincón.

—¡Madre, ella pensó que le iba a gustar! —sollozó.

—No te metas cuando esté hablando con Laura, Pin. Ya es mayor para saber lo que me gusta y lo que no —dijo madre, que estaba algo incómoda con la idea de que su hija se presentara ante unos desconocidos desfigurada de ese modo—. Y tú, márchate y no te vuelvas a poner delante de mí. Eres un incordio.

—¡Laura, estás muy graciosa! —dijeron Leppie y Frank débilmente a coro cuando la vieron pasar.

—Vaya, señorita Laura, esta vez se ha convertido en un muchacho, desde luego —dijo Sarah, que había oído a los niños.

Laura se fue a su cuarto y echó el cerrojo, algo que madre le tenía prohibido. Entonces se tumbó en la cama y se puso a llorar. Madre no había entendido nada, y encima ella se había convertido en un incordio. Se negó a abrir la puerta, aunque todos, uno tras otro, sacudieron el picaporte, y Sarah amenazó con meter la manguera por la ventana. Finalmente la dejaron en paz, y ella se pasó la tarde empapando la almohada con su enojo. Pero antes de desvestirse para pasar la noche abrió a hurtadillas un resquicio para coger el trozo de bizcocho que le había dejado Pin en la esterilla de la puerta. Su optimismo natural se estaba reafirmando. Pensó que si se cepillaba el pelo hacia un lado podría tapar el trasquilón y, al fin y al cabo, hay algo agradable en ser una incomprendida. Hace que te sientas distinta de los demás.

Madre, que siguió cosiendo incluso después de que la siempre ocupada Sarah se hubiera retirado, se sonrió con una sonrisita divertida, aunque rígida, y, antes de cerrar las puertas para la noche, guardó el tirabuzón en lugar seguro.



## Capítulo II



A la mañana siguiente, Laura estaba durmiendo boca abajo cuando Pin la despertó con estas palabras:

—Despierta, Gracia Prodigiosa, madre quiere hablar contigo. Dice que puedes ponerte en mi sitio en la cama antes de vestirte.

Pin dormía muy a gusto y calentita con madre.

Laura se incorporó apoyándose en un codo y miró a su hermana. Pin estaba en el quicio de la puerta sujetándose el camisón, de tal modo que sus delgadas piernecitas quedaban al aire.

—Vamos —apremió la pequeña—. Sarah me va a bañar mientras tú estás con madre.

—Márchate, Pin —dijo Laura enérgicamente—. Ya te dije ayer que podías llamarme Laura y... Y hoy parece más que nunca una araña.

«Araña» era otro de los mote de Pin, y se debía a su cuerpecito rotundo y sus piernas como palillos —era «todo ombliguito», como decía Sarah—, y bastaba con pronunciarlo para que la pequeña saliera corriendo; era muy susceptible con sus piernas.

En cuanto se cerró la puerta, Laura saltó de la cama y, sin esperar a lavarse ni a rezar sus oraciones, empezó a vestirse atropelladamente, confundiendo en su apresuramiento botones y trabillas, y olvidando que aquella mañana rica en acontecimientos se había prometido que pondría más atención de la habitual a la hora de vestirse. Se estaba abrochando los zapatos cuando Sarah se asomó a mirar.

—Pero ¡bueno, señorita Laura! ¿No sabe que su madre la está esperando?

—Es demasiado tarde. Ya estoy vestida —dijo Laura en tono amenazante.

Sarah movió la cabeza de un lado a otro.

—La señora se va a enfadar de verdad. Y no le conviene discutir en su último día.

Laura pasó sigilosamente por la puerta, salió corriendo al jardín y se metió en el cenador. Tenía el tamaño de una habitación amplia, y estaba compuesto por un único árbol, grande y frondoso, alrededor de cuyo tronco se había construido un asiento. Allí se encogió, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en las manos. Tenía en el rostro la expresión dura que acompañaba al nombre de «Laura enfurruñada», pero con los ojos tan grandes y abiertos como los de un animal asustado. Si Sarah iba a buscarla se aferraría al sitio con las dos manos y, aunque tuviera que darse por vencida por fuerza mayor, al menos ya estaba levantada y vestida. No como la última vez. Una semana antes, madre intentó algo así. En aquel momento la pilló sin vestir. Fue a ocupar el sitio calentito de Pin, con curiosidad y sin sospechar nada, y madre empezó a hablarle seriamente, y no con su estilo directo habitual. Le recordó que estaba creciendo muy deprisa y que pronto iba a ser una mujer; le dijo que tenía que dejar sus costumbres infantiles y aprender a

comportarse con modestia y feminidad. Todo eran cosas desagradables y perturbadoras, lo último que Laura quería oír. En cuanto tuvo claro de qué trataba todo aquello, salió de la cama y huyó del dormitorio. Desde entonces había puesto el mayor cuidado en no quedarse mucho tiempo a solas con madre.

Pero pasó media hora y nadie fue a buscarla; el gesto adusto de su carita se relajó. Tenía mucha hambre y, cuando por fin oyó que Pin la llamaba, delató su escondite dando un brinco.

—¡Laura, Laura! ¿Dónde estabas? Dice madre que vengas a desayunar y no seas tonta. El coche llega dentro de una hora.

Las dos hermanas entraron en casa de la mano.

En el camino, Sarah estaba atareada atando una caja de hojalata abollada. Habían dado permiso a los niños para pegar en ella un folio grande de papel de carta que tenía escritas, con la letra de madre, las siguientes palabras:

Señorita Laura Tweedle Rambotham  
Colegio de señoritas  
Melbourne

Madre en persona estaba en la mesa del desayuno, cortando sándwiches.

—Ven y tómate el desayuno. El té se ha enfriado —fue lo único que dijo por el momento.

Laura se sentó y se puso a comer con buen apetito, pero también con una mirada de reojo a la generosa pila de pan y carne que iba creciendo bajo las manos de madre.

—Nunca me comeré todo eso —dijo con descortesía; le molestaba que la considerasen todavía una niña golosa con un estómago insaciable.

—Sé mucho mejor que tú lo que vas a comer. Para esta tarde tendrás bastante hambre, te lo aseguro, sin haber almorzado —respondió madre.

El rostro de Pin se ensombreció ante esta perspectiva.

—¡Madre! ¿De verdad no va a comer nada? —preguntó; en aquel momento empezó a parecerle que ir a la escuela era una las experiencias más funestas que deparaba la vida.

—Claro que no va a comer, boba, ¿no ves que estará en el tren? —dijo Sarah—. O ¿es que te crees que en el tren te dan de comer?

—¡Madre, entonces prepárele el doble! —rogó Pin, sorbiendo con valentía.

Laura empezó a sentirse conmovida con tanta solicitud, y engulló un buen trozo con un sorbo de té. Pero cuando Pin se marchó con Sarah para ir a buscar unas nectarinas, el rostro de madre se volvió severo, y a Laura se le pasó la emoción.

—Estoy más disgustada contigo de lo que puedo expresar con palabras, Laura. No sé dónde vas a ir por ese camino, tan desobediente y terca. Por no haber venido esta mañana, te estaría bien empleado que no te diera ni un penique que llevarte a la escuela para gastos.

Laura había oído antes esta amenaza y pensó que sería preferible no replicar. Se tragó el resto del desayuno y se escabulló.

Con los demás niños pisándole los talones, organizó una vuelta por el jardín para decir adiós a las cosas y a los sitios. Estaban los dos cenadores en los que había jugado a las casitas, en los que había cocinado, comido y dormido. Estaba el alto abeto con ramas como peldaños por las que había trepado hasta lo más alto de la copa; estaba el macizo de bambú y caña donde había sido Robinson Crusoe; el viejo cactus de hoja ancha en el que habían grabado sus nombres y dibujado sus retratos; el alto aloe con su misterioso hechizo, porque

nunca se sabe en qué momento va a cerrar una etapa y estallar con una flor. Ahí estaba también la vieja higuera con sus ramas pulidas y redondeadas, desde las que, sentada como en un andamio, había hecho de Julieta para el Romeo de Pin y viceversa... pero más a menudo Julieta, porque, aunque a Laura le gustaba mucho más ser el ardiente amante al pie del árbol, a Pin no se le daba bien trepar, y cuando se agarraba temblando a las ramas necesitaba que le soplaran el texto mucho más... e incluso así lo repetía con escaso énfasis, por lo que invariablemente Laura terminaba perdiendo la paciencia con ella y la escena de amor terminaba en riña. Al pasar por detrás de una valla de madera donde había una maraña de flores de la pasión, abrió la puerta del corral y vio pavoneándose a la gallina seguida por sus lindos polluelos. Laura los había bautizado a todos, y ahora tenía a Napoleón y a Garibaldi en las manos y estrechaba las sedosas pechuguitas contra su mejilla mientras sus hermanos seguían sus movimientos en respetuoso silencio. De rodillas delante de la conejera, introdujo entre las barras verdura suficiente para que a sus dos pequeños ocupantes les durase días y, a todas partes donde iba, la seguía una urraca coja que, a pesar de sus achaques, saltaba rápida y alegre sobre sus muñones. Laura la había rescatado y criado, y ella la seguía como un perrito; la niña había prodigado al pájaro tantas atenciones como a un koala que se le murió entre las manos.

—Niños, ahora escuchadme bien —dijo mientras se ponía en pie delante de la conejera—. Si no cuidáis de Maggy y los conejitos no sé qué haré. A los pollitos no les va a pasar nada; Sarah los va a cuidar, por los huevos. Pero Maggy y los conejitos no dan huevos, y si nadie les da de comer, o si Frank vuelve a pisar a Maggy, se morirán. Y, si dejáis que se mueran, no sé qué os haré. O bueno, sí que lo sé: enviaré al demonio a vuestros cuartos cuando sea de noche y esté oscuro, justo antes de que os durmáis. Así que ¡cuidado!

—Y ¿cómo lo harás, si no vas a estar? —preguntó Leppie.

En cambio Pin, que creía en fantasmas y apariciones con todo su miedoso corazoncito, prometió temblorosa que nunca, nunca, se le iba a olvidar. Pese a todo, Laura no se quedó satisfecha hasta que todos, por turno y acompañándola con los gestos apropiados, repitieron la fórmula secreta, sagrada y prohibida:

¿Tengo el dedo mojado?

¿Tengo el dedo seco?

Que Dios me fulmine

si digo una mentira.

Entonces oyeron que Sarah les llamaba y salieron a la carretera para ver llegar el coche. Que Laura se vistiera al final resultó un proceso largo que se hizo con prisas, riñas y pocas palabras de paz por parte de Pin porque, en su apresuramiento de aquella mañana, a Laura se le había olvidado ponerse la ropa interior limpia que madre había dejado al lado de la cama, y por lo tanto tuvo que volver a desnudarse de arriba abajo.

Los niños anunciaron chillando la llegada del carruaje, y al mismo tiempo se oyó el retumbar de las ruedas. Sarah salió de la cocina secándose las manos y Pin empezó a llorar.

—¡Vamos, cállate, alberca! —le dijo Sarah con aspereza; ella también tenía los ojos húmedos—. ¿No ves que la señorita Laura no es tan ñoña? Cualquiera diría que quien se va eres tú, y no ella.

El viejo y destartado coche postal del Cobb's Royal Mail, aparatoso y enorme, de color rojo y tirado por dos recios caballos, se detuvo frente a la puerta y el cochero bajó del pescante.

—Buenos días tenga usted, señora, buenos días, señorita —dijo esto último dirigiéndose a Sarah, que cogió la caja y se la tendió para que la sujetara en la baca—. Vaya, vaya, así que esta jovencita se va al colegio, ¿verdad? ¡Hay que ver, el tiempo vuela! Me acuerdo muy bien del primer día en que la llevé a usted, señora. Estos niños ni siquiera eran lo bastante grandes para subir y bajar por su cuenta. Ahora le garantizo que pueden, ¿no los ve? Pero ¡bueno! ¿No te da vergüenza? —exclamó mirando a Pin—. ¡Mira que llorar de ese modo! Vamos, vamos, si no te contienen nos vas a inundar la carretera. Sí, sí, señora, esté tranquila, cuidaré de ella y la dejaré en el tren con mis propias manos, no se preocupe. Jehová guarda al huérfano y a la viuda y, si no lo hace, ya se ocupa de ellos Patrick O'Donnell.

Ésta era la broma preferida de O'Donnell, y la recalaba con una risotada entre dientes. Mientras hablaba, había bajado los peldaños para ayudar a los tres niños a subirse, porque iban a acompañar a Laura hasta la salida del pueblo. Los pequeños se rieron emocionados cuando el hombre aseguró que los caballos no iban a ir bien compensados. La única que lloriqueaba era Pin, con indisimulada pena.

—Y ahora, la señorita Laura.

—Adiós, Laura, querida. Trata de portarte bien. Escribe todas las semanas y cuéntame todo: si estás contenta, si te dan bien de comer y si tienes suficientes mantas en la cama. Acuérdate de cambiarte de botas siempre que se te mojen los pies, y no te asomes a la ventanilla en el tren.

Laura había tenido que esforzarse mucho para dominarse y no llorar delante de los niños; a medida que se acercaba la hora se le había ido haciendo más y más difícil. Mientras se estaba vistiendo lo había conseguido contando las veces que aparecía el perfil de un emperador romano entre las flores del papel pintado, pero ahora había llegado el peor momento, el del adiós. No miró a Pin, pero oía su incesante llanto y sorber de mocos, y apretó los labios.

—Sí madre... No madre... —respondió escuetamente—. Todo irá bien. Adiós.

Pero, con todo, no pudo retener una especie de sollozo sin lágrimas que se le subió a la garganta.

Una vez que estuvo en el coche, Sarah, de quien se había olvidado, subió para darle un beso, y O'Donnell y la criada bromearon un poco mientras replegaban los peldaños para retirarlos. Laura no sonrió; su carita delgada estaba muy pálida. De un modo que no era capaz de expresar, a su madre el corazón le dio un vuelco al verla así.

—No te olvides de los sándwiches. Y, cuando estés sola, mira en el bolsillo del abrigo y encontrarás una sorpresa. Adiós, querida.

—Adiós... adiós.

El cochero se había subido al pescante y había cogido las riendas. En cuanto gritó a los dos caballos «¡arre!», el carruaje se puso en marcha y avanzó por la calle principal. Laura dejó el pañuelo asomado a la ventana hasta que giraron en la esquina de los jardines Shire. Sarah no dejó de agitar el suyo hasta ese momento; después, se secó los ojos con él y se sonó ruidosamente. Madre tan sólo suspiró.

—No podía haberse esforzado más en aguantar —dijo, más para sí misma que para Sarah—. Espero que todo vaya bien. ¡Se la ve tan niña para enviarla fuera así! Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Siempre he dicho que mis hijos no irían a una escuela estatal,

aunque tenga que pedir limosna para mandarlos a otro sitio.

Pero volvió a suspirar, pese a la energía que había puesto en sus palabras, y se quedó mirando el lugar donde el coche había desaparecido. Seguía siendo una mujer relativamente joven y esbelta, pero los problemas, la pobreza y las noches en blanco habían dibujado muchas líneas en su frente.

—No se preocupe —la consoló Sarah—. La señorita Laura va a estar bien. Lo que pasa es que es demasiado inteligente, tiene sesera para dos, eso es lo que le pasa. Pero los niños crecen, se hacen mayores y... pierden el plumón —hablaba distraídamente, y la metáfora se le ocurrió mientras veía a unos pollitos que habían cruzado la calle y ahora intentaban subirse a la veranda de madera—. ¡Eh, tú, fuera de ahí!

—Lo sé. Pero Laura... Los demás niños nunca me han dado ningún disgusto, pero Laura es distinta. Parece que cada vez soy más incapaz de llevarla. ¡Si su padre viviera para ayudarme!

—No me cabe duda de que ningún padre viviente podría hacer más de lo que hace usted por estos preciosos niños —contestó Sarah, impaciente—. No piensa en otra cosa, y sería mucho mejor que pensara un poco más en sí misma y se cuidara. Se pasa las noches en vela y no duerme en condiciones, dale que te pego día y noche a los dichosos bordados y demás, para que la señorita Laura pueda ir al colegio y tener para los libros. Y además se preocupa por ella. Pero estará bien, la señorita Laura es como los guisantes: hay que sacarlos de la vaina, pero estar, están. Sin contar con que el colegio le quitará toda la tontería que tiene.

—Espero que no sean muy duros con ella —dijo la madre, repentinamente preocupada—. Cierre la puerta lateral, ¿quiere? Los niños han vuelto a dejársela abierta. Y creo que hoy vamos a ocuparnos del salón, Sarah.

Sarah refunfuñó para sus adentros mientras iba a cerrar la puerta. Aquello no entraba en sus planes del día, y aún no se había puesto a cocinar. Pero, aunque en otras ocasiones no habría dudado en hacerlo, esta vez no contradijo a su señora, porque sabía que lo que más la ayudaba en los momentos difíciles era el trabajo manual. Además, Sarah tenía una secreta debilidad por lo que ella llamaba «días de salón», porque en el salón se almacenaban los tesoros que quedaban de su prosperidad pasada. Estaba lleno de adornos y de otras cosas, y mientras su ama iba cogiendo esos objetos de uno en uno para quitarles el polvo y abrillantarlos, cuando estaba de buen humor le explicaba dónde y cuándo los había comprado, o describía los lugares de los que provenían, y de este modo Sarah, que se paraba con la escoba en la mano para escuchar, con el tiempo fue haciéndose una idea aproximada de países como «La Intia», por ejemplo, de donde procedían una pequeña «pagodia» y un pequeño dios de latón inexpresivo, tranquilamente sentado con la mirada perdida.



### Capítulo III



Mientras el coche bajaba por la calle principal, Laura se sentó muy tiesa junto a la ventanilla. Se imaginaba a la gente pensando que ahí estaba la pequeña señorita Rambotham, que se iba al colegio. Se alegró especialmente de que justo al pasar por el hotel Comercial la señorita Perrotet, la hija pelirroja del dueño, asomara su rizada cabellera por la ventana, porque la señorita Perrotet también había estado interna y por ese motivo tenía un altísimo concepto de sí misma, aunque sólo había estado un año, el último. En el banco National la mujer del director despidió amistosamente a los niños con la mano, y en el hotel Royal Mail, donde pararon para recoger pasajeros o encargos, la señora Paget, la rubicunda hostelera, salió alisándose el mandil de raso negro.

—Desde luego, no sé qué hace tu madre mandándote tan lejos y tan sola.

El paseo había consolado un poco a Pin pero, cuando pasaron por las tiendas principales y el molino, y llegaron a la parte de la carretera en que empezaba a haber menos casas, volvieron las lágrimas. Ya habían dejado atrás las últimas casas y empezaba a verse la enorme maquinaria de las minas, las tierras pantanosas donde los chinos cribaban y lavaban incesantemente la tierra con el cedazo. O'Donnell desmontó y abrió la puerta. Bajó a los tres de uno en uno, moviendo la cabeza con un divertido aire de disgusto para Pin, y cuando parecía que el pequeño Frank también iba a empezar a hacer pucheros y a retorcerse, aquel hombre amable trató de hacerles reír preguntándole si le dolía la tripa. Laura se quedó mirando a los niños, los tres de la mano —porque Pin no se olvidaba de sus responsabilidades ni estando llorosa— cuando una curva cerrada del camino hizo que los perdiera de vista.

Ahora estaba sola en el espacioso habitáculo del carruaje, y la orgullosa emoción de la partida se había esfumado. Las lágrimas reprimidas con tanto afán salieron a borbotones. Se tumbó en el asiento y lloró amargamente. No era un llanto infantil e irresponsable como el de Pin, sino otro algo distinto, más intenso, más profundo, y desahogó pronto sus sentimientos desbordados. Pero como no estaba acostumbrada a llorar pasó por alto el momento de sobreponerse y se permitió el lujo de seguir llorando.

—Pero ¡bueno! ¿Qué pasa aquí? —gritó una voz fuerte, cálida y extrañada mientras un rostro gordo y rosado sonreía abiertamente a Laura—. ¿Qué le pasa a esta jovencita, que está llorando como para partir el corazón? Venga, venga, no será para tanto. No llores así, vamos.

El coche se había parado, la puerta se había abierto y había subido una mujer rechoncha cargada con un gran cesto, seguida por un muchacho con bigotes del color del trigo. Laura se incorporó como una flecha y se enderezó el sombrero, sonrojada por la enorme vergüenza de que la hubieran visto en semejante trance. Se había enjugado las lágrimas a toda prisa, pero no podía disimular que tenía los ojos rojos y la nariz

congestionada. Estaba, en definitiva, «toda taponada», como decía Sarah. No contestó a las exclamaciones de la recién llegada, sino que se quedó quieta con el pañuelo agarrado y se puso a mirar por la ventanilla. Pero la sana curiosidad de la buena mujer aún no estaba satisfecha.

—¡Pobrecita! —insistió—. ¿Adónde vas tan solita?

—Al internado —contestó Laura, echando una mirada a la pareja que tenía sentada enfrente.

—¡Al internado! ¿Oyes, Peter? ¿Cómo es que tu madre envía al internado a una niña tan pequeña como tú, y tan sola?

El rostro de Laura se impregnó de dignidad para responder:

—No soy tan pequeña; sólo un poco bajita para mi edad. Cumplí doce años en primavera. Y tengo que ir al internado porque ya he aprendido todo lo que podía aprender en casa —explicó con palabras que, por haber oído muy a menudo, se sabía de memoria.

Pero su discurso no impresionó a la mujer.

—¡Arrea! Pues a mí me sigues pareciendo pequeña. ¡Y tan poca cosa! Como la de Sam MacFarlane, que se nos fue la pasada Navidad, ¿verdad, Peter?

Peter, que evitaba mirar a Laura, farfulló como un borrego algo sobre parecer pequeña.

—Y ¿quién es tu madre, hija, cómo se llama? —prosiguió su interrogadora.

Laura contestó educadamente, pero en su forma de responder había cierta reserva que, unida al nombre que dio, fue suficiente. La viuda, la madre de Laura, tenía fama de ser muy estirada, y de educar a sus hijos del mismo modo.

La mujer no siguió preguntando, sino que le susurró algo a Peter tapándose la boca con la mano y luego, rebuscando en su cesto, sacó una manzana grande y roja que tendió a Laura con una sonrisa y un gesto que la animaban a cogerla.

—Toma, bonita. Es para ti. Venga, no llores más, ya pasó.

Laura, que sabía de sobra que no había derramado ni una sola lágrima desde que la pareja se subió al coche, se puso muy colorada y, con un movimiento entre tímido y reticente, se llevó las manos a la espalda.

—No, no, muchas gracias —dijo con mucho apuro, pero sin querer herir los sentimientos de quien se la ofrecía—. A madre no le gusta que aceptemos nada de desconocidos.

—¡Será posible! —exclamó asombrada la corpulenta mujer—. ¡Si es sólo una manzana! Toma, bonita, cógela tranquila. Tu madre hoy no habría puesto ninguna pega, no me cabe duda, yendo tan lejos y tan sola. Es dulce y jugosa.

—Donde vas es a Melbourne, ¿no? —espetó el rubio Peter tan repentinamente que Laura se asustó.

Ella confirmó este extremo y posó una mirada solemne en él, preguntándose por qué se había puesto tan rojo, nervioso e inquieto. La mujer dijo: «Tch, tch, tch» ante el largo viaje que le esperaba y Peter, poniéndose todavía más rojo, se atrevió a hacer otro comentario.

—Una vez yo estuve a punto de ir a Melbourne —afirmó.

—¡Ay, sí, y nunca se le va a olvidar, pobre infeliz! —soltó la mujer, pero pronunció estas palabras con tanta bondad que era imposible que Peter se molestara, pensó Laura.

Echó una mirada a la pareja tratando de figurarse qué relación les unía. Había tendido obedientemente la mano para coger la manzana y ahora la sostenía, pero sin hacer amago de comérsela. Lo que la impulsó a rechazar la fruta no fueron sólo las enseñanzas de

madre, sino que se sintió humillada por la idea de que le dieran algo para que se portara bien, como a Pin o a uno de los niños. Ésa era su penitencia por haber llorado como una niña pequeña; si no la hubieran pillado con las manos en la masa, aquella mujer nunca se habría atrevido a tanta familiaridad. Lo grande y roja que era la manzana hacía que la odiara, y se puso a reflexionar sobre cómo iba a deshacerse de ella.

Mientras el carruaje seguía bamboleándose, los otros pasajeros se recostaron y cerraron los ojos; ninguna sombra se proyectaba en la carretera y los cascos de los caballos levantaban un espeso polvo rojo que se alzaba como el humo. A los lados, la hierba bajo los boj dispersos o en torno a las grandes rocas negras que salpicaban las lomas estaba completamente seca. Con el tiempo, Laura también se fue adormilando, y justo estaba dando una cabezada cuando, con una sacudida, el coche se detuvo delante de una venta. Allí se apearon sus compañeros, y volvieron los gestos con la cabeza y las sonrisas de la mujer.

—Puedes comértela, bonita. Estoy segura de que tu madre no diría nada —fue lo último que dijo mientras cerraba la portezuela y desaparecía en la venta seguida por Peter.

Entonces apareció en la ventanilla la amable cara del cochero. En una mano llevaba un vaso, y en la otra una botella de limonada.

—Aquí tienes, pequeña, tómate esto. Viajar cansa mucho.

Eso era muy distinto a lo de la manzana. Laura tenía la garganta reseca de polvo y lágrimas. Aceptó la oferta con agradecimiento, pensando mientras se la tomaba en la envidia que le habría dado a Pin si la hubiera visto tomándose una botella de limonada.

Después, el traqueteo y los zarandeos se reanudaron. Ya no se subió nadie más y, cuando pasaron los dos únicos puntos de referencia que conocía —la choza del chino leproso y el huerto de Ah Chow, que dos veces por semana se daba la caminata a trote ligero hasta la ciudad con sus cestos colgantes para llevar verduras a la gente—, Laura se durmió. Se despertó sobresaltada y vio que el coche se había detenido en lo alto de la abrupta colina que dominaba la estación de tren para colocar los frenos. La bajada era estupenda con una calesa, pero el coche se atascaba con los frenos, se movía como un gusano y apenas parecía capaz de avanzar.

A los pies de la colina, bajo el sol, la ciudad reposaba perezosa. Era casi mediodía, pero había poca gente en la calle, porque ya hacía mucho tiempo que aquel lugar había dejado de ser un importante centro minero; las vetas grandes se habían agotado y la llegada del ferrocarril no había bastado para renovar energías. Siempre era así en aquellas calles de casas de ladrillo rojo, bajas y con verandas, aburridas y dormitando sin cesar, y la única animación reinante era invariablemente la que se encontraba a las puertas de las muchas tabernas.

En una de ellas se detuvo el coche y empezaron a descargar paquetes sin parar. La gente se acercaba y se asomaba a la ventana para ver a Laura, que estaba empezando a alarmarse, no fuera que O'Donnell —que se había metido dentro— se hubiera olvidado por completo de que tenía que llevarla a coger el tren; entonces le vio salir limpiándose los labios.

—¡Y ahora el equipaje vivo! —dijo con un guiño, y Laura se echó hacia atrás, desconcertada por las risas de un grupo de bribonzuelos que se agolpaban a la puerta.

De hecho, ya era hora de llegar a la estación; en cuanto sacaron su caja y le recogieron el billete, el tren pitó. O'Donnell la dejó al cuidado del guarda; le estrechó la mano y le dio las gracias, y acababan de encerrarla sola en un compartimento cuando el cochero volvió corriendo por el andén llevando en la mano, donde todo el mundo podía

verla, la manzana que Laura pensaba haber dejado bien escondida bajo los cojines del coche. Se ruborizó hasta la raíz del cabello mientras un montón de cabezas se asomaban para ver qué pasaba, y para colmo no le quedó más remedio que dar las gracias a O'Donnell. Posteriormente el guardia volvió y le dijo que nadie iba a viajar con ella, que no tuviera miedo.

—De acuerdo. Y me avisa por favor cuando llegemos a Melbourne.

En cuanto el tren salió de la estación, Laura bajó la ventanilla y, tomando por diana un poste de telégrafos, arrojó la manzana con todas sus fuerzas. Después se asomó todo lo que pudo, casi hasta que se le voló el sombrero. Era el primer viaje que hacía sola y, ahí encerrada, sin nadie más en el angosto espacio del compartimento, disfrutaba de una sensación embriagadora de libertad. Tenía libertad para hacer todo lo que le podían prohibir: anduvo arriba y abajo por el vagón, saltó de un sitio a otro y luego se tumbó en los asientos y se puso a canturrear mientras veía pasar los postes del telégrafo con los cables subiendo y bajando. Pero cuando llegaban a una estación se sentaba aunque el tren no parase, para que todo el mundo viera que viajaba sola.

Se le abrió el apetito y se puso a dar buena cuenta de su almuerzo; resultó que, a fin de cuentas, madre no había previsto tanto. Una vez que terminó, se sacudió las migas y manoseó la ostentosa media corona que se había encontrado en el bolsillo hasta que le acabaron doliendo las yemas de los dedos; se puso a pensar en ellos, en casa, y en lo que estarían haciendo en ese momento. Era entre las dos y las tres; el sol estaría dando de lleno en las baldosas de la veranda trasera; Pin y Leppie tendrían que ir moviéndose, centímetro a centímetro, en busca de un sitio más fresco para su juego de la tarde, mientras el pequeño Frank estaría dormido, y Sarah salpicando el suelo de ladrillos de la cocina mientras fregaba los platos de la comida. Madre estaría cosiendo, y seguiría ahí, cosiendo, cuando la sombra del abeto, que a mediodía se encogía como un enano, se hubiera estirado hasta alcanzar la talla de un gigante y los niños hubieran abierto la puerta delantera para ir a jugar en el camino, a la sombra. Al pensar en esas sombras y en las cosas familiares que no iba a volver a ver en muchos meses, le empezaron a picar los ojos.

Tras pasar por varias estaciones, se detuvieron; su atención se distrajo con el ruido y el ajetreo. Cuando el tren volvió a mecerse al arrancar, Laura se dejó llevar por pensamientos más amables. Se imaginó a sí misma, por centésima vez, en la nueva vida hacia la que estaba viajando y, como siempre, se la figuró de color rosa.

Había llegado a la escuela, y se encontraba en una espaciosa sala que era como una versión mejorada del salón de madre. Allí le presentaban a un grupo de niñas. Ellas la rodeaban, impacientes por conocer a la recién llegada, que estrechaba la mano de cada una de ellas con soltura y las palabras justas. Estaban demasiado bien educadas para echar una mirada a su ropa, que, por más que hubiera embellecido en su imaginación, sabía que no era lo que debía ser: el abrigo tenía varios años y era tan corto que no cubría el volante de la falda; el vestido, con el sombrero a juego, era del gusto de su madre y por lo tanto —Laura estaba segura— del gusto de nadie más. Pero sus nuevas compañeras veían que llevaba aquellas prendas con una elegancia que compensaba sus defectos; y las oía decirse por lo bajo: «¿Verdad que es guapa? ¡Qué ojos tan negros! ¡Qué tirabuzones tan preciosos!». Pero ella no era soberbia y, con sus modales delicados, conseguía enseguida que se sintieran cómodas en su compañía por mucho que su talento las dejara boquiabiertas; ninguna podía jactarse de haber adquirido el conocimiento de toda una casa. Entabló enseguida amistad con una de sus nuevas admiradoras, y maravillaban a todo el que las veía. Con profundo respeto las demás niñas se retiraron y formaron una especie de pasillo por el que las dos

amigas, de la mano, pasearon olvidadas de todo menos de sí mismas. Así, embarcada en el mar de los sueños, Laura zarpó y se dejó llevar.

—¡La próxima estación es la tuya, jovencita!

Se levantó de un salto y paseó una mirada inexpresiva a su alrededor. Habían pasado la última parada del trayecto y ya estaban cruzando las marismas. En menos de dos minutos tenía todas sus cosas recogidas, el pelo arreglado y los guantes puestos.

Poco después avanzaban a lo largo de un andén de grava en el que crecían matitas de hierba. Eso era Melbourne. En el extremo más cercano del andén había dos damas, una rechoncha y mayor con gorro y túnica, anteojos en una montura negra y ojos miopes y penetrantes; la otra también era rechoncha y guapa, pero joven, de rostro risueño y regordete, y mejillas sonrosadas. Laura las distinguió desde muy lejos y, cuando el vagón pasó por delante, ellas también la vieron, impaciente y bien a la vista en su ventanilla. Las dos la miraron; la más joven dijo algo y se echó a reír. Laura relacionó instantáneamente el comentario, y la diversión que produjo en quien lo hizo, con el vistoso adorno rojo de su sombrero, al que la joven había dirigido la mirada. También se dio cuenta, cuando ya era tarde, de que su saludo había sido muy infantil e innecesariamente efusivo, pues las damas sólo habían contestado con inclinaciones de cabeza. Ahí tenía que sortear dos golpes a la vez, y a Laura se le encendieron las mejillas. Pero no dejó de sonreír, y cuando se bajó del tren seguía luciendo esa misma sonrisita con la que hacía todo lo que podía para dar la impresión de estar despreocupada y en su salsa.



## Capítulo IV



La mayor de las dos mujeres era la madrina de Laura. Vivía en Prahran, y a veces Laura había pasado un mes de vacaciones en su casa. Con su estilo brusco y su lengua afilada, la madrina era buena con ellos; su favorita era Pin, y no tenía el menor reparo en que se supiera. Su compañera de andén era una prima de Laura que al menos le doblaba en edad y que invariablemente atemorizaba a los niños por su forma de hablar irónica y deslenguada. Era una persona independiente y de aires masculinos pese a sus curvas orondas; vivía por su cuenta, hospedada en una pensión, y se ganaba la vida como empleada de oficina.

Una vez concluidos los saludos, toda la atención de la madrina se centró en la caja de Laura: cuando la sacaron entre el equipaje, expresó su preocupación sobre si podría ir en el asiento de atrás del coche de caballos, adonde la transportaron un mozo de cuerda y el mozo de la madrina. Laura esperó tímidamente mientras la prima Grace seguía la conversación con preguntas bruscas y embarazosas.

—¿Qué tal tu madre? —espetó, más que preguntó, con su tono popular y jocoso—. Supongo que estará tan contenta de haberse deshecho de ti.

Laura sonrió insegura, porque no sabía si la prima Grace hablaba en serio o en broma.

—Me figuro que te sentirás la mar de importante por ir al internado —prosiguió.

—¡No, en absoluto! —protestó Laura con la modestia que convenía al caso y, puesto que tanto la pregunta como la respuesta hicieron reír a Grace a mandíbula batiente, se alegró de oír que la madrina las llamaba:

—¡Vamos, subid! Los caballos no esperan.

La madrina llevaba las riendas de aquel carruaje bajo tirado por dos caballos del color del ante. Laura se sentó de espaldas a los animales. La madrina sacudió las riendas y dijo: «¡Arriba!», pero seguía estando preocupada por la caja, que el mozo llevaba detrás. Aseguró que de haber medido unos centímetros más habrían tenido que dejarla. Laura miró incómoda sus costados abollados. La madrina podía acordarse, pensó, de que en esa caja estaba toda su ropa, y se preguntó cuántos de sus grandes vestidos podían haberse comprimido en un espacio tan pequeño.

—Toda mi ropa va dentro, todo lo que voy a necesitar durante meses —explicó la niña.

—Vaya, ya me imagino que tu pobre madre se ha pasado horas cosiendo sin parar, para que tú vayas tan bien vestida como las demás —dijo la madrina, y se le escapó un suspiro de lástima. Pero la prima Grace se echó a reír con una de esas carcajadas que dejaban ver una boca llena de dientes sanos.

—¿Qué? ¿Que toda tu ropa va ahí dentro? —gritó—. ¡Caramba! No podrás ser una

reina si no tienes más que esas togas.

—Claro, ya lo sé —se apresuró a responder Laura, y se puso muy colorada—. Las reinas necesitan mucha más ropa de la que yo tengo.

—¡A callar! —intervino la madrina, que no había entendido la alusión, referida a una vieja ambición de Laura—. ¡No le digas tonterías a la niña!

Conducía muy mal el carruaje, e iba por calles laterales más tranquilas para escapar de las que tenían más tráfico; el vehículo se bamboleaba de un lado a otro por culpa de obstáculos que no se hacían visibles hasta que la madrina los tenía casi encima. Los caballos sacudían y balanceaban la cabeza por los constantes tirones del bocado, y Laura tenía que agacharse todo el rato para apartarse del camino de las riendas. Dejó aquellas calles desconocidas como en un sueño y hubo un momento de silencio, roto sólo por las invectivas de la madrina a los caballos, hasta que la prima Grace, que se estaba cansando de ir mirando para aquí y para allá, volvió a posar sus ojos en Laura y la estudió de arriba abajo.

—Vamos a ver, ¿quién te ha decorado el sombrero? —preguntó sin previo aviso.

—Madre —respondió valientemente Laura mientras le volvían a subir los colores.

—Ajá. Me figuro que lo habrá hecho para que no te pierdas mientras lo lleves puesto —afirmó su prima con desconcertante franqueza—. Pareces una dalia roja doble, enorme.

—Deja en paz a la niña. Le queda muy bien —replicó la madrina con su estilo llano.

Pero Laura estaba segura de que a ella también le parecía mal y sintió, más que oyó, el comentario pronunciado entre dientes de que «a Jane siempre le han gustado las cosas alegres».

—A mí me gusta mucho el color. Lo escogí yo —afirmó Laura, y se quedó observando los dos rostros que tenía delante. Pero sus labios se fruncieron. Le habría gustado arrancarse de un tirón el sombrero, lanzarlo delante de los caballos y oír cómo lo pisoteaban con sus cascos. Nunca había querido llevar ese adorno rojo en la gran ala vuelta hacia arriba; con una aversión a llamar la atención que para madre resultaba incomprensible, le imploró que «la dejara lisa». Pero madre había contestado «¡Tonterías!», y también «¡Cierra la boca!», además de «Yo soy la que entiende», con este resultado.

Vio de sobra, desde luego, que la madrina indicaba con una mirada a la prima Grace que no siguiera por ese camino, pero hizo como si no se hubiera dado cuenta. Nadie habló en lo que quedaba de trayecto. Pasaron por delante de largas hileras de casas grises idénticas, pegadas unas a otras; rodearon parques públicos vallados en los que crecían todo tipo de árboles raros que no le resultaban familiares, con ramas que crecían desde la parte baja de los troncos y copas frondosas. Las calles anchas estaban en cuesta y el viento, que venía por ráfagas en forma de nubes de polvo blanco y arenoso, se topaba con esos árboles. Acababan de cruzar uno de esos tornados en miniatura con la cabeza gacha y las manos en el sombrero cuando dieron la vuelta a una esquina y, de pronto, pararon. El mozo saltó del coche y se colocó junto a la cabeza de los caballos. Laura, que no esperaba que el viaje acabara tan pronto, no vio más que una alta valla de madera, pero la prima Grace miró más arriba, se estremeció histriónicamente y exclamó:

—¡Que me aspen! ¡Cuánto me alegro de no ser yo quien vaya a la escuela! ¡Si parece una cárcel!

Una vez que la reja se cerró tras ellas y, visto desde el interior del recinto, era sin duda un edificio imponente. A Laura, que venía de una población pequeña con casas de un piso en ladrillo o madera, le pareció enorme tanto a lo ancho como a lo alto, y espantoso en

su gris sombrío. Avanzó entre la madrina y la prima Grace por un camino asfaltado y subió la escalera que llevaba a un portal todo de piedra. A la campana que tocó la madrina no respondió sonido alguno, pero al cabo de unos segundos la puerta se abrió y ante ellas apareció una delgada doncella con cofia y delantal. Mientras traspasaban el umbral les sonrió con una amabilidad chinesca. Tras ladear la cabeza para escuchar las palabras que le susurraba la madrina, desapareció con la misma ligereza con que había llegado. Las tres se sentaron y empezaron a mirarlo todo. Estaban en una sala de espera enorme, pero amueblada con sencillez. Tenía dos amplios ventanales. No habían bajado las persianas venecianas, y el sol de la tarde entraba a raudales extendiendo en la alfombra un parche desgastado y resaltando, además, una capa de polvo acumulada en la mesa de trabajo central. Se respiraba el tenue y distintivo olor del mobiliario exótico. Pero lo que más impresionó a Laura fue el silencio. Ningún ruido de la calle atravesaba aquellos gruesos muros, ni tampoco llegaba a sus oídos el más mínimo eco de lo que pudiera estar sucediendo en el gran edificio; las tres se sentaron guardando las distancias, como si estuvieran aisladas del mundanal ruido. La sensación no tardó en hacerse francamente opresiva. «Así debe de ser estar muerto», pensó Laura y, sin querer, se acordó del cuarto de hora que pasó una vez en la antesala de un dentista. Tanto allí como aquí había el mismo vacío insonoro, la misma espera angustiada. Y ahora, como entonces, el corazón empezó a latirle tan deprisa que tuvo miedo de que sus acompañantes pudieran oírlo. Sin embargo, también ellas estaban subyugadas; aunque la prima Grace sonreía tontamente, ahora sólo se oía una suave respiración, e incluso la madrina manifestó su deseo de que no las hicieran esperar mucho sin apenas alzar la voz. Pero pasó un minuto, y luego otro, y allí seguían sin que nada ocurriera. Empezó a parecer que tendrían que quedarse para siempre en esa sala.

De pronto, de uno de los espaciosos vestíbulos que habían entrevisto al llegar, notaron unos pasos rápidos acercándose sobre el linóleo, primero sólo como un lejano taconeo que rápidamente se volvió más fuerte y decidido. Los latidos de Laura llegaron al límite; un segundo más y se le habría salido el corazón del pecho. La prima Grace dejó de reírse, la puerta se abrió con un balanceo peculiar y las tres se pusieron de pie.

La persona que entró era una mujer muy digna tocada con una cofia con lazos negros. Aún tenía el picaporte en la mano cuando hizo una pequeña inclinación que acompañó con todo el cuerpo, aunque enseguida se puso aún más tiesa que antes. Una vez que se presentó a la madrina como la señora Gurley, subdirectora de la institución, se acercó a una silla, se posó sobre ella, y empezó a conversar con un aire de indecible condescendencia.

Mientras hablaba, Laura la examinaba con una avidez infantil por los detalles. La señora Gurley era de formas anchas y generosas, y levantaba la cabeza de una manera tan altiva que parecía incluso más alta de lo que en realidad era. Tenía la piel muy roja, el pelo negro entrecano y prominentes dientes superiores. Llevaba unos anteojos dorados, muchos anillos, una larga cadena también de oro que colgaba de un camafeo prendido a la altura de la garganta y un delantal negro con flores blancas, una de cuyas esquinas estaba prendida en su generoso busto. De poco le sirvió a Laura saber que en su caja tenía guardado un delantal igual a ése para infundirle ánimos; la señora Gurley era la persona más imponente que había visto nunca. A su lado, la madrina no era más que una señora regordeta, miope e insegura.

La señora Gurley impresionaba especialmente cuando escuchaba hablar a otra persona. Ladeaba un poquito la cabeza, los dientes tocaban el labio inferior y sus manos ensortijadas jugueteaban sin cesar con la larga cadena de oro, de un modo que denotaba que

otorgaba escaso valor a lo que le decían. También era horrible su costumbre de bajar repentinamente la cabeza para mirar a su interlocutor por encima de los anteojos; cuando lo hacía y sus dientes reposaban sobre el labio inferior entraban ganas de encogerse hasta alcanzar el tamaño de un ratón. La madrina, ciertamente, no le tenía miedo, pero había logrado silenciar a la prima Grace, y Laura, por su parte, esbozó conscientemente una sonrisita afectada destinada a dejar bien claro que ella nunca había roto un plato.

La madrina le preguntó a la señora Gurley si podía decirle unas palabras en privado, y las dos salieron de la sala. En cuanto la puerta se cerró tras ellas, la prima Grace volvió a ser audible.

—¡Ay, demonios! —se rio, y su papada se expandió—. ¡Esto va a ser el infierno para ti! Menos mal que por suerte no es a mí a quien envían aquí. Con ésa te vas a enterar.

—No creo. A mí me parece muy amable —dijo Laura con firmeza, llevada por un instinto que le impedía mostrar miedo, dolor o pena. Pero el corazón empezó a latirle de nuevo pensando en el momento en que la dejaran sola.

—¡Ya verás! —dijo la prima Grace—. Te van a poner una semana a pan y agua si *amare* no te sale a la primera. Por no hablar de las declinaciones.

—¿Qué es *amare*? —preguntó Laura con inquietud y abriendo tanto los ojos que pareció que se le iban a salir de las órbitas.

Pero la prima Grace no hizo más que reírse hasta que dio la impresión de que le fuera a estallar el corpiño. Laura se puso colorada, consciente de que había vuelto a ponerse en evidencia.

Entonces siguió una pausa larga y tensa.

—Seguro que la madrina está pidiéndole que no te pegue mucho —la guasa acababa de volver a empezar, pero la puerta se abrió y tuvo que dejarla a medias.

La madrina no se sentó, lo que significaba que el temido momento había llegado.

—Bueno, Laura, pórtate bien, aprende mucho, y dale a tu madre muchas alegrías —la madrina se interrumpió en este punto para dirigirse a la señora Gurley—. Tampoco es que haga mucha falta apretarla para que coja los libros; la mayor preocupación de su pobre madre siempre había sido procurar que no se acercara demasiado a ellos.

Laura se sintió mucho mejor. Al menos, ahora ese horrible personaje sabía que era lista y le gustaba aprender. Pero la señora Gurley asintió sonriendo con la más leve sonrisa, y no contestó ni una palabra.

Escoló a las otras mujeres a la puerta principal y la dejó abierta para que salieran. En cuanto lo hicieron, sus aires de afabilidad se disiparon y, volviendo la cabeza lo justo para poder mirar a Laura por encima del hombro, le ordenó: «¡Sígueme!» con un tono que a madre jamás le había oído, ni siquiera con Sarah. Laura se sentía indeciblemente pequeña y estaba a punto de obedecer cuando un doloroso pensamiento la asaltó.

—¡Ay, por favor! ¡Tengo una caja con toda mi ropa! ¡Espero que no se la hayan olvidado y se hayan marchado con ella!

Pero fue como si se hubiera dirigido a un perchero, porque la señora Gurley ya había zarpado y se acercaba a una esquina del vestíbulo; Laura se apresuró a seguirla y se guardó su preocupación por la caja para sí. Pasaron de largo por una escalera, bordearon recodos tan sumidos en sombras y tan negros como si fuera no brillara el sol, y empezaron a subir otro tramo de escalera, el más ancho que Laura había visto en su vida. La barandilla tenía el grosor de un brazo, y a cada lado de la alfombra que cubría los peldaños aún quedaba sitio para que dos personas pasaran juntas; era un lugar estupendo para jugar a los trenes. En el otro lado, las ventanas eran tan altas que sólo un gigante se podría haber

asomado por ellas.

Todas estas cosas se le pasaron a Laura por la cabeza mecánicamente, pero lo que realmente ocupaba su pensamiento, mientras caminaba penosamente tras la señora Gurley, era qué podía hacer para complacer a aquella mujer severa y conseguir caerle bien, porque el deseo de complacer, de gustar a todo el mundo, era el que dominaba en su joven corazón. Y debía haber algún medio de conseguirlo, puesto que la madrina lo había encontrado fácilmente.

Subió dos peldaños de golpe para acercarse a la corpulenta espalda que tenía delante.

—¡Qué sitio tan grande es éste! —exclamó en un tono insinuante.

Esperaba que la admiración, sutilmente manifestada a través de la sorpresa, halagaría a la señora Gurley en su calidad de especie de copropietaria, pero evidentemente no fue así. Parecía que se hubiera vuelto sorda y muda mientras seguía subiendo la escalera con los brazos cruzados bajo el pecho y la mirada clavada al frente, como si fuera una estatua andante.

En el piso de arriba la dirigió a un cuarto situado al final de un largo corredor. En él había cuatro camas, un aguamanil, una cómoda y un armario empotrado. Pero, con un primer vistazo, Laura sólo tuvo ojos para el objeto familiar que reposaba a los pies de una de las camas.

—¡Ahí está mi caja! —exclamó—. Alguien debe haberla subido.

Estaba desatada; no tenía más que abrirla. La señora Gurley se arrodilló, levantó la tapa y empezó a pasarle a Laura su contenido indicándole dónde dejarlo y colgarlo. Impresionada por tanta solicitud, Laura se movió ágilmente por la habitación sacudiendo y desenvolviendo, poniendo gran cuidado de volver al instante a la caja para que la señora Gurley no tuviera que esperarla. Su prontitud tuvo recompensa, porque el duro rostro pareció relajarse. A Laura le bastó esa señal para sentirse más confiada y, como no era capaz de dominar sus sentimientos, ni de guardárselos para sí misma, pasó al extremo opuesto y traspasó los límites.

—Tengo un delantal como ése. Me gusta mucho —dijo cordialmente, señalando el que llevaba la señora Gurley.

La mujer se paró en seco y, apoyando las manos en los lados de la caja, dirigió a Laura una de sus terribles miradas por encima de los anteojos, de arriba abajo, como si la viera por primera vez. Se produjo una pausa, una suspensión momentánea de la respiración que Laura no tardó en reconocer como paso previo a una reprimenda.

—Aquí se pide a las *niñaas* —dijo la señora Gurley, e incluso en su confusión Laura notó el modo particular en que pronunciaba esa palabra— que lleven puesto un delantal blanco —una pausa cada pocas palabras, unida a un movimiento enérgico de cabeza, acentuaba su severidad—. Y me gustaría saber si tu madre te ha enseñado que es muy grosero señalar, y encima comentar, lo que llevan puesto los demás.

Laura se ruborizó. Si había algo de lo que madre se sentía orgullosa era de haberles enseñado buenos modales desde pequeños. Aquella dura reprobación la hirió. Siguió yendo de un lado a otro más tímidamente. Pero entonces ocurrió algo que permitió entrever un rayo de esperanza.

—¿Qué es esto? —preguntó la señora Gurley con un tono glacial mientras levantaba con la punta de los dedos, como le pareció a Laura, un librito negro de oraciones—. Veamos, ¿no eres disidente?

El colegio era inconformista.<sup>[1]</sup>

—Pues... no, no lo soy —respondió Laura con una entonación de sinceras disculpas; ahí tenía por fin su oportunidad—. Pero realmente no es muy importante; no me importa ir a los oficios de otra iglesia. Creo incluso que será mejor. Para variar. Y los oficios no duran tanto, o al menos eso he oído... salvo el sermón —añadió cavilosa.

Ahora que había renegado de la religión, la mirada que le dirigió la señora Gurley no podía ser más aniquiladora.

—¡No tendrás, desgraciadamente, la oportunidad de hacer semejante cosa! Yo soy anglicana, y cuento con que las niñas que pertenecen a la Iglesia de Inglaterra asistan conmigo a los oficios.

Ya habían terminado de deshacer el equipaje. La señora Gurley se levantó, se alisó el delantal y estaba a punto de darse la vuelta cuando vio, en la cama frente a la de Laura, una prenda de ropa íntima dejada sin ningún motivo encima de la colcha. Ante tamaña mácula en el orden del dormitorio pareció esponjarse como un pavo; era literalmente como si creciera ante los ojos de Laura mientras, yendo hacia la puerta de una zancada, ordenaba a alguien invisible que llamara a Lilith Gordon «¡directamente!».

Se produjo una horrible pausa; Laura no se atrevía a levantar la cabeza y pronunció incluso una pequeña oración para sus adentros. La señora Gurley esperó dando vueltas a su cadena y zapateando en el suelo... como una fiera esperando a su presa, pensó la niña. Finalmente, en el pasillo se oyeron unos pasos apresurados, la puerta se abrió y entró una muchacha con los colores subidos y casi sin aliento. Laura dirigió la vista un instante hacia el rostro de la señora Gurley y luego, mientras trataba de no oír lo que decía, se quedó contemplando el dibujo de una manta. Tuvo la sensación de que se le hinchaba la garganta, de que se le endurecía y reseca por compasión a la acusada. Pero Lilith Gordon —una chica de cejas rubias, nariz respingona, gruesa trenza pelirroja y una silueta tan plenamente desarrollada que Laura la asimiló mentalmente con la de una dama— Lilith Gordon, pues, no cayó de rodillas ni se echó al suelo. Había bajado las pestañas, con una especie de sumisión perruna, y para cuando Laura se atrevió a volver a mirarla se le había puesto muy roja la cara, pero no pasó nada más. Una vez que la señora Gurley salió del dormitorio como un Júpiter majestuoso, aquella chica audaz se llevó un dedo a la nariz y murmuró: «¡Maldito bicho sulfúrico!».

Y, al pasar junto a Laura, le sacó la lengua y le dijo:

—¿Se puede saber qué miras, ojos mirones?

Laura se sintió muy herida, porque había mirado a Lilith con la mayor de las simpatías y, ahora que estaba ahí esperando a la señora Gurley, que parecía haberla olvidado, lo raro que resultaba todo y la hostilidad general terminaron de rematarla. Los últimos rayos del sol brillaban de un modo nada familiar; fuera había calles extrañas, ruidos extraños, un extraño polvo blanco y una ciudad que se expandía, grande y extraña. Se sintió indeciblemente lejos del pequeño y acogedor terruño. Ahora nadie la quería; estaba sola rodeada de personas desconocidas a las que no gustaba y ya había conseguido, sin querer, ofender a dos de ellas.

Un segundo más y las lágrimas de la vergüenza habrían encontrado una vía de escape pero, en ese preciso momento, a lo lejos empezó a oírse como la preparación de un estruendo y, a continuación, una gran campana resonó en toda la casa: repicó sin parar hasta mucho después de que todo el mundo la hubiera oído. Se inició entonces un éxodo desde las habitaciones de alrededor y se oyeron voces y pasos. La señora Gurley dejó de dar órdenes en el pasillo y, al regresar, le dijo a Laura que se pusiera un delantal y la siguiera.

Bajaron por la ancha escalera. En una puerta que había justo debajo, la señora

Gurley se detuvo y se atusó sus ya perfectos cabellos; entonces puso la mano en el picaporte y abrió la puerta con el mayestático balanceo que Laura había observado antes.



## Capítulo V



Cincuenta y cinco cabezas giraron como un mecanismo de relojería, y cincuenta y cinco pares de ojos se clavaron en la pequeña con un delantal blanco que seguía sumisamente a la señora Gurley por el comedor. Laura se ruborizó ante aquella prueba inesperada y trató de fijar su atención en el bamboleo del vestido de la señora Gurley. La sala parecía tener cientos de metros de largo, y ni una sola de las personas sentadas a aquellas mesas dejó de inspeccionarla. Sin ningún miramiento, las niñas se giraban de un lado a otro, se inclinaban por delante o por detrás de sus vecinas para verla mejor, y ni las profesoras auxiliares se privaban de echar un vistazo. Todas estaban de pie. Cuando la señora Gurley asignó un sitio a Laura justo a su derecha, la muchacha, muy confusa, quiso protegerse sentándose de inmediato, pero eso fue antes de que les dieran permiso y de que las cincuenta y cinco empujaran las sillas con el ruido de una brigada de caballería a la carga. Se volvió a levantar enseguida, pero ya era demasiado tarde: una risita recorrió la mesa porque la nueva se había sentado. Después, a lo largo de muchos minutos, Laura estuvo perdida en el dibujo de su plato; hasta que no se soltaron las lenguas y las fuentes empezaron a circular no se atrevió a echar una mirada a su alrededor.

Había cuatro mesas, con una auxiliar en la cabecera para servir el té. Más que una sala, era como un vestíbulo con ventanales altos como los de una iglesia en uno de los lados. En ambos extremos se veían casilleros con partituras. Había un piano y una chimenea; las paredes estaban pintadas de azul claro y sólo cubrían el suelo algunas bandas de alfombra. En aquel momento estaba un poco oscuro, porque el sol no daba en las ventanas.

Una voz a su lado sacó a Laura de su ensimismamiento; cuando se dio la vuelta vio que su vecina le estaba ofreciendo una panera.

—No, gracias —dijo impulsivamente, porque el pan estaba desmenuzado y no resultaba muy apetitoso.

Pero la chica le dio un codazo a hurtadillas.

—Es preferible que cojas un poco —le susurró.

Fue entonces cuando Laura se dio cuenta de que no había nada más. Pero también se dio cuenta de que las sonrisitas y las muecas volvían a volar: la nueva ha dicho que no.

Aceptó humildemente la mantequilla y la taza de té que llegaron cuando fue su turno, y se comió aquel trozo de pan tirando a rancio con la misma mansedumbre. Se sintió desgraciada y desamparada siendo el blanco de aquellos ojos poco amables que se deleitaban en sus deslices; otro infortunio, por pequeño que fuera, terminaría de desacreditarla porque se echaría a llorar. Sin embargo, justo en ese momento algo la obligó a alzar la vista. Su compañera de enfrente, a quien apenas había visto, estaba mirándola fijamente y, para su gran sorpresa, le guiñó un ojo, el derecho, despacio y deliberadamente.

Laura estaba tan descompuesta que desvió instantáneamente la mirada, y pasaron unos segundos hasta que se atrevió a volver a echar un vistazo. El guiño se repitió.

Era una chica morena, de ojos azules pequeños y piel muy blanca, pecosa, y con grandes dientes blancos. Lo que más impresionó a Laura fue su extraordinaria seriedad; masticaba con la solemnidad de un clérigo; y entonces, cuando menos te lo esperabas, veías el guiño. Laura estaba fascinada: empezó a esperarlo y, aunque dudaba entre reírse o sentirse ofendida, al menos la hizo olvidar sus contratiempos y barrió la tentación de echarse a llorar.

Cuando la señora Gurley dio la señal y las cincuenta y cinco retiraron las sillas y se levantaron de la mesa con el mismo alboroto de antes, la situación de Laura no era fácil. Todas hablaban, se reían y empujaban con prisas por salir al vestíbulo; ninguna le prestó atención, salvo para mirarla de reojo. Tras un momento de indecisión, siguió a las muchachas hasta la puerta y salió. Se encontró en una veranda que daba a los terrenos de la escuela. Había un banco muy largo con mucha gente sentada; ella se acomodó tímidamente en un extremo. Dos de las auxiliares más jóvenes la miraron, se rieron y comentaron algo. Vio a su compañera de cuarto, Lilith Gordon, cogida del brazo de un par de compañeras. La que le guiñaba el ojo en la mesa del té resultó ser una niña de su misma edad, pero de mayor envergadura; tenía unas piernas gordas que llevaba embutidas en unas medias negras tejidas muy prietas. Al pasar por el banco, dejó a la amiga con la que iba para acercarse a Laura y darle un golpe en las costillas.

—¿A la pobrecilla no le gustaba el pan ni la mantequilla? —dijo.

Laura se encogió de resultas del codazo, que le hizo algo de daño; pero no pudo evitar sonreír tímidamente a la chica, que parecía bien intencionada. ¡Cómo le habría gustado que se quedara y hablara con ella! Pero ya se había ido, con el brazo pasado sobre los hombros de otra compañera.

Al cabo de un rato, aparte de ella ya sólo quedaba una vieja auxiliar, que estaba leyendo. Laura, en su soledad, resultaba llamativa. Entonces se acercaron dos niñas mayores y muy alegres; una de ellas era rubia y de tez roja. En cuanto lograron ahuyentar con sus gritos a la auxiliar, la más bajita de las dos, que tenía un pronunciado estrabismo, se volvió hacia Laura.

—Hola, chavala, ¿cómo te llamas? —preguntó.

Laura pronunció con toda sencillez su nombre completo. La tormenta de carcajadas que siguió la dejó muda. Maria Morell, la chica gorda, se encendió como un tomate y su amiga tuvo que darle golpes en la espalda.

—¡Ay, madre! —jadeó cuando recobró el aliento—. ¡Ay madre, sostenedme que me caigo! ¡Ay, diantre! ¡Laura... Tweedle... Rambotham!... ¡Laura... Tweedle... Rambotham!...<sup>[2]</sup> —su voz se fue apagando antes de seguir—. ¡Diantre! ¿A quién se le ocurre un nombre así?

Siguió riéndose hasta que ya no pudo más, balanceándose mientras su compañera continuaba con el interrogatorio.

—¿De dónde eres? —preguntó a Laura la bizca en un tono como de negocios.

Laura, temblorosa, dijo el nombre de su ciudad.

—¿Qué hace tu padre?

—Está muerto.

—Bueno, pero supongo que antes estaba vivo, ¿no, zoquete? ¿Qué hacía antes de estar muerto?

—Era abogado.

—¿De qué murió?  
—Tisis.  
—¿Cuántas criadas tienes?  
—Una.  
—¿De cuánto es tu renta anual?  
—No lo sé.  
—¿Cuántos años tienes?  
—Doce y cuarto.  
—¿Quién te ha hecho el vestido?  
—Madre.

—Venga, dejadlo, ya basta. Dejad en paz a la chavalita —dijo Maria Morell cuando cesaron las risas que arrancó esta última respuesta. Pero la bizca estaba pendiente de una amiga, fue hacia ella y hubo un momento intenso de susurros y risitas disimuladas. Al poco, la pareja se acercó con mucha calma y se sentó y la recién llegada, tras vacilar un instante y alzando la voz con mucho ringorrango, empezó a hablar de unos conocidos suyos llamados Tweedledum y Tweedledee. La gorda y la bizca se caían de la risa. Laura se sentó con las manos fuertemente enlazadas; para ella no había escapatoria, porque no sabía dónde ir. Pero cuando la tercera niña formuló la pregunta reglamentaria: «¿Cómo te llamas y qué hace tu padre?» se volvió hacia ella con el valor de la desesperación.

—¿Y el tuyo? —replicó con vehemencia, sin saber muy bien cómo se iba a vengar la niña mayor. Para su gran alivio, las demás estallaron en carcajadas ante el desconcierto de su amiga.

—¡Ahí te ha podido, Kate Horner! —dijo Maria con una risa—. No lo ha hecho nada mal. Chavala, ¿te vienes a dar una vuelta por el jardín?

—¡Sí, me encantaría! —contestó Laura, sonrojándose de placer.

Y así, del brazo de su gorda salvadora, se fue a pasear por el patio como cualquier otra de las cincuenta y cinco.

Adoptó tan bien como supo el aire de estar a sus anchas en presencia de las miradas frías y curiosas con que se cruzaba. La gorda era protectora, y Laura se sentía tan agradecida que no se molestó ninguna de las veces en que echó la cabeza atrás para reírse otra vez de sus apellidos, ni de que bromeara sobre ello con cada una de las parejas con que se cruzaban.

Aquella media hora se pasó volando, y las niñas empezaron a desaparecer rápidamente. Maria Morell ganduleó hasta el último momento y, al final, dijo que ella también tenía que irse a «hincar los codos». Todas se apresuraban en la veranda cargadas de libros y luego desaparecían por algún pasillo. Laura se quedó sola y se encaminó de nuevo al comedor. Allí se encontró con que algunas de las internas más pequeñas estaban haciendo su tarea, vigiladas por una joven auxiliar. Laura se quedó un momento indecisa, esperando instrucciones, y después, tímidamente, se acercó a la mesa y preguntó a la auxiliar si por favor podía decirle qué hacer.

—Yo no lo sé, desde luego —respondió declinando toda responsabilidad—. Mejor se lo preguntas a la señorita Chapman. Maggie, por favor, indícale dónde está su sala de estudio.

Laura siguió a la niña por la veranda y el corredor. Al final, la pequeña señaló una puerta y, al abrirla, Laura se encontró en una sala muy grande y luminosa. Las internas estaban sentadas en dos mesas largas con los libros abiertos. Todas las cabezas se levantaron cuando entró y ella, avergonzada, se abrió camino hasta quien, por su aire de

autoridad, parecía ser la auxiliar, y formuló su petición. No la entendió, así que tuvo que repetirlo.

—Yo no lo sé, desde luego —dijo a su vez la señorita Day. Tenía una cabellera negra, compacta y ondulada, la piel morena y una nariz grande y gruesa que, de perfil, le hacía parecer un caballo—. ¿Puedes quedarte un rato mirando las musarañas? Aunque, bueno, si tantas ganas tienes de hacer algo, mejor le preguntas a la señorita Chapman.

Las niñas que se encontraban más cerca se echaron a reír ruidosamente, como cumpliendo con una obligación ineludible por la gracia de su superior. Laura, herida, se acercó a la otra mesa. La señorita Chapman, que era la jefa de las auxiliares, no era ni tan mirada ni tan brillante como la señorita Day. Miró a Laura incluso con cierto nerviosismo mientras jugueteaba con una larga cadena, igual que hacía la señora subdirectora.

—¿La señora Gurley no te ha dicho qué hacer? —le preguntó—. Probablemente sí lo haya hecho. Pero bueno, si no es el caso, creo que mejor es que traigas tus cosas abajo. Sí... y que le pidas a la señorita Zielinski que te asigne un estante.

La señorita Zielinski, que era la auxiliar que vigilaba el comedor, dijo: «Sí, sí, claro» con una voz quejumbrosa que parecía natural en ella, y siguió leyendo.

—Perdone, pero no creo que me sepa el camino —se atrevió a decir Laura.

—¡Sigue tu instinto y lo encontrarás! —dijo la señorita Zielinski sin alzar la vista, y volvió a enfrascarse en la lectura de su novela.

Laura volvió a subir por la ancha escalera; ya apenas recibía luz, y algunas partes estaban sumidas en la oscuridad. Dio unos cuantos pasos en falso, pero al final encontró su dormitorio y vio que alguien se había llevado su caja; sus libros reposaban en una mesa. Sin embargo, en lugar de cogerlos se echó en la cama y hundió la cara en la almohada. No se atrevió a llorar por miedo a que se le enrojecieran los ojos, pero apretó la fresca tela contra sus mejillas.

—¡Las odio! —dijo con fuerza, hablando en voz alta para sí misma—. ¡Cómo las odio!

Furiosos planes de venganza corrían por su joven cabeza. Ni el veneno ni el cuchillo la detuvieron. Se imaginó que madre le enviaba un bizcocho grande, que ella compartía con todo el mundo, tras haber introducido en él un veneno mortal, y así morían todas en el colegio como conejos, o un acuchillamiento nocturno en el que iba saltando de cama en cama en la oscuridad con su cortaplumas abierto en la mano.

Sólo llevaba unos minutos así cuando unos pasos se acercaron por el pasillo, y apenas tuvo tiempo de ponerse de pie de un salto cuando una de las niñas pequeñas apareció en la puerta.

—Tienes que bajar enseguida.

—¿No sabes que no te está permitido quedarte arriba? —preguntó enfadada la señorita Zielinski—. ¿Qué estabas haciendo? —Como Laura no respondía, se dirigió a la niña—: ¿Qué estaba haciendo, Jessie?

—No lo sé. Sólo estaba ahí plantada —respondió, y todas las pequeñas se rieron como habían visto hacer a las mayores.

Abajo, antes de que Laura terminara de colocar sus cosas en los estantes que le habían asignado, empezaron a entrar algunas mayores que venían de la sala de estudio. Una de ellas, sin miramientos, se puso a coger los libros que Laura tenía.

—Vamos a ver lo que tiene la chica.

Laura estaba muy orgullosa de su biblioteca, que era del mejor efecto; una hija de la madrina tenía estudios, y le habían pasado a ella sus libros.

—¡Cómo! ¡No irás a decir que una niña como tú está ya con los segundos *Principia*! —dijo una alta mientras cogía con incredulidad el libro de tapas blancas y rojas de Smith—. ¿Tú cuándo has aprendido latín?

Laura, con un hilo de voz, admitió que nunca.

La mayor la observó dudosa y asombrada, y luego estalló en risas.

—¡Ya veo! —dijo a una amiga—. Esto sí que es peregrino. Esta chica se ha traído los *Principia latina* de segundo sin saberse siquiera los de primero.

Muchas otras las habían rodeado, y a todas les pareció que esa desviación de la norma, del tradicional método de comprar los libros nuevos y cuando se necesitaban, era extremadamente ridícula. Laura, de rodillas ante su balda, hacía como si estuviera ocupada, pero en realidad no se daba cuenta de lo que hacía, porque tenía los ojos empañados. En ese preciso instante entró Maria Morell.

—¡Dejadlo ya! —exclamó—. Otra vez estáis metiéndoos con esa chavala. No lo voy a consentir. Ven, Laura Tweedledum, acércate y siéntate conmigo para la cena.

Por segunda vez, Laura estaba agradecida a la gorda. Pero la mala suerte quiso que la señorita Chapman dirigiera su mirada justo hacia ellas y, tras toquetear su cadena con indecisión, le dijo a la señorita Day:

—¿No te parece una pena que esa niña tan agradable se junte con otras tan vulgares?

A la señorita Chapman le gustaba que confirmaran sus opiniones, pero la señorita Day no le consentía esa debilidad; era una mujer muy independiente y podía permitirse hacer caso omiso de las manías de la señorita Chapman, por lo que siguió con su libro y no contestó la pregunta. Pero la señorita Zielinski, que no perdía ocasión de mostrarse agradable ante sus superiores, dijo con impropio énfasis:

—Sí, ya lo creo que sí.

Así que llamaron a Laura y le indicaron que se sentara al final de la sala, cerca de la auxiliar y al lado de las chicas de los últimos cursos, de dieciocho y diecinueve años, que a ella le parecían incluso mayores con su buen tipo, su cintura y su falda que tocaba el suelo.

Sintió instintivamente que les desagradaba su presencia. La más alta de todas, de rostro agradable y sonrisa amable, dijo al ver su abatimiento:

—¡Pobrecita! No te preocupes.

Pero cuando se pusieron a hablar entre ellas bajaron la voz y la miraron de reojo, para ver si las estaba escuchando.

Una vez terminada la cena, dispusieron tres sillas en un lugar destacado; tocaron suavemente la campana del pasillo, todo el mundo cogió un libro de himnos y dieron a la señorita Chapman, que estaba al piano, otro con partituras. La puerta se abrió y por ella entraron, primero, la señora Gurley, y a continuación el director y su esposa: un caballero alto y rubio con una levita, y una dama de rostro dulce que llevaba una rosa prendida en su vestido de terciopelo.

—Vamos a cantar el himno ciento cincuenta y siete —dijo el caballero, que tenía un perfil griego y un bigote largo del color de la arena. Cuando la señorita Chapman empezó la melodía, las cincuenta y cinco, la auxiliar, la dama y el caballero se pusieron de pie y cantaron, con vacilante intensidad, al Redentor y su Gracia, con el acompañamiento, tan indeciso como ella, de la señorita Chapman, cuya mano izquierda se arrastraba sin convicción en pos de la derecha.

—Leamos el capítulo tercero de la segunda epístola de Pablo a los tesalonicenses.

Todas dejaron su libro de himnos en la mesa y se sentaron para escuchar las

palabras de Pablo, que el hombre de arena leyó con un constante tic nervioso de la pierna izquierda.

—Oremos.

Las cincuenta y cinco se levantaron al oír esta palabra, se dieron la vuelta, y se arrodillaron usando sus sillas como reclinatorios. Fue una oración improvisada, muy larga, y Laura no oyó mucho de lo que decían porque las dos chicas mayores de su derecha no dejaron de hablar en ningún momento. Además, cuando estaban por la mitad, le asombró oír decir a la señorita Zielinski, en un susurro estridente: «¡Cielos! ¡Otra vez ese ratón!» y recogerse audiblemente la falda. Incluso la señorita Chapman, que estaba rezando a cierta distancia arrodillada contra su banqueta de piano, lo oyó y volvió la cabeza con el ceño fruncido a modo de reprimenda.

Cuando terminó la oración, los señores Strachey se inclinaron levemente en varias direcciones, estrecharon la mano de las auxiliares y abandonaron la sala. Ésta era la señal para que dos de las profesoras avanzaran con Biblias abiertas.

—¡Eh, pequeña! ¿Te has aprendido el versículo? —susurró a Laura su simpática vecina.

Laura no se había enterado de nada, pero la chica mayor le tendió una Biblia y, como no era un versículo muy difícil, y todas las niñas lo repitieron, se lo aprendió enseguida.

Yo, la sabiduría, habito con la discreción, y hallo la ciencia de los consejos.

Las dejaron salir por grupos, y todas se dirigieron a la escalera. En el primer rellano estaba la señorita Day, vigilando con ojos de lince que no se llevaran a las habitaciones libros o cosas de comer. Con voz estridente mandaba callar a las que hacían ruido, y decía a las rezagadas que se dieran prisa.

Laura se dirigió rápidamente a su dormitorio. Tuvo la suerte de encontrárselo todavía vacío. Se quitó la ropa rápidamente, rezó atropelladamente sus oraciones, se echó las mantas sobre la cabeza y se hizo la dormida. Las luces no tardaron en apagarse; todo quedó en silencio. Entonces, con el rostro muy hundido en la cama para que no escapara el menor ruido, dio rienda suelta a sus lágrimas.



## Capítulo VI



Querida madre:

Le he enviado una postal la ha recibido. Le decía que llegue bien y que me gusta mucho. No pude escribir una carta larga antes no tenía tiempo y sólo tengo permiso para escribir cartas dos tardes por semana martes y viernes. Cuando hemos terminado la tarea para el día siguiente decimos por favor puedo escribir ahora y la señorita Chapman nos dice habéis hecho todo y si decimos que si ella dice que si y si te sientas en la mesa de la señorita Day es la señorita Day quien lo dice. A veces no hemos acabado pero decimos que si. Yo me siento al lado de la señorita Chapman que ve todo lo que hago y para la merienda y la comida y el desayuno me siento al lado de la señora Gurley. Otra niña de mi clase se sienta enfrente y otra a mi lado y nos gustaría sentarnos en otro sitio. No me gusta mucho la señora Gurley que es gorda y nunca sonrío y nunca escucha lo que dices más que para regañarte y creo que la señorita Chapman también le tiene miedo. La señorita Day no le tiene miedo a nadie. Yo estoy en primer curso. Estoy en el instituto y por debajo es el colegio. Las que van al colegio son sólo las pequeñas y se van a la cama a las ocho y media y dan clase en el comedor. Yo doy la mía en el estudio y me voy a la cama con las mayores. Llevan vestidos que llegan hasta el suelo. Lilith Gordon es una niña de mi clase y también está en mi habitación es la única de mi edad y lleva corse y tiene buen tipo. Todas las niñas llevan corse. Por favor envíeme algunos aquí me van a servir. Una auxiliar duerme en nuestro cuarto y no tiene dientes. Se los quita todas las noches y los pone en agua cuando apagan las luces. Lilith Gordon y la otra niña le dan las buenas noches después de que se los quite entonces no puede hablar bien y nosotras queremos oírla. Yo creo que ella lo sabe porque se enfada mucho. Todavía no aprendo latín no es hasta cuando vaya a segundo las cuentas son muy difíciles. Para cenar sólo nos dan pan mantequilla y agua si nosotras no tenemos bizcocho o mermelada. Por favor mandeme un poco de mermelada de fresa y otro bizcocho. Diga a Sarah que hay tres criadas para servir la comida y llevan delantales blancos y una cofia en la cabeza y dicen tomara carne señorita.

Su hija que tanto la quiere

LAURA

Querida Pin:

Estoy muy atareada voy a escribirte una carta. No te gustaría estar aquí creo que tienes que quedarte en casa para siempre nunca llegarás a las divisiones largas. La señora Gurley es un horrible bicho malo todas las chicas la llaman así. Te daría mucho miedo. Por la tarde después de las clases paseamos de dos en dos y tú le pides a otra niña que ande contigo y sino tienes que andar con la señorita Chapman. La señorita Chapman y la señorita Day camina detrás de ti y vigilan que no te rías de los niños. Algunas niñas les escriben

cartas y dicen que los verán detrás de un árbol en la esquina del patio falta una estaca y los niños ponen cartas ahí. Yo creo que los niños son tontos pero Maria Morell dice que son de primera y eso significa muy majos. Ella escribe cartas a los chicos todas las semanas las lleva a la iglesia y las deja caer al salir y el chico la recoge y pone una respuesta en la valla. Dejamos las cartas en la repisa de la chimenea del comedor y la señora Gurley o la señorita Chapman leen la dirección para ver que no escribes a los chicos. Estan cerradas no pueden leer lo que hay dentro. Espero que no llores mucho en la escuela nadie llora. Ahora la señorita Chapman dice que es hora de terminar.

Tu hermana que siempre te quiere

LAURA

P.D.: Me he quitado el adorno rojo del sombrero.

Warrenega, domingo

Querida Laura:

Nos ha alegrado mucho recibir tus cartas que llegaron esta mañana. La postal que nos mandaste el día después de tu llegada al colegio apenas decía nada. Pero la madrina tuvo a bien escribirnos y darnos cuenta de tu llegada por lo que alguna noticia tuya hemos tenido. Espero que recordaras darle las gracias por haber hecho todo el camino para ir a recogerte y llevarte a la escuela, lo que fue todo un detalle por su parte. Me alegra saber que te estás adaptando y estás contenta y espero que te apliques mucho y saques buenas notas para que me enorgullezca de ti. Pero hay muchas cosas en tus cartas que no me han gustado. Es que de verdad te has creído que no iba a leer lo que le has escrito a Pin. Si lo has pensado es que eres una niña muy imprudente. Pin la muy boba intentó esconderla porque sabía que me iba a hacer enfadar pero insistí en que me la enseñara y me avergüenza que le hayas escrito esa sarta de tonterías. Maria Morell debe de ser una niña de mentalidad muy vulgar si habla como dices que habla. Espero que mi pequeña sólo busque amistad con niñas de mentalidad agradable. No te envié al colegio para que te llenen la cabeza de ideas así de feas, sino para que aprendas bien tus lecciones y salgas adelante. Si vuelves a escribir cosas así de tontas y vulgares, me quejaré a la señora Gurley o al señor Strachey por el ambiente reinante en el colegio y lo que sucede a sus espaldas. Creo que es muy maleducado por tu parte poner motes a la señora Gurley. Y también lo que cuentas sobre esa pobre auxiliar que tiene que llevar dentadura postiza. Espera a que se te caigan los dientes y ya verás qué te parece. Quiero que tus sentimientos sean buenos, no que crezcas brusca y maleducada. Es evidente que hay mal ambiente entre algunas de las niñas y tienes que tener cuidado escogiendo a tus amigas. Siento mucho que me digas que estás en la clase de menor nivel. Habría preferido que fueras a segundo, pero siempre te he dicho que eres perezosa con las cuentas y que podrías hacerlo mejor si quisieras. No necesitas corsés. Yo nunca los he llevado, y no espero que tú lo hagas. Tus músculos son lo bastante fuertes para sostener el peso de tu espalda. Pan y mantequilla no es gran cosa para que cenes antes de irte a la cama. Pronto te mandaré otro bizcocho y un poco de mermelada, y espero que la compartas con las demás niñas. Ahora trata de ser sensata y aplicada y hacerte amiga de buenas niñas, y así no tendré que reñirte.

Recibe el cariño de tu madre

J.T.R.

P.D.: Hay otra cosa de tu carta que no me ha gustado. Dices que le cuentas a la

auxiliar que has terminado la tarea cuando no es cierto. Eso es decir mentiras, y espero que no te vayas a echar a perder con el ejemplo de niñas malas. Os he criado para que seáis sinceros y me extraña que empieces diciendo mentirijillas en cuanto sales de casa. Decir mentirijillas termina llevando a algo peor.

P.P.D.: Debes de haber escrito la carta muy deprisa, porque tu ortografía está lejos de ser perfecta. Ha estado muy feo que estropees el sombrero. Pin te ha escrito una carta, que te adjunto, aunque su ortografía es peor que nunca.

Querida Laura:

Dice madre que eres una niña mu tonta por escribir cartas tan tontas yo también creo que eres tonta también yo me asustaría de la señora Gurli no quiero ir al colegio mejor quiero quedarme con madre y ser su alegría creo que es feo tirar cartas en la iglesia y mu tonto escribir a los Niños los niños son mu tontos Sarah te manda recuerdos dice que no se pondría una cofia en la cabeza por nada en el mundo dice que antes que eso se pondría un anillo en la nariz.

Tu hermana que siempre te quiere

PIN

Querida madre:

Por favor no escriba a la señora Gurley sobre el Ambiente del Colegio ni tampoco al señor Strachey. No volveré a ser tan tonta nunca más. Siento mucho que mis cartas fueran tan tontas y no volveré a hacerlo. Por favor no les escriba por eso. No voy mucho con Maria Morell y también creo que es vulgar. Conozco a dos niñas simpáticas de mi clase se llaman Inez y Bertha y son muy buenas y nada vulgares. Maria Morell es gorda y tiene la cara roja es mucho mayor que yo y ahora ya me da igual. Por favor no escriba a la señora Gurley nunca más volveré a decir motes. Tuve que escribir deprisa porque cuando termino mi tarea casi es la hora de la cena. Siento que tuviera faltas de ortografía la próxima vez tendré más cuidado voy a estudiar mucho para salir adelante y pronto estaré en segundo. No quise decir no había terminado mi tarea cuando yo si la había acabado otras niñas lo hacen y a mi me parece muy mal. Por favor no escriba a la señora Gurley yo voy a intentar portarme bien y ser sensata y nunca más lo volveré a hacer por favor no la escriba.

Su hija que tanto la quiere

LAURA

P.D.: Ya me salen mejor las cuentas.

Warrenega

Querida Laura:

Es evidente que mi carta te ha dado un buen susto y no lo lamento porque creo que te lo tenías merecido por haber sido tan necia. Espero que cumplas tu promesa y no vuelvas a hacerlo. Desde luego no quise decir que no me cuentes todo lo que pasa en el colegio, pero quiero que tú sólo tengas buenos pensamientos y buenos sentimientos y crezcas como una niña prudente y sensata. Hoy no voy a escribir una carta larga. Esto son sólo unas líneas para tranquilizarte y decirte que no voy a escribir a la señora Gurley ni al señor Strachey mientras vea que te portas bien y eres aplicada en clase. Quiero recordarte que eres una señorita y que aunque seas pobre tienes que comportarte como tal. No me dices cómo es la comida en el colegio ni si por la noche tienes suficientes mantas en la cama. Procura contestar siempre a mis preguntas. Sarah está ocupada con la colada y los niños la

están ayudando metiendo los brazos en los cubos. Pin me pide que te diga que Maggy está haciendo la muda y no ha comido mucho desde que te fuiste hace hoy justo tres semanas.

Tu madre que te quiere.

Viernes

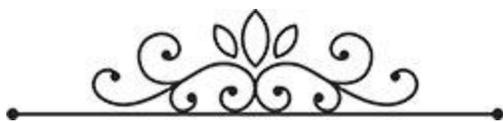
Querida madre:

Me alegró mucho recibir su carta me alegro mucho de que no vaya a escribir a la señora Gurley esta vez y prometo portarme muy bien y recordar todo lo que me diga. Siento haber olvidado contestar a las preguntas tengo dos mantas en la cama y son suficientes. La comida es buena para el almuerzo para el té tenemos que comer mucho pan y mantequilla a mi el pan me da un poco igual. A veces tenemos mermelada pero no nos permiten comer mantequilla y mermelada juntas. Muchas niñas se levantan a las seis y bajan a practicar no se visten ni se bañan sólo se ponen la bata por encima del camisón. Yo no bajo hasta las siete y me hago yo la cama. Rezamos por la mañana y por la noche, y también cuando llegan las alumnas externas. Ya me salen mejor las cuentas creo que pronto pasaré a segundo. La ortografía de Pin era horrible y ya casi tiene nueve años y es como un bebé las niñas se reírían de ella.

Su hija que tanto la quiere

LAURA

P.D.: He hecho el análisis sintético de una frase muy larga sin un solo error.



## Capítulo VII



Las mañanas empezaban a ser frescas y oscuras; en las aulas que daban al exterior, el fuego se dejaba preparado por la noche y, tras tocar la campana de las seis, la joven auxiliar que estaba de turno se deslizaba como un espectro gris de un dormitorio a otro y de una lámpara de gas a otra, entre formas dormidas y alargadas. Cuando concluían los escasos minutos de gracia, un rebaño aterido apartaba a regañadientes las colchas y salía de la cama para anudarse las enaguas y envolverse en batas y toquillas, porque la llegada del frío se dejaba sentir claramente tras el calor veraniego. A la auxiliar los dedos se le habían llenado enseguida de sabañones; iba calentándoselos con el aliento mientras hacía su ronda por las verandas, para asegurarse de que todos y cada uno de los veinte pianos estuvieran debidamente ocupados y, a medida que avanzaba el invierno —cuyo signo más visible era una fina y ocasional capa de escarcha que desaparecía antes de que luciera el fuerte sol de las diez—, a veces daba por sentado que las salas más expuestas al frío estarían ocupadas y se las saltaba.

Las internas bajaban a las ocho al comedor para rezar y desayunar. Cuando terminaban, la señora Gurley tenía por costumbre tomarse un vaso de agua caliente. En tanto se lo bebía a sorbitos concedía audiencia, repartiendo reprimendas y lamentos demolidores —nunca le parecían bastantes— de pie y muy tiesa detrás de su silla con el apoyo de algún otro miembro del personal. Se cubría, a tono con la estación, con una toquilla de lana roja que le llegaba hasta el volante de la falda, y que sus hombros rollizos llevaban con la gracia de tiempos pasados. Bajo esa toquilla, año sí y año también, sus vestidos tenían el mismo tipo de corte: de una sola pieza, abotonados por delante, ajustados como un calcetín, subrayando rígidamente sus proporciones mayestáticas y siempre lo bastante cortos para dejar a la vista un par de pies sorprendentemente pequeños y bien calzados. Así podía vérsela, sorbiendo su agua y taladrando con su mirada inquisidora a todas las niñas que se presentaban ante ella. La mayoría reculaba silenciosamente en cuanto terminaba el desayuno porque, a menos que una estuviera firmemente convencida de la propia inocencia, exponerse a semejante mirada producía una desagradable sensación de culpabilidad. En el caso de la señora Gurley, no era que con los años hubieran venido los desengaños, sino que estaba sobrada de talento para gobernar mediante el miedo. No se podía haber encontrado mejor vigilante para controlar a aquel medio centenar de niñas de todas las edades y clases sociales: aristócratas y plebeyas, disciplinadas e indisciplinadas, niñas que apenas habían salido de los cuidados del aya y otras que ya se habían convertido en mujeres y cuyas formas prietas y maduras hablaban por sí mismas; hijas de humildes pastores que pagaban una tasa reducida y herederas mimadas de ricos comerciantes de lanas o colonos, cuya dote ascendía a muchos miles de libras. La señora Gurley las trataba a todas por igual.

En muy poco tiempo, la pequeña Laura se convirtió en la interna que con más pavor huía de su glacial mirada. Ante la señora Gurley le costaba respirar normalmente. Su primera semana de escuela fue una sucesión ininterrumpida de desprecio y reprimendas. En este sentido, la culpa era de la indebida familiaridad de sus modales porque, siendo su naturaleza impulsiva y nada tímida, tardó en darse cuenta de que era indecoroso acercarse a la señora Gurley sin habérselo pensado antes y tratarla, en resumidas cuentas, como si fuera un simple mortal. El culmen llegó una mañana —a Laura aún le ardían las mejillas cuando se acordaba—. No había sido capaz de asimilar su lección de francés del día, y al ver a la señora Gurley conversando con una auxiliar se aproximó a ella sin pensar y le dio unos golpecitos en el brazo.

—Señora Gurley, por favor, ¿cree usted que pasaría algo si hoy sólo me aprendo la mitad de este verbo? Es *coudre*, que significa «coser», y es difícilísimo. No consigo metérmelo en la cabeza.

Antes incluso de haber terminado de hablar, se dio cuenta de que había cometido un terrible error. La cara de la señora Gurley, sonriente hasta ese momento, se volvió de piedra. Se miró el brazo como si la mano de Laura le hubiera mordido, y la forma en que la niña se encogió de repente no la conmovió lo más mínimo, a ella, a quien casi nadie se atrevía a dirigir la palabra sin pedir antes permiso.

—¡Cómo te atreves a interrumpirme cuando estoy hablando! —reprobó, puntuando cada una de sus palabras con amenazadoras pausas y movimientos de cabeza—. Lo primero que vas a hacer, señorita, es aprender modales. Los actuales pueden valer en el retrete del que evidentemente has salido, pero aquí, con quienes son tus superiores, no te van a servir.

Las dos mujeres cruzaron una intencionada sonrisa por encima de la cabeza de la niña, convencidas de que después de esto no se producirían nuevas faltas de respeto; pero Laura no las vio. El acero de aquella estocada le llegó al alma, porque hasta entonces nadie había calumniado su casa. Se retiró a los aseos y lloró casi hasta ponerse enferma: los ojos se le pusieron tan rojos que llegó tarde al rezo después de haber intentado lavárselos para devolverles el color blanco. Desde aquel día, nunca volvió a acercarse voluntariamente a la señora Gurley, y procuró incluso evitar los lugares donde cabía que se la encontrara. Por este motivo, una mañana, unas tres semanas después, dudó mucho antes de volver a entrar en el comedor al darse cuenta de que se le había olvidado uno de sus libros. Las auxiliares seguían arremolinadas en torno a su superior, y no se esperaba que ninguna alumna volviera a entrar. Pero ya eran más de las nueve y en un minuto iba a sonar la campana que las llamaba a oración, que reunía en el aula más amplia a las internas, a las casi cien externas y a los profesores residentes y externos, y Laura no se sabía su lección de lengua. Así que se coló con sigilo detrás del grupo en un intento de que la temible mirada no reparase en ella.

Quien la descubrió y pidió explicaciones fue la señorita Day.

—¡Qué descuido! Desde luego, seríais capaces de olvidaros la cabeza si no la tuvierais pegada a los hombros —dijo la auxiliar con ese aire seco y violento que no gustaba a nadie.

Agradecida de que la cosa no fuera a más, Laura cogió su libro y salió rápidamente de la sala, pero había llamado la atención del grupo.

—Uno de los casos más peculiares que hemos tenido aquí en mucho tiempo —señaló la señorita Day, sacando pecho en un gesto de evidente enojo.

—Lo es, desde luego —coincidió la señorita Zielinski.

—No sé de dónde habrá salido, pero el sitio de donde viene debe estar en los

confines de la creación. No tiene idea de nada de nada, y la ropa que lleva igual podía valer para un espectáculo de marionetas.

—Tampoco tiene preparación alguna. Para mí que es boba —metió baza una de las jóvenes auxiliares, llamada señorita Snodgrass—. No sabe ni las cosas más elementales, y su ortografía es espantosa. El otro día, en clase de historia, soltó una perorata sobre cómo era Londres en la época isabelina, ¡sin saberse ni una sola fecha!

—Se sabe algunas poesías —intervino la señorita Zielinski—. Y ha leído a Scott.

Todas asintieron ante esta afirmación, y la señora Gurley siguió haciéndolo con una sonrisa forzada.

—¡Hay que ver cómo educan a las niñas de hoy! —dijo—. En mis tiempos esto no pasaba. Nos enseñaban cosas que pudieran sernos útiles en el futuro.

La vieja señorita Chapman jugueteó con su cadena.

—Espero haber hecho bien el otro día, señora Gurley. Le asigné unas prácticas matinales, pero el resto del día la vi tan pálida que no he vuelto a dárselas. Espero haber acertado.

—Bueno, tampoco queremos que caigan enfermas, ¿sabe usted? —respondió la señora Gurley, en el tono más bien desganado que solía adoptar con la señorita Chapman—. Siempre y cuando no se trate de simple pereza.

—No creo que sea perezosa —consideró la señorita Chapman—. Se aplica mucho en las tareas por la tarde.

Era cierto. Laura daba lo mejor de sí misma, con una aplicación nacida de la desesperación, porque, en realidad, el consuelo y la seguridad de un rápido progreso que le había dado a su madre carecían de base. Aquellas primeras semanas no sirvieron más que para roer, pedacito a pedacito, la fe en sus propios conocimientos. No se atrevía a confesar a nadie, ni siquiera a sí misma, lo escasos que eran y lo poco que le servían en su nueva situación. Su desengaño empezó al día siguiente de su llegada, cuando el señor Pughson, el director académico, con quien se examinó de aritmética, se echó teatralmente las manos a la cabeza ante sus confusos intentos de resolver los misterios de una larga división. Un grupo de un curso superior estaba dando una clase sobre Euclides y ella, a intervalos entre sus enrevesados cálculos, pudo mirar al profesor con el rabillo del ojo. Tenía una nariz muy pequeña, como si se la hubieran aplastado contra la cara, sobre una boca grotescamente expresiva que dejaba ver todas y cada una de las piezas de una espléndida dentadura. Sus ojos eran pequeños, miopes y estaban ribeteados de rojo, y tenía un cabello rizado que no se detenía a la altura de las orejas, sino que seguía creciendo, en rizos prietos, a ambos lados de la cara. Enseñaba a voz en grito, golpeaba la pizarra con el puntero, se mostraba socarrón a expensas de una alumna que confundía el ángulo BFC con el ángulo BFG y, acto seguido, soltaba un chiste irlandés que dejaba conmocionada a toda la clase. Aquel hombre hechizó a Laura. Se le olvidó lo que sabía sobre hacer cuentas porque se quedó embelesada observándolo, y por eso parecía que sus conocimientos eran algo inferiores a la realidad, porque tuvo que acabar a toda prisa. Él acentuó sus errores, con lo que toda la clase se rio con sus horribles bromas, y volvió a hacerlo cuando él afirmó que resultaba evidente que Laura no debía haber gastado muchos peniques, pues de lo contrario habría sabido mejor qué hacer con las cifras que los representaban. En esas palabras, ella vio una alusión a los escasos ingresos de madre, y su rostro se encendió como el fuego.

En la clase de nivel inferior del colegio se sentó al fondo durante una semana o más. Tenía tan cogido con alfileres lo que sabía que lo mismo le habría valido no saber nada. Tras unos cuantos esfuerzos por mejorar se volvió cautelosa, y discretamente dudaba antes

de pronunciar alguna de las respuestas ingenuas que, al principio, la convirtieron en el hazmerreír de la clase. Por ejemplo, podía leer un libro de cuentos en francés sin saltarse apenas una palabra, pero nunca había oído ni una sílaba del idioma hablado, y sus primeros intentos de pronunciación hicieron que hasta la señorita Zielinski terminara recostándose en el respaldo de la silla y se riera hasta que se le saltaran las lágrimas. Laura tenía conocimientos de historia de un modo vago y pictórico, pues había representado con Pin muchas escenas famosas en el jardín —como «No son anglos, sino ángeles»<sup>[3]</sup> o, cuando la bomba de agua se desbordaba, Canuto y sus tontos cortesanos—;<sup>[4]</sup> también tenía retazos dispersos de información sobre la personalidad de ciertos monarcas o, tal y como lamentó la auxiliar, acerca del Londres de determinada época, pero nunca había ocupado su cabeza con fechas. Sin embargo, ahora blandían ante ella una línea compacta, seca y negra que iba de 1066 en adelante, acompañada no sólo por los reyes que se habían sucedido en ella, sino además por aburridas leyes y sus aún más aburridas derogaciones. Laura sólo hallaba cierto disfrute en las clases de lengua; le gustaba trocear una frase para ver cómo estaba formada. Además, le encantaban las palabras, y una vez, cuando la señorita Snodgrass tuvo la oportunidad de usar el término «limosnadero», a Laura le pareció tan encantador que quiso compartir su entusiasmo con su vecina, una judía gorda y bajita que era alumna externa y que acabó toda roja a fuerza de aguantarse la risa.

—¿Qué pasa ahí atrás? —preguntó la señorita Snodgrass—. Carrie Isaacs, ¿se puede saber a qué viene tanta risa?

—Es Laura Rambotham, señorita Snodgrass. ¡Es muy graciosa! —balbuceó la niña.

—¿Qué estás haciendo, Laura?

Laura no respondió. La otra niña lo hizo por ella.

—Ha dicho... ¡Ji, ji!... ¡Ha dicho que es azul!

—¿Azul? ¿El qué? —respondió extrañada la señorita Snodgrass.

—Esa palabra. Ha dicho que es muy bonita... y que es azul.

—No. Dije que es gris azulada —murmuró Laura con las mejillas ardiendo.

La clase entera estalló en carcajadas; incluso la señorita Snodgrass se unió a las risas mientras reprendía a las alumnas y las mandaba callar. Desde aquello, cuando en su clase surgía una palabra especialmente larga o poco corriente, a veces se volvía hacia Laura y le preguntaba jocosamente:

—Laura, veamos, ¿de qué color es ésta? Roja y amarilla, ¿no crees?

Pero esos colores eran los de los bufones, y Laura guardaba un prudente silencio.

Un día, en geografía, se pidió a las alumnas que copiaran el contorno del mapa de Inglaterra. Cuando Laura estaba a punto de empezar se dio cuenta, horrorizada, de que había perdido su lapicero. Confesar la pérdida suponía una de esas severas regañinas en público de las que tanto huía, de modo que mientras las demás dibujaban, con la cabeza sobre el pupitre y la espalda inclinada, ella empezó a revolverse inquieta, buscándolo en su regazo, en el asiento, en el suelo...

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó enfadada su compañera de pupitre; era la niña morena que le había guiñado el ojo la primera tarde a la hora del té; se llamaba Bertha Ramsey—. No puedo hacer ni una raya si no te estás quieta.

—Se me ha perdido el lápiz.

La niña se quedó mirando a Laura un instante y después deslizó la tapa de un largo y bonito plumier.

—Toma, coge uno de éstos.

Laura observó con admiración aquel estuche tan bien provisto y, modestamente,

eligió el lapicero más corto. Cuando terminó su mapa, Bertha Ramsey se reclinó en la silla.

—Y la próxima vez que te entren ganas de llorar a la hora del té, aguántate y ponte a cantar *Rule Britannia* para tus adentros. ¿Echas de menos a tu mamá, pobrecita?

En ese momento la mejor amiga de Bertha, una niña llamada Inez, apareció inesperadamente por el otro lado y se dirigió a ella hablando despacio y con voz profunda.

—Para ti es fácil decirlo, puesto que sólo estás interna entre semana.

Laura, que quería hacerse la simpática en compensación por el lápiz, soltó un suspiro y dijo poniendo mucho énfasis:

—¡Qué suerte tiene tu madre de tenerte en casa todas las semanas!

Bertha acogió el comentario con una risa burlona y se limitó a decir:

—Sí, ¿verdad?

Pero Inez alargó la mano por detrás de Bertha y le dio a Laura un pescozón.

—¡Cállate! —dijo escuetamente.

—¿Quién está hablando ahí detrás? —gritó la auxiliar—. A ver, la nueva, Laura como te llames, sal al mapa.

Había colocado un gran mapa de Inglaterra en un caballete. Pidió a Laura que señalara con el puntero dónde se encontraba Stafford. Ella, confundida y sujetando el largo palo, se quedó tontamente inmóvil. De poco le servía saber, por lo que había oído, cosas sobre cómo era Inglaterra, que ella veía en su imaginación con sus tierras siempre verdes, sus setos espesos y sus árboles frondosos, sus ríos que nunca se secaban y sus catedrales increíblemente antiguas, su niebla, su bruma del mar y sus ciudades superpobladas. Frente al mapa más extraordinario del mundo, grabado y marcado con líneas fronterizas negras, y plagado de nombres, no pudo hacer nada. En aquel momento habría sido incapaz de señalar Londres con el dedo, así que Stafford bien podía estar en la luna.

Mientras las alumnas se rezagaban en la veranda al terminar la clase, Inez se puso al lado de Laura.

—¿Sabes qué? No debiste decir eso de su madre —y asintió misteriosamente.

—¿Por qué no? —preguntó Laura, y se sonrojó con sólo pensar que una vez más, sin querer, había dado un *faux pas*.

Inez echó un vistazo para asegurarse de que Bertha no las oyera y luego acercó los labios al oído de Laura:

—Porque bebe.

Laura miró incrédula a la niña, con el horror inscrito en los ojos. Por experiencia propia no sabía realmente lo que significaba la ebriedad; era algo que hasta entonces había asociado exclusivamente a las clases más bajas de agricultores irlandeses o a esas horribles mujeres blancas que vivían por elección propia en los campamentos de los inmigrantes chinos. Que una madre pudiera beber era impensable, algo que superaba los límites de lo natural.

—¡Es horrible! —dijo sofocada, y palideció sólo de pensarlo. Inez no pudo evitar reírse por el efecto que produjeron sus palabras; la nueva era un bicho raro sin género de dudas, pero, como la consternación de Laura persistía, suavizó el asunto.

—Bueno, en realidad no estoy segura de si es eso. Pero desde luego, le pasa algo pero que muy raro.

—Pero ¿cómo lo sabes? —preguntó su asombrada interlocutora, dominada por la curiosidad morbosa.

—Estuve en su casa, en Vaucluse, de sábado a lunes. La madre vino a comer y sólo habló consigo misma, no con nosotras. Además, intentó comer mostaza con el pudín, y le

servieron la carne cortada en trocitos. Yo creo que, de haber tenido un cuchillo, nos habría rebanado el cuello.

—¡Oh! —fue lo único que Laura fue capaz de decir.

—Pasé tanto miedo que mi madre me ha dicho que no debo volver.

—Pues espero que no me lo pida a mí. Si lo hace, ¿qué hago?

—¡Cuidado, que viene! No digas nada. A Bertha le da muchísima vergüenza —dijo Inez, y a Laura le dio el tiempo justo de prometerlo apresuradamente.

—Hola a las dos, ¿de qué hablabais? —preguntó Bertha, y repartió un par de sus topetazos amistosos y un poco brutos—. Oye, ¿echamos una carrera por el patio?

Las tres corrieron con las trenzas y los tirabuzones al viento, levantando mucho sus largas piernas vestidas de negro, con gran despliegue de volantes y esfuerzo. Ganó Laura, porque Inez se quedó sin aliento a medio camino y Bertha estaba rellenita. Apoyada contra la verja, Laura la observó llegar resoplando para alcanzarla; Bertha, con su vergonzante secreto a cuestas, el de una madre que no era como las demás madres.



## Capítulo VIII



Tras seis semanas o más en que Laura fue una alumna apática y fracasada, una mañana llegó una invitación de la madrina para pasar el siguiente asueto mensual —de sábado a lunes— en Prahran. El mes anterior había sido una de las pocas niñas que no tuvo dónde ir; se vio en la obligación de fingir que le gustaba quedarse en el internado y que en realidad lo hacía por elección. Ahora se sentía más alegre.

La hija menor de la madrina, Marina, cuyos libros escolares había heredado Laura, iba a pasar a recogerla. El sábado por la mañana, poco después de las nueve, Laura había terminado su zurcido semanal, recogido su cuarto y ya estaba vestida, incluso con los guantes puestos. Era un día frío y despejado, y su corazón latía con expectación.

Desde el comedor no se oía el repique de la campana de la puerta principal, pero cada vez que una de las doncellas pasaba llamando a alguien, Laura saltaba de su silla convencida de que por fin había llegado su turno. Pero dieron las nueve y media, y luego las diez y las diez y media; sonaron las once y la mejor parte del día se estaba yendo sin que apareciera Marina. Ya sólo quedaban otras dos niñas, además de ella. Entonces anunciaron la llegada de una tía y una madre, respectivamente, y las dos se fueron. Únicamente quedaba Laura, y tuvo que soportar la vergüenza de que la señorita Day se dedicara a observarla:

—Vaya, parece que tus amigos te han olvidado, Laura.

Humillada hasta lo indecible, Laura pensó en arrancarse el sombrero y la chaqueta y decir que se sentía demasiado enferma para salir. Pero por fin, cuando estaba casi mala por la espera, la pulcra cabeza de Mary asomó nuevamente.

—Llaman a la señorita Rambotham.

Laura ya se había puesto de pie antes de que pronunciara esas palabras, y fue a todo correr a la sala de recepción.

Marina, una chica de unos veinte años, bajita, con el cabello liso y vestida con sobriedad, tenía la misma actitud enérgica y desabrida de la madrina.

Ofreció a Laura la mejilla para que le diera un beso.

—Bueno, supongo que estarás lista, ¿verdad?

A Laura se le olvidaron las dos horas que había pasado esperando.

—Sí, de sobra, gracias —respondió.

Bajaron por el camino asfaltado, atravesaron la verja del jardín y se dirigieron a la ciudad. Por vez primera desde su llegada, Laura era de nuevo libre... aunque fuera una reclusa de permiso. A su alrededor se desplegaban las anchas calles de East Melbourne; a su lado estaba la frondosa y exótica vegetación de los jardines Fitzroy; en la cima de la colina se alzaba la mole de la catedral católica. Mientras caminaba junto a Marina, Laura podría haberse puesto a bailar.

Después de unas pocas preguntas sobre si le gustaba el colegio y cómo iban los estudios, Marina se sumió en la contemplación de un trozo de papel que llevaba en la mano. Laura dedujo que había combinado la tarea de ir a buscarla con una mañana de compras, y que para cuando llegó al colegio sólo habría hecho la mitad de su lista de encargos. En la siguiente esquina se subieron en el vagón descubierto del tranvía que llevaba hasta el centro. Allí Marina entró en la tienda de comestibles de una cooperativa, donde iba a hacer un pedido para abastecer a todo un barrio. Ella era el ama de casa de su madre; sabía muchísimo de comestibles y la suya era una mentalidad eminentemente práctica: revisó la mantequilla con una uña, probó quesos en la hoja de un cuchillo, examinó las pasas metiendo las manos, pegó mordisquitos a las galletas, habló de marcas de borgoña y sopas deshidratadas y, mientras, Laura la miraba desde una silla alta e incómoda con una suerte de envidia hambrienta. Cuando ya se había acordado de todo, incluidas la sal y la pimienta, Marina rellenó un cheque; estaba a punto de darse la vuelta cuando sacó a colación algo sobre unas cajas vacías que quería devolver. Transcurrieron otros diez minutos de parlamento; tenía que ver al director y se encerró con él en su oficina. Para cuando volvieron a salir a la calle había pasado una hora entera.

—¿Tienes hambre? —preguntó Marina.

—Un poquito. Pero puedo esperar —respondió Laura educadamente.

—Muy bien —dijo Marina, a quien tanto picoteo sin duda había calmado el apetito—. Ya no queda más que la botica.

Fueron a otra calle, entraron en una farmacia, y se repitió la misma escena a menor escala, con la salvedad de que aquí Marina no probó nada, quitando alguna gelatina o gominola suelta. Para cuando la tienda cerró su puerta tras ellas, Laura habría sido capaz de comer hasta polvo de regaliz. Ya eran las dos, y estaba desmayada de hambre.

—Llegaremos a casa con tiempo de sobra —dijo Marina, consultando un pulcro reloj—. Hoy no comemos hasta las tres, por padre.

De nuevo, un tranvía las acercó más a su destino. Cuando faltaba alrededor de un kilómetro para llegar, Marina se levantó.

—Nos bajamos aquí. Tengo que pasar por la carnicería.

A las tres menos cuarto, una niña exhausta y muy pálida siguió a su compañera al interior de la casa.

—Bueno, me imagino que tendrás un buen y sano apetito para comer —dijo Marina mientras le mostraba dónde dejar el sombrero y lavarse las manos.

La madrina era también optimista. Desde el sofá de la sala de estar, donde estaba haciendo calceta, dijo:

—¡Vaya, os habéis pasado una buena mañana de aquí para allá! ¿Qué tal estás? ¿Cómo sigue tu querida madre?

—Muy bien, gracias.

La madrina se rascó la cabeza con una aguja y la atención prestada a Laura se evaporó.

—Marina, espero que hablaras con Graves de esos tarros de mermelada vacíos que se dejó la última vez.

Sin apartar la vista de la carta que estaba leyendo, Marina respondió:

—No, la verdad es que no. Ha armado tanto revuelo por las cajas de azúcar que he pensado que intentaré vendérselos a Petersen.

La madrina refunfuñó, pero no discutió la decisión de Marina.

—Y ¿qué sabes de tu querida madre? —volvió a preguntar sin mirar a Laura, igual

que tampoco miraba la media que estaba tejiendo, sino siempre por encima.

Pero la campana del almuerzo, que sonó en ese momento, salvó a Laura de tener que facilitar mayor información superflua, y siguió a las dos mujeres al comedor. Los demás miembros de la familia ya estaban a la mesa. El marido de la madrina —un abogado— era un hombre malhumorado de barba negra que, por lo general, no apartaba los ojos del plato. Laura había oído decir que la madrina y él no se entendían, y ella suponía que eso significaba que no se hablaban, porque nunca intercambiaban directamente una palabra; si tenían que comunicarse, lo hacían a través de una tercera persona. Estaba la hija mayor, Georgina, más regordeta y aún más brusca que Marina, el hijo mayor, un empleado de banca que era algo así como un *dandy* y no malgastaba su cortesía con niñas pequeñas y, por fin, dos niños pequeños, algo menores que Laura, de cabello negro y narices chatas, unas criaturitas belicosas que tenían un temor reverencial a su padre y se volvían salvajes en cuanto estaban fuera de su vista.

La madrina musitó una bendición, y la sopa se tomó en silencio.

Al llegar el plato de carne el empleado de banca se quejó enérgicamente de cómo había dejado la lavandería últimamente los cuellos de camisa: estaban tan altos que, como Laura había notado enseguida, tenía que mirar por los dos lados de la nariz para ver su plato; también anunció que no estaría en casa para el té, pues se había citado con unos «compadres» a las cinco, y por la noche iba a llevar a una amiga a ver los fuegos artificiales de Brock's. Estas noticias se acogieron sin comentarios. Mientras la familia se aplicaba en llenar las cucharillas de postre, fue Georgina quien hizo una declaración:

—Joey va a venir a recogerme para llevarme a dar una vuelta.

Parecía que esta noticia también iba a ser merecedora de la indiferencia general, pero Marina dijo con tono de alarma, como para sacar a sus padres del ensimismamiento:

—¡Madre!

La madrina se despertó con un respingo:

—¿De verdad? Pues espero que os llevéis a los chicos.

—De verdad. Y no sé por qué esperas que nos los llevemos.

—Muy bien, en ese caso te quedas en casa. Mientras Joey no se decida a...

—Madre, ¡déjelo!

—Ni hablar.

—¡Crikey! —dijo muy bajito Erwin, el menor de los niños—. Joey nos va a llevar de paseo.

—Si Joey y tú no sois capaces de prometeros como es debido —espetó la madrina—, tampoco iréis de paseo sin los niños, y no hay más que hablar.

A Laura, mientras escuchaba el poco afectuoso intercambio de palabras, le parecía que eran como perros gruñéndose. No estaba acostumbrada a la brusquedad irlandesa, que suena mucho peor de lo que en realidad es, así que se volvió a quedar helada cuando oyó a Georgy al teléfono en agitada conversación con Joey, que resultó ser un joven de mejillas patibularias, ojos pequeños y andares perezosos y desgarbados.

—¡Vaya, si hoy además tenemos a una niña! ¿Cómo se llama? Oye, que se venga también con nosotros.

Como resultaba que la tarde de Marina iba a transcurrir entre los estantes de su despensa, preparándola para el pedido que iba a llegar, Laura aceptó agradecida la propuesta.

Fueron en coche hasta la torre Marlborough. Sentados de espaldas al caballo iban los dos niños, despiadadamente alerta ante cualquier exhibición de cariño por parte de los

enamorados, y Laura, con sus ojos negros francos e inquisitivos. Así que Joey y Georgy guardaban silencio, puesto que, si no era para declarar sus sentimientos, no tenían nada que decirse.

Una vez que llegaron a la torre, ataron a la yegua y empezaron a subir por la ligera construcción de madera. Era un día de mucho viento.

—¡Los chicos primero! —ordenó Joey—. Es por las enaguas —hablaba tan perezosamente como caminaba.

Él iba el primero, seguido de Erwin y Marmaduke, y Laura, siguiendo indicaciones de Georgy, iba detrás. Nerviosa, se pegó las faldas a las rodillas, porque le disgustaba la idea de que Georgy, y también los chicos, llegara a ver los volantes y los frunces que llevaba debajo. Georgy llegó la última y, aunque no había nadie que pudiera verla desde abajo, se había ajustado tanto el vestido que apenas podía mover las piernas de un escalón al siguiente. A Joey parecía no disgustarle este proceder, pero los niños se reían sin apenas disimular y no pararon hasta que Georgy, una vez en la azotea, los amenazó con darles un coscorrón.

En el viaje de regreso los enamorados discutieron sobre cuál era el camino más corto para volver a casa. La discusión se fue acalorando, e iba a adquirir tintes de pelea cuando la yegua moteada se asustó al ver un locomóvil y amenazó con desbocarse. Joey sujetó las riendas y pasó el brazo libre por la cintura de Georgy.

—No te asustes, querida.

Aunque el asiento empezó a bambolearse y parecía que iban a volcar, los dos niños se retorcían de la risa y repartieron a voluntad empujones, golpes y patadas, que siempre recibía Laura, que iba sentada entre ellos y terminó poniéndose roja de vergüenza. Al mismo tiempo se preguntó por qué iba a pensar Joey que Georgy estaba asustada, pues nada en ella así lo indicaba; estuvo imperturbable e impasible. Por añadidura ella, que no era más que una niña, no tenía miedo. También se preguntó por qué de repente Joey se preocupaba tanto por Georgy cuando, sólo un momento antes, habían sido tan antipáticos el uno con el otro. Eran cuestiones interesantes para entrar en conjeturas así que, cuando la silla dejó de tambalearse, Laura se quedó meditabunda.

Por la tarde la madrina tenía visita, así que Laura se sentó en una silla baja escuchando la conversación de las señoras. Era una tarea muy aburrida porque, por más que le gustara considerarse «casi mayor», odiaba con efusión infantil la conversación de «los mayores de verdad». Se alegró cuando dieron las nueve y Marina, encendiendo una vela, le dijo que se fuera a la cama.

El día siguiente era domingo. Las dos horas que transcurrieron entre el desayuno y la hora de ir a la iglesia se hicieron muy largas. Georgy fue a la escuela dominical; Marina se dedicó a organizar el almuerzo.

Aquella era una casa sin libros, como casi todas las casas australianas de ese tipo; en la habitación de Marina sólo había una vitrina pequeña con unos pocos libros escolares y de la escuela dominical. A Laura le gustaba mucho leer, y aquella mañana, mientras se vestía, había observado esos libros con anhelo, e incluso había acariciado tímidamente las puertas de cristal. Pero estaban cerradas. Cuando terminó el desayuno, habló con Marina, que sólo consintió en darle la llave tras un poco de negociación, pues su interés por los libros se limitaba a que nada estropeará el dorado de las tapas.

—Bueno, en todo caso, que sea uno de los de la escuela dominical —dijo con descortesía.

Laura sacó *Las gigantescas ciudades de Basán y los lugares sagrados de Siria*, y se

retiró con él a la sala de estar, donde ya estaba la madrina instalada para el resto del día con la revista correspondiente. Cuando las campanas empezaron a tocar, los niños y las jóvenes, recatadamente tocadas con sus sombreros y con los libros de oraciones en la mano, fueron a la iglesia del vecindario, donde, una vez más, Laura se sentó con los niños; Marina y Georgy se colocaron como centinelas en los extremos del banco, listas para saltar sobre sus hermanos en caso de necesidad para confiscar animales o comestibles, o de detener con una Biblia cotorreos impíos. Era una iglesia muy amplia; el banco estaba en un lateral desde el que no se podía ver ni el atril ni el púlpito, y las palabras del sermón parecían venir de muy lejos.

Tras la comida, mandaron a Laura y a los niños al jardín, para que salieran a pasear como es costumbre los domingos. Sin personas mayores presentes, los sentimientos naturales de los niños afloraron: la aversión de una niña tranquila a unos chicos brutos y sus bromas; la indignación y el resentimiento de los muchachos por llevar a una chivata y a una cuentista pisándoles los talones. En cuanto pasaron la pista de tenis y nadie podía verlos desde la casa, Erwin y Marmaduke treparon por la verja y saltaron a la calle, prometiendo una misteriosa venganza contra Laura si se le ocurría entrar en la casa sin ellos. La niña se sentó al borde de la hierba, debajo de una morera, y apoyó la barbilla en las manos. Era demasiado tímida para volver a la casa y soltarlo todo; también le daba miedo que alguien fuera al jardín, se la encontrara sola y la obligara a chiarse; pero, sobre todo, le daban miedo los niños y sus amenazas imprecisas y desagradables. Así que se sentó y esperó... y esperó. Las sombras fueron cambiando de forma en la hierba ante sus ojos; las campanas de capillas lejanas tocaron la hora menos cuarto y volvieron a redoblar; el implacable sopor vespertino de los domingos lo invadió todo. ¿Cuándo iba a llegar el día siguiente? Contó con los dedos las tediosas horas que aún tenían que pasar para volver al colegio —lo hizo dos veces para asegurarse—, pero lo único que consiguió fue bostezar hastiada. El tiempo pasó y pasó, y no sucedió nada. Estaba a punto de echarse a llorar cuando dos cabezas negras aparecieron sobre la valla y los chicos, rojos y sin aliento, saltaron y le metieron prisa para ir a merendar.

Al día siguiente se despertó al amanecer, de tantas ganas como tenía de irse. Pero Marina tenía mil y una cosas aburridas que hacer antes de estar lista para marcharse, y ya eran las nueve y media pasadas cuando las dos llegaron al internado. Laura, infantilmente, no sintió especial gratitud por el gran tarro de mermelada de moras que Marina le puso en los brazos, pero, al ver el austero edificio gris de piedra, casi se puso a bailar de contento y, cuando la puerta principal se cerró a sus espaldas, se le escapó un suspiro de alivio.



## Capítulo IX



A partir de aquel momento —cuando la recibió la agradable sonrisa de Mary, la doncella—, la opinión de Laura sobre la vida en el colegio dio un giro. Se alegraba de haber vuelto como una oveja se alegra de volver al redil. Aprender podía ser difícil y las auxiliares podían llegar a tener una despiadada seguridad en su propia sabiduría, pero por lo menos en ese campo podía ser una persona de cierta importancia, y no como en casa de la madrina, donde era poco más que una insignificante inválida.

Escribió a casa con cautela sobre su infortunado intento de vacaciones; en la frase más reveladora de su carta decía que de momento prefería no volver a casa de la madrina. Pero daba cuenta de la visita con tal falta de simpatía que madre, junto con el comentario anterior, encontró materia para una reprimenda.

Eres una niña muy desagradecida —escribió— por haber olvidado todo lo que la madrina ha hecho por ti. De no haber sido por los libros y otras cosas que te ha dado yo no podría haberte mandado al colegio. Y espero que cuando crezcas me ayudes tanto como Marina ayuda a su madre. Prefiero con mucho que seas buena y útil antes que inteligente, y creo que ves las cosas con ojos muy poco amables para una niña de tu edad. Trata de pensar sólo cosas buenas de la gente en lugar de estar siempre al acecho de sus fallos. Si lo haces tendrás muchos amigos y caerás bien allá donde vayas.

Laura aceptó de mala gana lo que le decía su madre sobre la bondad y la inteligencia; ella sabría. Madre pensaba que eso era lo que tenía que decir y sin duda habría preferido tener las dos cualidades combinadas pero, de haber tenido que escoger, Laura sabía perfectamente por cuál se habría decantado. Por ejemplo, si confesara que sus profesoras no la veían siquiera como una alumna medianamente inteligente, se habría organizado un buen lío. La ambición de madre no tenía límites y, si se sentía ofendida en ese sentido, era perfectamente capaz de escribir a toda prisa a la señora Gurley o al señor Strachey para protestar por su falta de perspicacia adjuntando toda una retahíla de pruebas embarazosas. Así que dejó a su madre con sus gratas ilusiones y volvió a acomodarse en su papel de zopenca aún más tranquila de lo que ya estaba. Al fin y al cabo, el colegio no era un mal sitio: durante algún tiempo cada día estaba más convencida de ello, y la visita a la madrina pareció confirmarlo definitivamente.

Más o menos por entonces un par de golpes de suerte se cruzaron en su camino.

El primero fue que tuvo el privilegio de convertirse en la tercera pieza de la amistad entre Inez y Bertha, un favor al que se entregó arduamente, por más que no podía haber tres niñas más distintas que ellas. Bertha era saltarina y tenía buen carácter, las manos toscas, las pantorrillas regordetas y era inútilmente aplicada. En el otro extremo, Inez era tan guapa que Laura nunca se cansaba de mirarla. Tenía la piel clara, ojos de color avellana, cabello castaño con reflejos rubios y una nariz griega. Su boca era muy pequeña, los

orificios de su nariz no eran más que finas ranuras, y era tan perezosa que apenas abría los ojos a medias. Las dos habían cumplido sobradamente los catorce años y estaban totalmente desarrolladas. Comparada con ellas, Laura no era más que un potrillo delgado.

Les estaba tan agradecida porque la tolerasen que nunca se puso con ellas en pie de igualdad. Era orgullosa y susceptible, pero también estaba dispuesta a quedarse en un segundo plano y admitir que ellas tenían derechos previos adquiridos. Así las cosas, la amistad no progresaba hacia la intimidad, pero resultaba bastante consoladora tal y como era. Ya no se sentaba sola en los recreos, sino que tenía de quién cogerse del brazo y pasear por el patio con satisfacción, y además ahora podía echar miraditas desdeñosas a María Morell y su pandilla, porque sus nuevas amigas se situaban, socialmente, en lo mejor del colegio.

La compañía de Bertha e Inez facilitaba las cosas para Laura también en otro sentido, dado que ninguna de ellas apuntaba muy alto y las dos se conformaban con ocupar los últimos puestos en clase. Así que Laura, que en su joven confusión todavía no alcanzaba a ver qué se esperaba de ella, se contentó cada vez más con la presencia y el apoyo de sus amigas, e hizo caso omiso de una opinión superior. La señorita Chapman, supervisando la tarea de la tarde, notó con sincera lástima que a la pequeña Laura cada día se la veía más animada y más haragana.

El segundo golpe de suerte fue de naturaleza muy distinta.

La señorita Hicks, la profesora externa de geografía, tenía el don de decir cosas mordaces que realmente mordían. Con Inez estaba especialmente resentida, porque estaba convencida de que tras aquel perfil griego dormitaba un talento que no salía a la luz por culpa de la indolencia.

Un día perdió la paciencia con aquella alumna holgazana.

—Te voy a decir lo que pasa, Inez. Has sido bendecida con un auténtico cerebro de mujer: impreciso, evasivo, inexacto y al que sólo interesa el aspecto personal de las cosas. No eres capaz de centrarte y, lo que es peor, no sientes curiosidad por nada de lo que realmente es importante. Admites las grandes verdades de la existencia sin más, como lo hacen las gallinas, y no me cabe ninguna duda de que seguirás así, tan contenta, hasta el fin de tus días, sin saber por qué hay mareas en el océano y qué origina las estaciones. Me avergüenza pertenecer a tu mismo sexo.

Las compañeras de Inez se rieron tonta y ruidosamente y dejaron que el sarcasmo planeara sobre ellas sin que su verdad las golpeará. Hasta la propia Inez se inclinaba a tomar la mofa de la auxiliar por un cumplido, algo que demostraba que era incapaz de dejarse llevar por la vulgar curiosidad. Sin embargo, por más que se riera dócilmente como las demás, Laura no pudo olvidar el incidente. Era como si aquellas palabras se le hubieran adherido a la memoria, y lo dicho por la señorita Hicks volvió a ella con frecuencia en los días siguientes. Entonces, de repente, como si una mano invisible hubiera abierto una puerta en su interior, una luz la atravesó. Impreciso, evasivo, inexacto, que sólo se interesa por el aspecto personal: cada una de esas palabras dio en el blanco. Si la señorita Hicks hubiera querido describir con esas palabras a Laura, no lo habría hecho con mayor precisión. Era totalmente cierto. Hasta ese momento, Laura se había conformado con saber las cosas por encima y de cualquier manera, cogidas con alfileres y como le viniera en gana. Nunca se había sentado a trabajar para dominar un tema, para apropiárselo hasta en los menores detalles. Lo único que le atraía eran partes sueltas, retazos pintorescos o rasgos llamativos. A buen seguro, eso era lo que la señorita Hicks entendía por «personal». Y, por

añadidura, ay, tampoco tenía una curiosidad inteligente. No podía decir que se hubiera estrujado los sesos para averiguar por qué la Tierra gira alrededor del Sol y no el Sol alrededor de la Tierra. Con toda franqueza, le daba completamente igual que el globo terráqueo se pareciera más a una naranja que a la esfera perfecta que inicialmente imaginamos. Pero, si lo admitía, si no le quedaba más remedio que hacer esas humillantes confesiones, quedaría claro que su cacareada inteligencia sólo existía en la imaginación de madre. O que, en todo caso, se había desintegrado como un puñado de tierra entre la mano dura de la señorita Hicks. Laura se sentía humillada, y no podía entender que sus compañeras se plantearan la cuestión con tanta ligereza. No quería tener un cerebro de mujer, no, gracias, no uno así, así que ella sola se espabiló por toda la clase.

Se puso a trabajar sin demora para aguzar el ingenio y seguir el buen camino. Al principio se tambaleó, naturalmente, y tuvo frecuentes deslices. La curiosidad intelectual no se despierta sólo con desearlo, como pudo constatar, y fueron muchas las ocasiones en que se sorprendió dormitando. No tardó en convertirse en una de las más fastidiosas preguntonas, pero su sed de información se agotaba con la pregunta, porque se olvidaba de atender en la respuesta. Además, por más que lo intentaba, era incapaz de entusiasmarse más por el rumbo de la corriente del Golfo o la formación de una meseta, por decir algo, que por el hecho de que cuando Nelly Bristow hablaba salían de su boca burbujitas y necesitaba tragar saliva el doble de veces que los demás, o que cuando la señorita Hicks se enfadaba su voz tenía una manera de decaer en el momento crucial y reducirse a casi nada, como si se golpeará latón después de golpear estaño. No, a Laura se le hacía difícil invertir el valor de esas cosas. Así que probó por otro camino, y le fue mejor. A fuerza de prestar más atención, de sopesar tanto las preguntas de la señorita Hicks como las respuestas de las mejores alumnas, empezó a ver con mayor claridad dónde reside el verdadero conocimiento. Lo que le pedían eran datos; los datos eran la verdadera prueba del aprendizaje; datos que se esperaba que ella supiera. Las historias y los dibujos de las cosas no iban a ayudarle ni una pizca en ese camino. Haber visto las cumbres nevadas del monte Kosciusko recortándose contra el cielo azul del atardecer y conocer su forma al dedillo no tenía ninguna utilidad. Sin embargo, que la altura de esa montaña fuera de 2228 metros y no de 2229 era tremendamente importante. Esa clase de información tenía valor y era realmente útil, porque de ella dependía el lugar que se ocupaba en el aula.

Laura se aplicó en perseguir el ideal escolar y se obligó a fijar datos concretos en sus pensamientos errantes. Triunfó en su empeño, porque resultó que tenía buena memoria y, para su gran regocijo, le era fácil usarla para retener cosas, tan fácil como para las alumnas más brillantes del curso. A partir de entonces dio rienda suelta a ese talento y, con gran celo, empezó a memorizar páginas enteras del libro de historia. No muchas semanas después la separaron de Inez y de Bertha para sentarla en la otra punta de la clase en todas las asignaturas, menos en matemáticas, porque, por desgracia, las cuentas no se hacen de memoria.

Pero ni el sabor de la amistad con sus comodidades, ni el repentino cambio para mejor de sus peripecias en clase compensaron el desgraciado don de Laura para meter la pata, algo que siguió haciendo unas veces sí y otras también, y no sólo con las autoridades. Estaba, por ejemplo, aquella desdichada tarde en que fue una de las alumnas invitadas al salón de la señora Strachey. Laura, que no sabía lo que significa estar *blasée*,<sup>[5]</sup> recibió ilusionada la invitación e incluso disfrutó escribiendo, con su mejor letra, la obligada nota de aceptación. Pero fue la única que lo hizo, porque la mayoría de sus compañeras detestaban aquellas reuniones semanales, porque se esperaba que las invitadas participaran

interpretando una pieza musical. Hasta las más ineptas tenían que demostrar lo que eran capaces de hacer, y el hecho de que al final sirvieran pastelitos de nata no se consideraba compensación suficiente para saldar cuentas.

—Eso está muy bien —refunfuñó la compañera de cuarto de Laura, Lilith Gordon, mientras se enjabonaba el cuello y los brazos, gruesos y blancos, antes de vestirse—. Eres nueva, así que seguramente a ti no te pedirán nada.

Laura no volvió a pensar en ello y, después de escoger un libro de música, siguió a los demás vestidos blancos por el pasillo. La mayor de las niñas llamó a la puerta del salón, que abrió, en persona, el mismísimo director.

A ojos de las niñas, el señor Strachey medía dos metros desde la suela de los zapatos. Tenía también una costumbre de lo más arrogante de mirar por encima de la nariz, y de mesarse con intolerancia su largo y lánguido bigote. No tenía ninguna necesidad de adoptar el desdén glacial de la señora Gurley, porque su mera presencia, su sola mirada aunque la tuviera perdida, inspiraban pavor. Corrían historias sobre su ira cuando se enfurecía, pero pocas la habían sufrido. Él dominaba el ímpetu de aquellas jovencitas coloniales con su digno aire de distanciamiento.

Y ahora se le podía ver, afable y sonriente, esforzándose por conseguir que un puñado de niñas desmañadas se sintieran cómodas. Pero de poco servían sus esfuerzos o los de la señora Strachey; para las alumnas era imposible desprenderse voluntariamente del temor atenizador que dominaba sus relaciones con el director. Para ellas, su afabilidad era como las gracias que pueda hacer un elefante de carácter imprevisible, con el que nunca puedes sentirte segura. Por añadidura, en esta ocasión el grupo era joven, y de edades diversas. Fue así como unas doce niñas de entre doce y quince años se sentaron al borde de las sillas y contestaron a lo que se les preguntaba con la garganta seca.

Laura, aunque era la más joven de la concurrencia, era la que estaba menos incómoda; ella nunca había tenido un cuarto para los niños, por lo que se había mezclado con los mayores desde la primera infancia. Tampoco era tímida; de hecho, aún le recordaban diariamente que se esperaba de ella timidez. Así pues, tomó asiento y se puso a observar. Era un salón interesante. Unas estanterías con libros, de una altura de tres estantes, recorrían las paredes, y en la balda superior había un montón de objetos extravagantes. ¡Qué tarde tan buena podrían pasar si el señor Strachey las invitara a examinar esos adornos, o a coger los libros, en lugar de obligarlas a conformarse con ver de casualidad un título por aquí y otro por allá! De las estanterías, los ojos de Laura pasaron a las imágenes de la pared. Una de ellas en especial le llamó la atención. Estaba sobre la repisa de la chimenea y representaba la cabeza de un hombre de perfil, con una larga nariz ganchuda y tocado con una especie de gorra de visera. Pero ahí no acababa la cosa: detrás de esa cabeza había otros perfiles del mismo rostro que parecían salir de las nubes. Laura los miró con atención, pero no fue capaz de sacar conclusión alguna. Entretanto, sus compañeras se habían ido levantando y con una sonrisa forzada habían ido a sentarse, coloradas como la cresta de un gallo, en la banquetta del piano, donde con dedos fríos y rígidos fueron tropezando con los compases de una sonata o una sonatina.

Lilith Gordon rompió esa cadena ofreciéndose a cantar. La señora Strachey aplaudió el cambio, y Lilith se dirigió al piano. Pero estaba tan sumamente nerviosa que se vino abajo en el breve preludio de la balada. La señora Strachey acudió al rescate:

—Es muy difícil cantar y acompañarse una misma, ¿verdad? —dijo amablemente—. Tal vez alguna de tus compañeras pueda tocar para ti.

Ninguna se movió.

—¿Alguna de vosotras se sabe la canción?

Dos o tres admitieron a regañadientes que la conocían, pero ninguna se ofreció voluntaria. Fue en ese momento cuando Laura metió baza.

—Yo puedo tocarla —dijo, y se ruborizó al oír su propia voz.

La señora Strachey miró dubitativa a aquella niña bajita y delgada.

—¿Te la sabes, querida? Yo creo que eres demasiado joven para cantar.

—No, no la conozco. Pero puedo tocarla con la partitura. Es bastante fácil.

Todos la miraron incrédulos, especialmente la infeliz cantante.

—He tocado cosas mucho más difíciles —agregó Laura.

—Bueno, creo que puedes intentarlo —dijo la señora Strachey con el arraigado recelo de las personas con escaso oído musical.

Laura se levantó y se dirigió al piano, donde tocó cumplidamente la canción hasta el final.

La señora Strachey parecía aliviada.

—Muy bien —dijo a todos los presentes y, dirigiéndose a Laura—: ¿Has dicho que no te la sabías, querida?

—No, nunca la había visto.

La dama pareció dubitativa de nuevo.

—En ese caso, a lo mejor ahora puedes tocar algo que te sepas.

Laura no tuvo objeción. Había tocado para la gente antes incluso de tener los dedos lo bastante largos para cubrir una octava. Cogió el libro de Thalberg que había llevado consigo, escogió *Home, Sweet Home*, y empezó a caracolear sobre el teclado.

Su público guardaba un silencio absoluto. De haber sido un poco más avispada, habría entendido que era el silencio del asombro. Tras las remilgadas sonatinas que habían sonado antes, los floridos ornamentos de Thalberg parecían desvergonzados. Por si eso fuera poco, la interpretación de Laura era ruidosa; pisaba a fondo el pedal de resonancia, golpeaba y aporreaba los acordes mayores con toda la fuerza posible en unas manos de doce años, y las notas equivocadas se repartían libremente. Con todo, la melodía y el ritmo estaban bien marcados, y la agilidad de aquellos deditos no dejaba lugar a dudas.

Un silencio sepulcral saludó el fin de la pieza. Muchas de las niñas estaban muy rojas a fuerza de intentar no reírse. El director se mesaba el bigote con aire abstraído.

Laura ya había vuelto a ocupar su asiento cuando la señora Strachey dijo, indecisa:

—Gracias, querida. Esa pieza... ¿la has aprendido... aquí?

Laura no vio nada malo en la pregunta.

—No, en casa. No sería capaz de tocar delante de nadie las cosas que aprendo aquí. Son muy aburridas.

A una de las niñas se le escapó un gritito, pero bastó que la señora Strachey se diera media vuelta para que se callara.

—Espero que la música clásica no tarde en gustarte —dijo con seriedad, pero con buena intención—. La preferimos a ninguna otra.

—¿Se refiere a cosas como el *Aire en sol con variaciones*?<sup>[6]</sup> Creo que nunca podré. No tiene melodía.

En la vida de Laura, la intromisión de la música resultaba tan funesta como podía haberlo sido la del vino. Se dio cuenta de que se encontraba cerca del señor Strachey, así que se volvió hacia él y, con lo que ella pensó que era soltura, le preguntó:

—Señor Strachey, ¿tendría la amabilidad de decirme qué es ese cuadro que hay sobre la repisa? No he dejado de mirarlo desde que he entrado, y no puedo dejar de pensar

en él. Lo que hay detrás del hombre, ¿son fantasmas, o qué?

El señor Strachey tardó un minuto en salir de su estupor. Se mesó el bigote con mayor fuerza y posó sobre Laura una mirada nada alentadora.

—Parece la misma cara todo el rato —siguió la niña, que seguía mirando el cuadro.

—Eso —dijo el señor Strachey pausadamente— es el retrato que un gran pintor hizo de un gran poeta, Dante Alighieri.

—¡Ah, Dante, sí! —dijo Laura con ostentación, porque había oído alguna vez ese nombre—. Sí, claro, ya sé. Escribió un libro que se llama *Fausto*, ¿verdad? Lo he visto por aquí, cerca de la puerta. ¡Qué libros tan bonitos!

En ese momento el señor Strachey cambió bruscamente de asiento, y la sed de conocimiento de Laura quedó sin saciar.

La velada terminó y ella permaneció en la feliz ignorancia de haber hecho algo mal hasta la mañana siguiente, cuando después del desayuno la mandaron ir a ver a la señora Gurley.

Un cuarto de hora después, al salir del salón privado de aquella dama, sus ojos no eran más que hendiduras hinchadas en la cara. Pero, en lugar de ir a lavárselos con agua fría y reunirse valientemente con sus amigas, Laura fue lo bastante insensata para esconderse y llorar a moco tendido. Así pues, cuando sonó la campana no tuvo más remedio que acudir a la oración delatando un prodigioso disgusto, que dio aviso a las curiosas de lo que había pasado.

La señora Gurley la había aplastado y humillado. Comunicó a Laura que era culpable de grave impertinencia, de profanar los oídos del director y de su señora con la música de Thalberg, y que las partituras que se había traído de casa le iban a ser confiscadas. Para terminar, el señor Strachey había quedado tan desfavorablemente impresionado por su grosería que no iba a volver a invitarla a su salón en una buena temporada.

Lo de la música afectó poco a Laura; si preferían sus viejos y aburridos ejercicios a lo que ella les ofrecía, peor para ellos. Pero los reproches que le hizo sobre sus modales la hirieron más profundamente que cuando no era más que una novata recién llegada, porque llevaba algún tiempo puliendo su estilo, el cual pensaba que ya era «como Dios manda».

Y sin embargo, por más que aquel reciente desmoronamiento de su orgullo fuera doloroso, no fue ni la peor consecuencia ni la menos duradera del incidente; lo peor vino con sus compañeras. A la mañana siguiente, la historia de sus proezas era sabida por todas. Sin duda, la encargada de hacerla circular había sido Lilith Gordon. Estaba resentida con Laura porque se ofreció a acompañarla al piano; si Laura no se hubiera hecho notar de ese modo tan censurable, Lilith se habría librado de cantar. También estaba molesta porque Laura había demostrado que ella sí podía tocar, y la sensación era compartida por las demás, pues les parecía una falta de camaradería, y se alegraron de que aquella pequeña marisabidilla, finalmente, hubiera salido escaldada, porque si tienes una aptitud que los demás no tienen, la disimulas, y no vas por ahí luciéndola y restregándosela a nadie.

En definitiva, Laura había incurrido en dos infracciones de la etiqueta escolar. Nadie, desde luego, se dignó explicárselo; eran cosas que no se decían, cosas que se espera que sepas sin que te las digan. Por ese motivo, sólo entendió a medias lo que había hecho. No vio más que censura en caras que hasta entonces se habían mostrado neutras, y a lo largo de uno o dos trimestres notó ostensiblemente que le daban de lado. Su breve iniciación en la popularidad recibió un revés, y fue por su propia insensatez.



## Capítulo X



Laura aprendió la lección y empezó a modelarse más y más como las personas que la rodeaban; se dio cuenta de que salirse del molde es un pecado imperdonable.

En agosto, tras las vacaciones de invierno, pasó a segundo curso y empezó a estudiar latín. Como recompensa, madre le permitió bajar el largo de los vestidos dos centímetros y medio por debajo de la rodilla. Se convirtió en una alumna rápida y acomodaticia, con la memoria de un lorito, y al final del curso escolar hizo las delicias de su madre con un par de cuadernos muy dorados, aunque carentes de interés en su contenido.

En aquellas primeras vacaciones en casa estremeció a sus hermanos contándoles historias de los grandes acontecimientos que sucedían en el colegio. Ninguna de sus compañeras de clase habría podido reconocer en aquellas exageraciones sin cuento a la infortunada tontorrón de los primeros días.

A su regreso, su círculo de amistades se amplió. A la mañana siguiente de su llegada, al entrar en el comedor se encontró con una alumna nueva plantada delante de la chimenea, tímida e incómoda. Era la hija de un terrateniente millonario que se apellidaba Macnamara, y las noticias sobre su riqueza la habían precedido. Con todo, ahí tenía que vérselas ahora, sola e infeliz, objeto de todas las miradas. Cabría suponer que Laura sintiera algo de simpatía por ella, puesto que no hacía mucho que había pasado por ese mismo aprieto, pero no era su estilo. Se alegró con brutalidad de que aquella niña, que le debía sacar alrededor de un año y era de una clase social superior, tuviera que pasar el mismo suplicio. Mirándola atenta y despiadadamente, exageró su aire de chica mayor que se las sabe todas, y se aplicó tanto en demostrarlo que terminó haciéndose merecedora de un rapapolvo de la señorita Snodgrass.

Pusieron a Tilly Macnamara en la clase de Laura, y no tardaron en hacerse buenas amigas.

Tilly era una niña bajita y rechoncha de dientes blancos, manos más bien masculinas y los ojos gris azulado que predominan en Australia. Por lo general vestía de seda, y nunca se ponía delantal para proteger la delantera del vestido. También, como era de esperar, la reserva de dinero de sus bolsillos no tenía fondo. Si se hacía una colecta, ella daba diez chelines donde las demás daban uno, y cuando los sábados salían de permiso gastaba pródigamente medias coronas cuando a Laura le habría preocupado soltar unos peniques.

Para esta última, con su magra paga, que tenía que estirar mucho tiempo porque no iban a llegar otras, era difícil moverse con elegancia entre compañeras que ignoraban, todas ellas, lo que significa ser realmente pobre. De este modo, sufría muchas humillaciones triviales, y tenía que recurrir a mil menudos subterfugios para que no se entreviera lo

miserable que era su asignación.

Pero la cuestión del dinero, al fin y al cabo, era una menudencia comparada con la cuestión infinitamente más importante de la vestimenta.

En ese aspecto, los problemas de Laura eran muchos. No era sólo que también ahí tenía que ser una proscrita por culpa de las estrecheces que pasaba madre; eso lo habría sobrellevado con facilidad porque, como les pasa a muchas niñas, la ropa fina le era indiferente. Le habría bastado con tener un par de vestidos nuevos al año con los que ir limpia y no hacerse notar; con eso habría estado más que satisfecha. Pero Laura, desde que era pequeña —y Pin también— había lamentado que los niños no puedan ir por ahí vestidos como sacos, compasivamente indistinguibles unos de otros. Ellas eran hijas de una madre imaginativa que, frustrada en otros ámbitos, había volcado su imaginación en la vestimenta de sus hijas. A lo largo de su corta vida, Laura había sufrido un estilo de vestido pintoresco y casero, y se resentía —con una violencia que su madre ni se podía figurar— de esta utilización de su joven cuerpo como perchero de ropajes fantasiosos. Cuando cumplió diez años la consideraron, a Dios gracias, demasiado mayor para las singulares hechuras que aún hacían refunfuñar a Pin, pero todavía se podía culpar a madre del colorido, terreno en el que parecía más desmedida de año en año. Ella siempre llevaba los más sobrios negros y marrones, pero le gustaba ver a sus polluelos tan alegres como aves del paraíso iluminando un mundo parduzco, y, cuando a madre le gustaba algo, no era dada a consultar antes los deseos de los más pequeños. Había momentos espantosos como cuando iba, por ejemplo a Melbourne, y compraba a precio de ganga un rollo entero de tela de un color imposible, que había que gastar hasta el último centímetro, o cuando en un viejo baúl se topaba con un traje antiguo que se podía cortar y adaptar a una nueva forma: un chal de Paisley, un vestido de baile colorado o incluso un par de cortinas de reps verde.

Así pues, al llegar a casa, para Laura fue un golpe terrible encontrarse con que madre ya le había comprado su vestido de primavera. En cierto sentido, todo estaba bien: lo había hecho la modista local, y por tanto no tenía ese corte de hecho en casa que tanto detestaba... pero ¡qué color! El alma se le cayó a los pies en cuanto le puso los ojos encima, y le costó mucho trabajo contener las lágrimas. Madre había elegido un intenso violeta, una tonalidad burda y pasada de moda.

Resultaba que, aparte de sus sentimientos personales, en los pocos meses pasados en la escuela Laura había llegado a conocer con gran exactitud lo que sus compañeras pensaban del color. Daba igual lo suntuosa o sencilla que fuera la tela con que estaba hecho un vestido: lo importante era que fuera oscuro, o bien de un tono suave. Lo brillante era signo de vulgaridad, y dejaba a quien lo llevara fuera de los mejores círculos. Por ese motivo, en aquel momento crítico en que tanto se esforzaba Laura por imitar a sus compañeras en todos los aspectos, la llegada de aquel violeta tan poco propicio la desarmó. Tras una primera inspección consternada, se retiró al fondo del jardín para dar rienda suelta a sus sentimientos.

—No voy a ser capaz de ponérmelo, ¡nunca! —se quejaba—. ¿Cómo ha podido hacer algo así? ¡Con la falta que me hace un vestido nuevo!

—No es tan horrible, Laura —intercedió Pin—. En cuanto te lo pongas va a parecer más oscuro, estoy segura. Sobre todo si no te pones al sol.

—¡Tú no vas a tener que ponértelo! ¡Ha sido una mala pasada por tu parte, Pin, y muy gorda! ¡Podías haber puesto cuidado en lo que compraba madre!

—Pero ¡si lo hice! —aseguró Pin al borde del llanto—. Había otro de un marrón oscuro muy bonito y le dije que ése te iba a gustar más, pero ella me mandó callar, y yo me

quedé pensando que te iba a vestir como si fueras nuestra abuela.

Aquella prenda pasó varias semanas colgada en el rincón más oculto del armario de Laura en el internado. Todas sus compañeras habían vuelto con vestidos nuevos, y el primer día que fueron a la iglesia se pasaron revista unas a otras, tanto las niñas como las profesoras. Laura fue la única que bajó con el mismo vestido que había llevado todo el invierno. Estaba muy amargada y, mientras el puñado de anglicanas iba andando al templo de St Stephen's-on-the-Hill, se esforzó en curarse las heridas.

—No entiendo por qué mi vestido no ha llegado —dijo sin que viniera a cuento, llevada por el dolor y mirando de reojo para ver cómo se tomaba el comentario su compañera. Era la buena de Maria Morell, que iba resplandeciente con su terciopelo y sus plumas—. Supongo que la tonta de la modista no lo acabó a tiempo. Llevo toda la semana esperándolo.

—¡Qué fastidio! —respondió Maria, pero con escaso interés, porque acababa de echar el ojo a un joven de aspecto inocente que hacía todo lo que podía para que no se le subieran los colores mientras pasaba delante de las chicas—. Oye, fíjate en ese par de ojazos, ¿a que es una monada?

A lo largo de muchos domingos, viviendo una agonía por su indecisión, Laura acarició el agradable tejido del vestido y pensó con remordimientos en su corte elegante. Hubo incluso una ocasión en que, cuando no había nadie, lo sacó del armario. Pero el despiadado sol primaveral hizo que el violeta fulgurase y se multiplicara en un sinnúmero de colorines, por lo que, con un escalofrío, lo devolvió a su percha.

Pero finalmente llegó la hora de la verdad. Después de pasar unos días en casa de la madrina, recibió una carta de madre. La madrina se había lamentado de que Laura pareciera «desaliñada», y madre estaba terriblemente enfadada. Ordenaba a Laura que volviera a Prahran también el sábado siguiente y con el vestido nuevo, pues de lo contrario escribiría a la señora Gurley. No se podía luchar contra una orden así y, con el corazón en un puño, Laura se preparó para acatarla. Aquella fatídica mañana remoloneó todo lo que pudo con el zurcido, posponiendo de ese modo la hora de vestirse para así salir cuando las demás ya se hubieran ido de la habitación. Con objeto de no verse a sí misma, medio cerró los ojos y dio la vuelta al espejo. Pese a que era un día cálido, se echó una capa sobre los hombros. Los brazos asomaban por fuera de las amplias mangas y se veían al menos treinta centímetros de falda. Mientras iba por el pasillo y bajaba la escalera parecía emborronarlo todo de color, y en cuanto entró en el comedor todos los ojos se volvieron hacia ella, meteóricamente. Las risitas de asombro seguían sus pasos y hasta las profesoras se quedaron mirándola después de cuchichear entre ellas. En el recibidor, Marina exclamó:

—¡Vaya! ¿Así que ése es el vestido nuevo del que tu madre hablaba en su carta?

Una vez fuera, las cosas no mejoraron. Hasta los conductores de tranvía la miraban fascinados, y cada viandante era un nuevo motivo de pavor. Laura esperaba, con el corazón en un puño, el momento en que alguien alzara la vista y, sin apenas darse cuenta, reparara en el color chillón. En casa de la madrina todos los rostros mostraron desaprobación. Georgina, pensando que Laura no la oía, dijo:

—¡Menudo espantajo!

Los chicos, en cambio, pusieron de manifiesto su opinión con toda franqueza en cuanto la tuvieron para ellos solos:

—¡Madre mía! ¡Si parece un loro!

—¡Pasen y vean al loro violeta, pasen y vean! ¡Tomen asiento, damas y caballeros! ¡A un penique la entrada!

Aquella tarde Laura desgarró el vestido por detrás y, cuando lo colgó debajo de la capa, se prometió que pasara lo que pasase nunca más volvería a ponérselo. Uno o dos días después, al entrar inesperadamente en el dormitorio, se encontró a Lilith Gordon y a otra niña hurgando en su armario. Las dos se pusieron muy coloradas y salieron a toda prisa de la habitación entre risitas, pero Laura vio lo que andaban buscando. A continuación, envolvió el vestido en papel de estraza, lo ató con un cordel y lo escondió en un cajón, debajo de sus camisones. Cuando fue a casa por Navidad lo llevó consigo, todavía envuelto, y se produjo una escena tormentosa. Pero Laura era testaruda y afirmó que, antes que ponerse de nuevo el vestido, no volvería al internado. Los premios de estudios recibidos habían suavizado el carácter de madre, así que aprovechó la oportunidad: le arrancó la promesa de que en lo sucesivo tendría permiso para escoger sus vestidos. Así fue como el traje violeta pasó a Pin, que lo detestaba con idéntica intensidad pero, al vivir bajo la mirada vigilante de madre, no tenía valor para oponerse.

—¿Traes algún vestido nuevo? —le preguntó Lilith Gordon mientras se desvestían antes de irse a la cama una noche o dos después del regreso.

—Sí, uno —respondió Laura brevemente, porque le pareció que Lilith guiñaba el ojo a la tercera niña, la hija de un tabernero de Clunes.

—¿Otro como el último? ¿O esta vez traes uno ocre amarillo?

Laura enrojeció en silencio.

—¡Cielo santo, qué color tenía! Era ideal para las fiestas de Semana Santa. Eso dijo la señorita Day.

—No era mío —explicó acaloradamente Laura—. Era... era de una chica que conocí, que murió y... y su madre me lo dio como recuerdo suyo. Pero a mí no me gustaba.

—Ya me imaginaba yo que no te gustaría. Pero, oye, ¿tu madre deja que te pongas ropa de otra gente? ¡Qué cosa más rara!

Salió de la habitación, sin duda para poner en circulación ese nuevo cotilleo. Laura la fulminó con la mirada. Estaba enfadadísima con Lilith Gordon por haberla incitado a mentir, pero mucho más consigo misma por su torpeza inútil. No parecía que la hubieran creído, pero, si realmente lo habían hecho, las cosas empeorarían en vez de mejorar, porque la gente pensaría que vivía de la caridad. Cada vez que tenía que ponerse a la defensiva sin esperárselo, acababa diciendo o haciendo alguna memez. Esa misma mañana, por ejemplo, le pasó algo parecido; no había podido quitárselo de la cabeza en todo el día. Mientras echaba un vistazo a la colada, la señorita Day se quedó horrorizada al ver cómo estaban zurcidas sus medias.

—¿Quién ha hecho eso? Tiene que haber sido mientras estabas fuera. Yo nunca te habría consentido semejantes pegotes.

Laura se sonrojó.

—¿Esto? Pues ha sido una vieja ama que tenemos en casa. Lleva con nosotros años y años, pero ahora está perdiendo la vista.

La señorita Day suspiró ruidosamente.

—Ya me parecía a mí. ¡Vaya manera de remendar!

Esos pegotes eran de madre, zurcidos hechos a todo correr, bien entrada la noche y con su impaciencia característica, que ponía el cosido práctico por delante del cosido bonito. La intención de Laura fue protegerla de las críticas, y evitar a la vez herir los sentimientos de la señorita Day, pero ¡era un trabajo tan chapucero! ¡Pasar esos sustos por el escepticismo de la señorita Day! Si la auxiliar no la había sorprendido en ese mismo momento en una mentirijilla, era por pura suerte. ¿Quién creía ya en las viejas amas? Eran

fenómenos salidos de la revista *The Family Herald*, o de la *Lady Clare* de Tennyson, y lo había dicho sin pensar gracias a esas lecturas. ¿Por qué diablos se le había tenido que ocurrir semejante excusa descabellada? ¿Por qué no se le había ocurrido decir Sarah, la doncella, la criada? En tal caso la señorita Day no habría tenido ningún motivo para suspirar, y Laura habría podido pensar que la creía, en lugar de tener que preocuparse por su propia estupidez. Pero lo que más le gustaría saber era por qué, en casa, remendar las medias no era cosa de Sarah. ¿Por qué tenía que ser madre, y nada más que madre, quien la hacía llamar la atención tan desagradablemente, no sólo por haber zurcido las medias sino, lo que era mucho peor, por no haberlas zurcido bien?



## Capítulo XI



Había una cosa muy rara, y era que a pesar de todo resultaba muy fácil ser amiga de Lilith Gordon. Pese a que no formaba parte de su grupo, pese a que a Laura ni siquiera le caía bien, y pese a que había podido comprobar en muchas ocasiones que Lilith tenía dos caras y no se podía confiar en ella, en los meses que siguieron al asunto del vestido violeta, Laura intimó más con aquella chica regordeta de pelo color arena que con Bertha, Inez o Tilly. O, para decirlo con mayor exactitud, tenía con ella constantes lapsus de intimidad, de los que se arrepentía cuando ya era demasiado tarde. En cierto sentido, era culpa de Lilith, que podía llegar a ser muy simpática. Cuando quería, podía parecer una amiga a las duras y a las maduras, y con esa artimaña lograba que Laura se desahogara con ella; pero después iba por ahí riéndose con otras niñas de lo que le había contado. En esas circunstancias, Laura se sentía especialmente desamparada. Cuando se acercaban a ella con tacto y afabilidad, cualquiera podía engañarla como a una boba.

Que las dos se desvistieran juntas antes de acostarse tenía mucho que ver con esa confianza. Esa media hora en que, con el cabello suelto, los brazos, gruesos o delgados, empuñan el cepillo, era el momento de toda clase de confidencias. La auxiliar que ocupaba la cuarta cama no subía hasta las diez en punto, y la hija del tabernero, una niña perezosa, estaba ya medio dormida antes de que las otras dos se acabaran de desvestir.

En una de estas charlas confidenciales, Laura hizo una grandísima tontería. En un momento de debilidad, desveló sin ningún motivo su secreto: que su madre mantenía a toda la familia con su trabajo manual.

Las dos estaban sentadas en la cama de Lilith. Laura había tenido un día de contratiempos que, sin lugar a dudas, influyó parcialmente en que se diera ese gusto. Pero, además, su compañera acababa de decirle, sin que nadie le preguntara nada, que la encontraba «muy guapa». No estaba en la naturaleza de Laura dejar pasar un cumplido, porque la incomodaban los compromisos y se sentía en la obligación de pagarlos con la misma moneda.

—¿Bordados? ¿De qué tipo? ¿Cómo los hace? —el interés de Lilith se despertó de inmediato. Un interés falso y adulador, reflexionó la víctima más adelante.

—Ah, pues mi madre es muy habilidosa. Además, lo que hace es precioso. Todo de seda, y con muchísimos colores. Una vez hizo un tapete para piano, y le pagaron cincuenta libras.

—¡Eso es fantástico!

—Pero que se lo encargaran fue un golpe de suerte. Lo que más hace son trajes para niños, capas y cosas así.

—Pero no es modista, ¿no?

—¿Modista? ¡No, claro que no! Lo que hace se envía, ya listo, a las principales

tiendas de la ciudad.

—Ah, ya veo. Debe de ser muy buena.

—Ya lo creo; puede hacer de todo. Saca los patrones de cabeza.

Y así, henchida de orgullo por las proezas de madre y el aprecio de Lilith por ellas, aquella noche Laura se durmió sin ningún escrúpulo de conciencia.

La tarde siguiente, varias internas que habían terminado la tarea se entretenían en el comedor; entre ellas estaban Laura y Lilith. En el grupo había otra niña, Lucy, pequeña pero muy ingeniosa; vivía en Toorak y procedía de una de las mejores familias de Melbourne. No era tan mayor como Laura, que le sacaba dos años, pero ya era temida y respetada por el agudo desdén con que formulaba sus opiniones.

Lilith Gordon fanfarroneó:

—Mi tío me ha prometido un reloj de oro con su cadena cuando apruebe el preparatorio.

Lucy de Toorak se echó a reír: mientras bajaba la cabeza, las comisuras de sus labios se elevaron.

—¿De verdad crees que te lo regalará?

—Sólo Dios lo sabe, y Él no lo va a decir. Pero seguro que me llevo el reloj de todos modos.

—¿Dónde vive tu tío?

—En Brisbane.

—Y ¿seguro que puede permitirselo?

—Pues claro.

—¿A qué se dedica?

Lilith tuvo el infortunio de dudar, siquiera un poco.

—Huy, tiene mucho dinero —aseguró.

—¿No quiere decirnos a qué se dedica!

—Me da igual decirlo o no.

—A lo mejor es carnicero, o ¡puede que enterrador!

—¿Carnicero! Pero ¡si tiene el periódico más grande de todo Brisbane!

—¿Un periódico! ¡Madre mía! ¡Su tío tiene guardado un periódico!

Todas las chicas del corro se echaron a reír, pero Lilith se había puesto totalmente roja.

—No hay nada de lo que avergonzarse —dijo con rabia.

Pero Lucy de Toorak no podía parar de reír.

—¿Un tío que tiene un periódico guardado! ¡Un periódico! La verdad, me alegro de que ninguno de mis tíos sea tan raro. Oye, y ¿es él quién lo deja delante de las puertas por la mañana?

Al principio, Laura contemplaba pasivamente lo que ocurría, contenta de que otra, y no ella, fuera blanco del ingenio de la joven Lucy. Pero en ese estadio de su existencia su propósito era halagar para ganarse siempre el favor del más fuerte. Así que se unió al bullicio de risas suscitadas por la confesión de Lilith y la réplica de Lucy, y se burló como las demás.

Un susurro en el oído la detuvo en seco:

—Si dices una palabra más, les diré lo de los bordados.

Laura se quedó pálida del susto. Ese día estaba de buen humor y casi se le había olvidado su tonta confianza de la víspera. Tenía una burla en la punta de la lengua, y ahora le quemaba. No podía borrar su sonrisa de golpe —todo el mundo se habría dado

cuenta—, pero se hizo más débil, fría y poco natural hasta esfumarse gradualmente, dejándola con una expresión muy solemne.

A partir de aquella noche, Lilith Gordon se convirtió en una bomba de relojería que podía explotar en cualquier momento. Y ¡era ella quien había prendido la mecha!

Socialmente, a Laura la habían aceptado desde el primer momento como a una más, incluso las más esnobs, y ello a pesar de su miserable paga y de sus vestidos ridículos. Porque la niña tenía casta: cabeza bien proporcionada, buenas manos, pies y orejas. La nariz tenía una curva muy pronunciada, lo cual sólo podía significar que llevaba sangre azul o que tenía un antepasado judío —y en la sección de internado no admitían judías—. Pero, por más que el dinero se hiciera entender con claridad meridiana en aquella joven comunidad, y por más eficaz que fuera para tapar defectos, no lo era todo: los instintos heredados y las tradiciones no podían dejarse a un lado tan fácilmente. Entre las más acaudaladas, algunas sabían que sus antecedentes familiares no resistirían un escrutinio detallado, motivo por el cual se había establecido entre ellas un misterioso respeto que profesaban a otras que no tenían nada que temer en ese sentido. Es más: fuera del círculo de las que eran inmensamente ricas, las distinciones de clase se observaban con una precisión que sólo puede darse en una sociedad extraordinariamente mezclada. Únicamente las tres profesiones se consideraban sacrosantas.<sup>[7]</sup> La profesión de arquitecto, por ejemplo, o la de ingeniero de caminos, si no llevaban emparejada una fortuna, no gozaba del menor prestigio. El comercio o cualquier relación con él, o la más mínima reverencia ante la compra y venta, eran máculas que nada podía limpiar, y las niñas que tenían tenderos entre sus parientes, o peor aún, taberneros, habrían preferido morderse la lengua antes que reconocer su desgracia.

Laura sabía muy bien que la buena cuna y la apariencia aristocrática no iban a servirle de nada si llegaba a saberse que madre trabajaba para mantener a la familia. El trabajo en sí era ya bastante malo; ¡cuánto envidiaba a aquellas que tenían un padre cuya actividad principal era vivir de su dinero! La circunstancia añadida de que madre fuera una mujer lo empeoraba todo diez veces, porque las damas no trabajaban; siempre tenían a un hombre que les dejaba lo suficiente para vivir y, cuando no era el caso, él compartía la ignominia. Así que el miedo de Laura se acrecentó por el temor de que la verdad saliera a la luz, en cuyo caso sería una paria, y vivía en el pavor constante de que Lilith la traicionara. Sin embargo, no pasó nada, al menos hasta donde ella pudo saber, y trató de conciliarse con su compañera por todos los medios. Pero con el paso del tiempo la inquietud la convirtió en un puercoespín, dispuesto a erizar las púas al menor roce. Siempre estaba pendiente de cualquier alusión a la posición de su madre y del desaire que iba a acompañarla.

Hasta las auxiliares notaron el cambio.

Tres de ellas estaban sentadas una tarde en torno a la chimenea del salón de la señora Gurley, con los pies apoyados en el guardafuegos. Las niñas ya se habían ido a la cama. Era la noche libre de la señora Gurley y, dado que la señorita Day también estaba de permiso, las tres que quedaban podían sentirse más unidas de lo habitual. La señorita Snodgrass había hecho tostadas —a pesar de que la señorita Chapman temblaba pensando que la señora Gurley notaría el olor al volver— y, mientras charlaban, la señorita Snodgrass les contó cómo le acababa de confiscar un libro a Laura Rambotham, que trataba de llevárselo a su habitación a escondidas, y cómo al final había resultado que no era de Laura, sino de Lilith Gordon.

—Con todo y con eso, se puso hecha una fiera. Es una niña de lo más reprensible, eso es lo que es. Ayer mismo quise ver un bordado que tenía en el delantal, con una

puntada nueva bastante bonita, y ¿creen que me dejó verlo? Lo apartó y me miró como si me quisiera comer. Me entraron ganas de darle un sopapo en las orejas.

—Yo nunca he tenido ningún problema con Laura. Más bien me parece que no sabes hacerte con ella —respondió la señorita Chapman, que a continuación hizo una pequeña maniobra: como no tenía buena dentadura, esperó un momento a que la aguda vista de la señorita Snodgrass se fijara en otra cosa para envolver subrepticamente la corteza de la tostada en su pañuelo.

—Yo lamentaría tratarla como lo hace usted —respondió la señorita Snodgrass con un bostezo—. En nuestros días, hay que enseñar a las niñas a saber estar.

Bostezó de nuevo y, buscando con la mirada por el salón un nuevo tema de conversación, lo encontró en la señorita Zielinski.

—¡Vaya, Ziely! ¿Qué te tiene tan ensimismada? —Pasó el brazo alrededor del cuello de la lectora y, sin ceremonia alguna, se inclinó sobre el libro—. ¡Ah, malvada, estás otra vez con Ouida!<sup>[8]</sup> ¡Siempre tienes la nariz metida en alguna novela despreciable!

—Déjame en paz —dijo la señorita Zielinski malhumorada y volviendo rápidamente a su libro, pero sin alzar la vista, porque tenía los ojos empañados.

—Mañana vas a equivocarte otra vez en las cuentas de la colada, de lo llena que tendrás la cabeza de esas cosas.

—Sí, es hora de irse, niñas; mañana es sábado —intervino la señorita Chapman con un suspiro, porque los sábados por la mañana entre las seis y las ocho había que separar y ordenar en pilas cincuenta y cinco lotes de colada.

—¡Ay, Señor, qué vida esta! —exclamó la señorita Snodgrass, y volvió a bostezar con una suerte de desesperación furiosa—. ¡Juro que me casaré con el primer hombre que me lo proponga, para escapar de esto! Siempre que tenga suficiente dinero para mantenerme con decencia.

—Pues no tardarás en querer volver, si lo único que sientes por él es eso —observó la señorita Chapman.

—¡Ni hablar! Ni aunque tenga joroba, o una amante, o más de ochenta años. ¡Ay, querido, querido! —y se abrazó a sí misma con tanta fuerza que le crujieron los huesos. Y, recobrando un tono de conversación normal, remató—: No sé si poner un ala marrón o verde en mi dichoso sombrero.

El asombro hizo que el rostro de la señorita Chapman se alargara.

—¿Tu sombrero? ¿Por qué quieres cambiarlo? Está muy bien como está.

—Mi querida señorita Chapman, ¿si se pasó de moda hace lo menos seis meses! Ziely, ¿estás llorando!

—¡No! —contestó débilmente la señorita Zielinski, a quien había pillado sonándose la nariz.

—¿Cómo puedes llorar leyendo un libro? ¡Ni que lo que cuenta fuera verdad!

—Doy gracias a Dios de no tener un corazón tan frío como el tuyo.

—Y yo se las doy por no ser una romántica idiota. Y si tú te llamas Thekla, por algo será.

—Mi nombre está tan bien como el tuyo. Y nadie me va a mirar por encima del hombro porque mi padre fuera alemán.

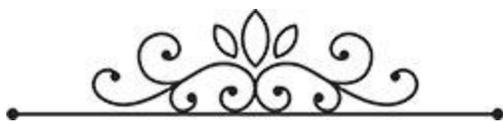
—*Señorr káiser, ¿quierre comprarr un perro?* —canturreó la señorita Snodgrass.

—¡Niñas, niñas! —amonestó la señorita Chapman—. Hay que ver lo que discutís. Mirad, ¡ahí viene la señora Gurley! Y ya son más de las diez.

Al oír chirriar la puerta principal, las dos jóvenes se levantaron, cogieron sus cosas

y se fueron a toda prisa. Pero el ruido había sido una falsa alarma y la señorita Chapman, tras recoger unas migas y ordenar las sillas, volvió a tomar asiento. Mientras esperaba, miraba y se preguntaba, con un suspiro, si llegaría a tener un día la suerte de poder decir que ese acogedor saloncito era suyo. Sólo en momentos como aquel se permitía soñar así. En presencia de la señora Gurley, majestuosa con su toca y su toquilla, como estaría de un momento a otro, o envuelta en su magnífico chal, esas ideas se hundían en el nivel del decoro, y la señorita Chapman las reconocía en su justa medida. Pero ahora, de noche, a solas, con la barbilla apoyada en la mano y los ojos pendientes de los rescoldos del fuego, a merced de la sobrecogedora quietud de la casona, semejante ambición no le parecía por completo fuera de su alcance y, dando rienda suelta a su imaginación, se veía recorriendo vestíbulos y aulas, dando órdenes que los demás tenían que cumplir, e incluso pensaba en algunos cambios necesarios, de tener a su cargo el personal.

Pero la inserción de la llave de la señora Gurley en la cerradura y el ruido de sus pasos por el linóleo bastaron para despertar en la señorita Chapman un sentimiento de culpabilidad. Se levantó siendo de nuevo la vieja y mustia auxiliar que por todo pedía perdón.



## Capítulo XII



*Da regiert der Nachbar, da wird man Nachbar.*<sup>[9]</sup>

### NIETZSCHE

Puedes arreglarte hasta el último botón para vestir como se espera; puedes disimular tus pequeñas imperfecciones y salirte con evasivas de las grandes incongruencias de tu vida hogareña, aquellas que podrían empequeñecer el valor que te dan tus compañeras; puedes, en definitiva, caminar en estricta formación por la estrecha senda que marcan esas jóvenes legisladoras e ir al paso con ellas, pero ¿de qué te sirve ese esfuerzo si no eres capaz de poner el orden esperado en los pensamientos y sentimientos que albergas en lo más profundo de tu ser? ¿Qué pasa si siguen escapando a tu dominio?

Ésta era la pregunta que por aquel entonces empezó a perfilarse en la cabeza de Laura. Tomó forma el día en que la señorita Blount, la secretaria, asomó la cabeza por la puerta y anunció:

—A las tres y media, segundo curso a la número uno.

El segundo curso estaba en una clase de oratoria, lo que significaba que el señor Repton, el profesor externo para esa disciplina, estaba leyendo con voz estentórea un capítulo de *Handy Andy*.<sup>[10]</sup> Subrayaba notablemente los puntos y sus oyentes, jóvenes coloniales inseguras y tímidas en sus emociones, se sentían medio divertidas, medio superiores, ante aquella exhibición histriónica. Mientras él leía se apoltronaban cómodamente, sin cuidado, apoyándose unas en otras, o se recostaban sobre los pupitres con la cabeza apoyada en los brazos. Era la primera hora de la tarde, cuando se tiene la cabeza embotada y atontada, y el señor Repton no era de la línea disciplinaria. Con todo, el abandono general de los modales tenía otra causa. Se debía a la forma de las piernas del profesor, que eran objeto de gran admiración. Se las tenía por las más bonitas de la escuela, y se consideraba que las chicas más afortunadas eran aquellas que podían verlas por debajo del pupitre. Más aún: circulaba el rumor de que el señor Repton había sido actor —su cabello rizado respaldaba sin duda esos informes— y a las de segundo curso les encantaba imaginar esas atractivas extremidades en las medias de un Hamlet o un Oteló. Además, por supuesto, le habían inventado una lóbrega vida fuera de los muros del colegio —obviando el hecho de que tanto él como su agraciada esposa se sentaban en la iglesia frente a las internas los domingos por la mañana, personificación de la moralidad más corriente— y, cada vez que miraba a una alumna, o cuando señalaba a alguna de ellas por la causa que fuera, se entendía que era por motivos ocultos; sus palabras se interpretaban con un sentido que no tenían, por lo que el pobre hombre se quedaba a menudo perplejo ante la acogida de sus amistosas propuestas. Ésa era la contribución del segundo curso a la

vida amorosa del colegio.

Aquel día, la breve y repentina retahíla de la secretaria anunciando que a las tres y media todo el colegio tenía que reunirse en lugar de dispersarse, sacó a las chicas de su ensimismamiento. Miradas con una mezcla de aprensión y agitación dieron la vuelta al aula, los ojos telegrafiaron poderosos mensajes, y los bien torneados miembros inferiores del profesor o las bufonadas de *Handy Andy* debajo de la cama de su madre perdieron todo interés.

Cuando llegó la hora y todos los cursos empezaron a dirigirse al lugar convenido, y verandas y pasillos se convirtieron en un hervidero de niñas, reinaba la agitación. Por un lado, cualquier ruptura de la uniformidad de los días era bien recibida y, por otro, la tensión nerviosa que se experimentaba no resultaba menos desagradable, en el fondo, que la placentera turbación de quienes acudían antaño a presenciar un ahorcamiento.

A lo largo de las semanas anteriores se habían cometido pequeños hurtos. Alumnas externas que llevaban un poquito de dinero en el bolsillo de la chaqueta se encontraban con que, al volver al ropero, se lo habían quitado. Las pérdidas se silenciaron por algún tiempo, por la repugnancia inherente a las niñas a armar alboroto, pero, cuando empezaron a desaparecer chelines, e incluso en una ocasión media corona, se admitió que había que terminar con aquello y una niña, más intrépida que las demás y con gran sentido de la moralidad, denunció el caso. Se puso en marcha una investigación, se tendió una trampa, y apareció la ladrona. Ahora se reunía a todo el colegio para administrar justicia.

La gran sala estaba incluso más llena que para la oración matinal, porque a esa hora siempre había una minoría impuntual. Un montón de niñas que no habían conseguido sentarse se arremolinaban al fondo. Al igual que para la oración, los profesores internos y externos formaban uno al lado del otro y daban la espalda a los altos ventanales; estaban alineados según su importancia: el primero era el señor Pughson, junto al escritorio del señor Strachey. Todos tenían un semblante impenetrable y severo.

En una de las filas de pupitres para dos —ennegrecidos, polvorientos, con muescas entintadas y tinteros eternamente secos— habían tomado asiento Laura y Tilly y, tras ellas, Inez y Bertha. Las cuatro tenían las mejillas encendidas. Pero, mientras sus compañeras no hacían más que murmurar y admirarse, Laura estaba en el más alto grado de la expectación. Le faltaba el aliento, tenía las manos y los pies fríos. Cruzando y descruzando los dedos, no dejaba de humedecerse los labios con la lengua. ¿Cuándo, cuándo iba a empezar todo?

Aquellos minutos previos fueron para todos los más difíciles. Cuando entró el señor Strachey y se hizo cargo de la situación mientras se oía a la gente chistar ominosamente, Laura se calmó de pronto y pudo tomar nota de cuanto pasaba.

El director levantó la mano para pedir un silencio que, para entonces, ya era absoluto.

—Ruego a la señorita Johns que se levante.

Al oír estas palabras, pronunciadas con un tono bajo y solemne, Bertha se echó a llorar y ocultó el rostro en su pañuelo. Cientos de ojos buscaron a la infeliz acusada mientras se ponía de pie con la mirada baja, que no despegó del suelo.

Aquella niña, pálida y de aspecto atontado, observaba sin moverse al señor Strachey igual que el conejo a la serpiente que está a punto de comérselo. Tenía catorce años, era muy fea, con un rostro pálido y una cabellera lacia que le colgaba sobre los hombros. El miedo la había dejado con la boca entreabierta, y no la cerró en ningún momento mientras estuvo expuesta a la vista de todos.

Laura no podía apartar los ojos de la escena: ardiendo de curiosidad, viajaban de

Annie Johns al señor Strachey y de nuevo a la desgraciada ladrona. Tras un preámbulo sobre los delitos en general, el director se centró en el caso que les ocupaba y lo describió con detalle. Laura estaba fascinada con su oratoria y le miraba admirada. El director hacía que todo viviera delante de ella; prendida de su voz, apreciaba cada punto y la suavidad con que llevaba la gradación hasta el clímax. Pero, por otro lado, sabía muy bien lo que es ser pobre, como era el caso de Annie Johns. Entendía lo que significa no tener para el tranvía una mañana lluviosa porque una tienda de golosinas ha tendido sus tentáculos hacia ti... y éste, según el señor Strachey, era el impulso motor de los ladrones. También se podía imaginar, con un escalofrío, lo fácil que habría sido —dado que la pérdida de los primeros peniques no se descubrió— seguir cogiendo moneditas de tres peniques, y pasar de ahí a las de seis. Sobre todo porque el dinero se había birlado, sin excepción, de bolsillos en los que abundaba. Laura estaba segura de que no había sido, como suponía el señor Strachey, para evitar que la pillaran, sino porque para quienes tanto tenían poco podían significar esos pellizquitos. Se preguntaba si todo el mundo estaría de acuerdo con él en este punto. ¿Qué opinarían los profesores? Dirigió la vista hacia ellos con la intención de descubrir en sus rostros qué pensaban. Pero estaban tan imperturbables como siempre. Le pareció que únicamente la vieja y buena señorita Chapman parecía sentirlo un poco, y la señorita Zielinski... ¡la señorita Zielinski estaba llorando! Esta revelación la estremeció del mismo modo en que, en una representación, el hecho de que un espectador se conmueva hasta las lágrimas intensifica el disfrute de su vecino. Pero entonces el señor Strachey abandonó el campo de la narración personal y pasó a los aspectos morales del caso. En ese momento, la fascinación de Laura se volcó de inmediato en el estudio de la cara pálida y ofuscada de la acusada, aunque para hacerlo tuvo que estirar el cuello. Ante aquella máscara de piedra tenía que imaginarse lo que le estaría pasando por la cabeza, y mientras estaba absorta en semejante labor notó que le apretaban airadamente el brazo. Era Tilly.

—¡No mires así, bruta!

—No estoy mirando.

Volvió los ojos rápidamente, creyendo sus propias palabras sólo a medias, y entonces, por unos segundos, intentó hacer lo que se esperaba de ella: sentir una decente indiferencia. A sus espaldas proseguía el incesante ronroneo del llanto de Bertha. ¿Por qué diablos lloraría? Estaba segura de que no habría oído ni una palabra de lo que decía el señor Strachey. Laura, que no podía estarse quieta en su asiento, miró de soslayo el perfil de Tilly. No podía perderse por nada la última escena de todas, en la que el director, magistralmente, ataba todos los cabos, por lo que, sintiéndose un poco mirona, alzó la vista de nuevo con cautela, y en esta ocasión se las arregló para mirar sin volverse.

Todas las cabezas estaban caritativamente agachadas. Ahora muchas niñas lloraban, pero sin hacer el menor ruido. Mientras se acercaban los últimos y terribles momentos, incluso Bertha se había callado, y ninguna de aquellas gargantas se había atrevido a toser. A Laura le empezó a latir muy deprisa el corazón, porque sabía que no faltaba mucho para el clímax final: las pausas del señor Strachey se hacían más lentas e intensas.

Tras un arranque de elocuencia que a Laura le pareció que habría hecho sombra a un obispo, el director se alzó en toda su majestad y, con el brazo en alto, bramó:

—En este acto, señorita Annie Johns, la expulso públicamente de la escuela. Márchese ahora, en este instante, y no vuelva nunca por aquí.

En ese momento, a Laura la atravesó un estremecimiento extático, como sólo había sentido una vez en la vida, y fue cuando un apuesto y rubio Hamlet, que pasó una tarde entera subido en el escenario de un teatro de la ciudad de Ballarat, cayó muerto por la

espada de Laertes entre el cálido aplauso de la concurrencia. Con la respiración entrecortada observó con ojos de lince cada centímetro de los movimientos de Annie Johns. Miró cómo recogía sus libros, abandonaba su sitio y salía entre las filas de pupitres, vio cómo andaba hacia la puerta con pasos rápidos y bruscos, subía los dos peldaños que la separaban de ella, tanteaba el picaporte, lo accionaba y desaparecía de la vista. Entonces, cuando todo hubo terminado y ya no había nada más que ver, Laura se desplomó en su silla con un suspiro audible.

Ya se había hecho tarde para que las niñas salieran a pasear en fila por las calles y parques de East Melbourne, lo que constituía el ejercicio diario de las internas. Las mandaron al jardín para que estiraran las piernas. Allí, mientras daban vueltas bordeando las praderas y las pistas de tenis, comentaron el principal acontecimiento de la tarde gritando un poquito más de lo habitual, en un intento de sacudirse el recuerdo de la desagradable media hora que habían vivido.

—¡Seguro que Sandy se ha alegrado de que echaran a esa golfa!

—¿Os habéis fijado en las botas de Pug, el de aritmética? ¡Debe calzar el número más grande que existe!

—¡Y la grasa en el pañuelo de Ziely! Era asqueroso. Ya os dije ayer que estoy segura de que nunca se lava el cuello.

Bertha, cuyas lágrimas habían desaparecido con la rapidez de la espuma del mar, dio a Laura un codazo en las costillas.

—Y ¿tú que opinas de todo esto, Tweedledum? Te has quedado tan lúgubre como un aborigen.

—No, no lo estoy.

—Pues a mí me parece que a Laura le da pena esa cerda —intervino Tilly.

—¡Desde luego que no! —dijo Laura, indignada.

—¿Pena por una ladrona?

—¡Ya he dicho que no!

Era cierto. Entre los sentimientos que experimentó Laura aquella tarde no figuraba la pena.

—Si quieres tener a semejante bestia sarnosa por compañera de cuarto, más te valdría ir al colegio en un presidio.

—Yo no sé qué habría dicho mi padre de haber sabido que he estado en la misma clase que una carterista —dijo la hija de un pastor de Brisbane—. Supongo que no me habría dejado quedarme ni una semana más.

Laura fue aún más lejos:

—Pues mi madre, ni un día más.

Las que estaban cerca se rieron, y una niña de Riverina dijo: «¡Ni uno, desde luego que no!», en un tono que obligó a Laura a hacer una mueca y a lamentar la rapidez de su respuesta.

Antes del té, tenía que ensayar. El piano estaba en un aula aislada, donde nadie podía oír si trabajaba con diligencia o con haraganería, y no tardó en dejar de tocar e ir a la ventana. Allí, después de quitar el polvo al granuloso alféizar con la enagua, apoyó la barbilla en las manos y se puso a mirar el jardín bañado por el sol. En aquel momento estaba vacío, y muy tranquilo. Por detrás de la alta valla, las calles estaban desiertas entre la modorra y el calor y lo único que se oía era el suave tintineo de la llamada a vísperas en el vecino seminario católico. Así, apoyada en los codos, balanceándose entre la punta y el talón de los pies, Laura se dejó llevar por los pensamientos de aquella tarde. Se preguntó

dónde estaría en ese momento Annie Johns y qué estaría haciendo; cómo se enfrentaría a su madre y lo que le habría dicho su padre. Todas las demás habían regresado a su vida cotidiana; a Annie Johns la habían dejado a la deriva. ¿Qué le habría pasado? ¿La echarían de su casa... a la calle? Laura tuvo una visión muy vívida de la pobrecita culpable, harapienta y andrajosa, escabulléndose entre muros y durmiendo debajo de puentes, eternamente obligada a circular por orden de un despiadado policía londinense (su único conocimiento de la miseria extrema procedía de la desoladora historia del pequeño Jo).<sup>[11]</sup> ¡Y pensar que todo había empezado por querer un insignificante billete de tranvía! ¡Qué protegidas estaban las demás chicas! No era de extrañar que se permitieran escandalizarse y sentirse agraviadas; ninguna de ellas sabía lo que es no tener tres peniques en el bolsillo. Pero ella sí lo sabía, y era sin duda esa relación incriminatoria con la pobreza lo que la llevaba a pensar de otra manera en Annie Johns y sus actos. Porque sus sentimientos habían sido distintos, de eso no cabía duda. Cuando pensaba en la media hora transcurrida en el aula número uno y se daba la orden expresa de ser sincera, debía admitir que no compartía la indignada y horrorizada aversión de sus compañeras por el crimen, con la única salvedad de su decente indiferencia por la delincuente. No, para ser francos, el caso le había resultado de sumo interés, y se las había ingeniado incluso para extraer de él un indecoroso entretenimiento. Y eso, naturalmente, no podía ser. En parte era por culpa del señor Strachey, que lo había hecho todo tan teatral, pero aun así se despreciaba sinceramente por ser tan rara por dentro.

—¡Cerde, cerda, cerda! —dijo entre dientes, y arrugó la nariz en una mueca.

El verdadero motivo de haberse dejado cautivar con tanta fruición era, en su opinión, que entendía los motivos de Annie mejor que nadie. Ella no tenía que esforzarse por comprender: he aquí el quid de la cuestión. A las niñas bienpensantes les parecía que algo así era imposible, y volvían la espalda sin sentir curiosidad. Sus compañeras se habían dado cuenta enseguida de que la actitud de Laura era distinta, pues de lo contrario nunca se habrían atrevido a acusarla de simpatizar con la ladrona ni a poner desdeñosamente en tela de juicio que se hubiera sumado a la opinión general. Para ellas no había una gran diferencia entre entender algo y hacerlo, y sin duda estaban en lo cierto. Pero, cielos, lo último que quería Laura en el mundo era ponerse del lado de la pecadora. Lo que ella quería era poder mirar a sus camaradas a los ojos. Ojalá supiera cómo, porque no había manera de discernir dónde te podía llevar el empeño de tener opiniones raras y peculiares; podías acabar siendo tú la malvada. Dejemos a Laura extraer una enseñanza de la suerte de Annie. Porque Annie, cuyas ideas inicialmente tal vez no habían sido tan distintas de las de sus compañeras o de la propia Laura, era ahora una reconocida ladrona y una proscrita. Los sentimientos de Laura mientras miraba por la ventana no se alejaban mucho de una oración. De haber hallado palabras, habrían formulado una súplica que la habría protegido de tener pensamientos distintos de los de las demás, pensamientos que podrían haberla hecho sentir lo que se esperaba que sintiera, de modo conveniente y como corresponde a una señorita... y, en particular, habría podido ver a una compañera condenada por un delito.

Por debajo, en las profundidades subconscientes parecía haber surgido una sensación de miedo: el miedo a las caras largas, a los ojos entrecerrados y a los dedos acusadores. Aquella noche se despertó con un grito porque soñó que la expulsada no era Annie Johns sino ella, y que un ejército de índices como lanzas se le acercaba y ella, por más que lo intentara, no conseguía que las piernas, fofas y torpes, la llevaran hasta la puerta de su dormitorio en la escuela.

Este sueño se repitió a menudo.





### Capítulo XIII



En el momento de sus honorables progresos de la Navidad siguiente —esta vez subió dos niveles—, Laura era una niña de trece años delgada y de estatura media que seguía sin aparentar la edad que tenía. Los tirabuzones habían desaparecido y, en su lugar, colgaba una larga y oscura trenza que ella se ataba, por elección propia, con una cinta roja.

De sus allegadas, la única que subió de curso con ella fue Tilly, de ahí que se viera abocada, aún más exclusivamente que antes, a su compañía, pues algo era tristemente cierto: si no estabas en la misma clase que tus amigas, tus intereses y los suyos se distanciaban pronto y sin remedio. Desde su nueva y encumbrada posición, Tilly y Laura no podían, respecto a sus antiguas compañeras, sino mirar hacia abajo: ahora tenían las dos maestros para muchas asignaturas: Euclides era importante, el latín ya no estaba sujeto a los *Principia latina* de primero y ellas se preocupaban excesivamente, para el gusto de las demás, por las dificultades del librito azul que empezaba con *Gallia est omnis divisa in partes tres*.

Al principio siguieron muy unidas, porque sus nuevas compañeras de aula tendían a ponerse dignas ante la pareja de intrusas de segundo curso. Todas eran mayores que Tilly y Laura, y se creían más listas. Eran chicas de dieciséis y diecisiete años, y algunas no iban a perseverar en el camino de la educación. Las internas de aquel grupo habían constituido una camarilla celosa, y hubo de transcurrir algún tiempo para que la pareja de nuevas descubriera el vínculo secreto que las unía.

Una mañana, estaban las dos sentadas con algunas compañeras en el banco de la veranda, echando un vistazo a las lecciones del día. La señora Gurley había sacado un momentito de descanso en su camino a secretaría, y estaba ahí con ellas: mientras su fulminante mirada se paseó sobre personas y objetos, las chicas se dedicaron a pasar industriosamente las hojas de sus libros. Pero no había hecho más que desaparecer cuando Kate Horner, inclinándose hacia delante, llamó a Maria Morell, que estaba en el otro extremo del banco:

—Maria: Génesis LI, 32.

En la mano tenía una Biblia abierta. Maria Morell frunció el ceño con precaución.

—¡Kate, diantre, piensa en esas niñas!

—Bah, no se van a enterar.

Pero Laura había abierto los ojos como platos por la curiosidad y Tilly, que no alzaba del libro sus largas pestañas, le había dado un codazo con ganas. Las chicas mayores, con un guiño y un gesto con la cabeza, se levantaron y se fueron.

—Oye, ¿por qué me has dado tan fuerte? —le preguntó Laura en cuanto empezaron a seguir a las mayores al sonar la campana para ir a la oración.

—Boba, ¿no has oído lo que han dicho?

—Claro que lo he oído —y repitió la referencia bíblica.

—Vamos a buscarla.

Con el pretexto de la oración, Tilly la buscó, y las dos pegaron la cabeza sobre el libro.

En esta ocasión, Tilly sabía más que ella, pero sólo en esto, porque una vez que Laura captaba por dónde iban los tiros, era hábil y veloz como la que más.<sup>[12]</sup>

Un par de días después fue ella quien, delante de Kate y Maria, invitó a Tilly a buscar un capítulo y un versículo.

Las dos chicas mayores se echaron a reír a carcajadas.

—¡Caramba! —exclamó Kate Horner, dándose palmadas en el muslo—. ¡Ésta sabe un buen rato!

—¡Y tanto! Ya te dije que no se había caído de un guindo.

Y Maria pasó el brazo por los hombros de Laura.

Así animaron a Laura y la picaron en su amor propio, y pronto no hubo en la clase lectora más audaz de la Biblia que ella.

A las chicas se las arrojaba al Libro de los Libros para el conocimiento clandestino, porque era la única obra literaria sin pelos en la lengua permitida entre los muros del colegio. Los clásicos que se estudiaban habían sido rígidamente expurgados y la biblioteca del centro era tan aburrida que nadie de más de diez años se molestaba en sacar prestado de ella ningún volumen. Pero de un modo u otro había que obtener información sobre cuestiones sexuales; para niñas que en la mayoría de los casos estaban a punto de convertirse en mujeres, el tema era de una fascinación irresistible.

Los conocimientos que tenían sobre tal materia eran un extraño batiburrillo elaborado al azar. En un sentido, estaban bien preparadas, pero en otro eran sumamente ignorantes. Aunque les daban charlas de lo que llamaban «Fisiología», en la que se les exigía que aprendieran de memoria el nombre de cada uno de los huesos y arterias del cuerpo, todo lo relacionado con los órganos especiales de la mujer y su función natural se omitía cuidadosamente. El tema estaba castamente envuelto en misterio, por lo que no tenían más remedio que abandonarse a suposiciones y especulaciones... con curiosos resultados. Las suposiciones que urdían chicas bastante mayores, por ejemplo, acerca de la hazaña de traer un niño al mundo, podrían proporcionar material para todo un volumen de cuentos de hadas. En muchas tardes veraniegas, en un rincón del jardín, podían verse apelonadas cabezas de distintos tamaños, tan juntas como un enjambre de abejas y, como el zumbido de las abejas, producían incesantes susurros, bisbiseos y risas que acompañaban las acaloradas discusiones sobre el «cómo»... pues todas ellas probablemente caminarían un día por el mundo como respuestas vivientes a esa pregunta. Las teorías que a floraban eran innumerables y a cuál más fantástica; y, cuanto más disparatada era la conjetura, mayor respeto y aplauso obtenía.

Por otro lado, habían acumulado un sinfín de información de menor provecho. Las niñas que venían del campo contaban cosas sobre las ordinarias costumbres de los negros; otras, procedentes de ciudades mineras, describían lo que sucedía en los campamentos chinos, esos inevitables compañeros de los buscadores de oro; circulaban rimas que pasmarían a los granjeros de las tierras del interior, mientras que las auxiliares, sin excepción, fueran jóvenes o viejas, amables o antipáticas, eran objeto de sospechas tan extravagantes que las buenas señoras, a ciencia cierta, llevaban sin oír nada parecido... desde sus propios e impúdicos tiempos de colegio.

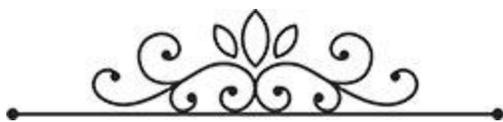
Estos escauceos con lo ilícito —que nada tenían que ver con la suciedad iniciática

del colegial ordinario— ni siquiera ampliaban el horizonte de esas chicas. Porque saber de estas cosas era algo que debía callarse, encubrirse, rodearse de escrúpulos, incluso entre ellas; y, como todo conocimiento que crece como un hongo, sin sol, estaba atrofiado y carecía de atractivo. Desfiguraba su manera de pensar, distorsionaba su imagen de las cosas. Vistas desde esa perspectiva, las relaciones humanas más naturales parecían antinaturales. Así pues, no cabía esperar de ellas piedad alguna ni siquiera ante los más remilgados modelos de vida familiar; también en la familia, según entendían esas jóvenes rigoristas, el hombre estaba destinado a dejar el rastro de la serpiente del deseo.

Pues de todo ese panorama surgía la imagen imprecisa y cruda de la mujer como presa del hombre. El hombre era un animal, un compuesto de lujuria y crueldad cuyo objetivo no era otro que buscar el placer con brutalidad; algo monstruoso que, sin embargo, había que adorar; que aniquilaba, pero que había que codiciar; de lo que había que huir y, al mismo tiempo, seducir con todas las artes al alcance.

En esta cuestión concreta de conocimientos clandestinos y conjeturas ingeniosas, Laura estaba felizmente al mismo nivel que las demás chicas; ahí sus compañeras no le cerraron ninguna puerta. Siempre había sido una niña muy inquisitiva, por lo que estaba encantada de aprender cosas nuevas; su cabeza en ese aspecto era como una página en blanco, muy sensible. En parte por su total ignorancia, y en parte por su gran receptividad, no tardó en aventajar a sus compañeras y, en poco tiempo, se convirtió en una de las improvisadoras de mayor talento del grupo: una hábil teórica, una pícara y menuda adepta del arte de la insinuación.

Pero ahí terminaba todo. De haber dado un paso más, se habría dado cabezazos contra un muro. La invisible levadura que fermentaba esa curiosidad natural era el enorme interés de las niñas por el otro sexo, un interés encerrado que pedía a gritos una salida; un interés que, en la vida de esas futuras madres, ya había usurpado el primer puesto. Por otro lado, Laura, hasta aquel momento había tenido escaso contacto con chicos de la edad deseada, ni le había gustado ninguno de los que había conocido; de hecho, seguía aferrándose a la idea infantil de que eran «tontos», criaturas débiles pese a su mayor fuerza y tamaño, o directamente desagradables y hostiles, como los hijos de la madrina, Erwin y Marmaduke. Ni un asomo de su posible fascinación, llena de peligros, la había tentado todavía. Así que la experiencia que se iba a cruzar en su camino a principios de otoño iba a ser para ella un despertar.



## Capítulo XIV



—Mi primo Bob se muere por ti.

Laura miró a Tilly con sonrojada incredulidad.

—Pero ¡si nunca he hablado con él!

—Eso da igual. Te ha visto en la iglesia.

—¡Venga ya! Me estás tomando el pelo.

—¡Te doy mi palabra! Y le he prometido que voy a preguntar a mi tía si puedo invitarte a comer el domingo que viene.

Laura esperó ese día con sentimientos encontrados. La invitación a la gran casa de la ciudad donde vivían los parientes de Tilly la halagaba, pero también la incomodaba, y además no tenía ni la menor idea de lo que un chico que «se muere por ti» espera que seas o hagas. Bob era un apuesto joven de diecisiete años, alto, delgado y de piel morena, con dientes blancos como la leche y ojos de español, y a Laura se le secaba la boca sólo de pensar que a lo mejor tenía que mostrarse alegre o pizpireta con él.

Aquella memorable mañana Tilly fue a su dormitorio mientras se vestía, y la miró con aire crítico.

—A ver... No te pongas ese sombrero marrón, por el amor de Dios. Bob no soporta el marrón.

Pero el sombrero marrón era el mejor que tenía Laura, así que se resistió.

—Bueno, si te da lo mismo no estar guapa, allá tú.

Claro que no le daba lo mismo; lo estaba deseando. Aceptó incluso que su amiga le prestara una cinta para el sombrero, porque «a Bob le encanta el azul» y salió sintiéndose rara, y no ella misma, con su sombrero de siempre y el adorno prestado.

La tía, una dama agradable y jovial, las llamó desde un gran carruaje, un birlocho cubierto con una capota blanca, y las dejó en su casa con una cariñosa advertencia:

—¡No vayáis a hacer diabluras!

—¡*Vade retro!* —fue la genial respuesta de Tilly mientras la tía y el carruaje se iban.

Iban a ir a pasear «por la manzana»,<sup>[13]</sup> según le explicó Tilly, y allí se encontrarían con Bob, pero antes tenían que asegurarse de que no se les había estropeado el peinado o descolocado el sombrero por el camino, y la dirigió hacia el dormitorio de su tía.

Aunque Laura tenía su propia dosis de vanidad natural, estaba demasiado impaciente para otra cosa que echar una rápida mirada a su reflejo. En aquel momento de su existencia, cuando un paseo en un coche de punto era suficiente novedad para embargarla de alegría, un día como el que se presentaba ante ella suponía una expectación sin límites.

Mientras esperaba, no dejó de cambiar el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

Tilly no tenía ninguna prisa por salir: se acicaló con muchos melindres desplazando pródigamente el gran espejo por sus lados móviles, y eso tras haberse mirado ya en el pequeño espejo balancín del colegio. Se examinó los dientes, se estiró los párpados inferiores, se peinó las cejas, retorció el cuello así y así en un esfuerzo por contemplar su persona desde todos los ángulos, se tomó libertades con cepillos y perfumes... En definitiva, estaba sorda y ciega a cualquier cosa que no fuera el perfeccionamiento de su yo, un yo un poco hombruno que, pese a sus formas rollizas y femeninas, afectaba un aire de chico bonachón, un papel que reforzaba vistiéndolo con cuello duro y puños.

Laura se alegró cuando por fin decidió que «así podía pasar», y salieron a la radiante mañana otoñal.

—¡Hace un día completamente delicioso!

—Sí, de primera. Dime, ¿tengo bien el talle?

—Muy bien. Más fino que nunca.

—Ya lo sé. Le he dado un empujoncito extra. ¡A ver si tenemos suerte y nos encontramos con uno o dos hombres que conozcamos!

El aire, aire de Australia, las recibió como el burbujeo del champaña. Era increíblemente vivificante, puro y ligero. Desde lo alto de la colina situada al este, la calle, amplia y blanca, bajaba rápidamente, discurría un poco por una hondonada y luego volvía a subir por el otro extremo. Cuando las niñas salieron estaba tranquila, pero cuanto más bajaban más gente había. Estaba llena de gente ociosa como ellas, que había salido a ver y ser vista.

Laura ladeó la barbilla. No había tenido tal sensación de libertad desde que empezó el colegio. Y, por añadidura, ¿acaso no había un chico, un chico guapo, esperándola? Ésa era la clave del día, la finalidad con que se había organizado todo, y, sin embargo, Laura estaba hecha de tal pasta que se habría sentido aliviada si aquel momento hubiera podido prolongarse indefinidamente. El estado de expectación le resultaba muy placentero.

En cuanto a Tilly, esa jovencita iba balanceando los hombros sobre su fina cintura con un estilo algo provocativo, plenamente consciente del color gris azulado de sus bonitos ojos y del corte a la moda de su vestido. Tenía una habilidad que a Laura le parecía tan deseable como inalcanzable: la de parecer entregada a una animada conversación con su acompañante, cuando en realidad no oía ni una palabra de lo que decía Laura y, con el raballo del ojo, se comía con los ojos a todos los que pasaban.

Llegaron a «la manzana», el tramo que constituye el paseo elegante de Collins Street. La calzada estaba repleta de cabriolés y otros carruajes, y las aceras estaban atestadas de gente. Las chicas avanzaban despacio. Los paseantes se encontraban con sus amistades, iban de compras, devolvían y sacaban libros de la biblioteca, tomaban helados en la heladería y fruta en la gran frutería de la vuelta de la esquina. Había muchos petimetres de cuello almidonado, algunos chicos de Trinity y Ormond<sup>[14]</sup> con cintas de colores en el sombrero, damas con paquetitos colgados de la muñeca e innumerables colegialas como ellas. Tilly se animó momentáneamente: sus grandes ojos se posaban, como los de un halcón, en todas las caras con las que se cruzaba, y las palabras que dirigía a Laura se volvieron más inconexas que antes. Al final, sus esfuerzos se vieron recompensados y consiguió, con una combinación de mirada y sonrisa, apartar a un joven al que conocía de un grupo que estaba en una puerta y prenderse de su brazo.

De excelente humor ahora que había logrado su objetivo, se dedicó al verdadero cometido de la mañana: pasear arriba y abajo. Ya no manifestaba siquiera un interés fingido por Laura, que caminaba junto a la pareja como una tercera persona lisiada y superflua.

Aunque buscaba aplicadamente a Bob con la mirada no era capaz de encontrarlo, y la mayor parte del tiempo se le iba en esquivar a otras personas y perseguir a sus acompañantes, porque con la calle tan llena no era fácil ir andando los tres juntos.

Fue entonces cuando lo vio, y se llevó una desagradable sorpresa. ¡Ojalá Tilly no lo viera! Pero no tuvo esa suerte.

—¡Mira, ahí está Bob! —le dijo Tilly en ese momento con un codazo.

Desafortunadamente, el muchacho no había estado esperando ansiosamente el momento de verla aparecer. Iba andando con dos muchachas, riendo y conversando. Se quitó el sombrero para saludar a su prima y a su amigo, pero no se despidió de sus acompañantes y, tras cruzárselas, desapareció entre el gentío.

Tilly se puso la mano delante de la boca para susurrar:

—Una de esas Woodward está loquita por él. Seguro que no se puede librar de ella.

Esto la consolaba un poco. Pero en el siguiente encuentro Bob siguió sin proponer unirse a ellos. ¿Cabría suponer que prefería la compañía de las chicas mayores y guapas con las que paseaba? Cuando volvió a pasar a su lado, Tilly, que le había dedicado una de sus más elocuentes miradas, se volvió y echó una ojeada al rostro de Laura.

—Laura, por lo que más quieras, pon una cara un poco más amistosa, o no vendrá.

De lo que tenía ganas Laura era de llorar. Habían interceptado su rayo de sol, habían marchitado su buen humor; si de ella hubiera dependido, se habría vuelto derecha al colegio, con el rabo entre las piernas. No necesitaba para nada a Bob, jamás había pedido que él «se muriera» por ella, y si ahora resultaba que encima tenía que pescarlo, era el colmo. Sin embargo, nada podía remediarlo; tenía que pasar el trago y, viendo que Tilly parecía dispuesta a culparla por su indiferencia, Laura selló sus labios y, en previsión de la nueva ocasión en que Bob asomara la nariz, los transformó en una débil sonrisa.

Poco después, se acercó a ellas. El primo Bob ya tenía preparada una sonrisa de saludo.

—¡Vaya, has estado armando un buen revuelo! —exclamó Tilly, y le dio con el codo—. Desde luego, no tienes ojos para nosotras, pobrecitas. ¡Qué precio has pagado por los guantes de la señorita Woodward esta mañana!

Bob respondió riéndose, puso cara de pillo, y se dio una palmada en el bolsillo de la pechera.

Era hora de volver a casa. Tilly y su galán iban delante, «porque ya sabemos que vosotros dos preferiréis estar solos. Pero, Bob, ¡no le pongas ojos de cordero degollado, por favor!».

Bob sonrió y, desde debajo de sus oscuras pestañas, voló una mirada arrebatadora. Empezaron a subir la cuesta rezagados. Laura se dio cuenta de que era el momento de decir algo ingenioso, o pertinente, o inteligente, y notó con fuerza una pequeña pulsación en el cuello mientras se estrujaba los sesos. ¡Ojalá tuviera apenas un pedacito de la lengua suelta de Tilly! Consideró y descartó, uno por uno, el agradable frescor de la mañana, lo llena de gente que estaba la calle, e incluso el hecho de que al día siguiente fuera domingo. Mientras tanto, tenía las orejas y las mejillas encendidas por su propia cortedad de ingenio. Y Bob sonreía. Ella casi le odió por esa sonrisa. Se le veía tan seguro, y también tan perturbador. De cerca, tenía los dientes incluso más blancos y los ojos más negros de lo que había creído. También su labio superior era muy oscuro, y se lo toqueteaba incesantemente con el dedo, como si estuviera esperando que ella diera el primer paso.

Pero esperó en vano. Cuando ya habían recorrido una manzana entera en ese estilo mudo, fue él quien rompió el silencio.

—Estas Woodward son fantásticas —comentó, y parecía estar recordando sus encantos.

—Sí, parecían encantadoras —respondió Laura con una vocecita, sumamente consciente de sus trece años.

—¡Extraordinarias! Aunque... May está tan delgada... May es la guapa. Tiene un tipo precioso. Creo que con las dos manos podría abarcar su cintura... y su servicio es de primera. En tenis, quiero decir.

—¿Ah, sí? —dijo Laura sin entusiasmo, indeciblemente abatida por el giro que estaba dando la conversación. Ella no tenía la cintura marcada, y sus conocimientos de tenis eran ínfimos.

—¡Ya lo creo! Por encima de la cabeza, y con efecto. Juega con una raqueta de cuatrocientos gramos. Y también tiene un revés que ¡madre mía!... Supongo que también juegas, ¿verdad?

—Claro —Laura respondió con seguridad, pero rezaba porque él no quisiera saber nada más al respecto.

En este momento, el paso de un tándem distrajo la atención de Bob. En cuanto volvió a dedicarla a Laura, ella dijo:

—Estás en el Trinity, ¿verdad? —lo cual era sutil, porque ella sabía que no.

—Sí, bueno... no del todo —contestó Bob muy satisfecho—. Empiezo allí este invierno.

—¡Qué bien!

Se produjo otra pausa; después Laura soltó:

—Nosotras, las anglicanas, siempre llevamos los colores del Trinity en la regata.

Esperaba con el corazón que eso le llevara a decir que la buscaría allí, pero no hizo nada semejante. Su respuesta fue anunciar que ese año confiaban dar una buena tunda a los del Ormond.

La comida amenazaba con ser formidable. Para empezar, Laura, que para entonces ya había educado con éxito, proscribiéndola, su espontaneidad y franqueza natural, nunca se mostraba tan tímida como cuando comía con extraños, pues ahí todo lo que una decía podía llegar a los oídos de todos los comensales. Además, tenía enfrente a una niña muy vivaracha de cinco o seis años, a la que llamaban Thumbby, o Thumbkin, que sólo apartaba sus redondos ojos de ella para hacer gracias a su padre. Y, lo que era peor, el tío resultó ser de los que le inspiraban automáticamente terror: un hombre hecho y derecho, y bromista. Además, tenía la cara muy peluda y una expresión de solemnidad sobrenatural.

Empezó nada más arrimar la silla a la mesa. Elevó la cabeza, sacó la barbilla y empezó a husmear a un lado y a otro sin dejar de mover la nariz, justo como hacen los gatos. Todo el mundo le miraba sorprendido. Tilly, que estaba sentada a su lado, se sonrojó.

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó por fin su esposa con tono amable, pues era obvio que no iba a parar hasta que le preguntaran qué estaba haciendo.

—¡Noto un olor extraordinario! —contestó—. Madre, me apuesto lo que quieras a que alguien se ha puesto mi perfume.

—No digas bobadas, Tom.

—¡Papá dice bobadas! —dijo la niña.

Llevándose los nudillos a los ojos, el hombre hizo como si llorase por el reproche de su hija, y a continuación se volvió hacia Laura.

—¿Sabe, señorita Ra... Ra... Rambotham —fingió que no era capaz de pronunciar el apellido—, sabe que soy un hombre muy dotado para el perfume? Se lo aseguro. Todas

las mañanas me baño en perfume.

Laura esbozó una sonrisa tímida sin que la niña le quitara los ojos de encima.

—Se lo aseguro, de verdad. En la barriga, hasta la barbilla. ¿Quién se lo ha puesto? Porque, en mi opinión, no me quedará suficiente para lavarme las cejas. Bob, ¿has sido tú?

—No digas asnadas, padre.

—Córtame un poco de pan, Bob, por favor —dijo Tilly apresuradamente.

—¡Es algo totalmente extraordinario! —insistió el tío—. O eso o, cielo santo... Madre, ¿puede estar empezando ya mi ataque mensual de *delirium tremens*? Como sabrás, no lo espero hasta la semana que viene, el lunes a las cinco en punto.

—Cariño, no seas tan bobo. Además, no es tu perfume, sino el mío, y puede ponérselo quien guste.

—¡Bien, bien, que convoquen a los gatos! Por cierto, señorita Ra... Ra... Rambotham, ¿está usted al tanto de que mi hijo, aquí presente, es todo un conquistador confeso?

Laura y Bob se pusieron de distintos tonos de carmesí.

—¿Por qué se ha puesto tan roja? —preguntó la niña a su madre con un susurro audible.

—¡Déjalo ya, padre! —murmuró Bob disgustado.

—Se lo aseguro, de verdad. ¡No se fíe de Robert! Siempre tiene un nuevo amor antes de terminar con el viejo. Pregúntele de quién es el guante que protege en el bolsillo, cerca del corazón.

Bob empujó su plato y, por un momento, pareció que iba a levantarse de la mesa. Laura era incapaz de alzar la vista, y Tilly masticaba, enojada, en silencio.

Entonces, la niña los distrajo.

—Tú también eres todo un conquistador, papi.

—¿Yo, Thumbkin? Madre, ¿has oído eso? Es por las patillas, Thumbby. A las mujeres les gustan las patillas, o un fino bigote hacia abajo, como el de mi hijo Bob. —Y, en este punto, se puso a cantar—: ¡Ay, ay, cómo les gusta a las damas!

—Tom, ten la bondad de callarte, querido.

—¡Debajo un botón, Tom, Tom! —gorjeó Thumbby.

—¡Bien, bien, que convoquen a los gatos! —Ésta debía de ser su manera de cambiar de tema.

Después de esto, pareció que el resto del almuerzo iba a transcurrir sin mayores complicaciones. Pero entonces, de repente, mientras se estaba pelando una manzana, aquel hombre terrible dijo, como si hablara consigo mismo:

—Ra... Ra... Rambotham. ¿Dónde he oído antes ese apellido?

—Wa... Wa... ¡Wamboffam! —remedó Thumbkin.

—Diablillo, eres tan avispada que vas a terminar clavándote el aguijón.

Cuando Thumbkin dejó de chillar: «¡Te lo voy a clavar a ti, papá!», el tío se dirigió a Laura:

—Jovencita, ¿no serás de Warrenega?

A punto de caerse al suelo, Laura contestó que sí, que era de allí.

—En ese caso, he tenido el placer de conocer a tu madre. Una mujer alta y morena, ¿verdad?

Por debajo de la mesa, Laura juntaba las palmas de las manos y apretaba los pies contra el suelo. ¿Iba a ser ahí, en ese momento, delante de todos y de Bob en particular, cuando saliera a la luz el vergonzante secreto de los bordados? Apenas podía mover los

labios para esbozar una respuesta.

Su confusión era demasiado evidente para pasarla por alto. Entre marido y mujer, sobre la cabeza gacha de Laura, volaron las señas, y poco después la familia se levantó de la mesa.

Pero era tan evidente que Tilly estaba de mal humor que su tío no podía dejarla marchar así como así, y gritó:

—¡Dios mío, Tilly, no te muevas! ¿Qué es eso que tienes en la espalda?

Tilly procedía de una zona campestre, y su pensamiento dio un respingo, temiendo escorpiones y tarántulas. Con espanto, intentó ver algo sobre su hombro, anticipándose con un chillido.

—¡Ay, Dios! ¿Qué es?

—¡No te muevas! —El tío se le acercó poniendo los dedos como pinzas y, al momento, exclamó—: ¡Diablos, no es que hayas crecido, es que tienes un polisón!

Mientras hablaba, pellizcaba el lugar en el que normalmente se ponen los polisones.

Hasta Bob tuvo que unirse a la algarabía que siguió, que se prolongó hasta que Laura pensó que al tío iba a darle un ataque. Entonces, por tercera vez, invitó a los presentes a unirse a él convocando a los gatos, murmuró algo sobre «jorobar el hatillo» y salió al vestíbulo, donde le oyeron cantar con Thumbby «por todo el mundo».

Poco pudo hacer la tía para calmar a Tilly, que de lo enfadada que estaba casi se echó a llorar.

—¡Nunca en mi vida me he puesto un polisón! ¡El tío es un grandísimo idiota! ¡Nunca he conocido a nadie tan idiota!

Desapareció, furiosísima, para calmar sus agitados ánimos en privado, y estuvo ausente más de media hora. En ese tiempo, Laura y Bob se quedaron a solas. Pero el trato entre ellos fue incluso menor que antes. Bob, todavía dolido por las bromas de su padre, se inclinaba a mostrarse arrogante, como si temiera que Laura pudiera tomarse alguna libertad con él después de que le hubieran dejado en tan mal lugar, y ella, a quien el tono jocoso del almuerzo había hecho perder toda la seguridad, no se había recobrado del golpe de oír cómo, tan bruscamente, se revelaban sus orígenes. Además, dado que en aquel momento de su vida la idea que se hacía del arte de la conversación era intervenir con comentarios titubeantes que no llevaban a ningún sitio, o bien hacer preguntas aún más titubeantes, Bob no tardó en disimular los bostezos, y no siempre lo conseguía, lo cual acabó contagiando a Laura. Y ahí se quedaron, esforzándose al máximo para que no pareciera que se daban cuenta de los horribles espasmos que distorsionaban sus rostros cada pocos segundos. Al final, Bob no pudo más, y salió de la sala como el rayo.

Laura se quedó sola; parecían haberla olvidado. Los minutos pasaban y nadie venía, a excepción de un gatito gris que salió como de la nada dando un saltito. Se puso el animalito en el regazo, donde se hizo una bola y se echó a dormir. Y siguió sola, en aquella sala oscura y recargada acariciando al gatito, que ni soltaba chistes tontos ni la obligaba a estrujarse los sesos para dar con un tema de conversación.

Cuando por fin volvió Tilly, expresó su sorpresa, más bien ácidamente, ante la ausencia de Bob y se fue a buscarlo; Laura les oyó cuchichear y reír en el pasillo. Para cuando volvieron, habían decidido que los tres saldrían a dar un paseo. Como el cielo estaba encapotado y las chicas no tenían paraguas, Bob llevaba uno, muy grande, perteneciente al tío. Tilly lo llamaba el «paraguas familia», y ese par de palabras dio lugar a tantas bromas que duraron todo el camino de ida. Tanto duraron que Laura, cuya contribución terminó enseguida, estaba cada vez más estupefacta oyendo lo que ellos

decían.

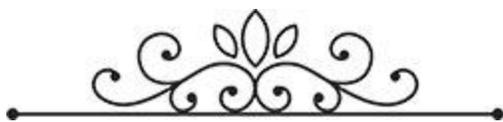
A esa hora, Collins Street estaba tan vacía como un camino campestre. Los jóvenes fueron hasta Bourke Street, donde buscando algo mejor que hacer entraron en el Eastern Market y pasearon por su interior. El ruido del ganado, tanto en la planta baja como en el piso de arriba, era ensordecedor: los cerdos gruñían, los gallos cacareaban, los pavos glugluteaban, los loros graznaban, mientras que las rudas voces humanas sonaban y resonaban bajo el elevado techo. También olía, olía una extraordinaria mezcla de todos los olores individuales de aquellos seres vivos; a frutas y verduras, frescas y pasadas; a flores, mantequilla y grano; a carne, pescado y quesos fuertes; a serrín salpicado de agua y pavimento recién mojado... Un olor fenomenal y complicado, tan fuerte que Laura se puso a husmear como un spaniel. Pero al cabo de unos minutos Tilly, que aún seguía baja de ánimo, lo calificó de «hedor repugnante» y se llevó el pañuelo a la nariz, por lo que se apresuraron a salir pasando sin detenerse en muchos puestos llamativos, ocultos en los rincones oscuros de la planta baja, en los que había cosas como una mujer sin piernas, una ternera de dos cabezas y similares.

Fuera había empezado a llover, así que entraron en una exposición de obras en cera. No tenía el menor interés, y estaban simplemente matando el tiempo cuando les llamó la atención el letrero de una sala, que decía: «Casados solo». Las bromas y los chistes que suscitó fueron tantos como los del paraguas, y Laura se cansó tanto de ellos, y de fingir que le parecían divertidos, que también empezó a ponerse de mal humor, y se consoló pensando mordazmente que sus acompañantes llevaban los chistes en la sangre.

Para cuando salieron era ya hora de que las chicas volvieran al colegio. Cogieron un coche de punto; Bob las acompañó. De camino, encajonada entre los dos primos, Laura pensó, impulsivamente, de qué penosa manera su día había resultado un fracaso. Sólo un minuto antes se había estremecido un instante, porque Bob estiró el brazo en el respaldo del asiento, pero enseguida se dio cuenta de que lo hacía para jugar con los ricitos que le caían a Tilly por el cuello. Se alegró cuando el coche se detuvo, cuando Tilly sacó ostentosamente media corona de su bolso y cuando Bob las dejó en la puerta con un «¡Bueno, hasta luego, señoritas!».

Las internas pasaron el resto de la tarde cosiendo para la beneficencia. Laura llevaba semanas trabajando en una gruesa enagua roja de franela. Por regla general la reprendían constantemente por su holgazanería, pero aquella tarde, habiéndose alejado de Tilly, se sentó con una chica que tenía una larga trenza y ojos pequeños y finos, a quien conocían como «Chinky». Chinky siempre estaba adulando a Laura, y se podía confiar en su silencio. Laura cosía con la cabeza baja y los labios fruncidos, y estaba tan absorta en la labor que el único reproche que recibió no tenía nada que ver con su diligencia. La señorita Chapman se escandalizó al verla con el brazo rígidamente estirado.

—¿Cómo puedes ser tan vulgar, Laura? ¡Mira que coser con un hilo tan largo!



## Capítulo XV



Laura evitó pensar siquiera en aquella desafortunada visita durante varios días. Se dijo, para sus adentros, que la acaudalada familia de Tilly era una panda de gente grosera e idiota y, con los dedos metidos en las orejas, memorizó páginas y páginas con un afán que le embotaba el pensamiento.

Sin embargo, una vez pasado el primer disgusto, cuando fue capaz de volver a pensar en lo sucedido, lo que se impuso fue la amargura de su propio fracaso, y eso que Tilly le ahorró clementemente el «es muy sosa» que pronunció Bob como veredicto final. Pero el hecho de que la invitación no se repitiera fue de por sí bastante revelador.

Saber que no había hecho nada para merecer aquel sufrimiento no la consolaba lo más mínimo. Nunca había solicitado la admiración de Bob ni que se fijase en ella, y nunca había pensado en él más que como en el apuesto primo de Tilly que en misa se sentaba en un distante banco de St Stephen's-on-the-Hill. Que se esperase de ella que se ganara su favor sólo porque él la había señalado con un gesto de aprobación era una circunstancia que le parecía monstruosamente injusta. Pero, aun así, de haber tenido capacidad para seducirle, se habría metido el orgullo en el bolsillo sin pensárselo dos veces, porque, ahora que le había visto de cerca, se había dado cuenta de lo deseable que era. Después de haber sido objeto de las miradas de aquellos ojos límpidos, de las sonrisas de aquellos dientes como almendras blanqueadas, le costaba quitárselo de la cabeza. ¡Cómo habrían presumido las demás chicas si un chico como Bob las hubiera escogido! Ellas, que en su mayoría se conformaban con jóvenes de rostros pecosos y manos enrojecidas, con flacas muñecas que pendían de mangas remangadas. Pero ellas habrían sabido cómo retenerlos. ¡Qué afortunadas eran!

—Oye, Chinky, ¿tú qué haces cuando un chico se muere por ti?

Si hubiera tenido que hacer semejante pregunta a sus amigas más cercanas habría escurrido el bulto, pero en Chinky se podía confiar. Se había guardado para sí las pocas palabras que Laura se había dignado dirigirle, motivo por el cual ésta le estaba tan agradecida como Lázaro por las migajas, y una señal de confianza como ésa le daba ánimos para varios días. Pero Chinky no podía ayudarla en este particular.

—¿Yo? Huy, nada. Los chicos son sucios, antipáticos y engreídos.

Laura compartía esta opinión en el fondo de su corazón, pero ahora no se trataba de eso.

—Sí, pero imagínate que hubiera uno al que le gustaras mucho y que él te gustara a ti un poco.

—¡Qué cosas tienes! Si a uno se le ocurriera rondarme, yo haría así —y, con el pulgar apoyado en la nariz y los dedos bien extendidos, hizo un gesto de burla.

Chinky era bastante guapa, a su modo.

Maria Morell, a quien dieron un cauteloso golpecito en el hombro, se dio la vuelta y se echó a reír a carcajadas.

—¡Pobrecitas! ¿Qué sabréis vosotras? A ver, Laura, ¿quién es él?

—Nadie —respondió Laura con firmeza—. Sólo preguntaba. Y seguro que tú lo sabes, Maria.

—¡Pues claro que lo sé! —exclamó Maria con tanta vehemencia que italianizó las palabras—. Pues verás, enana, si un doncel me cortejara, yo le dejaría cortejarme, y nada más. Hasta que lo tuviera a punto de caramelo. Lo que no le dejaría ver es que a mí me interesaba. En cuanto se lo dejas ver, sanseacabó. Tú sólo tienes que dejar que te ronde y echarle miraditas hasta que lo tengas manso como un cordero, y, cuando lo tienes maduro, a punto de volverse loco, le dejas y haces como que te gusta otro. Así es como lo consigues, chavalita.

—Pero, si haces eso, no vas a tener nada con él —objetó Laura.

Maria se rio tanto que se le subieron los colores.

—Y ¿qué más quieres? Te dará la lata con cartas sin cuento y se pondrá negro como un zapato si se te ocurre mirar a otro chico. Y, si ve la oportunidad de que le des un beso, la aprovechará, te apuesto lo que quieras.

—Pero ¡nunca conseguirás conocerle!

—Ya, pero ¡serás rica! ¿Para qué te crees que se tiene un chico? ¿Para comentar los sermones del coadjutor? Qué va, boba, es sólo para que te compre dulces, y te escriba cartas, y toda la diversión que lo rodea. Si sales demasiado con uno, pronto tendrás que fingir que te interesas por sus dichosos asuntos. O bien morderte la lengua y dejar que sea él quien se explaye, y eso es aburridísimo. ¿Tú crees que a algún chico se le va a ocurrir hablar contigo de tu nuevo sombrero de los domingos? Si conoces uno que lo haga, será como si hubieras descubierto América.

Pero, pese a tanta sabiduría, Laura fue incapaz de determinar cómo habría reaccionado Maria de haberse encontrado en su lugar.

Además, aquella chica mayor no había mencionado otro detalle: los suspiros y las sonrisas embobadas, las miradas cómplices, los pestañeos provocativos... y, las mil y una tonterías, en definitiva, que Laura le había visto hacer, a ella y a las demás. Había una maquinaria habitual de invitación y estímulo que debía ponerse en marcha porque, antes de que fuera seguro dejar de hacer caso a un galán y abandonarle, como aconsejaba Maria, había que asegurarse de que iba a morder el anzuelo. Era precisamente en esta ciencia elemental en la que Laura fracasaba.

Cuando miraba a su alrededor, lo que veía sobre todo eran expertas. Por recurrir al ejemplo más a mano, ahí tenía a *monsieur* Legros, el profesor de francés. Pues bien: Maria podía hacerle dar vueltas como una peonza. Le bastaba con un mohín con sus gruesos labios rojos, o con una postura coqueta en su figura regordeta, o con una miradita de soslayo con sus intensos ojos azules, para que las preguntas difíciles de cada lección pasaran de largo ante ella. Hubo incluso una ocasión en que obtuvo diez puntos adicionales en un examen con este sencillo método. En cambio, si Laura trataba de imitar a Maria, si se atrevía a hacer un mohín o a sonreírle satisfecha, podía apostar diez a uno que la reñirían por impertinente. No, a ella se le daban mejor las profesoras, para quienes los labios rojos y un busto bien desarrollado no significaban nada; en la imparcialidad de los maestros más viejos tampoco se podía confiar cuando había de por medio un par de ojos bonitos. Incluso se había visto al señor Strachey, aquel hueso duro de roer, un día en que iba a toda velocidad por un pasillo oscuro, caer en brazos de una chica bonita en un pasillo y reírse

confuso.

Laura no era, desde luego, la única profana en la materia. Repartidas por todo el colegio había otras, algunas mayores que ella, que por su temperamento recatado o por su dedicación al estudio estaban también al margen. Pero se perdían en la mayoría y, de hecho, ninguna estaba en el círculo de Laura. Salvo Chinky, pero Chinky no contaba. Así que Laura, medio fascinada, medio asqueada, se puso a estudiar a sus amigas con renovado celo. No podía dejar de admirar su habilidad en el arte de agradar, a pesar de que la avergonzaba un poco ver lo orgullosas que se sentían de sus crecientes encantos. Estaba Bertha, por ejemplo, Bertha, que era una de las chicas más buenas, y había que ver cuánto le complacía por la visible forma torneada que estaban adoptando sus brazos, y la curvatura de su busto. Le hablaba a Laura de estas cosas con una suerte de asombro, y en su voz parecía dar pistas sobre un misterio que estaba a punto de manifestarse. Por su parte, Tilly vivía para reducir las medidas de su cintura: se pasaba el día chupando limones, y tuvo que resignarse a dolorosas indigestiones y a que se le pusiera roja la punta de la nariz; para ella ningún triunfo académico valía tanto como conseguir comprimirse otros dos milímetros, y ningún elogio de los profesores podía igualarse a lo que semejante circunstancia inspiraba a la modista o al sastre. En cuanto a Inez, que no sólo tenía un bonito rostro sino que además era tan grácil y de miembros tan finos como un galgo, ya no tenía que preocuparse por los encantos artificiales o por insistir en lo consciente que era de su desarrollo: no le faltaban admiradores serios y desde hacía tres meses gozaba de una especie de entendimiento con un joven unos ocho años mayor que ella. Para Inez, como para tantas otras, el tiempo que aún tenía que pasar en el internado era un purgatorio antes del paraíso. Para colmo, una de las externas de la clase de Laura ya se había comprometido, y no con un cualquiera, sino con un médico que vivía y tenía su consulta en Emerald Hill. A veces le podían ver desde un agujero que había debajo de la escalera, esperando para acompañarla a casa. Toda la clase miraba a esa novia con reverencia, como un ser aparte, ungido y consagrado. Realmente, nadie la podía tratar como a una compañera, a ella, que había alcanzado el objetivo. Porque el objetivo no era otro que ése, y todos los pensamientos convergían —con una intensidad que sólo variaba en grado— en la gran consumación que, según preveían aquellas jóvenes cabecitas, se produciría indefectiblemente en cuanto las puertas del colegio se cerraran tras ellas. Y en esto, también, Laura era una hereje. Ella no podía contemplar sin aprensión el futuro que la esperaba al terminar su educación; era algo tan distante como una bruma azul; algo tan inmenso que sólo de pensarlo se le cortaba la respiración: porque en ese futuro tenían cabida los milagros más fantásticos que puedan llegar a suceder; en él podía esperarla cualquier cosa, desde zapatillas doradas hasta una escalera de Jacob con cuya ayuda podría subir al cielo. Con todos esos maravillosos quizás en perspectiva, era imposible limitar las esperanzas a un único acontecimiento que, por más que la protegieran a una del ridículo, pondría punto final, para siempre, a tantas posibilidades emocionantes.

Tales ideas iban y venían y, mientras tanto, pese al empeño que ponía en emular a sus compañeras, en lo concerniente al otro sexo seguía siendo un fracaso descorazonador. Un nuevo incidente vino a ponerlo de manifiesto.

Un sábado por la tarde, las internas que no habían recibido invitación para salir fueron a ver un partido de críquet. Eran sólo un puñado, ocho o nueve como mucho, y estaban a cargo únicamente de la señorita Snodgrass. Ese día todas las amigas de Laura estaban fuera y ella tuvo que cerrar la formación, junto con la auxiliar y una de las niñas pequeñas. Aunque el paseo las llevaba por parques muy bonitos, se alegró cuando llegaron, porque no le gustaba la compañía de la señorita Snodgrass. No se llevaba bien con aquella

mujer seca y sarcástica, lo que le obligaba a estar siempre en guardia. No sólo era muy habladora, sino además muy inquisitiva, y siempre parecía estar tratando de desentrañar lo que una no quería decir, como el tamaño de la propia casa o la posición social de cada cual en su ciudad.

Al llegar al campo de críquet subieron a la grada y se sentaron en una de las últimas filas, detrás de otros espectadores. Tenían delante un banco lleno de sombreros —unos alegremente floridos y otros con bandas—, hombros claros y hombros oscuros, perfiles vivaces y lozanos, caras pálidas y bonitas: una concurrencia representativa de la juventud australiana, bañada en la brillante luz de marzo.

Laura estaba entre sus dos compañeras de camino, y ahí es donde ocurrió la desgracia. En un descanso del partido, una de las niñas pidió permiso a la señorita Snodgrass para hablar con su primo. De inmediato, un muchacho tímido se convirtió en la diana de diez pares de ojos. Le acompañaba un amigo que, mientras esperaba, se sentó justo detrás de Laura. La señorita Snodgrass le dirigió unas palabras, pero él respondió torpemente y, tras una pausa, Laura notó una ligera sacudida.

—Puedes hablar con él —le susurró la señorita Snodgrass. Evidentemente, creía que la muchacha esperaba con impaciencia a que le dieran permiso para hacerlo.

Laura ya se había dado cuenta de que el chico la miraba con interés. No le extrañó, porque se había puesto su mejor sombrero, que le hacía los ojos muy oscuros... «como endrinas», le había dicho Chinky, si bien ninguna de las dos tenía una idea muy clara de lo que era una endrina.

Nuevamente, una incapacidad para hablar le sujetaba la lengua. Se dio media vuelta y echó una miradita incómoda al chico. Podía tener un año más que ella; tenía un rostro franco y bronceado por el sol, ojos azules y el cabello muy rubio, casi blanco. Laura se armó de valor y, por fin, se aventuró a decir:

—Supongo que vienes a menudo.

—¡Y que lo digas! —respondió el muchacho, pero sin quitar los ojos de la pelota.

—El críquet es un juego muy bonito, ¿no te parece?

Ahora sí que la miró, pero sin convicción, desde la altura de sus catorce años viriles, y no contestó.

—¿Tú juegas?

Se dio cuenta de inmediato de que había dado un paso en falso. La pregunta pareció ofenderle.

—Pues yo diría que sí —contestó con aire altivo.

Ella se retractó débil pero rápidamente de sus palabras:

—Quiero decir que si juegas mucho.

—A mí me parece que viene a ser lo mismo —dijo el chico, que aún no había llegado a la edad de la educación obligatoria.

—Debe ser espléndido —balbuceó Laura—. Divertido.

Pero el chico ya tenía la cabeza en otro sitio y estaba haciendo señas a un amigo que estaba sentado en la parte delantera de la tribuna. La señorita Snodgrass parecía estar reprimiendo una sonrisa. En ese momento, la niña que estaba sentada al lado de Laura irrumpió en la charla:

—Pues a mí me parece que el críquet es un asco —dijo con su vocecita.

Laura se preguntó qué habría en esas palabras, o en el tono con que fueron pronunciadas, para que atrajeran de inmediato la atención del chico, que se rio con fuerza mientras replicaba:

—Y ¿qué sabrá una niña como tú?

—Pues lo que necesito saber. Y mi hermana, lo mismo.

—¡Anda ya! ¿Y quién es tu hermana?

—Conque quieres saberlo, ¿eh? Porque supongo que nunca la has visto en la iglesia de los escoceses los domingos, ¿verdad? No, ¡claro que no!

—¡Caramba! Pues yo diría que sí, y a ti también. Tú eres la hermana pequeña de esa empollona que lleva la melena suelta.

La niña le hizo una mueca arrugando la nariz.

—Oye, podrías ser un poco más educado, ¿no?

—Lo que tú digas, pero tu hermana es una empollona.

—Entonces es que vas a la iglesia de los escoceses, ¿verdad? —aventuró Laura, en un intento por volver a la conversación.

—¿De qué otro modo podría haberla visto? —replicó el chico con un tono que denotaba que le había parecido una pregunta imbécil. Además, parecía que se había reprimido para no añadir «idiota» o «so tonta».

La niña pequeña se echó a reír.

—Es que ella es de la iglesia —se refería a la episcopaliana.

—Sí, pero me da igual una que otra —se apresuró a explicar Laura, temiendo que aquel disidente la considerase una esnob.

Pero el chico estaba tan escasamente interesado por sus devaneos teológicos que se levantó de su asiento sin esperar a que terminara de hablar, y en un momento, sin una palabra, se había marchado. En este punto, la señorita Snodgrass se echó a reír sin disimulo.

Con los ojos empañados, Laura contempló las siluetas vestidas de blanco que empezaron a diseminarse nuevamente por el verde. Le escocían los ojos. No se atrevía a llevarse las manos a la cara para aguantarse las lágrimas que amenazaban con salir, y justo se estaba preguntando qué hacer si alguna tenía la falta de consideración de rodar por la mejilla cuando oyó una voz a sus espaldas.

—Laura... ¡Laura! —y entonces vio a Chinky, con su mejor sombrero—. Estoy con mi tía unas filas más abajo, pero no conseguía que me vieras. ¿Me puedo sentar contigo un minuto?

—Si quieres —dijo Laura muy fríamente, porque tenía que sorberse un poco la nariz y porque, sin duda, Chinky había sido testigo de su fracaso.

Se apartó un poco para compartir el asiento.

—No ocupo mucho sitio.

Laura fingió estar absorta en el juego. Pero al poco notó que le tocaban la piel de la muñeca, y Chinky le susurró al oído:

—¿Qué manos tan bonitas tienes, Laura!

Al oírlo, ella las enterró en el vestido. Que Chinky tratara de consolarla de ese modo le pareció del peor gusto.

—¿No te gustaría llevar un anillo en una de ellas?

—No, gracias —dijo Laura, con el mismo tono huidizo.

—¿En serio? A mí me encantaría regalarte uno.

—¿Tú? Y ¿de dónde lo ibas a sacar tú?

—Si te lo diera, ¿te lo pondrías?

—Primero, déjame verlo —respondió Laura sin la menor cortesía mientras volvía a enfrascarse en la contemplación glacial del terreno bañado por el sol.

Estaba segura de que la señorita Snodgrass, al volver a casa, iba a reírse con las

demás auxiliares de lo sucedido, y eso si no lo hacía con algunas de las chicas. La historia circularía y llegaría a oídos de Tilly, y Tilly la despreciaría más de lo que ya lo hacía. Y todas las demás, también. Por lo visto, estaba marcada por dar ciento en la herradura y ninguna en el clavo. Ahora había quedado claro que nunca iba a acertar porque, cuando se trataba de captar la atención de un chico cinco breves minutos, hasta una niña de ocho años podía hacerle sombra.



## Capítulo XVI



Dado que tener a alguien de quien enamorarse parecía ser requisito indispensable para llevar la cabeza bien alta ante las demás, lo más fácil, infinitamente fácil, era enamorarse del coadjutor. Con él no era necesario tener contacto personal, y eso era más de lo que se podía decir incluso de los profesores de música. De éstos se esperaban los apretones de manos y un sinnúmero de naderías, que luego se escenificaban en los informes bisemanales que una daba a las amigas que seguían el caso. Se podía simular una intensa pasión por el coadjutor sin tener que rebajar el amor propio ni recurrir a la inventiva, puesto que los oficios se seguían desde lejos. Por añadidura, el coadjutor no era un objetivo poco digno, más bien lo contrario. En cierto sentido, era bastante atractivo por su estilo ascético, con esos vivos ojos azules y la cruz de oro macizo que colgaba del lazo negro de su portarrelojes, y había que admitir que cuando pronunciaba el sermón y su fervor se acrecentaba tenía una manera de abrir la boca, como si fuera a tragarse la iglesia, que Laura no era, ni mucho menos, la única en admirar. A muchas de sus amigas les gustaba, especialmente porque su mujer, mucho mayor que él, era una señora delgada y avejentada de rostro cansado.

Entonces Laura hizo un descubrimiento en carne propia: si una imagina algo con la intensidad suficiente, puede conseguir que lo imaginado se haga realidad. A fuerza de fingir que estaba enamorada, le sobrevino gradualmente un ataque de amor lo suficientemente genuino para que oír hablar del señor Shepherd la ruborizara, y para disfrutar cuando le gastaban bromas por ese motivo. A partir de entonces, en sus visitas a la iglesia era una niña sinceramente religiosa, de aquellas a las que —pese a su cacareada indiferencia a las formas de culto— los complementos emocionales, como flores, música y coloridas vestiduras, atraían profundamente. Sus sentimientos por el señor Shepherd pronto formaron un místico revoltijo con su devoción: la versión oriental del Credo y la oración del Nombre de Jesús no sólo parecían rendir homenaje a la Divinidad, sino que eran también, en menor grado, una ofrenda que aceptaba el señor Shepherd: el banco que la escuela ocupaba en el templo se encontraba tan cerca del presbiterio que no era difícil pensar que se fijaba especialmente en alguna de las alumnas.

En casa, durante las vacaciones de invierno, quiso la casualidad que un día nombrara al señor Shepherd. Madre pensó de inmediato que debía de ser el sobrino de un viejo amigo al que había perdido de vista hacía tiempo. La correspondencia se puso en marcha entre Warrenega y Melbourne y, poco después del regreso de Laura al internado, supo que se había dispuesto que pasara el siguiente asueto mensual en casa del señor Shepherd.

En el agitado estado de ánimo en que la sumió esta noticia, no sabía si alegrarse o lamentarlo. En los últimos tiempos sus sentimientos habían padecido tal raptó de embeleso

y devoción que le parecía que era casi como si le hubieran propuesto ir a conocer a Dios. Por otro lado, era imposible no considerar que esa circunstancia iba a elevar su consideración en el internado de un modo inconmensurable. Y así fue. En cuanto salió de su estupor comunicó libremente la invitación, y fue lo bastante perspicaz para no explicar cómo la había obtenido, dejando entrever a sus amigas —cosa que estaban más que dispuestas a aceptar— que todo se debía al efecto producido en el ministro por su silenciosa adoración.

Las chicas de la iglesia se morían de envidia. Arrastraron a Laura al jardín cogiéndola cada una de un brazo. Las llamadas a la santidad y la apariencia espiritual del coadjutor quedaron totalmente relegadas, y la visita se planteó desde la más negra de las interpretaciones posibles.

—¡La de cosas que vais a poder hacer los dos, diantre! —exclamó Maria.

—Yo creo que es terriblemente arriesgado que vayas —intervino Kate Horner como si tuviera la boca llena, porque tenía el labio superior un poco más saliente que el inferior—. Esos santurrones suelen ser los peores.

—Sí, ¡y con el adefesio con que está casado! Mira, tú pon mucho cuidado de no quedarte a solas con él en la oscuridad.

—Y acuérdate de que luego nos lo tienes que contar todo. ¡Absolutamente todo!

El sábado por la mañana pasó a recoger a Laura la hermana soltera de su divinidad. La señorita Isabella Shepherd era una mujer rubia, bajita y simpática, con una sonrisa nerviosa y cordial y una incapacidad congénita para mirar a su interlocutor a la cara cuando hablaba con él, de tal modo que la amigabilidad que prodigaba en todo momento se dirigía siempre a los objetos inanimados que la rodeaban. A Laura le hizo tanta gracia esta peculiaridad, en la que reparó nada más verla entrar en la sala de espera, que al principio fue incapaz de apreciar nada más. Después, cuando pasó la novedad, sometió a su acompañante a un escrutinio más detallado y, desde la altura que le proporcionaban sus trece años, no tardó en calificarla de vieja y gris solterona; los valientes pero poco convincentes esfuerzos de la señorita Isabella para conversar con ella mientras emprendían la marcha no hicieron más que fortalecer la opinión que se había formado.

No muy lejos del colegio entraron en una casa de piedra de dos pisos que, salvando una baranda de hierro y uno o dos arbustos, daba directamente a la calle.

—¿Quieres pasar al estudio? —dijo la señorita Isabella con una sonrisa cálida y los ojos en el felpudo—. Seguro que Robby querrá verte enseñada.

¿Robby? ¿Su hombre santo se llamaba Robby? Laura se sonrojó.

Pero desde lo alto de la escalera las paró en seco la señora Shepherd quien, con un estilo policial, alzó una mano para advertir:

—Shhh, shhh —chistó y, al mismo tiempo, entrecerró los ojos, como si quisiera reproducir un sueño profundo—. Robby acaba de echarse un rato. —Y en un susurró, dirigiéndose a Laura, añadió—: ¿Cómo estás? Me alegro mucho de verte.

Parecía incluso más mustia que en la iglesia. Pero era muy amable, y en el dormitorio insistió en sacar para Laura una toallita de manos limpia.

—Ahora, vamos abajo. Hoy sólo tenemos un almuerzo ligero, porque Robby tiene una clase de confirmación justo después, y prefiere comer poco.

Bajaron al comedor pero, aunque la comida estaba servida, no se sentaron. Se quedaron de pie en una especie de silencio ansioso que duró muchos minutos; al cabo, empezaron a oírse unas fuertes pisadas sobre su cabeza. Las pisadas seguían, pero no parecían avanzar, y finalmente se oyó una voz impaciente que gritaba:

—¡Maisie!

Las dos damas estaban claramente nerviosas.

—Está buscando algo —dijo la señorita Isabella en un aparte teatral mientras la señora Shepherd, levantándose con ambas manos la delantera del vestido, subía la escalera con esos pasitos cortos y torpes que, en las mujeres, equivalen a correr.

Uno o dos minutos después apareció el origen de la agitación. No parecía, había que reconocerlo, mucho más cordial que lo que habría sugerido su tono de voz un momento antes. Además, estaba muy pálido, sus ojos azules estaban hundidos y en la frente se le veían unas arrugas de cansancio. Con todo, ofreció a Laura una mano amistosa, que ella aceptó de todo corazón.

—Bueno, así que ésta es la jovencita que acaba de llegar del templo del saber, ¿verdad? —preguntó después de balbucear una bendición de la mesa y mientras hurgaba en un hueso de cordero más bien pelado; el cuchillo dio en el hueso y él lo giró con un chasquido malhumorado—. ¿Y qué os enseñan en el colegio? —preguntó mientras seguía—. ¿Francés? ¿Griego? ¿Latín? ¿Cómo era? *Infandum, regina, iubes renovare dolores?* Era así, ¿verdad?, y luego... a ver si me acuerdo. Ya hace mucho que dejé el colegio, ¿sabes?

—*Troianas ut opes et lamentabile regnum eruerint Danai*<sup>[15]</sup> —terminó Laura, casi ciega de orgullo y deleite.

—¡Muy bien! —celebró el coadjutor con lo que parecía un tremendo asombro pero, mientras lo decía, su pensamiento estaba en otro lugar, porque había cogido el tarro de la mostaza y se lo había encontrado vacío—. ¡Ya empezamos! No hay en la mesa ni una gota de mostaza —dijo con un tono de enojada resignación.

—¿Con cordero, Robby, querido? —aventuró la señora Shepherd, con la mayor de las humildades.

—¡Con cordero si me place! —replicó violentamente—. ¿Tendrías, Maisie, la amabilidad de permitir que yo conozca mis gustos, y no dictarme lo que tengo que comer?

Pero la señora Shepherd ya había tocado tímidamente la campana, mientras musitaba:

—Oh, querido, ha sido esa horrible chica.

—Pobre Robby, ¡otra vez enfadado! —dijo Isabella en tono de reproche.

—Y, puesto que ya está aquí, de paso podía traer agua y vasos —gruñó el señor de la casa, que había echado un vistazo indignado a la mesa.

—Tch, tch, tch —dijo la señora Shepherd, pero con tan escaso convencimiento que a Laura le dio bastante pena.

—¡Desde luego, Maisie! —dijo la señorita Isabella—. Y además cuando el pobre tiene tanta prisa.

Esta guerra de guerrillas prosiguió durante todo el almuerzo, y dejó a Laura cavilando por qué, habida cuenta del poco tiempo del que disponían, y el nerviosismo de las señoras ante cada nuevo contratiempo, no se levantaban para ir a buscar lo que faltaba, como habría hecho madre, en lugar de tocar la campana cada dos por tres y esperar la aparición de aquella criada tan descarada y poco dispuesta. Al final resultó que esa conducta tenía un objeto pedagógico. Al parecer esperaban que reprendiendo a la doncella constantemente conseguirían mejorar su memoria. La señora Shepherd también participaba de ese tratamiento, y por ello Isabella —como ella misma se encargó de explicarle más tarde— nunca le ofrecía ayuda.

—A mi cuñada se le da muy mal administrar —le dijo—, pero nosotros esperamos

que mejorará con el tiempo si le llamamos la atención sobre sus despistes. Al menos, en eso confía Robby. Mucho me temo que yo la dejaría por imposible, pero Robby tiene una paciencia angelical.

Laura compartía esta opinión, puesto que la pareja llevaba más de siete años casada.

En cuanto se acabó la comida, que duró un cuarto de hora, el señor Shepherd se encasquetó la teja y salió a grandes zancadas a impartir su clase. La señora Shepherd, que no estaba lista del todo, echó a correr unos cien metros tras él con pasos rápidos y azorados, y con el sombrero de través.

Laura e Isabella se quedaron en la puerta.

—En realidad, yo también debería haber ido —dijo Isabella, sonriendo al canalón—, pero, como estás aquí, ha dicho Robby que es mejor que hoy me quede en casa. ¿Qué te gustaría hacer?

Esto abría una perspectiva deslumbrante, con todo Melbourne a sus pies. Pero Laura era demasiado educada para no aparentar que le era indiferente.

—Entonces, a lo mejor no te molesta que nos quedemos, ¿verdad? Tengo muchas ganas de copiar el sermón de Robby. Siempre lo hago, ¿sabes?, porque él es incapaz de leer su propia letra. Y, como no se lo espera para hoy, se pondrá muy contento.

Aquella era una casa pequeña, tranquila y cálida, con un tenue olor a nuevo en las habitaciones que delataba la ausencia de niños. A Laura no le desagradaba la tranquilidad, y se instaló con satisfacción en el salón principal hasta que cayó la tarde. La pasó a miles de kilómetros de Melbourne, porque el precioso libro que tenía sobre las rodillas se titulaba *Las minas del rey Salomón*; no apartó la vista de sus páginas ni una sola vez.

Cuando llegó la hora de la cena, fue tan frugal y apresurada como el almuerzo: de un momento a otro se esperaba a unos trabajadores para una clase y Robby sólo tenía tiempo de tomarse de un sorbo una taza de té. Tampoco dijo nada, porque no le quedaba más remedio que reservarse la garganta.

Después, las tres se quedaron escuchando lo que, en voz alta, se decía en el piso superior. Se oía con toda claridad a través del fino techo, y la voz del señor Shepherd —que iba y venía— sonaba, entre aquellas cuatro paredes, áspera y ronca. La señora Shepherd remendaba una estola; Isabella, inclinada sobre el sermón, caligrafiaba como si estuviera destinado a una lámina de cobre. Laura se sentó en un rincón con las manos en el regazo. Se había acabado el libro, pero aún tenía los ojos soñadores. Si alguna de ellas dijo algo, lo dijo bajito.

Hacia las nueve la señora Shepherd sacó un cacito, lo llenó de leche y lo puso en el quemador; luego empezó a rondar, indecisa, entre la puerta y la chimenea, como una polilla desorientada.

—Trata de hacerlo bien esta noche, Maisie —la amonestó Isabella, que, volviendo la cara hacia Laura, ya que no la miraba, explicó—: Tiene que hervir, pero no puede tener ni una pizca de nata, o de lo contrario Robby ni se dignará mirarlo.

Ahora se oía a los trabajadores bajar la escalera con paso cansado, y acto seguido Maisie desapareció de la sala.

Al día siguiente Laura fue a los oficios de mañana y tarde en St Stephen's-on-the-Hill, y después de comer asistió a una de las catequesis dominicales de Isabella.

Esa mañana se había despertado creyendo estar aún en plena noche, y se había encontrado a Isabella vistiéndose a la luz de una única vela.

—No te levantes —avisó—. Vamos a ir todos temprano a misa, pero yo quiero

preparar antes un poco de leche y pan para Robby. Él preferiría ir en ayunas, pero es que hoy necesita comer algo, porque luego ya no vuelve hasta la hora de la cena.

A mediodía, Robby estaba muy irritable. El hueso de cordero —ese día no se había cocinado nada— estaba más duro que nunca y no se podía trinchar con decencia; de puro nerviosismo, la pobre señora Shepherd apenas pudo probar bocado.

Pero aquella noche a las nueve en punto, concluido ya el trabajo del día, convencieron al pastor para que se echara en el sofá y se tomara una copa de oporto. La señora Shepherd se sentó a la cabecera, con el vino y unas galletas, y al otro lado estaba Isabella dándole un masaje en los pies. La estimulación le reanimó. Se fue sosegando y, al rato, cogió la mano de su mujer entre las suyas... y Laura tuvo la certeza de que, gracias a ese momento, todas las quejas del señor Shepherd le fueron perdonadas. Entonces, habiendo encontrado unos oídos dispuestos en la niña de ojos negros que tenía frente a él, empezó a contar sus viajes y, especialmente, dio detallada cuenta de los meses que había pasado en Japón. Laura, a quien nada le gustaba más que viajar de oídas —ya que era impensable hacerlo de otro modo—, pasó una hora deliciosa, y así lo hizo saber.

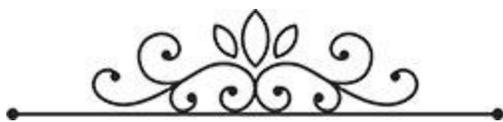
—Sí, Robby se ha superado a sí mismo esta noche —dijo Isabella mientras se soltaba la melena—. Nunca he oído a nadie hablar tan bien como él cuando quiere. ¿Puedes guardar un secreto, Laura? Maisie y yo estamos seguras de que Robby llegará a obispo. Y él también lo espera. Pero no se lo digas a nadie, porque fuera de casa a él ni se le ocurriría insinuarlo. Mientras tanto, trabaja todo lo que puede y ahorramos cada penique, para que pueda subir el próximo peldaño.

A la mañana siguiente, mientras iban andando al colegio, le dijo:

—Espero que vuelvas. Ahora no me importa decirte que me puse muy nerviosa cuando Robby me dijo que te pidiéramos que vinieras. No tengo ninguna experiencia con niñas. Pero no has causado ningún trastorno, ninguno. Y estoy segura de que para Robby ha sido bueno tener a alguien joven en casa, así que escríbenos y dinos cuándo vas a tener otro día de asueto.

La sonrisa de Isabella asomó una vez más, no menos amable ahora que se había quedado atascada, mientras se dirigía a la niña, en la puerta por la que pasaban.

Laura, que tenía la cabeza puesta en un buen y reconfortante trozo de bizcocho, se prometió hacerlo, aunque sus sentimientos habían sufrido tal cambio que no estaba segura de si iba a cumplir su palabra. Estaba dividida entre dos extremos: por un lado, el recuerdo del señor Shepherd gruñendo secamente a un hueso de cordero pelado y, por otro, el de los cerezos en flor y las *musume*<sup>[16]</sup> de Japón.



## Capítulo XVII



*Ohnmacht zur Lüge ist lange noch nicht Liebe zur Wahrheit... Wer nicht lügen kann, weiss nicht, was Wahrheit ist.*<sup>[17]</sup>

### NIETZSCHE

Toda una pantomima de sonrisas cómplices y gestos curiosos le dio la bienvenida cuando, tras sacudirse las migas del bizcocho que le quedaban en los labios, entró en su clase. Laura tuvo algunas dudas en lo que dura un abrir y cerrar de ojos, porque no estaba preparada. Pero entonces, igual que un actor cómico es incapaz de desairar los gustos del público, Laura cedió a su sed de acontecimientos jugosos e hizo lo que se esperaba de ella: dio unas palmaditas, se llevó las manos al corazón y alzó los ojos al cielo. La curiosidad y las expectativas llegaron al punto máximo cuando, negando trágicamente con la cabeza, dejó entender que ningún gesto podría transmitir lo que había vivido desde la última vez que vio a sus amigas.

Estaba en el meollo de ese mensaje cuando, desgraciadamente, el señor Pughson la sorprendió y, tras dedicarle una de sus mofas lacerantes, la sacó a la pizarra para que se las viera con la séptima proposición.<sup>[18]</sup>

Lo que quedaba de mañana fue una lucha contra asignaturas a las que no había echado un vistazo desde el viernes por la noche. Laura rara vez preveía los acontecimientos dedicándose a pensar en ellos: prefería dejarlos en manos de la inspiración del momento.

En cuanto terminaron las clases de la mañana, la llevaron en volandas y a toda prisa hasta un rincón apartado del jardín. Allí la rodearon cuatro amigas, decididas a sacarle sus aventuras hasta el último detalle.

Estaba en un buen aprieto. ¿Decía la verdad sin tapujos?, ¿confesaba los hechos prosaicos? Habría podido hacerlo con destreza, porque había vuelto a dar buen empleo a esos ojos suyos «muy poco amables» que tanto deploraba su madre y era capaz de ver a través de su público con una perspicacia poco común en niñas de su edad. Había visto a un hombre que trabajaba mucho y se alimentaba poco, quisquilloso como una mujer, y que tenía esclavizadas a dos débiles damas que le adoraban. Sabía perfectamente que en lo sucesivo, cada vez que pensara en el señor Robby, lo recordaría ahorrando y rascando, con la vista puesta, como un halcón, en un impreciso obispado. De sus cálidos sentimientos por él, fueran reales o figurados, ya no quedaba ni un ápice. Aquel primer roce con la realidad los había hundido, como una gota de agua fría hunde los posos que flotan en una cafetera... Pero, si confesaba eso, y que, quitando un puñado de monosílabos, su único intercambio de palabras había sido una frase de Virgilio y, más humillante todavía, que su mujer y su hermana le habían gustado más que él, si eso saliera a la luz, tendría que renunciar a todas y

cada una de las moneditas de prestigio acumuladas y a las que aún le quedaban por acumular. Enfrentada a la posibilidad de despedirse del apoyo recibido, reconoció lo mucho que había construido sobre él.

Estos pensamientos la atravesaron como una centella mientras miraba los cuatro rostros rapaces que la habían arrinconado. Tilly era uno de ellos; tenía esa leve sonrisa burlona que Laura conocía tan bien desde su torpe aproximación a Bob. Tenía que matar esa sonrisa aunque para conseguirlo también ella tuviera que morir.

Con todo, debía ser cauta, precavida en los pasos que iba a dar. De hecho, no tenía ni la menor idea de por dónde empezar.

Entretanto, los gritos de impaciencia zumbaban a su alrededor.

—No nos lo quiere contar.

—¡Maldito bruto!

—No me extrañaría que fuera demasiado asqueroso.

—Ya os dije que era de los malos.

—Seguro que no hay nada que contar —dijo Tilly con arrogancia, levantando la nariz.

—Sí, sí que lo hay —se lanzó Laura, que se puso instantáneamente a la defensiva y sonrojándose en cuanto lo dijo.

—¡Miradla! ¡Se ha puesto toda roja!

—Y después de haberlo prometido, ¡la muy cobarde!

—No soy ninguna cobarde. Voy a contarlo. Pero es que estáis todas a punto de estallar.

—¡Vamos, suéltalo ya, tortuga!

—Bueno, chicas —empezó con el mejor de los ánimos, aunque respirando con cierta dificultad—. Pero oídme, no debe salir de aquí ni una palabra de lo que voy a contaros. Es un secreto absoluto, y si os vais de la lengua...

—¡Que Dios me ayude!

—¡Ananías y Safira!<sup>[19]</sup>

—¡Vamos! ¡Empieza!

—Bueno, pues veréis... Es el más... Ay, no sé cómo decirlo... el más...

—Maravilloso, supongo, ¿no?

—Maravilloso, totalmente maravilloso, y...

—Y ¿qué ha hecho?

—Y ¿qué pasa con esa vieja caricatura de mujer que tiene?

—¿Ella? Pues... —y se concentró desesperadamente en los detalles que no debía decir—. Pues es una vieja... una vieja gruñona. Y le saca veinte años.

—¿Por qué se habrá casado con ella?

—Supongo que estará harto de estar atado a una mujer así, que parece una vieja aborigen.

—¡Y tanto! Es muy desgraciado. Ahora no entiende cómo pudieron convencerle para casarse con ella. La desprecia.

—Pero ¿por qué se casó?

Laura miró a un lado y a otro con aire misterioso y bajó la voz:

—Pues, veréis, resulta que ella tenía muchísimo dinero, y él no tenía nada. Era muy pobre. Y ella le pagó la carrera de clérigo.

—¡Venga ya! ¿Tan pobre era?

—Como las ratas. —Y, viendo que los cuatro rostros empezaban a perder interés, se

apresuró a añadir—: Pero procede de una familia de lo más distinguido. El padre del señor Shepherd era un lord, o un barón, o algo de eso, pero se casó en contra de la voluntad de su padre con una chica muy guapa que no tenía ni un penique, y le desheredaron.

—¡Caramba!

—Pero ¡lo del padre da igual!

—Sí. Bueno, pues él ahora se siente terriblemente en deuda con ella y tal, ya os podéis imaginar.

—Y seguro que ella no deja de recordárselo. Lo que quiere es un hijo.

—Siempre está echándoselo en cara.

—¡Es una arpía!

—Él haría lo que fuera para deshacerse de ella, pero... chicas, esto es secreto absoluto, tenéis que jurar no decírselo a nadie.

Los gestos de confianza se prodigaron sobre ella.

—Pues bien: un día llegará a obispo. Se lo han prometido.

—¡Santo cielo!

—Y me figuro que, por ese motivo, no se puede divorciar, ¿verdad?

—Claro. Tiene que llevarla consigo, como una piedra de molino colgada del cuello.

—Y ¿él ha caído en la cuenta de que te mueres por él?

La esquivada sonrisa de Laura apuntaba muchas cosas.

—Yo diría que sí. Desde el primer día, en la iglesia. Dijo que... Pero no me gusta contaros lo que me dijo.

—¡Tienes que hacerlo!

—No. Me vais a decir que soy una engreída.

—No, no, descuida. ¡Suéltalo!

—Bueno, pues me dijo que me vio en cuanto se subió al púlpito, y que se preguntaba quién sería esa chica de ojos como endrinas y piel como... como nata.

—¡Madre mía, no se anduvo por las ramas!

—¿Y estuviste a solas con él a menudo?

—Sí, y si me hubiera conocido antes de casarse... pero no, ya no puedo deciros nada más.

—¡No, no seas tonta!

—No, no puedo. Bueno, lo diré en un susurro... pero sólo a Maria —e, inclinándose, Laura acercó sus labios al oído de Maria.

No sabría decir por qué tuvo esa ocurrencia; el detalle que le dio no se diferenciaba sustancialmente de los que había dado antes. Pero para entonces había agotado sus recursos.

En ese momento, por suerte para Laura, sonó la campana del almuerzo, y las chicas tuvieron que poner pies en polvorosa para coger sus libros antes de la bendición. Durante la comida, desde sus sitios dispersos, intercambiaron miradas de entendimiento, y tenían las mejillas encendidas.

Por la tarde Laura tuvo que demostrar nuevamente su valía. Su compañera en el paseo diario fue Kate Horner, una de las cuatro, y no perdió la ocasión de sonsacar nuevos detalles.

Tras un comienzo con momentos incómodos que bien podrían haber terminado en fiasco, Laura dejó de inquietarse por su historia. Es más: una vez dado el paso, era asombroso lo fácil que le resultaba inventarse cosas sobre los Shepherd; lo difícil era saber dónde parar. Los detalles ficticios acudían raudos y veloces; tenía como un cajón de sastre

en el que sólo había que alargar la mano para sacar lo necesario. Era más fácil que la tabla del cinco, y no requería aprendizaje. Pero tampoco remoloneaba: pulía sus cuentos chinos para acercarlos cada vez más al ámbito de lo probable y, gracias a su excelente memoria, nunca se contradecía ni tenía deslices, y siempre era capaz de volver a empezar desde el principio.

No tardó en vencer el escepticismo que había podido asomar inicialmente en el rostro de sus oyentes. Porque, por más que aquellas jovencitas coloniales fueran groseramente realistas, su apetito romántico era tan insaciable como el del más empedernido lector de novelas. Aplaudían las historias de amor en cualquiera de sus formas y se las tragaban sin espíritu crítico, pero no permitían que eso alterase su conducta diaria, igual que un lector de novelas se olvida de la mentira y la irrealdad en cuanto suelta el libro. Otro motivo de peso era que su cerebro, más lento, no concebía la posibilidad de mentir de una forma tan sumamente detallada como el de Laura. Tanta elaboración le daba veracidad.

Los días fueron pasando, y a Laura se le ocurrieron felicísimas ideas. Lo raro es que venían sin haberlas convocado; caían sobre ella como las naranjas en el turbante de Aladino. Ella sólo tenía que encajarlas en su debido sitio.

Al principio, en su relato predominaban las desavenencias en el hogar del señor Shepherd, y ella se reservaba un papel menor. Pero lo que más saboreaba su público era la historia de amor, por lo que, atendiendo a sus gustos, como es obligación de todo narrador, Laura desarrolló esa parte en detrimento de la otra. Cuanto más oían las chicas, más querían oír. No tardó en convertir a la señorita Isabella en su firme aliada dentro de la disensión que había introducido en casa del clérigo, y un día llegó a inventarse un beso, robado en la sacristía tras la misa de la tarde, mientras el señor Shepherd se quitaba la sobrepelliz. El rompecabezas fue colarse en la sacristía, pero una vez lo consiguió vio lo que seguía a continuación como si realmente hubiera pasado. Vio cómo el señor Shepherd le pasaba el brazo por la cintura tímida y rápidamente, y vio su propio recato virtuoso; vio a Maisie e Isabella esperando como corderos, en el banco de la iglesia, hasta que la pareja tuviera a bien salir, y vio la silueta del sacristán moviéndose por la iglesia en penumbra mientras iba encendiendo las luces, de una en una.

Pero el éxito de este incidente se volvió contra ella, porque su inventiva era tan temeraria que Maria, en el fondo tan mojjigata como las demás pese a su atrevimiento de palabra, se empezó a preocupar.

—No vas a volver a ir a esa casa, chavalita. Si vuelves, se lo soplaré a la Gurley.

Laura fue corriendo a vestirse para el té, y subió las escaleras de dos en dos. Al llegar al rellano, al lado de los grandes cestos de ropa, se topó con Chinky, que bajaba muy peripuesta.

—¡Anda, qué sorpresa! —la saludó Laura, que estaba de muy buen humor—. ¿A qué viene esa cara tan larga?

—No sé. ¿Por qué no hablas conmigo últimamente, Laura? ¿Te acuerdas de lo del anillo? ¿No se te ha olvidado?

—No, claro que no. ¿Cuándo me lo vas a dar? No acaba de aparecer —le brillaban los ojos, porque ya imaginaba un nuevo eslabón en su cadena—. ¿Va a ser pronto? ¿Ahora? Chinky asintió misteriosamente.

—Dentro de poco. ¿Y tú prometes fielmente no quitártelo nunca?

—Pero tiene que ser muy bonito... y con una piedra roja. Y otra cosa, Chink, nadie se tiene que enterar de que me lo has dado tú.

—De acuerdo, lo prometo. Eres un encanto por decir que te lo vas a poner —y, pasando el brazo por los hombros de Laura, le dio un cálido beso.

Eso era más de lo que Laura esperaba, así que se soltó bruscamente.

—¡No hagas eso! Acuérdate, una piedra roja, y para el anular de la mano izquierda.

—Sí. Y, Laura, he pensado en grabar algo dentro... *Semper eadem*,<sup>[20]</sup> ¿te gusta?

—No está mal. ¡Mira, por ahí viene la señorita Day! —y, dejando a Chinky, se fue corriendo por el pasillo hacia su dormitorio.



## Capítulo XVIII



*Der Verbrecher ist häufig genug seiner Tat nicht gewachsen.*<sup>[21]</sup>

NIETZSCHE

A lo largo de un mes, o más, Laura saboreó las mieles del éxito. Y prosperó; hasta el más ciego habría podido verlo. Ahora tenía aquello de lo que había carecido hasta entonces: la admiración y el aplauso de su círculo. A ninguna niña espoleaban y animaban los elogios tanto como a ella. Sin el halago tendía a ser recelosa e improductiva; y, si quienes la rodeaban querían sacar lo mejor de ella no podían escatimar incentivos, de la misma forma que uno no escatima medios para conseguir que florezca un delicado rosal. Laura era capaz de absorber grandes dosis de elogios sin caer en una excesiva seguridad en sí misma. Con el reciente estímulo llegó a ser la primera en un par de asignaturas, su rostro ganó en color y sus modales perdieron en retraimiento.

—Dile que vuelva inmediatamente y que cierre esa puerta —exclamó la señorita Day con voz ronca desde una de las largas mesas del comedor, sobre la que se alineaban montones de ropa limpia. Llevaba trabajando en esta tarea desde las seis.

La pasante de turno salió obedientemente al pasillo, y Laura volvió.

—Las puertas se han hecho para que se cierren, Laura Rambotham, ¡a ver si lo recuerdas! —dijo la señorita Day con furia y con la misma voz tomada de antes; tenía un fuerte resfriado y las corrientes del vestíbulo no contribuían a su mejoría.

—Lo siento, señorita Day. Pensé que la había cerrado. Llegaba un poquito tarde.

—Pues tienes que estar más pendiente —vociferó la auxiliar—. Ah, por fin llega usted, señorita Snodgrass. Empezaba a pensar que esta mañana no iba a aparecer. Son casi las siete y cuarto.

—Lo siento —dijo lacónicamente la señorita Snodgrass—. Se me debe haber atrasado el reloj. Bueno, supongo que puedo empezar por anotar que Laura Rambotham llega tarde. ¿Se puede saber qué haces ahí, sujetando la puerta?

—La señorita Day lo sabe; yo, no —contestó insolentemente Laura, y se escabulló.

No dejó que la observación de la señorita Snodgrass la perturbara. En cuanto empezó a tocar se puso a pensar de nuevo en el tema que ocupaba todos sus momentos de ocio, y que amenazaba con adquirir el tamaño de una novela victoriana. Pero ahora seguía construyendo aquel enorme edificio para su propia diversión. El destino habitual del mentiroso redomado había terminado por alcanzarla: empezaba a creerse sus propias mentiras. Con todo, no se arriesgó a rebajar la vigilancia, la cuidadosa atención al detalle. Precisamente, apenas un par de días antes había percibido en el semblante de Tilly un atisbo de incredulidad y, por extraño que parezca, había sido cuando estaba poniendo a

prueba a su público con un dato, un simple dato, un incidente que había sucedido de verdad. Acalló la duda instantáneamente suavizándola con una invención, pero no podía olvidar que la había presenciado. Resultaba muy desconcertante porque, por otro lado, sus oyentes no se espantaban ni ante lo más inconcebible; podía llevarlas a donde quisiera, y como quisiera.

En aquel momento estaba planeando un gran golpe: ni más ni menos que un atentado contra su virtud. Ya casi lo tenía listo —además, se había leído *Pamela*<sup>[22]</sup> con considerable interés durante las vacaciones— y sólo le faltaba hilvanar algunas escenas para completar su caso.

Entonces, sin el menor aviso previo, vino el golpe.

Fue un domingo por la tarde, en la media hora que precedía a la escuela dominical. Laura estaba en el jardín acompañada por muchas de sus compañeras, aprendiéndose de memoria su capítulo de la Biblia, cuando Maria la llamó.

—¡Laura! Ven. Tengo que decirte una cosa.

Laura se acercó con un temblor en los labios.

—¿Qué pasa?

—Pues que me parece, chavalita, que te van a echar del gallinero.

—¿Del gallinero? ¿Qué dices? —preguntó Laura, con la vaga sensación de que se avecinaba un desastre.

—Lo que oyes. Quien tú sabes ha invitado a M. Pidwall para ir el próximo sábado.

—¡No puede ser! —exclamó Laura con vehemencia, cerrando de golpe su Biblia.

—Te aseguro que sí —afirmó Maria—. Ten cuidado, no vayas a quemar la casa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?

—La propia M. P. ¡Caray, pero si resulta que eres un cachorrillo celoso! Venga, no te lo tomes así. Seguro que él no te va a dejar —dijo Maria al ver que Laura se había quedado pálida justo después de sonrojarse.

Subió a su cuarto alegando dolor de cabeza y se sentó en la cama. Se notaba confundida, y tardó un poco en recobrarle. Desde una esquina de su lecho miraba, sin verlos, los objetos del dormitorio. «M. P. va a ir el sábado, M. P. va a ir el sábado...», se repetía estúpidamente y, llevándose las manos a los riñones, se balanceaba como las mujeres mayores cuando están doloridas.

Era un desastre tan grande que no podía encajarlo; su cabeza se empeñaba en dejarlo para luego. Se imaginaba a las cincuenta y cinco en la escuela dominical, donde estaban en ese preciso instante, en fila contra las paredes del comedor. Las veía levantándose para canturrear el himno; veía al señor Strachey en su silla en medio de la sala, moviendo como siempre la pierna izquierda. Y, mientras imaginaba aquella escena familiar, tuvo, con un escalofrío, una repentina sensación de aislamiento, porque tras cada uno de aquellos rostros sobradamente conocidos vislumbraba un posible enemigo.

¡Si no fuera M. P.! Ésa era la idea que más se repetía. ¡Ojalá hubiera sido cualquier otra! Porque de las demás podía esperar algo de compasión, pero Mary Pidwall era de esas personas —había muchas así— de las que una naturaleza como la de Laura, claramente consciente de lo miserable e inútil que era ante ella, intentaba huir. Mary era la rectitud en persona, y sin duda, para Laura, esto era sinónimo de dureza, estrechez y descortesía. No era que fuera mojigata, no; Mary era divertida y vivaz, pero ni su forma de divertirse ni su vivacidad hacían sentir cómoda a Laura. Sus travesuras de chica mayor eran superficiales: no eran parte de su personalidad, no estaban realmente enraizadas; eran sólo como las piezas musicales que tocaba, accidentes momentáneos sin un significado más profundo.

Para Mary, la vida ya era seria y llena de obligaciones. Sabía con precisión lo que quería, adónde quería ir y cómo llegar; sus planes estaban definidos. Era inteligente, muy trabajadora, la primera en muchas asignaturas. Tampoco había tenido nunca ningún conflicto con las autoridades. Se movía entre las normas de la escuela con la gracilidad de un gato, por la sencilla razón de que las tentaciones parecían pasar de largo al verla. En su manera de hablar y de pensar había una especie de exactitud masculina, y era este rasgo el que sus compañeras trataban de simbolizar al referirse a ella con las iniciales de su nombre.

Aunque eran compañeras de clase, nunca habían congeniado. Bien es cierto que Mary tenía dieciséis años y, a esa edad, un par de años pueden suponer un abismo; pero había otro motivo. Una vez, en su inocencia, a Laura se le escapó que uno de sus tíos vivía en el interior, en el mismo municipio del que venía Mary, quien, hija de un dignatario de la Iglesia, la miró fría e incrédulamente y exclamó:

—¿Cómo? ¿Ese hombre horrible es tu tío? Lo conozco, al menos por su reputación, y con eso me basta, muchas gracias.

Laura ya sabía que su tío Tom, al que sólo faltaban un par de aros de oro en las orejas para posar como modelo de grande de España, era, a su manera, un tipo raro. A veces bebía un poco más de la cuenta, pero nunca se habría imaginado que fuera «horrible», ni un personaje célebre en Wantabadgery. Se puso roja hasta las orejas y musitó algo sobre que la familia, desde luego, no le reconocía, pero M. P. desde aquel día, estaba segura, ya nunca había vuelto a mirarla del mismo modo.

Así era la rígida moralista en cuyas manos estaba su destino.

Exánime, estuvo sentada meditando sobre estas cosas. Iba a tener que confesar sus patrañas, era obvio. La mentalidad exacta de M. P. iba a dar exacta cuenta de cómo funcionaban las cosas en el hogar de los Shepherd y ni un solo punto de las íes se desviaría de la verdad. ¿Por qué, por qué no había previsto esa posibilidad? ¿Qué malvado diablo la había impulsado y dejado seguir? Pero, antes de que su cerebro pudiera considerar la espantosa necesidad de dar un paso al frente y confesar sus mentiras, buscó desesperadamente una salida. Por un momento llegó a acariciar la idea de sacarse de la manga un impostor y hacer como si el señor Shepherd no fuera más que un subterfugio para ocultar a otro hombre. Pero ese cuento, retorcido donde los haya, no encajaba. Tenía en su contra la montaña de detalles que había ido acumulando.

Y así siguió, sentada, planteándose una opción tras otra, y ninguna parecía válida.

Cuando por fin se levantó para lavarse la cara antes de bajar, a la hora del té, el único punto que tenía claro era que sólo siete días la separaban de ser descubierta. Recordó que, al fin y al cabo, siete días eran una semana, y que una semana era bastante tiempo. Tal vez sucediera algo de ahí al sábado. M. P. quizá tuviera un accidente, se rompiera la pierna y no pudiera ir. O el enflaquecido y mal alimentado señor Shepherd tal vez cayera enfermo por exceso de trabajo. ¡Cuánto le alegraría que sucediera algo así!

En el peor de los casos tendría que confesarlo, pero al menos eso no iba a ser ahora. Era domingo, y los pensamientos de la gente corrían espantosamente libres. Al día siguiente volverían a estar ocupados, y para entonces ella se habría ido haciendo a la idea. Además, sería de tontos apresurarse, porque algo podía pasar que hiciera la confesión innecesaria.

No obstante, al levantarse a la mañana siguiente y notar con una punzada el gran peso que tenía encima, se envalentonó y se sintió con ánimos de confesar con franqueza sus pecados. Las cosas no podían seguir así. Pero en cuanto se metió en la rutina de la jornada su decisión se debilitó; era imposible encontrar el momento oportuno para empezar. A

primera hora de la mañana todas las alumnas estaban ocupadas preparando las clases y a ninguna le iba a hacer gracia el contratiempo; la hora del almuerzo era demasiado corta; después de las clases, durante el paseo, su compañera no sabía nada del asunto, y luego ella se iba a practicar. Así pues, el lunes sus propósitos se vinieron abajo.

El martes pasó lo mismo: la oportunidad no llegó a presentarse.

Aquella noche, en la cama, multiplicó por horas los días que faltaban. Le salieron ciento veinte. Eso la consoló un poco; visto de ese modo, el tiempo parecía mucho más largo, así que dejó que el miércoles pasara sin preocuparse demasiado.

El jueves no sólo no confesó, sino que se perdonó no hacerlo.

A lo largo de toda la semana, como si la inminente visita de Mary Pidwall a casa del señor Shepherd les hubiera servido de acicate, las chicas no dejaron de codiciar más amoríos, y se mostraron francamente molestas ante la negativa de Laura a prolongar su historia, pues ésa era la semana en que iba a hacer la gran revelación que venía insinuando. Una tarde, cuando las cuatro estaban haciéndole reproches y todo pintaba muy negro, algún diablo la incitó a contarles no el ansiado incidente por el que la boca se les hacía agua, sino un nuevo cuento, como un viajero acorralado en su trineo por lobos hambrientos les arrojaría lo primero que tuviera a mano. En ese instante resistió gracias a la emoción que acompañaba a la inspiración, pero después le entró un grave ataque de remordimientos. Los reproches que se hacía a sí misma eran casi más amargos que los que se hace el hombre que infringe de nuevo la ley moral que se han comprometido a respetar, y que ahora cae en la cuenta de que se halla indefenso ante una tentación que no cesa.

Cuando recordaba esos cuatro rostros insaciables, Laura tenía plena conciencia de que, pasara lo que pasase, jamás reuniría el valor necesario para confesar la verdad. Al menos, no a sus compañeras. Aquella noche, con profunda humildad, reveló a Dios su pecado y le imploró que, aunque no pudiera perdonarla, apartara de ella las consecuencias.

Los últimos días también se ensombrecieron por su convicción de que a M. P. le habían llegado ecos de sus amores, como era probable, pues con la lengua de las chicas no se podía estar a salvo. Mary la miraba de vez en cuando con un aire tal de sospecha que a ella se le encogía el corazón.

Mientras tanto, las largas horas de que disponía se habían quedado en menos de la mitad. «Otros dos días de levantarme y otros dos de acostarme», calculó en voz alta el sábado por la mañana.

Iba a pasar ese fin de semana con la madrina. Sería tan aburrido como siempre, así que tendría mucho tiempo libre para dar vueltas a lo que la esperaba. A estas alturas ya era una certeza, fija e inamovible, que había quemado todas sus naves al salir del colegio sin haber hablado. Cuando volviera el lunes, se encontraría con M. P. y ya no habría escapatoria. El domingo, a última hora, salió al jardín con una excusa. No había luna pero, en el cielo, el añil estaba cuajado de estrellas brillantes, una miríada de ojos plateados que perforaban el cielo. Titilaban con fría indiferencia a la chica bajita que estaba debajo de la morera, pero Laura apenas era consciente de su magnificencia. Sus pensamientos la llevaban al suicidio, a poner fin a su frustrada carrera. Era evidente que Dios no iba a ser ni tan generoso ni tan clemente como para acudir en su ayuda. Por su imaginación pasaron las cincuenta y cinco, e iban ganando terreno hasta alcanzarla, aullando como una manada de hienas; vio a la señora Gurley, al señor Strachey... a madre. Verse descubierta y expuesta eran las dos cosas más espantosas que había en el mundo. Pero no tenía nada que pudiera salvarla: ni una cuerda, ni un veneno, y en el barrio tampoco había embalses.

Esa noche tuvo el sueño ya familiar de que la desenmascaraban y la expulsaban

como a Annie John: cientos de lenguas clamaban su culpa; la perseguían como a un ualabí. Se despertó con un grito y Marina, que dormía con ella, se apoyó en un codo y encendió la vela. Laura, encogida y despeinada, yacía fuera de la sábana con que debía estar cubierta, y la almohada se le había caído al suelo.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Estabas soñando? Va a ser que has comido algo que te ha sentado mal.

Laura nunca llegó a saber cómo arrastró las piernas para poder volver al colegio aquella mañana. Ver el gran edificio de piedra la trastornó tanto que a punto estuvo de enfermar. Hasta la poco observadora Marina se dio cuenta.

—Estás un poco paliducha. Seguro que tienes la tripa revuelta. Esta noche, antes de irte a la cama, toma un poco de aceite de ricino.

Aunque era un abrasador día de noviembre, cuando se quitó el sombrero y se cambió el vestido blanco tenía los dedos helados. «Por última vez», murmuró, y con ello quería decir que era la última vez que no había tacha en su honor. Dobló y colgó su ropa con una pulcritud que normalmente le era ajena.

Las clases estaban en plena ebullición cuando bajó; no podía pasarle nada hasta que terminara la sesión de la mañana. Pero Laura señaló de todos modos el comienzo de su caída, el final de su ascensión de cometa, perdiendo su buen puesto de una forma tras otra: las lecciones preparadas el viernes se le habían borrado de la memoria.

En cuanto dieron las doce y media corrió al fondo del jardín y se agazapó debajo de un árbol con los dedos metidos en los oídos y el corazón latiéndole como si se le fuera a salir del pecho. Así estuvo hasta que sonó la campana del almuerzo, que la obligó a salir; de todos los criminales que han subido vacilantes al patíbulo, ninguno estuvo tan necesitado como Laura en ese momento de envalentonarse como quien ha bebido. Echó una ojeada al recodo del camino y vio al fatídico grupo con M. P. como centro de cuatro rostros gesticulantes. Se quedó rezagada, hasta que se dispersaron y desaparecieron. Entonces, con piernas temblorosas, entró en el edificio. Las niñas estaban junto a las grandes mesas, esperando al señor Strachey. En cuanto Laura puso un pie en el vestíbulo, cinco pares de ojos clavaron sus miradas en ella, como quien clava una mariposa en un tablero. Las cosas habían llegado demasiado lejos: no podía ir con la cabeza bien alta y enfrentarse a ellas ahora que la crisis se había desencadenado. Pálida, culpable y encogida, se acercó a su asiento, que estaba cerca del de Maria. Al pasar, ésta se ladeó y le dijo:

—¡Eres una mentirosa!

—¿Cómo está esa tímida pequeñuela que vino a casa hace uno o dos meses? —había preguntado el señor Shepherd—. ¿Cómo se llamaba?

A lo que la señorita Isabella había contestado:

—Bueno, Robby, la verdad es que casi no llegaste a verla, querido. ¡Tenías tanto que hacer! Pobre, justo cuando vino ella. Se llamaba Laura, Laura Rambotham.

Y la señora Shepherd había apostillado amablemente:

—Sí, era una niña muy agradable. Pero parecía pequeña para su edad. Y ¡qué tímida era!

—¡Eres una miserable serpiente mentirosa!

Laura lloró y protestó en vano.

—Vosotras me obligasteis a hacerlo. Yo no habría dicho nunca ni una palabra de no haber sido por vosotras.

Esta explicación las enfureció.

—¿Cómo? ¿Ahora quieres echarnos a nosotras la culpa? ¡Canalla! ¿Cómo se te

ocurre decir que fuimos nosotras quienes te empujamos a contar todas esas mentiras? Entérate bien: mientras estés en este maldito colegio nunca volveré a dirigirte la palabra.

—Alguien tendría que ir a decírselo a la señora Gurley, para que la expulsen. Eso es lo que se merece. ¡Mira que ir por ahí contando historias asquerosas de gente que se ha portado bien con ella! Seguro que sólo le pidieron que fuera por caridad, porque es más pobre que una rata.

—¡Que le den la patada!

Así habló Maria y, con ella, Kate Horner.

Tilly se mostró más fría y amarga.

—Fui una grandísima idiota al creerme una sola palabra. Tenía que haberme dado cuenta. ¿Ésta? ¡Si cuando la invité para que conociera a mi primo Bob se vio que es un alma de cántaro! Al final él se rio muchísimo de ella; dijo que tendría que haber venido en un cochecito de bebé, con una niñera. ¿Tú te crees que alguien va a enamorarse de ti? —Y escupió, para mostrar su desprecio.

—¿Qué te han dicho, Laura? —susurró Chinky, pálida y asustada—. ¿Qué pasa?

—No te metas donde no te llaman, vete —sollozó Laura.

—Me voy, me voy —dijo Chinky con humildad—. Laura, ¿cómo me gustaría que tuvieras ese anillo!

—¡Déjame en paz con tu anillo! ¡Lo odio sólo de oírlo! —estalló Laura con furia. Y, retirándose a un aseo que era el único sitio de la escuela donde se podía estar a solas, lloró hasta que no pudo más.

Todas aquellas niñas entendían las mentiras piadosas, y ellas mismas las decían. También podrían haberle perdonado una mentira sencilla y directa, de las gordas. Lo que no podían perdonar ni olvidar era el extraordinario cúmulo de detalles de las invenciones con que las había engañado; ser capaz de inventar mentiras con tanta habilidad suponía haber nacido con inclinación al delito. Y, como delincuente que era, así la trataron.

Incluso las chicas mayores oyeron una versión confusa de la historia.

—Pero ¿por qué lo hiciste? —le preguntó un día con curiosidad una de ellas, una chica muy guapa llamada Evelyn, de ojos brillantes marrones.

—No lo sé —respondió Laura míseramente, y casi era cierto.

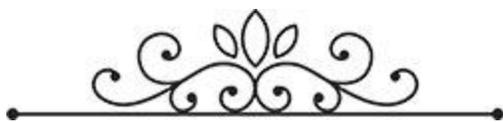
—Pero... esas mentirijillas tan desagradables sobre personas que se portaron tan bien contigo... ¿Qué te llevó a contarlas?

—No lo sé. Se me ocurrieron.

Los ojos de la chica sonrieron.

—Nunca me lo habría... ¡Pobrecita! —dijo, y se dio media vuelta.

Fue la única palabra amable que oyó Laura. Durante muchas noches, lloró amargamente hasta quedarse dormida.



## Capítulo XIX



Así pues, Laura partió para Coventry. No es que el destierro social que ahora padecía fuera conocido por ese nombre. Para la mayoría de las chicas, Coventry no era más que una palabra en el libro de geografía, un lugar en el que, según se decía, se hacían cintas y donde, para unas pocas más leídas, alguien estuvo esperando en medio del puente entre lacayos y mozos de cordel:<sup>[23]</sup> este detalle, por raro que parezca, les llamaba más la atención que la historia de *lady* Godiva, que les parecía poco más que una anécdota perversa.

En cualquier caso, lo conocieran con el nombre que lo conociesen, el ostracismo de Laura era total. La habían probado, examinado y descartado, y ni las que tenían el corazón más blando podían encontrar una excusa a su comportamiento.

Que Chinky eligiera justo ese momento para infligirle una nueva vergüenza no fue sino otro ejemplo de cómo la desgracia se ceba con aquellos a los que la fortuna da la espalda.

En uno de los tristes días que se habían convertido en norma, en los que Laura hubiera preferido ser un conejo bien oculto en su madriguera, se cruzó con Jacob, el hombre para todo de la escuela, que bajaba la escalera mientras ella subía. Llevaba un baúl al hombro. Laura había notado a lo largo del día una tenue agitación entre las internas. Hacían corrillos y hablaban bajito... seguramente de ella, según creía por cómo la miraban por encima del hombro cuando pasaba a su lado. Procuró hacerse muy pequeña pero, a la hora del té, y después a la de la cena, no vio a Chinky por ningún sitio. Entonces la curiosidad la pudo e intentó sonsacar a una de las pequeñas.

Maria apareció mientras hablaban y la niña salió corriendo, porque las pequeñas remedaban a las mayores en lo de convertir a Laura en un tabú.

—¿Qué, mentirosa? ¿Pretendes hacernos creer que no sabes por qué se ha ido? —dijo Maria—. No, gracias, no nos vale. Esta vez no nos vas a engatusar.

—¿Otra vez Safira con sus trucos? —espetó la inseparable Kate, que había cazado las últimas palabras al vuelo—. No, gracias, a las mentirosas no se les cuenta lo que ya saben. ¡Chúpate ésa!

Laura tuvo que desentrañar poco a poco el significado de esas palabras, hasta que descubrió la horrible verdad. Habían expulsado a Chinky —en un acto no público, porque era una interna— de la escuela. Su delito había sido robar medio soberano del bolso de una de sus compañeras de clase. Cuando la acusaron, confesó entre lágrimas que no lo había cogido para ella, sino para comprarle un anillo a Laura Rambotham y, con esta confesión en los labios, salió de la vida de su cómplice. Sí, cómplice, porque, para muchos, mentirosa y ladrona eran sinónimos.

A Laura, Chinky le importaba un comino. Pensaba que lo que había hecho era

«repugnante y vil» y así lo dijo con aspereza pero, naturalmente, nadie la creyó. Era demasiado orgullosa para defenderse, pero volvió a la carga una y otra vez, porque el razonamiento de que estuvieran conchabadas la hirió en lo más vivo. Sus esfuerzos para demostrar su inocencia fueron en vano; no fue capaz de dar a entender a sus enemigas la abismal diferencia entre inventarse una historia sobre alguien y poner las manos en propiedad ajena. Si se podía hacer una cosa también se podía la otra, y sus compañeras se aferraron convencidas a la idea de que, aunque no hubiera sido ella quien metió la mano en el bolso, sí había incitado a Chinky al robo por amor a las joyas. De este modo, pasada una temporada, Laura abandonó sus intentos y sufrió en silencio; y sufría de verdad, porque sus compañeras de escuela eran crueles, con esa intolerancia y esa dureza carentes de imaginación que hacen tan difícil de soportar la crueldad de una mujer. Laura tuvo que acostumbrarse a que se dudara de cada una de sus palabras, a que en su presencia se llamara a una tercera que corroborase lo que decía, y a ver cómo sus compañeras de dormitorio cerraban los bolsos ante sus propias narices.

Sin embargo, ya sólo quedaban tres semanas para las vacaciones de Navidad. Trazó veintiuna rayas en una hoja de papel que sujetó con una chincheta en la pared, encima de la cama, y todas las mañanas tachaba una. Estaba muy decidida a pedirle a madre que no la enviara de nuevo al colegio; tal vez bastara con decirle que no comía convenientemente para que pusiera el grito en el cielo.

Cajas y baúles se estaban bajando de los trasteros para distribuirlos entre sus propietarias cuando llegó una carta de madre: en ella decía que los dos pequeños tenían conjuntivitis granulosa y que Laura no podría ir a casa hasta pasadas dos o tres semanas, por temor al contagio. Iba a pasar ese tiempo con Pin en una zona de playa al sur de la bahía, donde una de sus tías tenía una casita.

A Laura le agradó la noticia, porque sólo de pensarlo temía el ojo escrutador de madre y en la casita no tendría que enfrentarse a ninguno de sus parientes adultos. Sólo iba a haber un ama al cuidado de unos cuantos niños.

Al concluir el reparto de premios, en lugar de emprender una viaje en tren campo a través, Laura, escoltada por la señorita Snodgrass, subió a bordo de uno de los vapores que surcaban la bahía.

—Espero que el aire del mar te siente bien y cojas algo de color —dijo la auxiliar afablemente mientras se dirigían al puerto; la perspectiva de perder de vista durante un tiempo a las cincuenta y cinco la tenía de muy buen humor—. Últimamente parece que siempre se te ve por los suelos.

Laura agitó como es debido el pañuelo desde el puente del Silver Star, y las palas empezaron a girar. Mientras la espalda de la señorita Snodgrass se alejaba del muelle y la distancia entre el barco y la tierra aumentaba, se acomodó en su asiento con inmenso alivio. Por fin estaba fuera. Aquella mañana había sido un trago amargo, pues en medio de las ruidosas y efusivas despedidas ella había sido la excepción: nadie había lamentado separarse de ella ni nadie le había hecho prometer que escribiría. Las únicas palabras de despedida habían sido un dardo amenazador de María: si quería guardar el pellejo, más le valía aprender a no embaucar a nadie antes de volver a asomar la nariz. Ahora se había librado de ellas y no iban a seguir humillándola; ya no tendría que dar la cara ante nadie que supiera de su desgracia, durante semanas, incluso nunca más si madre estaba de acuerdo. Tuvo la momentánea sensación de que se le aligeraba el corazón y, cuanto más se alejaba de Melbourne, más animada se sentía.

Además, ¿cómo seguir, en aquel radiante día de diciembre, en ese estado que la

señorita Snodgrass había calificado de «por los suelos»? El mar era un espejo verdeazul sobre cuya superficie iban flotando. El cielo era una hoja azul de la que pendía el sol como una auténtica bola de fuego. Pero el vapor refrescaba el aire al moverse, y ninguna de las personas vestidas de blanco que atestaban el puente bajo los toldos de rayas sentía los agobios del calor. En el centro, una banda de metales tocaba canciones populares.

En una bonita ciudad de veraneo donde hicieron una parada, Laura se levantó para acercarse a la barandilla. Muchos pasajeros desembarcaron entre empujones y risas, pero al menos otros tantos subieron a bordo, todos de blanco, animosos y con gesto ilusionado. Entonces el barco se hizo de nuevo al mar y lo surcó bordeando altos y verdes acantilados: desde allí algunos viejos cañones, con la nariz apuntando a los pasajeros, velaban por la seguridad de la bahía por si a los japoneses o a los rusos, pongamos por caso, se les ocurría entrar por el canal que da acceso a la bonita ciudad y a los espacios destinados al baño, marcados con banderas en la playa contigua. Pasaron por delante del alto faro de granito del cabo, con el asta de bandera que servía para indicar que arribaba un vapor y, en cuanto lo dejaron atrás, tuvieron a la vista el canal. De los acantilados lejanos surgían, a cada lado, oscuros arrecifes marrones que las trombas de agua espumaban y bailaban; por ellos la entrada a la bahía es angosta y peligrosa. Por uno de sus lados sobresalían los restos de un naufragio, que llevaban allí desde que Laura vino al mundo. Después, tras un pronunciado viraje a la izquierda, el barco siguió hasta la otra parte de la costa, donde pasó por delante de unos edificios que parecían cuarteles, dormidos bajo el fiero sol de la tarde, y, a su debido tiempo, se detuvo allí donde Laura tenía que desembarcar.

La vieja Anne había atado el caballo a un poste y la esperaba en el malecón. Había ido con su carromato a recoger a Laura porque su casita no estaba junto al mar, donde se hallaban los hoteles y las casas de huéspedes, los espacios acotados para el baño y la gran extensión de arena amarilla, sino en el monte, más cerca de la playa que daba al mar abierto.

Laura, tocada con su blanco sombrero veraniego, se acomodó detrás de la mujer; el carromato estaba lleno de provisiones de la tienda de alimentación y otros pertrechos; y emprendieron el camino. Éste dejó de ser bueno en cuanto salieron de la pequeña ciudad: se convirtió en un simple sendero de arena que discurría entre matas del árbol del té. Y había que ver la arena. Era blanca, fina y resbaladiza, y sobre ella el caballo arrastraba vacilante los cascos mientras las ruedas se hundían y atascaban. Cada vez que tenían que superar un montículo, las dos pasajeras se inclinaban instintivamente hacia delante. La vieja Anne, que como látigo usaba una rama de acacia, apremiaba y animaba, y más de una vez le dio las riendas a Laura y se bajó para dar un empujón al caballo. Además, tenían que agachar la cabeza todo el tiempo para que las ramas bajas de los árboles del té no les dieran en la espalda.

Al cabo de unos tres kilómetros, la mujer se apeó para abrir una valla y, tras pasar de largo y sin saludar por la otra única casa de las inmediaciones, continuaron por un prado, que cruzaron al paso a causa de los miles de madrigueras de conejo que perforaban el suelo. Pasaron otra valla y llegaron al pie de una empinada cuesta, junto a un pequeño y arenoso huerto, un cobertizo y una fuente con su bomba de agua. La casa estaba al final de la cuesta. En cuanto la vieron también apareció Pin, corriendo como una centella con su sombrero veraniego al cuello.

—¡Laura, Laura! ¡Qué contenta estoy de que hayas venido! ¡Cuánto has tardado!

—Hola, Pin, ¡deja que me baje primero!

—Y ponte el sombrero, por favor, o te vas a coger una *insolación*.

Por más que Laura se alegrara de ver de nuevo a su hermana, no consiguió dar un tono efusivo a su saludo, porque su primera mirada le produjo una desagradable conmoción. El cambio que había experimentado Pin en los últimos seis meses resultaba extraordinario. Mientras subían la ladera, acompañadas por el parloteo de Pin, Laura la miró muchas veces con la esperanza de ir acostumbrándose a lo que veía. Pin nunca había sido una niña guapa, pero en aquel momento a Laura le pareció realmente espantosa. Tenía once años y por fin había empezado a crecer de verdad. Seguía teniendo las piernas tan zanqui vanas como siempre, pero ahora eran el doble de largas, y su cuerpecito regordete, encaramado sobre ellas, le recordaba al de un hombre viejo y barrigón. También el rostro se había vuelto más informe, y los rasgos se habían difuminado en una masa gorda. Sus ojos azules estaban más rasgados que antes y, para colmo, no había manera de distinguir su fina piel, de tantas pecas como le habían salido. Y no eran bonitos recuerdos del sol, sino pecas grandes, negras, irregulares que desfiguraban como lunares. Laura se sentía muy incómoda; que una persona tan próxima a ella pudiera ser tan fea hería sus sentimientos; y, mientras Pin seguía con su cháchara sin reparar en las reflexiones de su hermana, ésta daba vueltas en la cabeza a lo que tenía que hacer. Tendría que decírselo, eso estaba claro; era preferible que fuera ella quien le diera la noticia, por si a alguien se le ocurría hacerlo de un modo más cruel. Saber que Pin no era muy susceptible con su físico era un consuelo; siempre que no le gastaras bromas sobre sus piernas, se le podía decir cualquier cosa: la desazón quedaba para el espectador. Pero eso no podía hacerlo ese día, que era el primero, y había cosas más agradables en que pensar. Así que, cuando se tomaron el té —con leche condensada, porque la vaca se había quedado seca y ningún lechero llegaba tan lejos—, cuando terminaron el té —que podía considerarse el único refrigerio del día; ni hablar de lavarse las manos y la cara, por ejemplo, porque había que traer cada gota de agua de lo alto de la cuesta después de accionar la bomba; la vieja Anne no llenaba los aguamaniles durante el día a propósito: si te querías lavar tenías que hacerlo en el mar— una vez acabado el té, en fin, las dos hermanas se fueron a la playa.

Aquella casita de cuatro habitaciones a la orilla del mar, a la que con el tiempo se había añadido el cobertizo, miraba al monte; desde la veranda se tenía una amplia vista de los alrededores. Entre la parte trasera de la casa y la playa se elevaba una enorme duna salpicada por juncos y ásperas cañas. En subirla se tardaba no menos de veinte minutos, y las botas y las medias resultaban una carga inútil, porque la arena, una vez más, era suelta y movediza, de esa en la que a veces te hundes hasta las rodillas, y en la que das dos pasos atrás por cada uno que adelantas. La arena era la nota dominante en aquella vida libre y fácil: se esparcía por la veranda y por el suelo; se metía entre la ropa; llenaba las camas y se colaba incluso en la comida; llegabas a acostumbrarte a su presencia hasta tal punto que, cuando a la vieja Anne se le ocurría coger la escoba o rehacer concienzudamente las camas, se echaba de menos su roce bajo los pies o en la piel. Pero, por otro lado, cuando de camino a la playa alcanzabas fatigosamente la cima de la enorme montaña de arena, el panorama que se abría ante tus ojos casi cortaba la respiración: hasta donde alcanzaba la vista, el más azul de los cielos se fundía con el más azul de los mares, que rompía su ribete moteado de espuma contra los arrecifes planos y oscuros que bordeaban la orilla. Después, cuesta abajo —revolcándote en un trayecto que disparaba la arena hasta la altura de un hombre— te encontrabas finalmente en lo que para Laura y Pin era la playa más increíble del mundo. ¡Qué gran variedad de cosas había en ella! La arena más blanca y pura, tan ardiente al tacto como un tejado de cinc en verano; había grutas rocosas y otras arenosas de las que pendían quebradizas estalactitas; con marea baja, en el arrecife, se formaban lagos, estanques y ríos

lo suficientemente profundos para que no fuera necesario acercarse a la siempre enojada rompiente; había algas que recorrían toda la gama de colores —marrón y verde, rosa perla y coral, vivos rojos y naranjas—; conchas, desde pequeñas lapas y caracolillos hasta caracolas en las que las olas habían dejado su eco; esqueletos de sepia, ligeros como el papel y afilados como jabalinas. Pero lo mejor de todo era que esa playa era sólo para ellas: no tenían que compartir sus tesoros con extraños porque, aparte de los habitantes de la casita, ni un alma ponía los pies allí.

La actividad principal de la mañana era el baño. Si las chicas estaban solas y la marea alta, se quitaban la ropa y corrían a una piscina poco profunda en la que el agua nunca las cubría y donde podían dejarse salpicar por las olas. Pero, cuando la marea bajaba también iban niños a bañarse, y entonces Pin y Laura se ponían unos viejos trajes de baño que les quedaban grandes, y se iban todos juntos al Hueco de la Media Luna. Era una piscina de unos siete metros de largo y una profundidad de entre tres y cuatro metros, alejada del arrecife; con la marea alta quedaba oculta bajo el rompiente y la espuma, pero con la marea baja tenía una superficie como la de un espejo que reflejara el cielo, y sus aguas eran tan claras que se podían ver todas las algas que se mecían al fondo. Una vez que te quitabas los zapatos, apoyabas la planta del pie con cautela en los salientes de la roca y, ¡plof!, te tirabas al agua. Pin solía necesitar un empujoncito, porque no había, desde luego, ningún asidero, pero Laura nadaba como la que más. Algunos niños eran capaces de bucear hasta el fondo y subir algas y conchas, pero Laura y Pin se quedaban en la superficie del agua porque tenían el imaginativo pavor, común entre todos los niños que conocen bien el mar, de que podía haber algo al acecho en la espesura negra y temible de las algas.

Después de una hora más o menos en el agua, volvían a casa para comer, más hambrientas que un trampero pese a que el menú era invariable: siempre había conejo para comer y langosta para cenar, porque el carnicero sólo pasaba una vez por semana y la carne no se podía conservar ni una hora sin que se estropeará. Los conejos estaban despellejados y en la olla antes incluso de que se enfriaran; las langostas morían en el acto: a Laura se le subía la sangre a la cabeza, y Pin lloraba y salía corriendo, tapándose los oídos con los dedos porque creía que la crepitación del agua, en el momento en que se echaba la langosta era el grito de la criatura en su agonía.

Con la salvedad de la hora del baño, veían poco a los chicos. A las dos les asustaban las armas, así que no salían en las expediciones que proveían la mesa de la comida; y la vieja Anne no les consentía unirse a la pesca de langostas porque se hacía ya de noche, al final del arrecife, con redes y antorchas, y, en ocasiones, si la marea era fuerte, alguno de los pescadores perdía pie en las rocas y sólo se le conseguía rescatar con gran dificultad.

Laura echaba su última ojeada al mundo exterior, todas las tardes, en el breve intervalo entre la puesta de sol y la oscuridad. Subía corriendo a lo alto de una de las dunas y dejaba que sus ojos pasaran por el mar y el cielo mientras bebía los aromas que despertaban a la vida tras el calor abrasador del día: agua salada, arena caliente y algas, árboles del té, flor del sueño y robustos matojos de bayas que le llegaban hasta la rodilla y entre los que se abría paso con esfuerzo. Era uno de los momentos que más le gustaban; ése, y cuando de noche, en la cama, escuchaba el rugido de la marea, que iba y venía como un cañonazo incluso con la duna de por medio. También se estremecía cuando pensaba, con delicia, en lo solas que estaban Pin y ella en su cuarto, pues los chicos dormían en el cobertizo, al otro lado de la cocina, y la vieja Anne en la parte trasera. En muchos kilómetros a la redonda ninguna otra casa rompía la soledad de aquellos campos de matorrales y arbustos; sólo un fino tabique de madera la separaba de posibles bandidos, la

inmensidad y la desolación de la noche y del eterno retumbar del océano.

Así era la vida a la que Laura se entregó en cuerpo y alma, olvidando sus recientes tribulaciones en una alegría de vivir absoluta.

Pero hasta los placeres más puros acaban perdiendo interés y, al cabo de un tiempo, cuando el asombro y la novedad se disiparon y volvió a tener un hueco en la cabeza para pensar, hizo algunos desagradables descubrimientos que perturbaron su tranquilidad.

Fue Pin, la pobrecita, gorda, pequeña y bienintencionada Pin, quien causó el daño.

Pin no sólo había cambiado físicamente, sino también de carácter, y tanto que no hizo falta ni una semana para que las hermanas se picaran. Laura tenía cada vez más claro que Pin estaba desarrollando un espíritu independiente. Ya no la miraba desde abajo, como si Laura fuera un prodigio de sabiduría, y empezaba a tener opiniones propias. Estaba incluso dispuesta a ser crítica con su hermana, y eso era más de lo que ésta estaba dispuesta a tolerar, porque era como si un esclavo usurpara los derechos de su amo. La sorpresa la dejó muda al principio, pero terminó perdiendo los estribos, más aún porque Pin tendía a la terquedad y ni con sorna ni con desprecio había manera de convencerla de que cediera. Tales eran las fórmulas a las que se había acostumbrado día tras día en los últimos seis meses de escuela, y le parecían irrefutables. A su hermana la terquedad de Pin le parecía ridícula, al igual que muchas otras cosas suyas en aquel momento, como su fealdad y su manera de imponerse como una autoridad, de la que se mofaba cruelmente cada vez que la pequeña la sacaba a relucir. Había algo todavía más absurdo, y era que, pese a lo fea que era, Pin tenía un admirador. Es cierto que no lo dijo claramente; cabía la posibilidad de que no fuera consciente de ello pero, por lo que contaba, Laura concluyó que había un chico en su escuela, un chico tres años mayor que ella, que le había regalado un pañuelo de seda y a quien le gustaba ayudarla con las cuentas. Éste fue, para Laura, el golpe más duro de todos.

Un día estalló entre ellas una discusión en toda regla.

Estaban tumbadas en la playa, después de bañarse, intentando proteger de los mosquitos sus piernas desnudas y llenas de picaduras. Laura, de espaldas, se había echado una toalla por encima, mientras que Pin se había sentado a la turca detrás ella y espantaba los mosquitos con la mano. Como todos sus esfuerzos por vencer las reticencias de su hermana para que le contara alguna de las historias del colegio sobre las que tan pródiga había sido en otras vacaciones habían sido en vano, Pin, por su parte, se había puesto a contarle chismes de casa. Laura escuchaba con la impaciente tolerancia de una persona de mucho mundo; no se podía esperar que semejantes nimiedades pudieran interesarla, e íntimamente se reía de la simpleza de Pin. Pero, cuando empezó de nuevo a contarle algunos de los preciosos encargos que habían hecho recientemente a su madre, no pudo reprimirse y dijo malhumorada:

—Ya me lo has contado mil veces, y además no hace falta que lo vayas diciendo por ahí para que todo el mundo te oiga.

—Pero ¡Laura, si aquí no hay nadie! Y, aunque así fuera, pensé que te alegraría saberlo. Madre va a darte algún penique extra gracias a esos encargos.

—Claro que me alegro, Pin, no seas tan tonta.

—No siempre soy tonta —protestó Pin—. Y no me creo que te alegres ni un poco. Anne sí que se alegró, porque dijo: «¡Que Dios la bendiga!».

—¿Anne? ¿Y quién más? ¡Eso no es asunto suyo!

—¡Laura! —exclamó Pin, que empezaba a ponerse llorosa en las palabras como en el tono—. ¿No será que te da vergüenza que madre tenga que coser? —y abrió al máximo sus ojos azules como lobelias, dejando ver lo grandes que serían si no los tuviera tan a

menudo anegados en llanto.

—Claro que no —respondió secamente Laura—. Pero me gustaría saber qué tiene eso que ver con Anne.

—Pues que me lo preguntó. Quiso saber en qué estaba trabajando madre ahora, y si tenía nuevos clientes. Es sólo que Anne se preocupa por madre.

—¡Y una porra! —saltó Laura—. No sé qué hace metiéndose donde nadie la llama. Tendrías que haberle dicho que no lo sabías.

—Pero ¡habría sido mentira! —se horrorizó Pin—. ¡Yo lo sabía de sobra!

—¡Dios, Pin, desde luego...!

—No he dicho mentiras en toda mi vida —dijo Pin muy azorada— y no pienso hacerlo, ni por tí, ni por nadie. Debería darte vergüenza.

—¡Deja de decir tonterías!

—No. Y me parece que eres muy cruel. No te pareces en nada a como eras antes, y todo es desde que vas al internado. Lo ha dicho madre.

—¡No seas tan rematadamente imbécil! —y Laura, herida en lo más vivo, replicó mofándose del cambio que se había producido en la apariencia de Pin. Para su sorpresa, vio que ésta se había vuelto terriblemente susceptible respecto a su físico, pues la brutal declaración de su hermana la hizo llorar amargamente.

—¡No lo estoy, no lo estoy! ¡Y no tengo la cara como una luna llena! Mi cara no es más gorda que la tuya. La última vez que viniste a casa Sarah dijo que estabas engordando.

—¡Mentira! —dijo Laura, indignada a su vez.

—Pues sí, estás engordando —sollozó Pin—. Pero tú sólo piensas que los demás son feos, y que tú no lo eres. En cuanto llegue a casa pienso contarle a madre lo que has dicho. Y le contaré también que quieres que diga mentiras. Además, estoy segura de que has hecho algo malo en el colegio, porque no quieres hablar, y siempre estás diciendo caramba, diantre o cielos. ¡Pienso decírselo!

—Eres una acusica y una chivata.

—Y tú una glotona, egoísta y mentirosa.

—¡Qué sabrás tú de mí! ¡Tú sí que eres una majadera!

—¡Ni ganas que tengo de saber nada! ¡Eres mala, y cruel!

Tras este intercambio de verdades a la cara se pasaron dos días sin dirigirse la palabra. Pin era de las que llevan la procesión por dentro y no perdonan fácilmente, así que no se separó de la vieja Anne y se dedicó a preparar bollos y lijas con ella, o a corretear detrás de los chicos, que ahora aparecían de vez en cuando diciendo: «¡Vamos, Pin!», y nunca: «¡Vamos, Laura!». Ésta, por su parte, se retiraba enojadísima y sola a la playa.

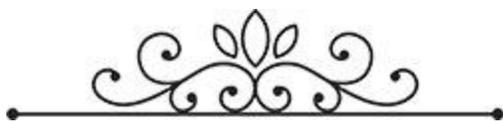
Se tomó el distanciamiento tan en serio que se consoló pensando insultos para Pin: era una terca y una ignorante, y seguía siendo incapaz de poner sin miedo una pierna delante de la otra. Y los demás, igual: atascados en lodazales, sin cambiar ni un pelo, o, si cambiaban, haciéndolo para peor. Laura nunca había previsto el día en que se encontraría fuera de lugar en su círculo familiar, y con una seguridad irreflexiva había pensado que Pin, por ejemplo, siempre estaría dispuesta a seguir sus pasos. Ahora se había dado cuenta de que probablemente nunca llegaría a alcanzarla. Cualquier progreso que pudiera hacer Pin, si es que no estaba ya paralizada por sus estúpidas ideas, sería hacia otro lado. La discusión le había dejado clara una cosa: para sus problemas no necesitaba el apoyo de Pin, porque si Pin armaba tal guirigay ante la insinuación de librarse de una vieja cotilla, ¿qué diría —y no sólo ella, sino todos los demás— de la red de mentiras que había tejido en torno al señor Shepherd, un hombre santo, un clérigo y, para colmo, amigo personal de madre? No podía

dejar de ver que, si eso llegaba a sus oídos, la llamarían, con la mayor seriedad, lo que Pin la había llamado en su arrebatado de ira: cruel y mala. Su casa había dejado de ser, ay, el acogedor nido en el que estaba a salvo de las batallas y los engaños del mundo.

Había otra cuestión: si se quedaba en casa, tendría que vivir con las mil y una preocupaciones de pacotilla que ahora, como le había explicado a Pin, la aburrían tanto: el cólico de Leppie por haber comido fruta sin madurar; que a Sarah se le hubiera caído otro diente sin ayuda de nadie. Eso podía resistirlo una semana o dos, pero la idea de encerrarse con semejantes pájaros bobos, o de romper con sus actuales intereses, la hizo reconsiderar de inmediato su decisión de abandonar el colegio. No, no lo dejaría. Por mucho que hubiera sufrido en manos de sus compañeras, y por mucho que temiera volver, su lugar era ahora el colegio. Allí tenía puesto su corazón, en las actividades de sus iguales, en las cosas que realmente eran importantes: a quién iban a aprobar, quién iba a ser la encargada, qué silla iba a cambiar de sitio en el comedor. Además, alguien que haya conocido la mano férrea del señor Strachey o de la señora Gurley, ¿se contentaría con volver y limitarse a ser uno más en la familia? Ella no, desde luego, a ningún precio.

Así que se pasó todo el día tendida en la playa con las manos entrelazadas bajo la nuca, como una mota blanca en la gran playa lamida por las olas. Miraba el rompiente, miraba cómo las olas crecían y ocultaban el arrecife, miraba las gaviotas desvanecerse en el azul saturado de sol. A veces se apoyaba en un codo para seguir un barco por el horizonte, y le gustaba imaginar que aquel gran barco zarpaba con un cargamento de afortunados mortales que se dirigían a algún mundo desconocido y más justo, mientras ella, pobre Cenicienta, se quedaba en tierra. Todo a sabiendas de que aquel barco sólo era el de correos, que iba a Sydney. En Pin prefería no pensar. Tampoco podía pensar con ecuanimidad en sus últimas desgracias en el colegio y en lo que la esperaba cuando volviera; y, dado que no podía dejar de pensar en algo, adoptó la costumbre de imaginar lo que podría haber sido, o de contarse a sí misma lo que habría sucedido si sus invenciones hubieran sido hechos, si su ascético protagonista hubiera sido el impetuoso amante en el que ella le había convertido. En otras palabras, Laura, postrada en la arena, seguía con su historia.

Hacia el final de la tercera semana, las dos hermanas fueron convocadas para pasar unos días en casa de la madrina, Laura le había cogido tanto el gusto a esta ocupación que casi habría preferido escabullirse de la realidad y que Pin se marchara sola.



## Capítulo XX



*Wie sollte ein Strom nicht endlich den Weg zum Meere finden!*<sup>[24]</sup>

### NIETZSCHE

El mar, el sol y el aire habían hecho su labor curativa, e igualmente los largos y perezosos días pasados en el jardín. Con cada respiración, Laura se puso más fuerte y sana.

Lo necesitaba para volver al colegio, una vez terminados aquellos días dorados, porque el medio año que se avecinaba era en muchos sentidos el más difícil al que se tenía que enfrentar. Ciertamente, la virulencia de que fue inicialmente víctima menguó —ya no la fustigaban de palabra abiertamente—, pero los insultos callados o encubiertos estaban a la orden del día y eran igualmente difíciles de sobrellevar. No había pasado una semana y Laura ya pensaba que, de haber sido una mártir cristiana, habría preferido que la despedazaran de golpe, antes que someterse al aplastapulgares. Todos los ojos la miraban con recelo; todos los rostros tenían pintado el recordatorio de su inferioridad moral, y hasta las recién llegadas supieron pronto, sin conocer forzosamente su desgracia, que Laura Rambotham no era de fiar.

Este sistema de desaires y menosprecios se parecía a lo que había tenido que soportar en su primer período escolar, pero el efecto que tuvo en ella fue distinto. En los comienzos, desde su timidez de neófita, se plegó, pero ahora no podía ser mansa como un cordero. Al pensarlo, nunca dejaba de echar la mitad de la culpa sobre la espalda de sus compañeras, y estaba resentida por su injusticia al haberla convertido a ella en la única responsable, cuando lo que había hecho estaba destinado a satisfacer su sed de aventuras románticas. Se convirtió en una rebelde, envolviéndose en la capa de amargura de los proscritos de la fortuna, alimentándose de su propio odio contra aquellos que se consideran aceptables. Muy bien, se dijo: si querían darla de lado de ese modo, ella nunca volvería a mirarlas como a sus iguales. Mofarse secretamente de ellas por el gran valor que le habían otorgado le procuraba un placer malsano.

Con todo, su comportamiento de puertas afuera era para muchas el de una pelotillera, y ella no ofrecía el menor indicio que permitiera ver lo que pasaba en realidad: que era una niña muy infeliz. Como les ocurre a la mayoría de las rebeldes de su sexo, deseaba ardientemente volver al redil de la ley y el orden, y todo lo que hacía iba encaminado a ese fin, pese a que cualquier sitio al que se acercara parecía sembrado de espinos. Pero ella no se amilanaba. Aguantaba los insultos, hacía como si no los hubiera oído, y se mostraba servil con personas a las que despreciaba. Pronto fue de dominio público que, le dijeras lo que le dijeras, Laura Rambotham no iba a molestarse. También se podía confiar en ella para los trabajos sucios. El veredicto era que se trataba de una tipa

adulona y asquerosa, especialmente el de quienes no se oponían a que les dieran coba.

Desgarrada de este modo entre la sensación de rebeldía por un lado, y el deseo de compensación por otro, Laura se volvió muy taimada, una verdadera estratega. Se pasaba el día pensando en lo que tenía que hacer y lo que tenía que dejar de hacer. Aprendió a sopesar sus palabras antes de pronunciarlas, en lugar de contar de buenas a primeras lo que se le pasaba por la cabeza del modo infantil que la había expuesto al ridículo. Aprendió también, por fin, a guardarse sus opiniones, y a expresar las que coincidían con las de sus oyentes. No tardó mucho en descubrir que ése era un atajo para recuperar su puesto perdido: ocultar lo que realmente sentía, especialmente cuando iba a contracorriente de la mayoría. Porque, cuanto más tiempo pasaba en el colegio, más insistentemente se le hacía ver que la mayoría siempre lleva razón.

En el cambio de curso de finales de año adelantó a las tres testigos principales de su desgracia: Tilly, Maria y Kate. Volvía a estar entre niñas nuevas. Pero ese pequeño golpe de suerte se vio superado cuando, poco después de Navidad, la cambiaron a la habitación que ocupaban M. P. y su mejor amiga.

Hasta aquel momento, Laura apenas se había atrevido a alzar la vista en presencia de Mary Pidwall. No sólo conocía Mary su cúmulo de mentiras, sino que no ignoraba —o eso creía Laura— que procedía de una familia completamente degenerada, gracias al tío Tom. Las primeras semanas que pasó a su lado corroboraron esa idea. Las miradas que le dirigían tanto M. P. como su amiga hablaban tanto como las palabras y decían: «Ya que nos vemos obligadas a tolerar a este repugnante insecto, mostrémosle al menos lo asquerosa que es». M. P. se mostraba especialmente rígida e implacable; Laura temblaba sólo de oír sus pasos. Sin embargo, no tardó en darse cuenta con claridad de que sus esperanzas de salvación residían precisamente en ganarse a aquella personalidad severa e inflexible. Si conseguía poner a M. P. de su parte, tal vez todo volviera a su sitio.

Así que empezó a poner cerco a la buena voluntad de Mary, que no le prestaba ni la menor atención y la trataba como si no existiera, incluso en el dormitorio, donde daba las órdenes —pues era la mayor de las tres— con entonación glacial. Laura tenía que actuar con la mayor de las cautelas y, al principio, cometió un fallo. También ahí se comportaba como una adulona, buscando la benevolencia de M. P. igual que la de las demás, siendo servil de un modo que podía volverse en su contra. No obtuvo respuesta, porque M. P. despreciaba doblemente a las niñas lisonjeras, aun ignorando las trampas que a la larga acechan a caracteres como el de Laura. Mary sólo prodigaba su amistad a personas de elevada moral y, en su lista de virtudes, naturalmente, la honradez y la franqueza figuraban en los primeros puestos. Laura era lo bastante aguda para darse cuenta de que si quería ganársela, tendría que cambiar radicalmente de táctica. Con Mary no bastaba con ser su eco. Lo que tenía que hacer era, en caso de dar su opinión, decir realmente lo que pensaba y pensar lo que decía, y aferrarse resueltamente a lo dicho en lugar de, al menor indicio, mostrarse dispuesta a volar hacia el punto de vista de su compañera. Todo eso siempre y cuando, por supuesto, sus propias opiniones cumplieran de entrada con la inquietante condición de ser las que tenían que ser, y no inclinaciones heréticas capaces de producir escándalo y consternación. En tal caso, lo único que podía hacer era poner punto en boca.

Se atrevió también a prestar discretos servicios que ninguna de sus dos compañeras de cuarto podía pasar por alto, como hacerles la cama por la mañana o quedarse levantada la última por la noche para apagar la luz. Una vez oyó a la amiga, a la que llamaban Cupid, decir: «¿Sabes, M. P.? Al fin y al cabo, no es tan mala chica». Pero Cupid era fácil de llevar, y dada a la originalidad. Mary le contestó: «Se está dando cuenta de que a nosotras

no puede mentirnos. Pero es una aprovechada».

Laura se entregó al trabajo con celo renovado. Lo hizo buscando la aprobación de M. P., y no tardó en destacar en las clases que sólo requerían esfuerzo memorístico. Si no destacaba más, era porque M. P. ocupaba el primer puesto y de ahí no se la podía mover, ni aunque Laura hubiera decidido intentarlo.

Con el tiempo, al cabo de tres meses de incansables esfuerzos en los que la rebelde que había en ella volvió a adormecerse, pues había atisbado algo que parecía un triunfo, Laura obtuvo su recompensa. Un domingo por la mañana, M. P. le pidió que fuera a su lado en el camino a la iglesia. Era casi como si un gran poeta descendiera de su trono para llevar de la mano a un joven colega y Laura, con su precipitación característica, cayó a los pies de la chica. A partir de aquel día, redobló esfuerzos para convertirse exactamente en lo que Mary esperaba que fuera.

Con todo, en lo más profundo de su ser anidaba una sensación que a veces parecía querer asomar la cabeza: la sensación de que realmente M. P. no le caía bien, de que ni la admiraba, ni la respetaba; una sensación que, si hubiera cobrado forma, habría dado un puntapié a la autoridad de Mary, habría desdeñado su manera de ver y hablar tan carente de imaginación y habría recordado que su propia manera de ver y hablar también tenía derecho a existir. Pero esa sensación no era lo bastante fuerte para hacerse entender, o más bien Laura se negaba a escucharla y, cada vez que asomaba, se hacía la sorda, porque ahora su modelo era el Sabio Mundano.<sup>[25]</sup>

En Cupid, en cambio, había algo que despertaba su simpatía. Era una chica fea, de rasgos irregulares. Nadie sabía de dónde había salido su apodo, tenía tres años más que Laura y era una de las pocas muchachas de la escuela a las que les gustaba leer por leer. En cierto sentido era incluso más inteligente que M. P.; pero no era la suya una inteligencia de libro de texto y, por tanto, no se la tenía muy en cuenta. Sin embargo, Laura se sintió inmediatamente atraída por ella pese a que Cupid la trataba como a una niña pequeña; a veces llegaban incluso a hablar de los libros que habían leído. A Laura su olfato le decía que Cupid entendería mucho mejor que M. P. sus ansias de veracidad; porque Cupid tenía una mentalidad temeraria unida a una personalidad muy recta, y a veces lo que decía era muy audaz.

No obstante, lo que perseguía con toda determinación no era la opinión favorable de Cupid.

El ritmo de su ascenso en la estima de Mary pudo establecerse el día en que ésta le habló abiertamente del delito cometido. Laura se estremeció al oír sus primeras palabras, no sólo por su tono despiadado, sino también por su falta de tacto. Sin embargo, una vez superada la primera puñalada de vergüenza, se sintió mejor. Sí, fue un alivio hablar con alguien de lo que ella llevaba aguantando a solas tanto tiempo. Hablarlo fue un alivio, e incluso discutirlo un poco, porque, como les ocurre a la mayoría de los malhechores, Laura no tardó en regodearse en su fechoría. Mary, que no tenía el menor sentido del humor y no estaba acostumbrada al trato con delincuentes, no cayó en la cuenta de que sólo era una forma de autocomplacencia y fue Cupid quien dijo: «Cuidado, niña, porque si no estás alerta terminarás presumiendo de lo que hiciste».

Mary jamás habría permitido que una sola de las excusas de Laura adquiriese fundamento.

—Vaya disparate. Parece que no te das cuenta de que intentaste difamar la moralidad de otra persona —le dijo con esa seguridad y superioridad que tanto impresionaban a Laura.

Este detalle, que a ella no se le había ocurrido, la dejó boquiabierta y cavilosa. Creía que el señor Shepherd estaba muy por encima de ella, cómodamente instalado en la santidad, y que no podía salir herido de nada de lo que ella pudiera decir. Sin embargo, la idea le dio mucho que pensar e incluso, tentativamente, esbozó un desarrollo de su historia tirando de ese hilo tan extraño sólo para ver adónde podría haber ido a parar.

Una noche, mientras se desvestían para meterse en la cama, Mary se refirió con su habitual desdén y frialdad a una compañera de clase que ese día había dado que hablar. Decían que la chica había copiado vilmente a otra en un examen escrito y, en su calidad de delegada de clase, Mary tenía que localizar la fuente del mal.

—Tengo que pedirles a las dos que me enseñen sus trabajos en cuanto se los devuelvan, y así tendré la prueba de lo que se dice. Tendré que hablar con ellas cara a cara, igual que contigo, Laura.

Laura se encendió.

—Pero ¡M. P., yo en mi vida he copiado!

—Probablemente no. Pero todas esas cosas entran en el mismo saco: mentir, copiar y robar.

—¡Nunca vais a creer que yo no sabía nada de lo de esa horrible Chinky! Yo sólo conté unas cuantas trolas, lo cual es muy distinto.

—Que persistas en aferrarte a esa idea me parece de lo más desafortunado, Laura.

Llegada a este punto, M. P. tuvo que hacer una pausa, porque tenía que sujetarse un mechón de pelo entre los labios mientras se hacía algo en una trenza a la espalda. En cuanto pudo hablar de nuevo, prosiguió:

—¡Tú y tus trolas! Me gustaría saber si has llegado a pensar en lo que pasaría si todo el mundo fuera por ahí contando falsedades y diciendo que da igual porque no son más que unas cuantas mentirijillas. ¿De qué te ríes?

—No me estoy riendo... Bueno... Sólo sonreía. Es que estaba pensando en lo gracioso que sería que... Sandy, y la Gurley, y Jim Chapman, fueran por ahí contando cosas que nunca sucedieron.

—Tienes un concepto muy original de lo que resulta divertido. ¿No tienes ningún respeto por la verdad?

—Sí, claro que sí. Lo que quiero decir es que... —Laura, que siempre se desvestía muy deprisa, estaba sentada en camión al borde de la cama, abrazándose las rodillas—. Lo que quiero decir, M. P., es que si todo el mundo contara historias, y si los demás supieran que las estaba contando, entonces la verdad ya no importaría nada, ¿no? ¿Si nadie la dijera?

—Pero ¡qué barbaridad! —dijo Mary con mucha serenidad mientras sacudía su cepillo de dientes contra una toalla y lo frotaba para secarlo.

—¡Ni que la verdad lo limpiara todo! —señaló Cupid, que ya estaba en la cama, leyendo *Nana* e intentando fumarse un cigarrillo bajo las sábanas.

—No puedes acabar con la verdad.

—Pero ¿por qué no? ¿Quién lo dice? No es una ley.

—No trates de ser tan aguda, Laura.

—No lo pretendo, M. P. Pero, de todos modos, ¿qué es la verdad?

—La Biblia es la verdad. Veamos, ¿puedes acabar con la Biblia?

—Claro que no. Pero... M. P., la Biblia tampoco es del todo verdad, ¿sabes? Mi padre... —aquí se interrumpió, algo confusa, porque se acordó del tío Tom.

—¿Qué pasa con tu padre? Espero que no digas que él no creía en la Biblia.

Laura contuvo el «Claro que no» que tenía en la punta de la lengua.

—Bueno, no exactamente —dijo, y se puso muy colorada—. Pero, M. P., tú sabes que las ballenas no tienen la garganta tan grande como para tragarse a Jonás.

—Las niñas pequeñas no deberían hablar de lo que no entienden. La Biblia es la palabra de Dios, y Dios es la verdad.

—Eres una niña tonta —intervino Cupid, tosiendo—. La verdad tiene que existir, igual que la sinceridad. Si no existiera, no podría haber ningún estado, ni leyes, ni vida social. Es una de las cosas que distingue al hombre de los animales, y la gente que nos gobierna sabe perfectamente lo que se hace, o lo puedo asegurar, cuando castiga a los rufianes que no la respetan.

—Ajá, ahora lo entiendo —asintió Laura con entusiasmo—. La verdad es algo útil. Ah, y eso es probablemente lo que significa: «La sinceridad es la mejor política».

—Nunca había oído tantas chiquilladas —dijo M. P. estupefacta—. Cupid, no deberías meterle esas cosas en la cabeza. Laura, eres realmente inmoral.

—¿Cómo puedes decir algo tan horrible?

—Tus ideas son, sencillamente, espantosas. Tienes que esforzarte mucho en mejorarlas.

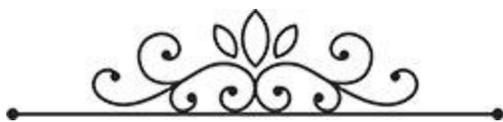
—Lo intento, M. P., de verdad.

—Pues no lo consigues. Creo que se te debe haber perdido algún tornillo.

—Yo, en todo caso, voto por que aplacemos esta reunión —dijo Cupid, recobrándose de otro ataque de tos y flemas— o la Gurley se presentará para ponerme un emplasto de mostaza. En cuanto a ti, pequeña, si quieres oír el consejo de alguien que ha vivido más que tú, más vale que te guardes tus ideas para ti misma, porque no están lo bastante refinadas para este elegante mundo.

—¡Muy bien! —dijo Laura alegremente.

Moviéndose de un lado a otro, porque la noche era fresca, esperó a que M. P. hubiera doblado su última prenda para apagar la lámpara de gas. En cuanto lo hizo, saltó a la cama en la oscuridad.



## Capítulo XXI



Pero el verdadero sello que certificó su regeneración fue la invitación a ingresar en la Sociedad Literaria de las internas, de la que Cupid y Mary eran adalides. Ese espaldarazo la devolvió plenamente a la vida escolar. Porque todo el que era alguien pertenecía a la Sociedad. Y, a pesar de la amistad que la unía a la mejor de la clase, Laura aún sabía lo que era que te den de lado.

Era, en parte, culpa suya. En aquel momento de su existencia era una chica extraordinariamente irritable que no siempre se mostraba amable, ni siquiera con sus dos protectoras; estaba como un erizo siempre dispuesto a sacar las púas... cuando se trataba de su propia credibilidad. Su reciente tropiezo la había dejado tan magullada que ahora veía constantemente sombras de duda donde no las había, y esta actitud de vigilancia y sospecha no propiciaba el amor fraterno. Sus modales también acusaron el cambio. Si bien respetaba su plan original de no decir todo lo que pensaba, cuando se veía en la obligación de hablar se expresaba en un estilo tan preciso y contundente que causaba una impresión desagradable. Paralelamente, una creciente y quisquillosa pedantería iba desfigurando tanto su imaginación como sus simpatías: bajo la égida de M. P., no tardó en rivalizar con ella en la búsqueda de los hechos sin tapujos y en injuriar a quienes se distanciaban de ellos. El año transcurrido en compañía de Mary no había terminado y Laura ya iba camino de convertirse en una de esas personas difíciles de tratar que, preocupadas únicamente por su propia salvación, disparan verdades sin el menor miramiento. Por todo ello seguía siendo escasamente querida.

De ahí que su admisión en la Sociedad Literaria fuera un buen augurio.

Sus méritos principales para pertenecer a ella eran que sabía hacer versos y que le gustaba mucho leer. Pero, en la escuela no había podido desarrollar estos gustos, porque no había muchos libros. Aún así, había leído todo lo que había caído en sus manos; en los últimos seis meses, o más, había gozado como un cerdito en un campo de tréboles. Desde Navidad, era una de las pocas a las que se permitía ensayar por las mañanas en el piano de cola del salón de la señora Strachey... un honor, cierto es, que las agraciadas no valoraban en su justa medida porque, justo encima, se encontraba el dormitorio de la señora Gurley, y esta dama podía abatirse en cualquier momento sobre cualquiera que tuviera la debilidad de tomarse un descanso. Laura, sin embargo, chasqueó los dedos ante una objeción tan endeble, porque aquella era la maravillosa sala que tenía las paredes cubiertas por una librería baja, pronto cobró la audacia suficiente para, al entrar, elegir rápidamente un libro y ponerse a leerlo mientras tocaba, siempre con los sentidos en guardia para esconderlo disparada detrás de las partituras si alguien entraba.

Curioseó libremente a lo largo de varios meses. Como tenía que elegir su libro con gran celeridad, y de una de las baldas cercanas al piano, era de esperar que no siempre fuera

un hallazgo feliz. Durante algún tiempo fue relativamente afortunada y se nutrió de platos singulares. Cabía destacar entre ellos una traducción de *Fausto* que leyó, al menos hasta el final de la primera parte, con extrañeza, pues no entendía por qué algo tan aburrido tenía la fama de ser una genialidad. Para su siguiente sustento rebuscó un poco más, y mientras hurgaba fue a dar con el hallazgo más extraordinario de todos. Paseando su entrenada mirada a lo ancho de un estante que estaba a mano se encontró con un volumen fino y azul, cuyo título atrajo de inmediato su atención. A pesar de sus catorce años y de sus escauceos con Richardson y Scott, el ansia de Laura por los libros para niños era por entonces mayor de lo que había sido nunca, y *Casa de muñecas* parecía cargado de promesas. Sacó el volumen con destreza, se puso a tocar sus escalas y empezó a leer.

Ése fue el día en que, después del desayuno, la señora Gurley la pulverizó con su comentario:

—La de hoy ha sido una nueva manera de tocar escalas, y he de decir que extremadamente interesante, Laura Rambotham. ¡Pisando el pedal de resonancia de principio a fin!

Laura no era consciente de haber pecado de ese modo. Pero bien podía haber sido así, porque aquella hora había sido un lío, pero también muy absorbente. En lugar de la historia infantil que esperaba, en cuanto abrió el libro se topó con las cosas más raras que había visto nunca impresas. Desde la primera frase. Para empezar, era una obra teatral, y Laura nunca había tenido entre manos una obra de teatro moderna en prosa. Luego, trataba de una gente de lo más rara y al mismo tiempo de lo más normal. Cómo hablaba y se comportaba esa gente le parecía increíblemente irreal; ella nunca había conocido a nadie así. Y, por otro lado, los personajes eran tan auténticos en su forma de lidiar con los sucesos cotidianos, tan triviales en su interpretación de las trivialidades, que la desconcertaban y repugnaban. ¡Así cualquiera podía escribir un libro sobre madre, o Sarah! Su joven y romántico espíritu se alzaba contra todo esto, contra ese primer contacto con el realismo, contra una visión de semejante sobriedad y desesperanza. Algo en su interior quería llorar o protestar mientras iba leyendo: porque se lo leyó, en tres días consecutivos, con un interés que era incapaz de explicar. Y ahí no terminaba todo. Lo peor era que la gente de ese libro —esa persona extraordinaria que estaba casada, tenía hijos y comía galletitas de una bolsa para luego decir que no lo había hecho; o ese hombre que la llamaba su alondra y su ardilla (¡como si un hombre llamara así a una mujer!)—, toda esa gente parecía querer decir algo distinto de lo que realmente decía, algo que a ella se le escapaba siempre. Era de lo más irritante. Y lo que es más: no salía ninguna casa de muñecas, en ninguno de los tres actos.

Para calmar la confusión en que la sumió ese librito, siguió con un viejo y pequeño volumen de Longfellow encuadernado en cuero marrón. *Hyperion*<sup>[26]</sup> era mucho más de su gusto, y se atrevió incluso a llevárselo prestado para leerlo tranquila, corriendo el riesgo de que si el préstamo se descubría podía volverse en su contra y considerarse un robo.

Sin lugar a dudas, esta lectura, unida a las secuelas de su inmersión en Ibsen, tuvo su peso cuando se sentó a escribir el trabajo que iba a suponer su pasaporte para la Sociedad, y su cabeza se inclinó hacia el más romántico de los temas románticos. Aunque no por completo. En los gustos literarios de Laura se observaba una clara propensión, como en todos los jóvenes, a volver la espalda a la realidad. No buscaba la verdad, sino el milagro.

Sin embargo, aunque ya había tomado posiciones, todavía tenía que cruzar un puente para salvar el abismo que se abría entre la aceptación de la honorable invitación y la redacción de una obra magistral. Gracias a su conocida incapacidad para proyectar sus

pensamientos más allá del instante, tan poco se había planteado la posibilidad de que no la aceptaran que a Cupid le pareció oportuno recordarle: «¡Oye, no te hagas ilusiones!». Pero, cuando se puso a escribir, se sentó balanceando el lapicero sobre el papel cerca de media hora sin alumbrar ni una sola palabra. Estaba, primero, la cuestión de la forma. Estuvo considerando, para desecharla abruptamente, la idea de escribir versos: las rimas entre «enamoramiento» y «aliento», o entre «amor» y «clamor», podrían haber valido pero eran, pensó, demasiado tontas y sentimentales para someterlas a un público tan socarrón. Lo siguiente era sobre qué escribir: un tema sencillo, como un cuento de hadas, era del todo impensable. No, ella siempre había apuntado muy alto, y ahora quería dar el do de pecho. Finalmente, vino un dilema entre una obra a la manera de Shakespeare y una novela de Scott. Se decidió por la novela. Tenía que ser una historia romántica en Venecia, con muchos asesinatos y misterios, y con un funesto malvado como los que le gustaban a ella; ¡nada de finolis con pastelitos ni de cabriolas infantiles! Así que, tras hacerse a la idea de una serie de hazañas teñidas de rojo, se puso a trabajar. Pero encontró que plasmar su historia en el papel era tremendamente difícil. Veía las cosas con suficiente claridad y, de palabra, las podía haber relatado, pero en cuanto intentaba ponerlas por escrito se desvanecían, y aunque se aplicó literalmente con el sudor de su frente, cuando llegó el gran día, tras tanto esfuerzo, lo único que tenía eran tres miserables páginas que enseñar.

Unas veinte niñas componían la Sociedad, que se reunía los sábados por la tarde en una sala de música vacía. Naturalmente, no todas eran igual de productivas: algunas no habían pasado de una adivinanza, y eran precisamente esas zánganas las que, ignorando lo que requiere una labor de composición, criticaban con mayor rigurosidad los esfuerzos de las demás. Varios miembros de la Sociedad tenían bastante talento, entre ellos las dos compañeras de cuarto de Laura. La noche de su debut, el mayor acierto fue, sin lugar a dudas, el ensayo de M. P., sobre «la magnanimidad»; a Laura se le humedecieron los ojos escuchando sus conmovedoras frases. Lo segundo mejor —al menos en su opinión— fue un episodio humorístico de Cupid, dotada con un don que dejaba a Laura pasmada: tenía la capacidad de extender lo infinitamente pequeño hasta convertirlo en infinitamente grande; de ataviar una minucia con muchas palabras, de modo que al final parecía mucho mayor de lo que realmente era, igual que un comerciante astuto pone a hervir sus naranjas para que su tamaño aumente.

Laura era el miembro más reciente, de modo que su escrito era el último en el programa. Mientras tanto, tenía que oír a las demás, con las mejillas ardiendo y las manos heladas. Cuando todas terminaron, Cupid, que dirigía, invitó a «una nueva autora, Rambotham, de quien esperamos demuestre ser una valiosa aportación a la Sociedad, a leernos el resultado de su esfuerzo inaugural».

Laura se puso de pie y, temblando de nervios, tartamudeó su prosa. Las tres paginitas pasaron como un relámpago; acababa de levantarse cuando tuvo que volver a sentarse, dejando a su público, que apenas había acabado de volver a su actitud de oyente, mudo de asombro. Podría haber soportado flemáticamente el ridículo en que la puso su *malheur*;<sup>[27]</sup> lo difícil de encajar fue que sus personajes no causaron ni la menor impresión. Padeció toda la humillación de un sonoro fiasco, y hasta la hora de irse a la cama evitó cruzarse en el camino de sus amigas.

—Te habíamos avisado de que no intentarás pavonearte —dijo Mary juiciosamente cuando vio su aire abatido.

—No era mi intención, en serio. Entonces, ¿te parece que lo que he escrito no vale gran cosa?

—Hummm —contestó Mary evasivamente.

Seguidamente intervino Cupid:

—A ver, pequeñaja, quiero preguntarte algo. ¿Has estado alguna vez en Venecia?

—No.

—¿Has visto alguna vez una góndola?

—No.

—¿Y el Palacio Ducal? ¿O un asesino con una toga negra? ¿O a una dama enmascarada?

—Sabes de sobra que no —murmuró Laura, toda humildad.

—Y probablemente no los verás nunca. Entonces... ¿cómo es que intentas escribir esos disparates acartonados y de segunda mano?

—¿De segunda mano?... Pero Cupid... ¿Y Scott? ¡Seguro que él no vio ni la mitad de las cosas que cuenta!

—¡Qué barbaridad! —exclamó Cupid, sentándose y empezando a abanicarse con un cepillo del pelo—. No te creerás que eres Scott, ¿no? ¡M. P., sujétame, que me voy a desmayar! —y, al ver la rápida y colorada negativa de Laura, añadió—: Bueno. En nombre de lo innombrable ¿por qué no usas los ojos que Dios te ha dado y escribes algo sobre lo que tienes delante todos y cada uno de los días de tu vida?

—¿Tú crees que sería mejor?

—No es que lo crea. Es que lo sé.

Pero convencer a Laura no era tan fácil.

Imitadora de talento donde las haya, puso a prueba su pluma con un tema abstracto. Fue un fracaso. Cuando se escribe no se pueden ver cosas como, digamos, «beneficencia», y el pensamiento de Laura funcionaba principalmente con imágenes. Las cosas empeoraron aún más con su tentativa en el género del que Cupid era especialista, porque su insignificante incidente le rebotaba desde la hoja en blanco, desnudo y flacucho, y no conocía suficientes palabras con que engalanarlo. De modo que, con un suspiro, regresó al consejo que le había dado Cupid y se dispuso a acometer una fiel transcripción de la realidad. Lo tituló «Un día en el colegio» y puso por escrito, concienzudamente, un detalle tras otro. En esta ocasión tenía tanto miedo de pecar de breve que devanó su historia a lo largo de veinte páginas, aunque escribir aquello la desagradó tanto como la lectura de *Casa de muñecas*.

En el siguiente encuentro de la Sociedad, no faltaron opiniones.

—¡Madre mía! ¿Falta mucho?

—Un momento, dejadme salir. Ya he tenido bastante.

—Oye, se te ha olvidado contar cuántos escalones hay para llegar abajo.

Y así hasta que la presidente se apiadó de la avergonzada autora y le dijo:

—Laura, yo creo que será mejor que guardes lo que queda para otra ocasión.

—Pero ¡eso era justo lo que me dijiste que hiciera! —le reprochó a Cupid aquella noche, a punto de echarse a llorar.

Pero Cupid no tenía ni la menor intención de cargar con esa responsabilidad.

—¿Te dije yo que lo estiraras y lo hicieras así de aburrido? ¡Pequeñaja, eso es un tostón!

—Pero ¡todo lo que he escrito es cierto, cada una de las palabras!

Ninguna de las dos chicas mayores estaba dispuesta a discutir esta cuestión crucial. Cupid cambió de parecer:

—Santo cielo, Laura, ¡qué difícil es conseguir que te entre algo en la cabezota!

¡Tampoco es que tengas que escribir la verdad y toda la verdad, tontorrón!

—La última vez dijiste que sí.

—Bueno, pues si quieres mi humilde opinión, creo que no tienes ningún talento para este tipo de cosas. Y ahora, apaga la luz.

En tanto que la luz del dormitorio se iba apagando, en Laura pareció elevarse una especie de luz interior, y tanto en aquel momento como al día siguiente no paró de pensar. Era muy ambiciosa, ansiaba destacar y no estaba dispuesta a aceptar la derrota; y a la siguiente contienda literaria llevó la descripción de una excursión por las colinas y hondonadas que rodean Warrenega, en la que introdujo una aventura con unos vagabundos negros. Había ido de merienda a menudo a esas colinas con Pin y los niños, el almuerzo metido en tarteras de latón, y había visto las cuevas y los huecos en la roca donde se decía que los negros se escondían antiguamente. Pero ni esta excursión en particular, ni el emocionante incidente que describía con todo el aplomo del testigo habían ocurrido. Esto es: ni una sola palabra de la narración era cierta, pero todas podrían haberlo sido.

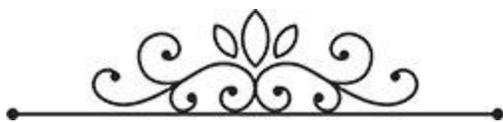
Su éxito, con esta composición, fue rotundo.

—Creo que, después de todo, algo tienes —dijo Cupid esa noche—. En todo caso, ahora sabes en qué consiste ser de verdad, y no aburrido y prosaico.

Laura, valientemente, se tragó las ganas de decir bien alto que ni una sola de las palabras de su relato era cierta.

Ya se estaba quedando dormida. Naturalmente, estaba eufórica y emocionada por su éxito pero, además, en su cerebro se había alojado un nuevo elemento. Era éste: al hablar lo haces con otras personas y tienes que ser precisa hasta la pedantería, y nunca fantasear o tensar el arco, pues si lo haces te tacharán de abominable mentirosa. Sin embargo, en cuanto pones la pluma sobre el papel, siempre y cuando tengas un pie en el campo de lo probable, puedes mentir tanto como quieras. De hecho, cuanto más mientas, más van a aplaudir tus oyentes.

Y Laura se durmió reprimiéndose la risa.



## Capítulo XXII



*Und vergesst mir auch das gute Lachen nicht!*<sup>[28]</sup>

NIETZSCHE

Fue justo entonces, ay, en la cresta de la ola de aceptación, cuando el aprecio que le tenían sus iguales sufrió otro revés, otro de esos trastornos que de tanto en tanto desbarataban los planes de su joven existencia.

Lo sucedido en esta ocasión, ciertamente, no fue exactamente culpa suya, pero cabe dudar que una sola de sus compañeras consintiera que se librara con semejante pretexto. La observaban con los ojos muy abiertos y un rictus en los labios. Aquel corderito llamado Laura vio oportuno destacarse del rebaño una vez más y hacer tremendas cabriolas a la vista de todas. Ellas disfrutaron tan sinceramente como sincera había sido antes su cólera. Por su parte Laura, como siempre, no se paró a pensar hasta que ya fue demasiado tarde, y fue danzando con paso ligero hacia su propia perdición.

La cosa empezó de modo muy placentero. Una de las integrantes de la Sociedad Literaria era la chica de los ojos marrones brillantes, la misma que, en un aparte, le había dicho a Laura una palabra amable tras la catástrofe de Shepherd. Esa chica, llamada Evelyn Souttar, había sido también la única que no se sumó a las carcajadas que siguieron a la primera aparición de Laura en calidad de autora. A Laura no se le había olvidado, y sonreía tímidamente a Evelyn cuando sus miradas se cruzaban. Existían miles de razones para que no hubiera mayor relación entre ellas. Aunque ahora estaba en quinto curso, Laura seguía aparentando menos edad de la que tenía, mientras que Evelyn tenía ya más de dieciocho años y le bastaba con recogerse el pelo en alto para parecer bastante mayor. Se había matriculado la Navidad anterior y estaba pasando con escaso entusiasmo el medio año que le quedaba antes de dejar la escuela para siempre. Además era rica, se había criado entre algodones y era muy guapa. Era, en definitiva, la última camarada posible para la gris y pequeña Laura.

Una tarde, de paso por el comedor, se encontró a Evelyn, que se ponía a estudiar donde le venía en gana, pasándose los dedos con desconsuelo por su cabellera de color castaño dorado.

—Oye —le dijo—. Tú sabes latín, ¿verdad? ¿Me echas una mano con esto? —El latín no había figurado hasta entonces entre las asignaturas de Evelyn, y ahora pasaba parte de su tiempo libre estudiando ese idioma con el señor Strachey, quien se lo enseñaba a su manera—. ¿Cómo demonios dirías «Sin embargo, nuestra intención no era quedarnos allí tanto tiempo, sino remontar el río»? ¿Se puede saber qué quiso decir con eso? —y empujó un volumen abierto de *Robinson Crusoe* hacia Laura, que la ayudó lo mejor que pudo—.

Muchísimas gracias, chiquitina —dijo Evelyn—. Eres de lo más lista. Pero tienes que dejar que yo también te ayude con algo. ¿Qué es lo que más te cuesta?

—Llenar bañeras y empapelar habitaciones —respondió Laura con toda franqueza.

—Aritmética, ¿eh? Bueno, pues si quieres que te salgan las cuentas, ven a verme.

Pero el carácter de Laura era incapaz de aceptar algo así, y ahí se cerró el asunto.

Cuando poco después, una tarde, la señorita Chapman le anunció que tenía que mudarse al cuarto de Evelyn, la noticia la dejó conmocionada.

—¿Mudarme de cuarto? —repitió con disgusto—. Pero ¡no puedo, señorita Chapman!

—Tienes que hacerlo, Laura. Lo ha dicho la señora Gurley —la reconvino la afable auxiliar.

—Pero ¡yo no quiero! Debe ser un error. Además, justo cuando estoy tan bien instalada. Si es así, iré a hablar con la señora Gurley.

Hizo lo dicho y, por haberse atrevido a cuestionar una orden, recibió el desaire más sonoro que recordaba en mucho tiempo.

Por la noche se sentía muy amargada, más aún porque Mary y Cupid, a su modo de ver, no la habían respaldado lo suficiente.

—Me parece que las dos os alegráis de que me vaya. ¡Qué vergüenza! ¿Por qué tengo que ser siempre yo el bicho raro?

—No te pongas así, pequeña —dijo Cupid con autoridad—, o terminaremos por alegrarnos de verdad. La gente que siempre protesta por todo es la más molesta del mundo.

Así que, a la tarde siguiente, Laura se llevó enfurruñada todas sus cosas, subió un piso y las depositó en la segunda cama del dormitorio de Evelyn.

La chica mayor llevaba más de un año sola en esa habitación y Laura estaba segura de que se sentiría incómoda por la intrusión. Pasó varios días entrando y saliendo sigilosamente y evitando las horas en que estaba Evelyn, levantándose antes por la mañana y acostándose después por las noches, y sintiéndose al mismo tiempo muy dolida, porque estaba convencida de ser una molestia.

Pero un día Evelyn la cogió y le dijo:

—Por el amor de Dios, ¡no llames a la puerta cada vez que entras! Esta habitación es tan tuya como mía.

Laura se sonrojó y dijo algo sobre lo bien que sabía hasta qué punto Evelyn debía odiar tenerla, justo a ella, ahí metida.

Su compañera de cuarto enarcó las cejas y se echó a reír:

—¡Menuda tontería! Si te odiara tanto, ¿crees que habría pedido que te pusieran aquí?

—¿Pediste que me pusieran aquí? —preguntó Laura entrecortadamente.

—Claro. ¿No lo sabías? La señora Gurley me dijo que tenía que compartir habitación con alguien, y yo pedí que fueras tú.

Laura estaba demasiado asombrada, y era demasiado cohibida, para pedir explicaciones sobre esa elección, pero saber que así era obró en ella un cambio instantáneo.

En los tres años que llevaba en el colegio no había pasado de una amistad superficial con ninguna de sus compañeras. Incluso las que habían sido sus «íntimas» habían vagado como sombras por los bosques de su afecto: la áspera y burlona Bertha; la guapa y perezosa Inez; la alegre Tilly; Maria y Kate con sus franqueza malsonante; Mary y su influencia moral y la inteligente e instructiva Cupid. Con ninguna de ellas había llegado a establecer vínculos mínimamente profundos. Si bien en la tranquilidad de ese último año

había acabado acostumbrándose, o eso pensaba, a ser lo que se llama una chica que no despierta muchas simpatías, esto es, una chica a la que nadie hacía confidencias, no era menos cierto que pocas niñas aspiraban a gustar con mayor ardor o sufrían con mayor intensidad las muestras de aversión. Además de las maneras bruscas que había adoptado en su búsqueda de la verdad, había que admitir que Laura tenía más bien poco talento para la amistad. No entendía el constante toma y daca que lleva emparejada la intimidad, ni buscaba ni reconocía ser del agrado de los demás, y por otra parte, era libre de guardar las distancias y plantearse si merecía la pena corresponder o no al sentimiento. Y de este modo no se hacen amigos.

Pero Evelyn, con firmeza y sin pedir permiso, había cruzado la barrera; y cada nuevo intento de acercamiento por su parte resultaba más delicioso que el anterior. Laura estaba complacida y halagada, y en el sitio donde se hallaba su corazón, sentía que se expandía un resplandor cálido y reconfortante.

Empezó a corresponder al aprecio, y lo hizo con un interés de niño solitario y retraído. Cualquier cosa que tuviera que ver con Evelyn despertaba enseguida su cariño. Para empezar, a Laura le encantaban las cosas bonitas y la gente bonita, y su nueva amiga era, de lejos, la más guapa del colegio. Además, era inteligente, y eso cuenta, porque de un tonto no se hace un amigo. Pero sus características principales eran su profundo sentido común y un fondo inagotable de bondad, un brillo despreocupado, sonriente y feliz que quienes entraban en contacto con él agradecían tanto como la piel un ungüento exquisito. Esta amabilidad procedía, seguramente, en primer lugar de la indolencia, pues ser alegre y cordial es más fácil que decidir ser egoísta, algo que también supone resistir una descarga de miradas y palabras desagradables; y, además, era muy difícil para alguien que nunca había tenido ni un asomo de malhumor. Pero, fuera cual fuese su origen, la bondad estaba ahí, siempre, y Laura no tardó en aprender que podía dejarse abrazar y proteger por ella, como un cordero se protege bajo el manto lanudo de su madre.

Evelyn era la única persona que no la intimidaba con bravatas o se creía en el deber de bajarle los humos. Aceptaba a Laura tal cual era, como era. De hecho, hasta parecía confiar en algunas de sus opiniones, que ella se había acostumbrado a prodigar tan escasamente y, bajo el cálido sol de este tratamiento, Laura se espigó y floreció como un bulbo primaveral. Empezó a expresar de nuevo en voz alta lo que pensaba, a desprenderse de sus oscuros secretitos y, al final, hizo lo que nunca habría creído posible: una noche, sentada en camión al borde de la cama de Evelyn, hizo una confesión completa del lío en que se había metido después de su visita a casa de los Shepherd.

Para su sorpresa, Evelyn, que ya estaba metida en la cama, se rio hasta que se le saltaron las lágrimas. Ante el gesto de solemne incredulidad de Laura, dijo:

—Pero, chiquitina, ¡es fantástico! Que una enana como tú las embaucara de ese modo ¡es la mejor broma que he oído en mucho tiempo! ¡Cuéntamelo otra vez, desde el principio!

Laura no se hizo de rogar, y en esta segunda ocasión adornó los ribetes de su historia con unas cuantas puntadas de fantasía, algo que en los pasados meses no se había atrevido a hacer; de este modo Evelyn se divirtió todavía más.

—¡No me extraña que se enfadaran! ¡Cómo las enredaste! ¡Granuja!

También disfrutó mucho con el relato de la desdichada semana que pasó intentando decidirse a confesar.

—¡Mira que eres boba! ¿Por qué no me avisaste? Las habríamos dejado con un palmo de narices.

Pero Laura no podía olvidar tan fácilmente las humillaciones que había tenido que aguantar, y señaló con delicadeza a su amiga la censura moral de M. P. Con su risa refrescante, Evelyn también la barrió de un plumazo.

—¡Zarandajas! No hagas ni caso de ese dechado de virtudes. Que una criaturilla como tú las embaucara así tiene mucho mérito, no te quepa duda.

Este modo tan jocoso de enfocar la cuestión la presentaba bajo una luz completamente nueva, y hasta la propia Laura pudo reírse de sí misma. Aprendió a hacerlo al lado de Evelyn en los días que siguieron, y a compartir la idea de que había superado en ingenio a aquellas a las que había engañado, lo cual supuso un gran y saludable progreso para su propia seguridad. También la llevó a tener en cada vez mayor consideración lo que decía su amiga. No era que Evelyn tuviera un bajo sentido moral, nada más lejos: era honrada y noble, demasiado orgullosa —o quizá demasiado vaga— para mentir, con todas las complicaciones que acarrea la mentira. Además, Laura nunca la oyó decir nada más fuerte de nadie que lo que acababa de decir de Mary Pidwall.

Después de ese día, las dos se quedaban charlando hasta tarde todas las noches, Laura encaramada como un mono en la cama de su amiga. Evelyn contaba con la sabiduría acumulada a los dieciocho años, y era capaz de aclarar a su joven compañera muchas cuestiones que para ella, hasta entonces, estaban sumidas en la oscuridad. Pero, cuando llegado el momento le contó las humillaciones sufridas —y que iba a seguir sufriendo— en manos del otro sexo, Evelyn les quitó importancia.

—Ya tendrás tiempo para eso dentro de un par de años. Hasta entonces, no dejes que te preocupe.

—No me preocupo, ni lo más mínimo. Es sólo que quería saber por qué. Evvy, es que a veces prefieren hablar con niñas de siete y ocho años antes que conmigo.

—Tal vez tú misma hablaste demasiado, y sobre ti misma.

—No creo. Y, si no hablas, se ponen a bostezar y se marchan.

—Tú sólo tienes que dejar que sean ellos quienes se lleven la parte del león. No tienes más que sentarte y escuchar, y fingir que te gusta aunque te estés aburriendo una barbaridad.

—Y supongo que ellos nunca tienen que fingir nada, ¿no? Desde luego, me parecen horriblos. A ti tampoco te gustan, Evvy, ¿verdad? ¿Como a mí?

Evelyn se echó a reír.

—Di lo que piensas de ellos —insistió Laura, y le sacudió el brazo para animarla a hablar.

—La mayoría son unos tontos —respondió Evelyn, y se volvió a reír, y se reía con todo el poder consciente de sus adorables dieciocho años.

Llena de alegría por esta comunión de espíritu, Laura echó los brazos al cuello de su amiga y le dio un beso.

—¡Eres un encanto! —le dijo.

Y, sin embargo, poco tiempo después, cayó sobre Laura el golpe de un duro despertar.

Ese año, la familia de Evelyn viajó hasta Melbourne desde Riverina. Evelyn gozaba de considerable libertad, y una noche, con un permiso especial, Laura aceptó una invitación para salir a cenar e ir al teatro. Fueron hasta el hotel donde las esperaban la madre de Evelyn, elegante pero un poco estirada, y una joven amiga. Sólo estuvieron ellas cuatro en la cena, que transcurrió tranquilamente, si bien lo raro que resultaba cenar en un gran hotel tuvo en Laura el efecto de paralizarle la lengua. Otra de las cosas que la desanimó fue el

vestido de la mujer joven, que se sentó frente a ella. Debía de tener alrededor de veinticinco años e iba embutida en un ajustado corpiño de raso de color rosa que, por la espalda, dejaba completamente al aire dos huesudos omóplatos. Pero lo que Laura tenía en frente era la delantera del vestido, y como había asimilado el estricto parecer de su madre sobre la conveniencia, cada vez que alzaba la mirada se revolvió en la silla.

Fueron al teatro en coche, aunque apenas estaba a un par de calles. Tenían asientos en el palco de platea. Las damas se sentaron en la primera fila, y las chicas detrás. Llevaban vestidos de escote cerrado.

Evelyn sonreía ante su propio descontento.

—Es una ridiculez que no me dejen vestirme.

Estas palabras fueron para Laura algo parecido a una puñalada.

—Pero, Evvy, a mí me parece que estás mucho mejor así —le susurró, y le dio un apretón en la mano.

Evelyn no llegó a responder, porque la dama de rosa se dio la vuelta y le dio unos golpecitos con su abanico.

—No parece que Jim vaya a venir, querida.

Evelyn se rio de una manera peculiar.

—Bueno, seguro que acaba apareciendo.

En la cena se había hablado de alguien con ese nombre, pero Laura no había prestado mucha atención a lo que se dijo. Sin embargo, ahora se enderezó en su asiento, porque Evelyn exclamó:

—¡Ahí está!

Era un hombre, uno de verdad y no un muchacho, con un bigote rubio y largo, un monóculo y un capullo de camelia en el ojal. En un segundo, sin respirar, Laura lo conectó con el vestido de raso rosa, y a continuación él cayó en el asiento libre que había al lado de Evelyn.

A partir de ese instante, el placer de Laura en aquella butaca cara de un precioso teatro azul de techo móvil, en las alegres supercherías de la opereta *El mikado*, se quedó en nada. Evelyn ya no pensó más en ella. Es cierto que, de tanto en tanto, se volvía y le preguntaba con su habitual afecto si todo iba bien, del mismo modo que uno se alegra de que un niño esté contento, pero donde realmente tenía centrada su atención era en el hombre que estaba a su lado. En los descansos ambos parloteaban en un susurro sólo interrumpido por las risas sin estridencias de Evelyn. Laura, desatendida, fría y agarrotada, desilusionada, sentía una gran amargura pugnando por salir. Antes de que la función tocara a su fin, le hubiera gustado agachar la cabeza y echarse a llorar.

—¿Estás cansada? —quiso saber Evelyn cuando reparó en su aspecto demacrado al volver al colegio en un birlocho. La madre iba con ellas, así que Laura dijo que no.

Sin embargo, en cuanto se cerró la puerta del dormitorio, tuvo un ataque de profunda rabia que fue en aumento hasta que a Evelyn no le quedó más remedio que hacerle caso.

—¿Qué te pasa? ¿No te lo has pasado bien?

—¡No! Lo he odiado —replicó Laura con ardor.

Evelyn se rio un poco ante esta respuesta, pero con un aire humorístico de consternación.

—Entonces, pondré buen cuidado en no volver a pedirte que vengas.

—No voy a ir. Por nada en el mundo.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa?

—No pasa nada.

—Bueno, pues en ese caso, date prisa y métete en la cama. Estás agotada.

—¡Métete tú en la cama!

—Eso hago, y ahora mismo. Casi no puedo ni abrir los ojos —y bostezó con ganas. Cuando Laura se dio cuenta de que hablaba en serio, estalló.

—¡Eres una cuentista, eso es lo que eres! ¡Dijiste que no te gustaban, y que la mayoría eran unos tontos, y luego vas y haces lo de esta noche! —dijo con voz temblorosa.

—¿Así que se trata de eso? Vamos, vete a la cama. Hablaremos mañana.

—No quiero volver a hablar contigo.

—Eres una niñita tonta. Pero la verdad es que tengo demasiado sueño para pelearme contigo esta noche.

—¡No te soporto!

—Creo que sobreviviré.

Con estas palabras apagó la luz, se acomodó en la almohada y, serenamente, se dispuso a dormir.

La ira de Laura se multiplicó. Se tiró al suelo y empezó a llorar muy enfadada, tan fuerte como se atrevía, con la esperanza de no dejar dormir a su compañera. Pero Evelyn tenía un sueño profundo y no se inmutó. Así las cosas, al cabo de un rato Laura se levantó, subió la persiana, abrió la ventana y se sentó en el alféizar.

Era una noche glacial, con una luz lunar de un blanco lechoso; la sombra de cada arbusto y de cada matorral se grababa en los paseos y en la hierba. Un haz de luz se posó sobre la cama de Evelyn. Esto, o más probablemente el aire fresco, la despertó. Laura seguía sentada en el alféizar, temblando en su fino camisón, sintiendo el frío con intensidad después del gran calor del día. Esperaba con todas sus fuerzas tener la suerte de pillar una pulmonía. Entonces Evelyn sí que lamentaría haber sido tan cruel con ella. Eran casi las dos de la mañana y ya se había sorprendido varias veces dando cabezadas cuando la durmiente, de pronto, abrió los ojos y se sentó en la cama de un salto.

—¡Laura! ¡Por el amor del cielo! ¿Qué haces en la ventana? ¡No seas loca! Te vas a matar de frío. Métete inmediatamente en la cama.

Evelyn arrastró a la fuerza hasta la cama a la rea, que no salió de su inamovible silencio, y la arropó como si fuera una momia.



## Capítulo XXIII



*Gut und böse und Lust und Leid und Ich und Du.*<sup>[29]</sup>

NIETZSCHE

—¡Laura, ni para pegar sellos!

—¡De eso nada! —replicó Laura indignada—. Eso tú —y en un aparte, para que no la oyera quien había hablado, preguntó—: ¿Qué quiere decir, Evvy?

—Vete tú a saber. No le hagas caso, cielo.

Era una tarde agobiante. Un ardiente viento del norte llevaba barriendo las calles todo el día, dejando personas y cosas veladas entre nubes de polvo arenoso, y el cielo era todavía como el reflejo prolongado de un enorme fuego. El esperado cambio no se había producido, y las chicas que recorrían los paseos del jardín estaban pálidas y apáticas. Iban por parejas, cogidas del brazo, y las de último curso cargaban libros, pues ese año exigía mucho esfuerzo e inquietud, y reservaba pocos momentos de ocio. Mary Pidwall y Cupid estaban debajo de una acacia a la entrada de la pista de tenis, y fue M. P. quien lanzó la pulla a Laura. Así, como una pulla, fue como se lo tomó Laura, frunciendo mucho el ceño, porque no podía acostumbrarse al ridículo.

Evelyn y Laura pasaban de nuevo por ese punto en su paseo cuando una niña pequeña llamada Lolo, muy alegre y un poco zoquete, que cuando hablaba movía la cabeza rápidamente de un lado a otro, como si fuera un pajarillo asustado, las llamó:

—Evelyn, ven, quiero decirte una cosa.

—¿Qué es? —preguntó Evelyn pero sin responder a la petición, porque notó que Laura se aferraba a su brazo con mayor fuerza.

—Es un secreto. Tienes que venir.

—Espera un minuto, cielo —dijo Evelyn persuasivamente a Laura, y cruzó el césped con su característico andar perezoso. Los minutos pasaban, y no volvía.

—¡Mira a *lady* Laura! —dijo una descarada a su compañera, que respondió con un rebuzno, y las dos se rieron burlonamente.

El objeto de su mofa aguardaba al final de la valla de alambre. Había metido entre los agujeros de la verja los cinco dedos de la mano derecha, que colgaban extraña e inconscientemente extendidos; estaba apoyada en una pierna y, con la otra, se rascaba el tobillo por detrás; tenía el ceño fruncido y un rictus en la boca, y sus ojos negros se dirigían coléricamente a su amiga desleal.

—¡Esto sí que es un engendro como Calibán! —dijo Cupid, echando una mirada por encima de un volumen de *La tempestad*, que le colgaba a la altura del pecho, sobre el fino remate de madera de la valla.

—¡Acuérdate bien de lo que te digo! ¡A esta niña la van a desplumar en los finales!  
—observó M. P.

—Y lo tendrá bien merecido, me parece a mí, por haber hecho tanto el tonto  
—subrayó Cupid, y acto seguido mató un mosquito enorme con tal golpe que se salpicó de  
sangre la muñeca—. ¡Ay, qué bruto, empachándose a mi costa! Que me aspen si entiendo  
por qué Evelyn se molesta en tenerla siempre revoloteando a su alrededor.

—Ni para pegar sellos —repitió Mary, con un tono tan crítico que puso punto final  
a la conversación.

Laura, que no estaba totalmente ciega para lo que ocurría a su alrededor, era  
consciente de que sus amigas se divertían a su costa. Pero en su estado actual la fuerza de  
los sentimientos excedía su capacidad de dominarse; era incapaz de ocultar lo que sentía, y  
eso la convertía en el hazmerreír del colegio.

¿Qué estaría maquinando ese pajarillo de Lolo contra ella? ¿Por qué Evelyn no  
volvía? Estas ideas le zumbaban en la cabeza, como los mosquitos zumbaban fuera de ella.  
Y, mientras tanto, los tontos y conocidos rumores del jardín a esa hora de la tarde llegaban  
a sus oídos. Al otro lado del seto, unas chicas de tercero decían entre risas y susurros un  
complicado trabalenguas que tenía un significado muy distinto cuando la lengua se trababa  
en determinada letra. Otras dos niñas jugaban al tenis con escaso entusiasmo, y la que  
estaba más cerca decía «¡Maldita sea!» cada vez que fallaba una pelota. A la hierba reseca  
y polvorienta el cálido viento llevaba, desde las cocinas, un olor a repollo, cebolla frita y  
agua de fregar grasienta.

Entonces volvió Evelyn y una parte, sólo una parte, de la niebla que cubría el ceño  
de Laura se despejó.

—¿Qué quería?

—Poca cosa.

—¿No me lo vas a contar?

—No puedo.

—¿Qué te traes con ella? ¿Por qué tiene secretos contigo? —preguntó Laura,  
furiosa, y no abrió la boca en toda una vuelta por el patio.

Sus compañeras no eran las únicas que veían con curiosidad risueña aquella amistad  
escasamente equilibrada. También se sonreían las auxiliares, a quienes sorprendía el  
aguante de Evelyn ante la tiranía en que había degenerado el aprecio de Laura.  
Precisamente, aquella tarde dos de ellas, sentadas en el banco de la veranda, sacaron a  
colación el tema.

—¿Se ha fijado usted? —dijo la señorita Snodgrass con su acidez habitual—. Otra  
vez esa Laura Rambotham enfurruñada. ¡Qué insensata!

—Desde luego, no me explico que la señora Gurley no se haya dado cuenta de lo  
mal que trabaja últimamente —respondió la señorita Chapman con la más bienintencionada  
pero también la más equívoca de sus sonrisas.

—Bueno, ya sabe usted que cuando la señora Gurley no quiere ver algo, no lo ve  
—contestó la señorita Snodgrass—. Se le da de maravilla no ver lo que no quiere. Sobre  
todo cuando se trata de Evelyn Souttar.

—No creo que debas hablar así —observó nerviosamente la señorita Chapman.

—Digo lo que pienso —insistió la señorita Snodgrass—. Si de mí dependiera, le  
daría a Laura Rambotham una lección que no iba a olvidar. Esa chica va a terminar mal.  
¿Qué color le gusta más a usted? —Tenía en el regazo un muestrario de estampados, y  
había señalado uno mientras decía esto.

—No deberías decir esas cosas —amonestó la señorita Chapman—. Hay mucha verdad en las cosas que se dicen de guasa —y, ajustándose los anteojos en la nariz, agregó—: Muy bonito, pero creo que quedaría mejor en verde botella.

—Claro, no quiero decir que vaya a terminar en la horca, si eso es lo que la preocupa. Pero está muy trastornada y, para mi gusto, habría que hacerla entrar en razón antes de que sea demasiado tarde. Este tono va mejor, ¿verdad?

—Pobre Laura —dijo la señorita Chapman, y suspiró—. Sí, ése me gusta. ¿Dónde dices que te van a hacer el vestido?

La señorita Snodgrass, pronunció, no sin orgullo, el nombre de una de las tiendas más importantes de la ciudad.

—He estado ahorrando de mi sueldo, porque esta vez quiero tener algo decente. Además, conozco a uno de los señores que trabaja allí, y me van a hacer descuento.

Y las dos siguieron hablando de precios y de patrones.

Así se reían, hacían cábalas y se hacían preguntas quienes la observaban; nadie tenía valor suficiente para preguntárselo directamente a Evelyn, y Evelyn no daba facilidades para las confidencias. Mantenía a raya las insinuaciones y las alusiones con su dulce risa, que era su escudo contra el mundo. Laura era la única persona que había conseguido ir más allá de aquella risa. Lo que allí descubrió, no lo dijo. Tal y como estaban las cosas, se sugerían variados motivos para explicar la larga agonía de Evelyn, pues nadie estaba dispuesto a creer que pudiera profesar algún cariño a la *byroniana* partícula de humanidad que había atraído hacia ella.

En cualquier caso, fuera de las horas de clase, las dos chicas —la alta y rubia y la baja y morena— rara vez se separaban. Evelyn no solía dar a su joven tirana, como había ocurrido con Lolo el pajarillo, motivos para enfadarse. Si a veces buscaba otra compañía lo hacía con un espíritu travieso, por un deseo femenino de chingar. Puede, también, que en el fondo no le desagradaran los berrinches de Laura, o quisiera poner a prueba su propio poder para dominarlos. Con todo, en general se andaba con mucho cuidado con los puntos sensibles de su joven amiga. No repitió el experimento de invitarla a salir y, dado que su estancia en el colegio estaba llegando a su fin, empezó ella misma a salir menos porque, volviera a la hora que volviese, se encontraba siempre a Laura obstinadamente sentada en su cama, muy despierta. E iba en contra de su naturaleza privar de sueño a aquella niña de cara tan pálida.

En tales ocasiones, mientras se quitaba el precioso vestido de muselina y las flores sin las que nunca salía, mientras se soltaba el cabello dorado oscuro que se había peinado para la noche con un recogido en alto, mientras se desvestía, en fin, Evelyn tenía que someterse a un riguroso interrogatorio. Laura le preguntaba con quién había estado, qué había hecho, con quién había hablado, y ay de ella si trataba de eludir alguna pregunta. Laura no sólo era celosa, sino también extraordinariamente desconfiada, y Evelyn tenía que echar mano de toda su risueña amabilidad para sacarla de las aguas del recelo. En la cabeza de Laura había echado raíces una gran duda acerca de la sinceridad de su amiga, pues no podía olvidar el incidente de «La mayoría son unos tontos» y, después de una tarde como aquella, nunca estuvo del todo segura de si Evelyn no estaría engañándola otra vez guiada, desde luego, por la bondad de su corazón cuando le aseguraba que se lo había pasado «fatal», que se había aburrido hasta morir y que habría preferido mil veces quedarse con ella, cuando la verdad era que, en compañía de algún idiota bigotudo o de quien fuera, había disfrutado muchísimo.

La noche en que Laura supo que su amiga había vuelto a ver al detestable «Jim» se

montó una buena. Evelyn se rio, razonó y explicó en vano. Laura estaba inconsolable.

—Escucha, cielo —le dijo Evelyn finalmente, y lo hizo con tanta franqueza que soltó el cepillo del pelo y cogió a Laura por sus pequeños y huesudos hombros—: no creo que esperes que precisamente yo acabe convertida en una solterona, ¿a que no?

Y el pronombre, aquí, significaba todo lo que no podía pronunciar. Significaba riqueza, juventud, belleza y una capacidad sin límites para la alegría.

—Evvv, ¿no irás a casarte con ese hombre espantoso?

—Claro que no, tontorrón. Pero eso no significa que nunca vaya a casarme, ¿verdad?

Laura dijo que suponía que no al tiempo que se sorbía ruidosamente la nariz.

—Bueno, pues entonces, ¿a qué viene todo esto?

Explicarlo no era tan fácil. Desde luego, estaba resignada —dijo con un sollozo— a que Evelyn se casara algún día. Las únicas que se quedaban solteras eran las feas o las tontas. Pero lo de casarse no iba a suceder hasta que pasaran muchos años y, cuando sucediera, tenía que ser con alguien mucho mayor, alguien por quien no sintiera excesivo cariño. En definitiva, Evelyn se iba a casar sólo para escapar a los inconvenientes de la soltería.

Después de imaginarse el futuro al que le destinaba la llorosa Laura, a Evelyn le entró una risa que no pudo contener.

—Bueno, cielo —dijo cuando por fin pudo articular palabra—. Si ésa es tu idea de la felicidad para mí, la pospondremos todo lo que podamos. En eso estoy contigo. Porque tengo la intención de pasármelo bien, requetebién, antes de atarme para siempre y por los siglos de los siglos, amén.

—Eso es precisamente lo que tanto detesto. Eso que tú llamas «pasarlo bien» —replicó Laura, que pese a las risas seguía dolida.

—Pero todo el mundo se lo pasa bien así, cielo. Cuando seas algo mayor, tú también lo harás.

—¿Yo? ¡Nunca!

—Sí, ya verás cómo sí.

—No. Odio a los hombres, y los odiaré siempre. Además, yo pensaba que me preferías a mí —añadió con un sollozo creciente.

—¡Y así es, bobuela! Pero esto es otra cosa. No te tengo menos cariño a ti porque me guste pasármelo bien con ellos.

—¡No quiero ser tus sobras! —dijo Laura con crueldad. Saber que el cariño de su amiga sólo era enteramente suyo mientras no hubiera hombres cerca le dolió casi tanto como si le arrancaran un diente. Fuera de sí, agregó—: ¡Espera a que crezca, les demostraré lo que pienso de ellos! ¡Son unos cerdos!

Esta vez Evelyn se llevó la mano a la boca.

—No, no, no es que quiera reírme de ti. Vamos, entra en razón —le dijo con una caricia—. Y tienes que acostarte, de verdad, Laura, porque son más de las doce, y ese aparato infernal se va a poner a sonar antes de que te hayas dormido.

El «aparato» era el despertador de Laura, que saltaba todas las noches a las dos. Pues si había algo cierto, era que los asuntos de Laura andaban tristemente revueltos. En aquel momento, en el último y más importante año de su vida escolar, los finales se erguían como un muro escarpado que tenía que escalar, y ella iba retrasada en el trabajo y ocupaba un puesto mediocre en la clase. Tenía su atención tan puesta en Evelyn que no podía pensar en ninguna otra cosa. En mitad de las tareas importantes su pensamiento se desconectaba

para contemplar a su amiga o imaginar qué estaría haciendo; si Evelyn salía por la tarde, Laura se olvidaba de sus pocas ganas de estudiar y apoyaba de mal humor la cabeza en la mano. Por este motivo se le había ocurrido levantarse de madrugada para hincar los codos. A esa hora no había distracciones; la gran casona estaba tan tranquila como una iglesia vacía y Evelyn descansaba sana y salva a su lado. Así que a las dos, puntualmente, Laura salía de su primer sueño sobresaltada, con el corazón latiendo deprisa; encendía la lámpara de gas, se sentaba en la cama y se ponía a estudiar. A Evelyn no le molestaba la luz, o al menos no se quejaba, y era ciertamente un momento reconocido para confiar cosas a la memoria: las horas de sueño que venían después parecían fijar los datos en el cerebro más que borrarlos de él.

Aun así, no se puede desnudar impunemente a un santo para vestir a otro, y en las semanas que siguieron, pese a sus noches industriosas, Laura no adelantó nada.

El trimestre tocaba a su fin y las cosas empezaron a ir de mal en peor. Como además tenía en puertas la marcha de Evelyn, se la veía frecuentemente con los ojos hinchados y los párpados enrojecidos, y ni siquiera trataba de disimularlo.

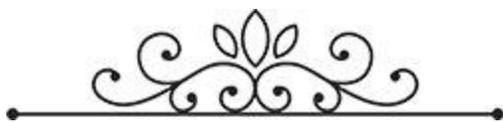
—¡Ni que fuera a perder a su pariente más cercano! —se reían sus compañeras y, cuando se la encontraban a solas, en la escalera o en algún pasillo, cruzaban las manos sobre el pecho y ponían los ojos en blanco de un modo trágico.

Laura apenas las veía; por una vez en la vida, las burlas no la afectaban. Cuanto más se acercaba el momento de separarse de Evelyn, menos importancia daba a otras consideraciones. Resultaba amargo constatar que su querida amistad no iba a durar más que las débiles tentativas de amistad que había ensayado hasta entonces. Evelyn y ella, sin duda, iban a volver a verse de vez en cuando y a alegrarse de estar juntas; pero sus casas estaban a cientos de kilómetros de distancia y la intimidad de los días de escuela se estaba acabando para nunca volver. No se podía culpar a nadie. Los padres de Evelyn pensaban, acertadamente, que había llegado el momento de que su hija dejara el colegio. Nada más. No era que la echaran de menos, ni que la necesitaran. No, era sólo un odioso y aplastante golpe de mala suerte, y ocurría sin que se supiera muy bien por qué. La rebelde que había en Laura, siempre dispuesta a manifestarse, reapareció, y luchó mucho contra la lección de que hay acontecimientos en la vida —amargos, sórdidos y grotescos— ante los que sólo se puede agachar la cabeza. Otro de los efectos de la inminente despedida fue que sintió en lo más profundo de su ser la fugacidad de las cosas. Empezó a darse cuenta de que siempre, en todas partes, incluso cuando disfrutas de ellas, las cosas avanzan hacia una conclusión, y de que el hecho de que sean cosas queridas, o cosas que disfrutas, no tiene el menor poder para reducir la velocidad a la que escapan.

Sin embargo, naturalmente, se trataba más de sensaciones que de pensamientos; y no impidieron que Laura rogara de rodillas a Evelyn que se quedara. Evelyn, día tras día, explicaba con amabilidad y paciencia que eso no podía ser, y si alguna vez se le escapó un suspiro por la insistencia de su compañera, fue lo bastante flojito para no ser audible. Laura sabía que las mascotas pueden morir si se las alimenta demasiado y, hacia el final, empezó a sospechar que tal vez los sentimientos puedan herir del mismo modo. Era lógico: daba igual el cariño que se tuvieran dos personas; a la que estaba a punto de salir, como una mariposa de su crisálida, no se le podía pedir que lamentara su liberación y, por momentos, cuando se tumbaba a llorar boca abajo en la cama o cuando daba libre curso de otro modo a su pertinaz e ingobernable dolor, en esos momentos Laura pensaba que Evelyn sentía una pizca de alivio ante la perspectiva de su liberación.

Pero esas delicadas indirectas de su yo oculto rara vez lograban hacerse oír y, a

medida que los días cayeron, uno tras otro como la fruta madura, Laura se dejó vencer ciegamente, y cada vez más, por sus emociones. La consecuencia fue que la predicción de M. P. se hizo realidad: en los exámenes que se celebraron a mediados de invierno, Laura, junto con las pocas zopencas de su clase, suspendió vergonzosamente. Todavía se tambaleaba por los efectos de ese golpe cuando tuvo que darle a Evelyn el beso de la despedida y encaminarse, ella también, a casa.



## Capítulo XXIV



*Was mich nicht umbringt, macht mich stärker.*<sup>[30]</sup>

NIETZSCHE

Madre no sabía ni entendía nada de «finales», y a Laura no se le ocurrió explicárselo. Estuvo callada y, durante las vacaciones, se aferró a su desgraciado secreto, que no contó a nadie. Nunca había suspendido un examen; gracias a su memoria de papagayo había podido aprobarlos siempre, ligeramente por los pelos. Que en casa nadie sospechara que algo iba mal le pesaba aún más. Y, por si fuera poco, ahora la asediaba un temor nervioso al pensar en el futuro, en el que no veía más que escollos. Si no aprobaba el examen final en verano, no le permitirían presentarse al preparatorio y, si eso llegaba a suceder, se vería en un buen aprieto. A ojos de su madre toda su educación habría sido para nada. Porque madre era una de esas personas que concede una enorme importancia a los premios y a los exámenes, como prueba tangible de que no se ha perdido o malgastado el tiempo. Además, si su hija suspendía, no podría permitirse pagar durante otro año la cuota escolar. El dinero que había ido rascando y atesorando contra viento y marea se estaba agotando; los seis meses siguientes supondrían un sinfín de estrecheces y aprietos. También, de hecho, los gastos de sus hermanos crecían día a día, y sus cuerpecitos y cabecitas reclamaban cada vez mayor atención. A Laura se le abrieron bruscamente los ojos a los apuros de su madre para estirar el dinero mientras su primogénita adquiría sabiduría, pues lo decía, hablaba abiertamente de sus medios y recursos, tal vez con la idea de despertar en ella una gratitud que hasta ese momento estaba dormida.

Si ésa era su intención, no lo consiguió. Laura estaba demasiado absorta en sus propios problemas para dedicarse a un sentimiento tan costoso como es la gratitud; y la franqueza de madre sólo añadía un nuevo peso a su fardo. Parecía que el mundo, todas las cosas, estaban en su contra y, culpable, agobiada y sola, se escondió dentro de su concha. Sobre las cosas del colegio sus labios se sellaron y resistió, como una mártir impenitente, los epítetos de «cerrada» y «falsa» que le valió esa reticencia. Se pasaba el tiempo leyendo sin parar, garabateando para Evelyn cartas que relataban días enteros; sentándose malhumorada en lo alto del abeto, al que se subía desafiando el largo de sus enaguas; deslumbrándose con las puestas de sol y cavilando sobre delicias mortíferas; dando largos, solitarios y vespertinos paseos, de preferencia después de una tormenta, cuando la tierra roja estaba encharcada y surcada por riachuelos de agua, hasta que un día madre, dominada por el vivo temor de que se encontrase con un bandido o con un chino, se impuso y se lo prohibió.

Los enfermos están rara vez de buen humor, y Laura no era una excepción a la

regla. Pin, su compañía más habitual, se llevaba la peor parte de su acritud: de ahí que las dos no tardaran en levantarse de nuevo en pie de guerra. Pin no tenía el menor tacto y daba escasa importancia al malhumor de su hermana, a no ser para recordárselo. Por ejemplo, el retraimiento de su hermana y su amor por la soledad eran, en la cabeza de Pin, inclinaciones perversas, y las criticaba con la tranquilidad de quien cuenta con el respaldo de la opinión general. Laura tomaba represalias hablando mal de pequeños rasgos de Pin: un tic nervioso que tenía al aclararse la garganta, o su modo de andar. Tenían grandes peleas. Entre una y otra se había abierto una distancia como la que hay entre los vértices de lo que finalmente será un triángulo, en el que aún no se han dibujado las líneas que los unen.

A veces llegaban incluso a las manos.

—¡Voy a ir a buscar a su madre, eso es lo que voy a hacer! —las amenazó Sarah, alertada por el jaleo de la refriega—. ¡Unas chicas tan mayores! ¡Y pegándose como canguros! Debería darles vergüenza.

—Desde luego, no sé qué os pasa —las riñó madre cuando lograron separar a las contendientes y las llevaron a su presencia en la cocina, donde estaba amasando harina—. Antes no erais así. Pin, deja de hacer ese ruido, que me vas a dejar sorda.

—¡Laura me dio primero! —sollozó Pin—. ¡Siempre empieza ella!

—¡Ya le enseñaré yo a decirme esas cosas!

—Yo lo único que os digo es que —madre, exasperada, se apartó con el dorso de la mano un mechón que le había caído en la frente cubierta de sudor— con lo mayores que sois, os merecéis que os quiten tanta tontería. En cuanto a ti, Laura, si ésta es tu forma de pagar todo el dinero que me he gastado contigo, de veras te digo que ojalá nunca hubieras puesto un pie en ese colegio de Melbourne.

—¡Qué ojos tan bonitos se le ponen cuando las pestañas se le llenan de harina, madre! —dijo Laura, sorprendida por el vivo contraste entre el blanco y el negro.

Se había limitado a exponer el hecho, sin intención de halagar, pues su furia se había apagado tan repentinamente como se había encendido.

—¡Es lo último que me faltaba por oír! —exclamó madre mientras extendía una lámina de masa fina y larga y la volvía con destreza—. No te creas que así me vas a engañar.

En otra ocasión, una vez que le mandaron ir a la sala para saludar a una visita y, según su madre, las había avergonzado a ambas, le dijo:

—Antes tenías buenos modales, finos, pero los de ahora no son mejores que los de una pueblerina. ¡Mira que quedarte ahí como si fueras un palo o una piedra! ¡Como si no supieras abrir la boca!

Madre estaba muy enfadada.

—No tenía ninguna gana de ver a ese espantajo —replicó Laura, que consideraba a los habitantes de Warrenega extremadamente provincianos—. Y ¿qué iba a decir, aparte de sí y no? Sólo me preguntaba cosas de las que no tengo ni idea. Y supongo que no querrá que mienta, ¿verdad?

—Si una hija mía no entiende la diferencia entre ser educada y mentir —dijo madre completamente fuera de sí—, no puedo decir más que... ¡que es una verdadera lástima! —concluyó con escasa convicción, como las personas con mucho genio que empiezan una frase sin tener muy claro cómo la van a terminar—. Antes eras una niña bien educada. No tendría que haber permitido que te fueras de casa.

Este sermón, repetido por madre y coreado por los demás, terminó encendiendo a

Laura. Tenía que defender su yo actual aunque fuera a costa de sus virtudes pasadas, lo que daba pie a nuevas discusiones.

Así pues, a pesar de lo que la esperaba en el colegio, cuando llegó el momento de volver no lamentó dejar a su familia, que tan desconsiderada había sido con ella al no sospechar nada.

Viajó a Melbourne uno de esos bonitos días de invierno en los que el sol brilla desde la mañana hasta la noche en un cielo sin nubes, y el indicio principal de la estación es el extraordinario verdor de la hierba. Así volvió al colegio una chica pálida, decidida y larguirucha, llena de resoluciones amargas.

Los primeros días transcurrieron como en un mal sueño. Notó la ausencia de Evelyn con una fuerza agobiante. En todos los rincones donde había estado su amiga se abría un abismo de tristeza, y Evelyn había estado en todas partes. En el gran colegio había ahora un vacío; sólo quedaba el recuerdo, y habitaba en cada recodo. Laura se alojaba en una habitación extraña, con niñas extrañas e indiferentes, y durante una temporada se sintió tan sola como los días insufribles en que fue la pobrecita e inocente novata.

Sus compañeras no eran desagradables con ella intencionadamente —su última extravagancia había sido una locura, no un delito—, y dos o tres sentían incluso lástima al verla tan desconsolada. Pero su apego de idólatra a Evelyn le había procurado los medios para trazar a su alrededor un círculo mágico que mantenía a sus compañeras a distancia. Y, además, el aroma de la excentricidad la seguía persiguiendo. Por otro lado, sus compañeras de clase estaban muy ocupadas estudiando; apenas pensaban o hablaban de nada que no fueran los próximos exámenes. Pasados los primeros días de tristeza, como un perro a un hueso, Laura hincó los codos y los dientes a sus lecciones, con el propósito de comprimir el trabajo de doce meses en menos de seis.

Los días transcurrían en una energía febril, pero por la noche la soledad volvía, más intensa, porque, al menos por unas horas, había sido capaz de olvidarla.

Una de esas noches en que estaba despierta, preocupada por la perspectiva de suspender, empezó a pasar páginas de la Biblia —había estado memorizando su parte semanal— y se puso a leerla, pero no como tarea escolar, sino para sí misma. Cayó por casualidad en el capítulo catorce de san Juan, y aquellas palabras familiares y tan dulces le tocaron el corazón como caricias. Brotaron las lágrimas, no sólo por la belleza de las palabras, sino de pena por sí misma y, antes de cerrar el libro, ya sabía que había encontrado un pozo de consuelo que nunca se iba a agotar.

A pesar de cierta inconsistencia en su forma de expresarla, en lo más profundo de su ser Laura conservaba intacta la suprema fe de la infancia: creía sinceramente en la existencia de un Dios omnisciente, así como en Su poder inagotable para socorrer a voluntad a Sus hijos humanos. Hasta aquel momento realmente no lo había necesitado: a lo sumo había recurrido a Él para que le perdonara sus pecados. Sin embargo, ahora la súbita retirada de una compasión cálida y humana le reveló un nuevo uso de Dios. Había en ella, y a su alrededor, un vacío lacerante; a Él correspondía llenar ese vacío con la opulencia de su amor. Y se consoló de su previa falta de calidez recordándose que quienes tenían más necesidad de Él eran los oprimidos y los desamparados.

En la ebullición de ese intenso fervor religioso que se asentó en ella, buscaba más a Jesús que a Dios padre. De este último tenía grabada una imagen miguelangelesca: la de un hombre viejo, muy viejo, con una cascada de barba gris, sentado a la turca, mesándose la barba con una mano mientras la otra reposaba despreocupadamente en las rodillas. Jesús, por el contrario, era un hombre joven de rostro amable, cargado de tierna solicitud.

Ofreció a este Dios más tierno y más joven largas y encendidas oraciones que podían rivalizar en devoción unas con otras. No tardó en tener la sensación de que Él la llevaba de la mano, en creerse su favorita y verse descansando en su seno y, a medida que pasaban los días, su ardor crecía tanto que no podía seguir consumiendo el humo de su propio fuego: se propagó a los actos de su vida diaria... para renovada consternación de sus compañeras de colegio. ¿Era posible, se preguntaban, que Laura Rambotham hiciera algo alguna vez con decoro y como una dama? ¿Tenía que asombrarlas a cada paso que daba? Tanto fervor no era respetable. Para sus compañeras, la religión tenía que practicarse con recato, llevarse como un adorno indispensable, pero íntimo. Y ella cometía la tremenda falta de gusto de exhibir su fervor como exhibía sus vestidos.

Laura, cuyos pensamientos ya sólo se alzaban al cielo, no bajó la mirada lo suficiente para reparar en el disgusto que se traslucía en los ojos de sus camaradas. Cuanto más se arrojaba en brazos de la divinidad, más indiferentes le resultaban las personas y las cosas de este mundo.

Las semanas pasaron. Sus sentimientos, al principio una feliz convicción de que Dios es amor y de que ella estaba en Dios, dejaron de ser totalmente pasivos. De este modo, la satisfacción inicial por su supuesta determinación se vio pronto desplazada por un aire de superioridad al contemplar su devoción incansable. Y una noche en que la elocuencia de sus plegarias le empañó los ojos... una noche la inspiración desapareció. Llevaba semanas adorando fielmente a Dios sin pedirle a cambio ni la cabeza de un alfiler; se había entregado libremente, y todo lo suyo era para Él. Había llegado, sin duda, el momento en que podía aspirar a ser recompensada; a Él correspondía ahora demostrar que había apreciado su homenaje. ¡A Él le sería tan fácil ayudarla si quisiera...! ¡Si Él quisiera!

Apretando los dedos contra las órbitas de los ojos hasta alcanzar esa ceguera salpicada de estrellas que induce el éxtasis, se postraba ante el reclinatorio sin dejar, en ese trance, de buscar la reconciliación con el Todopoderoso insistiendo en su propia e insuperable indignidad.

—¡Oh, Señor Jesús! ¡Apíadate de mí, miserable pecadora! ¡Cristo bendito, humilde imploro tu perdón! Porque he sido débil, Señor, y he olvidado servir tu santo nombre. Mi pensamiento errante se ha descarriado como... como la oveja perdida. Pero nunca he dejado de amarte, oh Jesucristo, en ningún momento, mi corazón parecía lleno, capaz de albergar... No, no quería decir eso... Pero no siempre ha sido así, no siempre he alzado mis preces hacia ti para que me gués. Ahora, en cambio, amado Jesús, si quisieras concederme mi súplica, nunca te olvidaría ni volvería a levantarme en falso. Te amaré y te respetaré todos los días de mi vida hasta que la muerte nos... Quiero decir, Jesús, que sólo tienes que hacer que apruebe, Señor, y que no habrá nada que deje de hacer a cambio. Oh, Jesucristo amado, hijo de María, escucha mis plegarias y yo te veneraré y te adoraré y nunca te olvidaré, ni olvidaré que has muerto para salvarme. Concédeme este ruego, Señor, por el amor de Dios. Amén.

A esto se reducía: Laura estableció un pacto con Dios según el cual, si Él la ayudaba a superar su situación actual, ella le garantizaba una constante e inquebrantable lealtad.

Una vez que esta idea echó raíces, luchó con Él a brazo partido noche tras noche, llenando de peticiones sus oídos, siempre de rodillas, y con tal falta de moderación que al cabo de un tiempo sus compañeras de dormitorio, medio dormidas, manifestaron abiertamente su impaciencia:

—¡Laura, déjalo ya! —le dijo su vecina de cama cuando empezó a tener la impresión de que la suplicante nunca volvería a ponerse en pie—. Déjate algo para pedirle

mañana.

Pero Laura, que sabía muy bien que Dios nuestro Señor es un Dios vigilante, tenía mucho cuidado de no escatimar palabras, ni de evitar la menor ceremonia, para que le mostrara, convencido, Su favor. Sus oraciones de saludo y despedida al entrar y salir de la iglesia eran más elaboradas que las de nadie, y no se saltaba ni una sola invocación en las letanías con sus hipnóticas repeticiones; y no sólo se santiguaba en el momento que lo requería el Credo, sino también en su fuero interno con cada mención del nombre de Cristo.

Mientras tanto, naturalmente, estudiaba con incansable celo, porque tampoco tenía la menor intención de dejar en las divinas manos toda la responsabilidad de sus progresos. Trabajó en exceso, y en una ocasión tuvo un perturbador lapsus de memoria.

Por fin, la primavera terminó y llegó el verano, y con él la semana decisiva de la que dependía su futuro. Ahora, sin embargo, estaba sola con sus temores. Hasta las estudiantes más seguras del curso tenían un brillo acerado en los ojos, y los labios estaban tensos. Se decía que los exámenes del señor Pughson eran muchísimo más difíciles que el examen externo, y que si superabas esa prueba estabas salvada.

Había que aprobar obligatoriamente seis asignaturas, y quienes apuntaban más alto cogían hasta nueve. Laura fue de estas últimas, con ocho y, dado que no podía confiar en las dos matemáticas de rigor, no podía permitirse fallar en ninguna de las otras.

Al principio, con la salvedad de los números, las cosas no se le dieron nada mal. Hasta que llegó el último día, y con él el examen de historia. Laura siempre había sido un as en historia, pero ahora tenía el cerebro hecho un lío y la memoria sobrecargada después de haberse tenido que empollar en unos meses la *Historia de los ingleses*, de Green, además de una buena dosis de Grecia y Roma. Corría la voz de que las preguntas del señor Pughson eran de naturaleza extraordinariamente tramposa; y la plegaria de Laura, en la víspera del examen, pareció más una amenaza que una súplica. Aquella importante mañana, las alumnas acababan de entrar en el aula del director y habían empezado a elegir sus pupitres cuando llegaron órdenes de que Laura acudiera a una clase de música. Algo así no podía ni plantearse, y el señor Pughson despidió inmediatamente a la intrusa mensajera, una pequeña pelirroja que se sonrojó miserable e indecorosamente antes de retirarse. No obstante, en ese momento Laura se levantó y declaró que, dadas las circunstancias, debían una explicación a *monsieur* Boehmer, el maestro de música, puesto que la lección de aquel día era de hecho un ensayo para el concierto anual.

El señor Pughson apartó del escritorio sus ojos ribeteados de rojo; puso una cara que daba miedo.

—Tch, tch, tch —chasqueó con ese genuino estilo irlandés al que debía que le temieran y adoraran—. ¡Qué femenino es esto! ¡Tocar en conciertos cuando no se es capaz de sumar dos y dos! Su examen de matemáticas sería bueno para *Punch*,<sup>[31]</sup> señorita Rambotham.

La sonrisa que iba buscando recorrió el aula.

—¿Ha visto usted las preguntas? ¿No? Bien, démelas. Me figuro que tendrá que ir, o de lo contrario privará al concierto de su luz deslumbrante. Deprisa, baje, ahora. ¡Vamos, muévase!

Pero eso era algo que Laura no tenía intención de hacer así. Al coger la hoja impresa, captó al vuelo la última pregunta, la más importante: «Describa y explique la política exterior de Oliver Cromwell». Y ¡no la sabía! Alargó cuanto pudo su entrevista con el maestro de música, hizo preguntas que se desviaban del tema, insistió sin prisas hasta que él fijó otra hora para el ensayo que se había pospuesto, y, mientras andaba, mientras

hablaba y mientras escuchaba el ridículo inglés de *monsieur* Boehmer, se esforzó en vano en recordar una palabra, una minucia sobre las relaciones de Oliver con las potencias extranjeras. ¡Qué no habría dado por echar un vistazo rápido a la página de Green! Porque, en cuanto tuviera la pista, estaba convencida de que sabría continuar.

El comedor estaba vacío cuando lo cruzó para volver al aula; el libro de historia, desde su sitio en la estantería, le pareció tentador. Pero no se atrevió a acercarse, cogerlo y buscar el tema; era demasiado arriesgado. Lo que sí hizo, en cambio, fue, cuando ya casi había llegado a la puerta, retroceder un poco, sacar una sinopsis —un libro más fino, de tamaño mediano— y metérselo torpe y rápidamente en el corpiño del vestido. Cuando se marcaba a los lados de su delantal parecía toda ella un tablero, pero lo disimuló encogiéndose los hombros.

Su brillante plan consistía en meterse en el baño, echar una rápida ojeada a la dichosa política de Cromwell y, a continuación, esconder el libro en alguna parte hasta que terminara el examen. Pero al salir del comedor chocó prácticamente con la secretaria, que venía de la veranda sin hacer ruido. Tanto la abrumó pensar en el peligro que corría, y tanto sorprendió a la señorita Blount la indulgencia del señor Pughson, que, sin mediar palabra, decidió acompañar a Laura al aula del examen.

Las chicas estaban dale que te pego y apenas apartaron los ojos del papel cuando abrió la puerta. Podía saber, por la mirada de sus amigas, cómo les estaba yendo. Cupid, por ejemplo, sonreía de ese modo tan peculiar que revela satisfacción; las mejillas de M. P. eran del color de las rosas de mayo. Poco después, Laura, encogiéndose para tapar su deformidad, estaba trabajando con las demás.

¡Ojalá Oliver Cromwell nunca hubiera nacido! Eso fue lo que pensó cuando terminó la parte más fácil del examen. ¿Por qué no le podían haber caído preguntas sobre la expedición de Burke y Wills, la insurrección de la Eureka Stockade, o los viajes del capitán Cook? Algo sobre su propio país, que hubiera oído miles de veces y que le interesara de verdad. O algo grande y llamativo, como la expedición de los Cien Mil o la marcha de Aníbal por los Alpes. ¡A quién le importaban Cromwell, su cabeza decapitada, y su desprecio por la corona! ¿Qué le importaba a nadie cuál había sido su posición, más de doscientos años atrás, ante todos esos países lejanos, de ensueño...? Desesperadamente, se apretó los ojos con la mano. Se sabía todas y cada una de las páginas en las que se explicaban las relaciones exteriores de Cromwell; sabía dónde empezaba el párrafo, cerca del pie de página. Pero no conseguía acordarse de la primera frase, la que podía poner en marcha su memoria mecánica.

Las dos horas se iban acercando a su fin. Una media hora antes, las candidatas menos preparadas empezaron a levantarse, a entregar sus exámenes y a salir del aula; pero las mejores no dejaron de escribir hasta las doce menos diez. A Laura le habían concedido veinte minutos más, y en ellos tenía depositadas sus esperanzas. Por fin, se quedó sola con el profesor. Pero, por más que ya se hubiera sumergido en las hojas del examen, no estaba a salvo. Se había abierto dos botones e iba por el tercero cuando él la miró, tan inesperadamente que se asustó irracionalmente, y se abrochó el vestido tan deprisa como pudo. Había perdido tres o cuatro preciosos minutos.

En aquel momento, se abrió la puerta y el señor Strachey entró en el aula. El señor Pughson parpadeó al apartar la vista de su taco de papeles, se levantó, y los dos empezaron a hablar en voz baja. Entonces, con una mirada a Laura, se dirigieron los dos a la puerta, que el señor Pughson sujetó a su espalda, y se quedaron justo en el umbral. A medida que la conversación avanzaba, el profesor iba dejando que la puerta se cerrase.

Laura podía verles sin que la vieran. Poco después, se movieron con sigilo hacia la veranda, en dirección al despacho.

¡Era el momento! Con las manos paralizadas, se desabrochó el corpiño, cogió el libro y forzó sus ojos nublados a buscar la página y recorrerla. Le bastó una ojeada rápida: cinco o seis nombres que recordar, unas pocas fechas. Cerró el libro, se lo volvió a meter debajo del corpiño y lo apretó contra su seno.

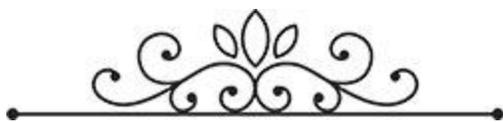
Justo a tiempo. El profesor ya volvía, dándose prisa. Ella tenía aún tres botones sin abrochar, pero la cabeza inclinada sobre el pupitre. Aunque el corazón le latía desbocado, la pluma corría como el rayo y, para cuando le dieron orden de terminar, había escrito la cantidad de hojas exigida.

Una vez que se deshizo diestramente del libro, participó —pálida y distraída— en las animadas discusiones técnicas que siguieron: ahí todas las candidatas se extendieron sobre sus méritos, o falta de ellos, tan prolijamente como un jugador de cartas al final de una partida. En cuando vio la ocasión de escapar dijo que le dolía la cabeza, subió a su cuarto y se echó en la cama cuan larga era. Lo había superado, pero ¡a qué precio! Todo le dolía. Hasta los huesos parecían hacerle daño.

Hasta que no descansó convenientemente y se aseguró de que todos los peligros asociados al incidente habían pasado, no se paró a pensar en el papel de Dios en todo lo ocurrido. Y no podía sino admitir que había sido un papel más bien lamentable. En un primer momento, su límpida fe estaba tan afectada que se resistía a creer que Él la hubiera ayudado de algún modo: de haberlo hecho, habría sido indeciblemente mezquino. Pero, poco a poco, fue profundizando y, al final, llegó a la conclusión de que Dios le había dado la opción de obrar así dejándola a ella decidir; luego se había retirado para ver qué hacía, sin molestarse siquiera en mover una pestaña para influir en su decisión. De hecho, cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Dios le había tendido una especie de trampa para volver a llevarla al pecado y prolongar su dependencia de Él una vez pasada su acuciante necesidad. Si eso era cierto, si eso era lo que había hecho Él, entonces es que debía gustarle que las personas siguieran siendo desgraciadas pecadoras, para tenerlas siempre arrastrándose a sus pies. Con esta visión del caso, su ingenua mente juvenil retrocedió, consternada. No podía seguir amando y adorando a un Dios capaz de semejante doble juego, que podía comportarse de esa forma tan ruin, tan judía. Tampoco iba a olvidar nunca que Él la había obligado a padecer la tortura de todo aquel día.

Echada en la cama, luchó contra estos pensamientos. Un profundo resentimiento fue la conclusión. Fuera cual fuese el objetivo perseguido por Dios, se había expresado del modo más despiadado: Él, que tenía a su disposición otras mil maneras más agradables de ayudarla, había llevado al límite a una pobre niña infeliz, cuyos ruegos, por otra parte, no se debían a fines exclusivamente egoístas. Lo que había implorado era para madre casi más que para sí misma; la mitad de sus oraciones eran para evitar a madre —cuya felicidad dependía de cosas como los exámenes— una amarga decepción. Eso, al menos, Dios lo había hecho —daría a Dios lo que es de Dios—, pero a expensas de su amor propio. Desde luego, Dios debía tener un corazón frío y calculador... si es que alguien era capaz de llegar hasta él. Los cuentos sobre su clemencia y su compasión, de los que hablaba la Biblia, no podían interpretarse literalmente. Si se pensaba despacio en ellos, aparte de en la Biblia, ¿acaso se había molestado Dios en bajar de su trono de juez para intervenir amorosa y amablemente en alguna parte? Ella había cometido un error absurdo: se había tomado las promesas realizadas a través de su Hijo como si fueran verdades del Evangelio; había creído a pies juntillas lo que decía Dios de recompensar a quienes le son fieles. Sus

compañeras, las mismas a las que había mirado por encima del hombro desde las cumbres de su fervor, eran más juiciosas que ella. No se habían rebajado ante Él ni le habían jurado devoción de por vida; pero tampoco le habían pedido nada que no mereciera de Él la mayor aprobación. Habían satisfecho su conciencia rindiéndole homenaje de boquilla, confesando sus pecados y suplicando un perdón impreciso y remoto al que daban una enorme importancia. Por eso nunca habían tenido un encarnizado conflicto con Él. Ella tampoco iba a volver a tenerlo, nunca más. A partir de ahora iba a rivalizar con sus compañeras en tibieza. No obstante, antes de llevar esta resolución a la práctica, tenía que esperar a que su indignación se enfriara: sólo entonces le sería posible recomponer los pedazos de su fe y volver a la práctica religiosa a la manera facilona y superficial de sus amigas. Aquella noche no rezó, y tampoco lo hizo muchas de las que siguieron; y cuando, en la iglesia, se pronunciaba el nombre de Cristo, alzaba la cabeza y cerraba los ojos y los oídos de su alma.



## Capítulo XXV



*Ihr lerntet alle nicht tanzen, wie man tanzen muss-über euch hinweg tanzen!*<sup>[32]</sup>

NIETZSCHE

El curso había concluido; las ceremonias que acompañaban su fin, también. Unos días antes, una mañana a primera hora, las internas de quinto, tuteladas por un par de profesoras auxiliares, fueron a la lejana universidad. En el viaje de ida las candidatas iban pensativas y apagadas; pero en el camino de vuelta, a última hora de la tarde, su ánimo se había librado de las ataduras del decoro. Se reían, cantaban y jugaban en el birlocho que las llevaba sin atender a las débiles protestas de la señorita Zielinski. Estaban tan alborotadas que el cochero se caló en la comisura la colilla del puro para sonreír a gusto y dio un latigazo para poner el caballo a medio galope. Como habían previsto, el examen público había sido un juego de niños comparado con lo que habían tenido que pasar a manos del señor Pughson; y también los detalles que rodearon la prueba tuvieron un carácter amable: no hacía demasiado calor, la sala de examen era clara y bien ventilada, a través de las ventanas abiertas asomaban árboles y arbustos en flor, y a las estudiantes las vigiló un atractivo joven del Trinity que dejó su sombrero de paja en el escritorio que tenía delante.

Después vino el concierto anual, en el que no se derrumbó ninguna de las intérpretes; y el día del reparto de premios, en el que el gran vestíbulo se llenó de parientes y amigos y un montón de vestidos blancos adornados con una banda azul se apelonó en el estrado, que parecía una enorme cama con flores blancas y azules; y, por fin, se bajaron los baúles de los trasteros, se distribuyeron por varios pisos y las chicas del último curso vaciaron cajones y armarios por última vez.

La noche antes de la dispersión general, Laura, Cupid y M. P. iban andando de nuevo por los caminos del jardín que ya conocían tan bien. Las dos mayores estaban más habladoras que de costumbre, pero Laura iba más callada. Desde el día del examen de historia no había recobrado por completo el humor y todavía no podía pensar con serenidad en el peligro que había corrido deliberadamente: de haber girado la rueda hacia el otro lado, el fin de sus días de alumna habría sido todo deshonor y vergüenza. Del mismo modo que el descubrimiento de las estratagemas de Dios había destruido su fervor religioso, la aversión a los medios que se había visto obligada a recurrir había dejado en ella un poso hostil contra el colegio y todo lo que tuviera que ver con él; contaba las horas que faltaban para el momento de darle la espalda. Aun así, ahora que había llegado el momento, sentía cierto dolor por tener que decir adiós, porque en su naturaleza siempre dejaba a regañadientes las cosas, los lugares y las personas conocidas. Además, aunque se alegraba de haber terminado su aprendizaje, no veía con claridad lo que estaba por venir. La idea de

una vida en casa la atraía menos que nunca, y se daba cuenta de que madre esperaba de ella que ahora instruyera a sus hermanos pequeños. A la hora de partir, pues, la invadían sentimientos muy encontrados. Ya no sabía realmente cuál era su sitio, o en qué condiciones iba a ser feliz; sólo era consciente de una leve pena por tener que marcharse de ese lugar que durante años había sido su refugio.

Sus dos compañeras no tenían semejantes dudas ni resquemores: para ellas, el pasado ya estaba muerto y enterrado; en sus conversaciones hablaban del futuro, que tan poco iba a tardar en hacerse presente. Lo pronosticaban, hacían proyectos con la férrea certeza de que tenían capacidad de hacerlos, como es propio de la juventud.

Caminando a su lado, Laura las escuchaba con el enorme interés y la reverencia que había aprendido a tener por todas las opiniones menos por la suya.

M. P. pensaba volver a Melbourne al término de las vacaciones porque iba a ir al Trinity, donde se proponía sacar un título detrás de otro. Lo único que dudaba era si iba a ser en medicina o en humanidades.

—¡Ay! ¡Cortar las piernas a la gente! —exclamó Laura—. M. P., ¡es horrible!

—Ya, pero una se acostumbra. Sin embargo, creo que, al fin y al cabo, preferiré la docencia. Y puede que un día llegue a tener mi propio colegio.

—No me sorprendería que te dieran un puesto aquí —dijo Laura, que estaba convencida de que el intelecto de M. P. iba a abrirle todas las puertas.

—¿Quién sabe? —contestó Mary, con una expresión muy suya en los labios—. Cosas más raras se han visto.

Cupid, a quien la constante disciplina entusiasmaba menos, quería ser escritora.

—Dice mi primo que tengo madera. Él es periodista, así que algo sabe.

—Seguro que sí.

—Bueno, en fin, que tengo que intentarlo.

—¿Y tú, Laura? —preguntó M. P. hábilmente.

—¿Yo? ¡Sólo lo sabe Dios!

—Tan concreta como siempre, pequeñaja.

—No, Cupid, de verdad que no lo sé.

—Pues tendrás que pensar en algo pronto. Ya casi tienes dieciséis. ¿Por qué no sigues en Filosofía y Letras?

—¡No, gracias! De eso ya he tenido bastante. —Y Laura espantó con las manos sus pensamientos, como queriendo alejar la figura de Oliver Cromwell.

—Entonces, hazte maestra.

—¡M. P.! No quiero volver a oír una fecha ni sumar una columna de números nunca más.

—¡Laura!

—Es la verdad y nada más que la verdad. Estoy harta de todas esas dichosas cosas.

—Pues ya es raro que no tengas ni un solo deseo.

—¿Deseos? ¡Deseos tengo toneladas! En primer lugar, quiero volver a ver a Evvy. Y, a continuación, quiero ver cosas. Sí, eso por encima de todo. Cientos de miles de cosas. Gente, sitios, lo que comen, cómo visten, China, Japón... ¡Toneladas!

—Pues para eso tendrás que cazar a un millonario, querida.

—Y puede que escribas un libro sobre tus viajes para quienes no salgamos de casa.

—¡Madre mía! No sabría ni por dónde empezar. Pero tú me vas a mandar todo lo que escribas, ¿verdad, Cupid? Todos tus libros. Y tú, M. P., me invitarás cada vez que te den un título, todas y cada una de las veces.

Y las tres chicas, con promesas similares a ésta, se separaron. Nunca volvieron a verse. Durante algún tiempo se cartearon con frecuencia, cartas de varias hojas llenas de detalles familiares y personales. Después los detalles cesaron, las hojas se hicieron más escasas, y el lapso de tiempo, mayor. Las cartas de respuesta se convirtieron en tarjetas y postales escritas apuradamente y con mucho tiempo entre una y otra. Y al final hasta eso se terminó, y nada quebró el gran silencio de la separación. Tampoco se cumplieron las promesas. A Laura no le llegaron regalos ni libros, ni llamadas para asistir a imposiciones académicas de birretes. Seis meses después de dejar el colegio M. P. ya estaba casada e instalada en su ciudad natal, y poco después tuvo que ajustar la medida de sus progresos a los pasos de unos piecitos titubeantes. Cupid se hizo auxiliar y pasó los mejores años de su vida en la oscuridad del *bush*.<sup>[33]</sup>

¿Y Laura? En el caso de Laura, no hubo una amable *Átropos*<sup>[34]</sup> que cortara el hilo de sus aspiraciones, que eran amplias, vagas y extemporáneas; todas llegaron a cumplirse y, una vez cumplidas, dejaron espacio para otras. Pero todo esto el futuro, para su seguridad, no se lo mostró. Se marchó del colegio con la incómoda sensación de ser siempre gallina en corral ajeno, de que no encajaba en ninguno de los corrales de su mundo; la sabiduría adquirida y la experiencia con que se había enriquecido sólo parecían, en el proceso de prepararla para la vida, haber puesto de relieve su incapacidad. No podía saber que hasta la última de las gallinas termina encontrando su corral; semejante inadecuación es sólo otro aspecto de una adecuación única y especial. Pero no es propósito de este pequeño libro narrar los años siguientes y lo que depararon. Basta con decir: pasaron muchos días antes de que se diera cuenta de que, a menudo, precisamente aquellos mortales que se sienten incómodos e inseguros en las cosas de la vida diaria terminan encontrándose, con facilidad extraordinaria, a sus anchas en ese mundo más libre y espacioso donde las consideraciones prácticas no son un obstáculo, y donde las criaturas que lo habitan danzan a su ritmo: el mundo donde se guardan los mejores pensamientos de los hombres, sus esperanzas y fantasías; donde la sombra es la sustancia, y el sinfín de ocupaciones posibles palidece ante el sueño.

Entretanto, el éxodo de las cincuenta y cinco puso el colegio patas arriba.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Laura hizo sus últimos preparativos para la marcha. La suya, ay, no fue en comparación tan imponente como la de sus compañeras. Todas tenían coche y escolta especial, y partían entre pañuelos al viento con todo el equipaje apilado al frente. La caja de Laura, en cambio, se había ido ya en un carro de mudanzas. En compañía de Pin, que estaba de visita en Melbourne, Laura iba a pasar un par de días en casa de la madrina antes de volver al campo. Incluso su despedida, que a menudo había ensayado sola con énfasis dramático, careció de brillo. Con la salvedad de la señorita Chapman, las auxiliares se habían ausentado cuando llegó el momento, y la señorita Chapman tenía tantas cosas en la cabeza que no dejó de dar órdenes mientras le estrechaba las manos.

Pero Laura no estaba destinada a dejar aquellos muros, a cuya sombra tanto había aprendido, así de dócilmente. La esperaba una sorpresa. Iba por los pasillos a toda velocidad en busca de la señora Gurley cuando se encontró con dos niñas, y una de ellas le dijo:

—Laura Rambotham, te han venido a buscar. Tu preciosa hermana ha venido a recogerte.

—Mi... ¿quién? —dijo Laura boquiabierta.

—Tu hermana. Caramba, ella sí que tiene una nariz bonita, y ¡unos ojos enormes!

Tendrás que conformarte con estar siempre a su sombra, todos tus días, querida.

Al entrar en la sala de recepción, Laura puso todo su empeño en ver a Pin con los ojos de un extraño. Pin se levantó de la silla... torpemente, por supuesto, porque había otras personas presentes y la intensa mirada de Laura era desconcertante hasta el extremo; Pin creyó que llevaba el sombrero torcido, o que tenía una mota negra en la nariz. Laura, por su parte, no apreció ningún cambio en su hermana. Las pecas eran sin duda más pálidas y puede que sus formas estuvieran aflorando un poquito entre la mullida grasa que las envolvía, pero nada más. Aun así, si unas extrañas, y además unas niñas, se habían quedado impresionadas...

Lo que realmente le dolió —porque no envidiaba a Pin por ser guapa; si acaso le molestaba que todo fuera tan nuevo— fue que había ordenado a su hermana en repetidas ocasiones, y con la mayor insistencia posible, que fuera a recogerla en un birlocho para que, al menos, pudiera marcharse como las demás chicas; y, a pesar de todo, la muy simplona había venido a pie. La madrina había dicho que ir en coche era un lío y una tontería, un gasto innecesario, y Pin, por supuesto, lo había aceptado mansamente. Así fue como la última intentona de Laura de ser como sus compañeras quedó en nada. Se marchó del colegio de la misma forma extraña y sin dignidades con que había vivido en él.

La disputa ocasionada por la amabilidad cobarde de Pin duró lo que tardaron las hermanas en cruzar el jardín, la calle y la linde de un gran parque público. Ya habían caminado un buen trecho cuando Laura se dio cuenta de lo que le estaba pasando, y la idea vino como un vendaval: era libre, totalmente libre. Podía hacer lo que le pareciera.

Para empezar, se detuvo en seco.

—Espera, Pin. Coge esto —dijo, dándole a su hermana la pesada bolsa de cuero que iban cargando por turnos hasta el tranvía. Pin tendió obediente su mano envuelta en un guantecito blanco—. Y mi sombrero.

—¿Qué vas a hacer, Laura?

—Ya lo verás.

—¡Vas a coger una insolación!

—¡Bobadas! Hay muchas nubes. Toma, mis guantes. Y ahora, Pin, sigue tu instinto y me encontrarás... donde me encuentres.

—Laura, pero ¿qué vas a hacer? —exclamó Pin, preocupada.

—¡Voy a echarme una buena carrera! —respondió Laura, y se apretó el lazo del pelo.

—Pero ¡no puedes ir corriendo por la calle! ¡Eres demasiado mayor! ¡Te va a ver todo el mundo!

—Y ¿tú crees que eso me importa? Si te hubieras pasado años haciendo sólo lo que se te permite hacer, seguro que querías hacer algo que no te está permitido. ¡Adiós!

Y ya se había ido, disparada bajo el calor plomizo de la mañana de diciembre, como una flecha que sale del arco, la cabeza inclinada hacia delante y los brazos pegados al cuerpo, rápida como un spaniel. Pin se quedó atónita ante la veloz y rítmica elevación de sus tobillos. A esa hora, tan temprano, no había mucha gente en la calle, pero la que había se paró a mirar asombrada a aquella niña ya crecida, vestida de blanco, con una gruesa trenza que volaba al viento según corría; un hombre con un estropajo y un cubo, que estaba limpiando estatuas, dejó su trabajo para dar un silbido, y le guiñó un ojo a Pin cuando pasó a su lado.

Ésta, enfadada y confusa, caminaba detrás de su hermana con su sombrero y sus guantes en una mano, y la bolsa de cuero en la otra.

Laura iba corriendo por la avenida central, cada vez más pequeña en la distancia; el espacio que ocupaban sus movimientos decrecía a medida que se alejaba, hasta que pareció casi inmóvil, no mucho mayor que una figura en el fondo de un cuadro. Entonces, en aquel camino recto y largo apareció de pronto una curva. Ella la dobló, y se perdió de vista.



HENRY HANDEL RICHARDSON, seudónimo de Ethel Florence Lindesay Richardson, (East Melbourne, Victoria, Australia, 3 de enero de 1870 - Hastings, East Sussex, Inglaterra, 20 de marzo de 1946), fue una escritora australiana.

Nacida en East Melbourne, Victoria, en una próspera familia que más tarde pasó penurias, Ethel Florence (que prefería que la llamasen Et, Ettie o Etta) fue la hija mayor de Walter Lindesay Richardson MD (c. 1826–79) y de su esposa Mary (de soltera Bailey).

La familia vivió en varias ciudades de Victoria durante la infancia y juventud de Richardson. Entre ellas Chiltern, Queenscliff, Koroit y, donde fue más feliz, Maldon, donde la madre de Richardson fue administradora de correos (su padre había muerto cuando ella tenía 9 años a causa de la sífilis) Richardson dejó Maldon para ingresar en el internado del Presbyterian Ladies' College (PLC) en Melbourne en 1883 en el que estuvo entre los 13 a los 17 años. Esta experiencia fue la base de *The Getting of Wisdom*, una novela de maduración admirada por H. G. Wells. En el PLC ella comenzó a desarrollar su habilidad para mezclar realidad y ficción, un recurso que usó en sus novelas

Richardson sobresalió en artes y música durante su estancia en PLC, su madre llevó a su familia a Europe en 1888, con el fin que Richardson continuara sus estudios de música en el conservatorio de Leipzig. Richardson desarrolló su primera novela, *Maurice Guest*, en Leipzig.

En 1894 en Múnich Richardson se casó con el escocés John George Robertson, al que conoció en Leipzig cuando él estudiaba literatura alemana y que más tarde enseñó en la Universidad de Estrasburgo, donde su esposa se convirtió en campeona de tenis femenino. En 1903, la pareja se mudó a Londres, donde Robertson había sido nombrado catedrático de alemán en la University College de Londres. Richardson volvió a Australia en 1912, para buscar información sobre su familia para su novela *The Fortunes of Richard Mahony*, pero tras su vuelta a Inglaterra, permaneció allí por el resto de su vida. Ella y su hermana Lillian fueron grandes defensoras del sufragio femenino, Lillian incluso estuvo encarcelada por destruir propiedades públicas. Estuvo interesada en el espiritismo, y tras la muerte de su

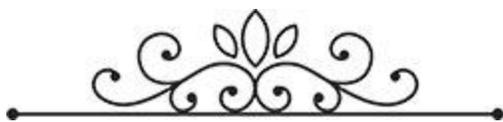
marido mantenía que seguía en contacto con él, vía sesiones de espiritismo.

La vida de Richardson estuvo ligada al lesbianismo. En el Presbyterian Ladies' College, estuvo enamorada de una estudiante mayor; los sentimientos de las muchachas adolescentes y su despertar sexual fueron reflejados en su segunda novela *The Getting of Wisdom*. Tras la muerte de su madre, se enamoró apasionadamente de la actriz italiana Eleonora Duse, pero tuvo que mantener su amor por ella en la distancia. Su amiga Olga Roncoroni, que había vivido en la casa de Robertson durante muchos años llenó el vacío que dejó su marido tras su muerte. Tras su propia muerte, muchos de sus papeles privados fueron destruidos, de acuerdo con sus instrucciones.

*The Fortunes of Richard Mahony* es la famosa trilogía de Richardson sobre el lento declinar, debido al carácter y a una enfermedad cerebral, de un exitoso médico y hombre de negocios australiano y del efecto emocional y financiero en su familia. Fue muy elogiada por Sinclair Lewis, y otros, fue inspirada en las experiencias de la propia familia Richardson. Las figuras centrales están basadas libremente en sus padres.

Richardson también escribió un libro de cuentos y una autobiografía que ilumina en gran medida la configuración de sus novelas, aunque el *Australian Dictionary of Biography* que es un tanto dudosa.

Richardson murió de cáncer el 20 de marzo de 1946 en Hastings, East Sussex, Inglaterra. Sus cenizas fueron esparcidas junto a las de su marido en el mar como fue su deseo.



## Notas



<sup>[1]</sup> Disidentes o inconformistas eran grupos religiosos protestantes, como los cuáqueros o los metodistas, que disentían de la Iglesia anglicana, establecida por ley en Inglaterra; era un grupo integrado por diversas corrientes. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*]. <<

<sup>[2]</sup> El nombre induce a risa a las niñas porque *tweedle* significa «manosear, enredar», y porque evoca una expresión inglesa referida a dos personas inseparables, Tweedledum y Tweedledee, que a su vez Lewis Carrol recogió para dar nombre a los famosos gemelos de *Alicia a través del espejo* (1871). <<

<sup>[3]</sup> Frase atribuida al papa Gregorio (siglo VI) que, viendo a unos bellos jóvenes que iban a ser vendidos como esclavos en Roma, quiso conocer su origen. Cuando le respondieron que eran anglos, él corrigió: «No son anglos, sino ángeles». <<

<sup>[4]</sup> Los cortesanos del rey Canuto (siglo XI) no dejaban de adularle asegurándole que tenía poder sobre el cielo y las estrellas. Harto de tanta lisonja, llevó a su corte a la orilla del mar y ordenó a la marea que no subiera. Cuando todos estuvieron empapados, el rey dejó demostrado que su poder no era tanto como pretendían hacerle creer. <<

<sup>[5]</sup> Hastiado. <<

<sup>[6]</sup> Laura se refiere a las conocidas *Variaciones Goldberg* de Johann Sebastian Bach, cuyo título original es en realidad *Aria con variaciones diversas*; su tonalidad principal es sol mayor. Por otra parte, Sigismund Thalberg (1812-1871) fue un virtuoso del piano. Compuso piezas de lucimiento cuya ejecución entraña dificultad técnica, pero que en su época se consideraban vulgares. <<

<sup>[7]</sup> Según la tradición cuáquera: teología, medicina y derecho. <<

<sup>[8]</sup> Pseudónimo de Marie Louise Ramé (1839-1908), autora de novelas románticas e históricas en boga desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX. <<

<sup>[9]</sup> «Allí reina el vecino y se vuelve uno vecino»: de *Nietzsche contra Wagner* (1895). <<

<sup>[10]</sup> Obra de Samuel Lover (1797-1868), escritor irlandés, contemporáneo y compañero de Charles Dickens, que llegó a ser muy conocido en su época. *Handy Andy* fue una de sus obras de mayor éxito. <<

<sup>[11]</sup> El pequeño Jo, un huérfano de las calles de Londres, es un personaje de *Casa Desolada* (1852-1853), de Charles Dickens. <<

<sup>[12]</sup> El versículo mencionado no existe. Se trata de un código para buscar otro, probablemente así: LI = 51 = 5 + 1 = 6, y los versículos van invertidos, por lo que sería Génesis, 6, 2-3: «Viendo los hijos de Dios la hermosura de las hijas de los hombres, tomaron de entre todas ellas por mujeres las que más les agradaron. Dijo entonces Dios: No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es más carnal, y sus días serán

ciento veinte años». <<

<sup>[13]</sup> Como se verá más adelante, se refiere al tramo elegante de una determinada calle. <<

<sup>[14]</sup> *Colleges* de la Universidad Melbourne. <<

<sup>[15]</sup> Virgilio, *Eneida*, II, 3-4: «Un dolor indecible, reina, me ordenas renovar: cómo arrasaron los dánaos las riquezas de Troya y su reino lamentable»... <<

<sup>[16]</sup> Muchachas. <<

<sup>[17]</sup> «La incapacidad de mentir está aún muy lejos del amor a la verdad [...]. El que puede mentir no sabe lo que es la verdad»: de *Así habló Zaratustra* (1883-1885). <<

<sup>[18]</sup> Se refiere a la proposición VII de la obra *Apologia theologicae vere christiana*, de Robert Barclay, tratado clásico de la doctrina cuáquera, originalmente publicado en 1678. <<

<sup>[19]</sup> Hechos, 5, 1-11: Ananías, a sabiendas de su mujer, Safira, mintió sobre las ganancias obtenidas de la venta de una heredad con el fin de donar menos dinero a los apóstoles. Cuando se descubrió su engaño, ambos cayeron fulminados. <<

<sup>[20]</sup> Siempre por el mismo camino. <<

<sup>[21]</sup> «El malhechor no suele estar a la altura de su acto»: de *Más allá del bien y del mal* (1886). <<

<sup>[22]</sup> *Pamela o la virtud recompensada*, de Samuel Richardson, publicada en 1740, novela epistolar de gran éxito en su tiempo en la que una virtuosa criada rechaza a su amo, que intenta seducirla. <<

<sup>[23]</sup> La autora cita un verso de Alfred Tennyson, del poema *Godiva* (1842). Lady Godiva fue una noble anglosajona del siglo XI que paseó desnuda sobre su caballo por Coventry para evitar que subieran los impuestos a los ciudadanos. <<

<sup>[24]</sup> «¡Cómo no iba a encontrar un río su camino hacia el mar!»: de *Así habló Zaratustra* (1883-1885). <<

<sup>[25]</sup> Personaje de *El viaje del peregrino*, novela alegórica de John Bunyan, representante del puritanismo inglés, publicada en 1678 y considerada por diversas fuentes el libro más leído en lengua inglesa. El Sabio Mundano indica al protagonista, Cristiano, que en su peregrinar siga un camino fácil, pero que resulta ser equivocado. <<

<sup>[26]</sup> Novela del estadounidense Henry Wadsworth Longfellow, publicada en 1839, que relata los viajes de un joven y sus intentos de seducir a una muchacha de la que se ha enamorado. <<

<sup>[27]</sup> Desdicha. <<

<sup>[28]</sup> «¡Y tampoco os vayáis a olvidar de reír!»: de *Así habló Zaratustra* (1883-1885). <<

<sup>[29]</sup> «Bien y mal, alegría y dolor, tú y yo»: de *Así hablaba Zaratustra* (1883-1885). <<

<<

<sup>[30]</sup> «Lo que no me mata me fortalece»: de *El crepúsculo de los ídolos* (1887). <<

<sup>[31]</sup> Popular revista satírica inglesa, fundada en 1840. <<

<sup>[32]</sup> «Ninguno de vosotros ha aprendido a bailar como es debido: ¡elevándose!»: de *Así habló Zaratustra* (1883-1885). <<

<sup>[33]</sup> Nombre con que se conocen en Australia las tierras del interior. <<

<sup>[34]</sup> En la mitología griega, Átropos cortaba la hebra de la vida. <<

